

AD N V M O L E O N

DAD A

CIÓN G

[Small white paper label on the spine]



MANZONI

LOS
NOVIOS

2



PN 714

.A8

N6

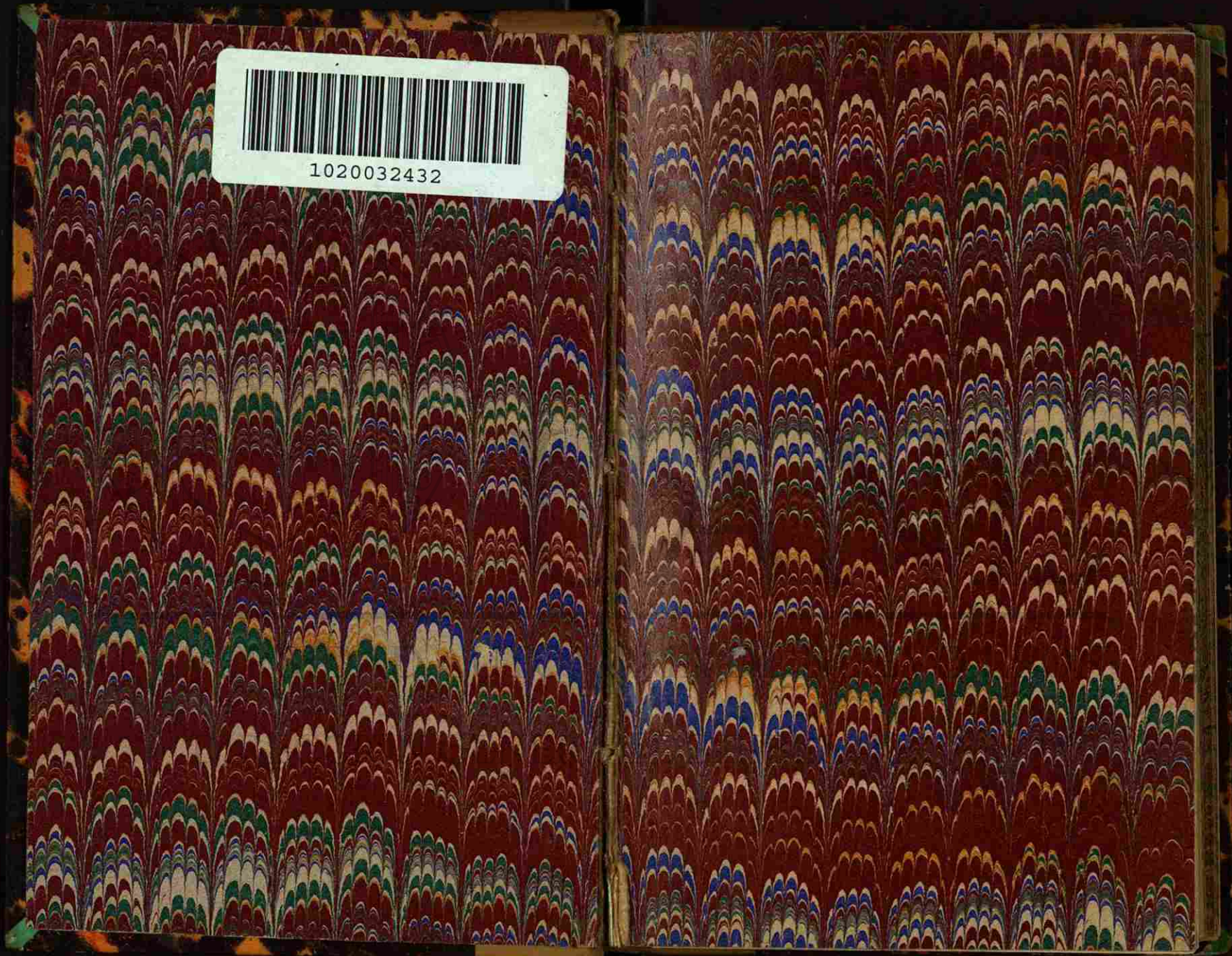
v. 2



96889



1020032432



San

21



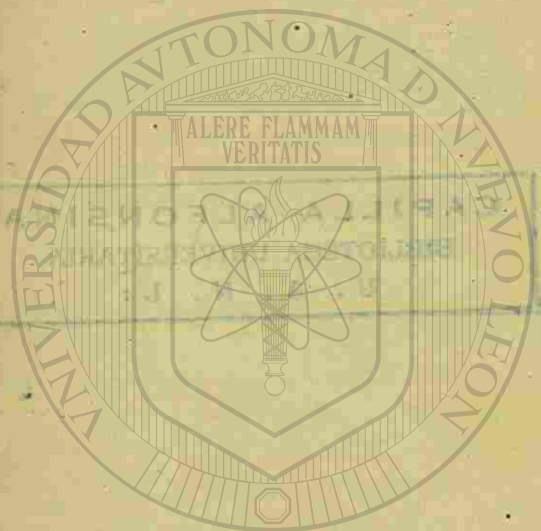
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ



LOS

NOVIOS

TOMO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

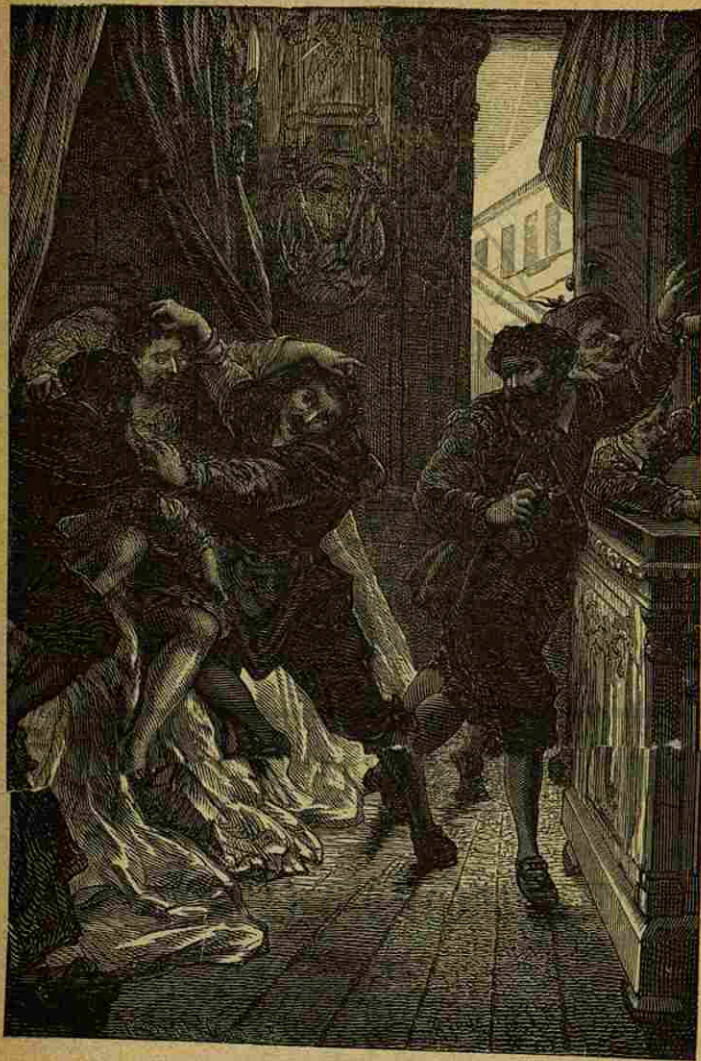
FONDO
RODRIGO RIVERA VELAZQUEZ



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ah monstruo del infierno! Acuérdate que puedo curar (pag. 243)

MANZONI

LOS NOVIOS

HISTORIA MILANESA DEL SIGLO XVII.

VERSION CASTELLANA

DEL

EXCMO. SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO DE

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA

TOMO SEGUNDO

NOMINA DE NUEVO LEÓN

9688®

RAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1884

PQ 4714.

.A8.

N6

v.2



FONDO
PEDRO REYES VILLAZQUEZ

LOS NOVIOS

HISTORIA MILANESA DEL SIGLO XVI

CAPÍTULO XX

Estaba fundado el tal castillo sobre un angosto valle en la más alta cima de un cerro que procedía de una escabrosa cordillera de montañas, sin que fuese fácil determinar si estaba unido con ella, ó separado por hondonadas y derrumbaderos, y por un laberinto de cavernas y precipicios, tanto por la espalda como por los costados. El frente que miraba al valle era el único practicable, pues formaba el terreno una pendiente no tan áspera, cubierta de pastos en su altura, cultivada en la falda, y con varias chozas de trecho en trecho. Era el fondo del terreno una madre de piedras y guijarros, por la cual corría, según la estación, un riachuelo ó un torrente que entonces servía de límite á los dos Estados. Las montañas que cerraban el valle por la parte opuesta declinaban también en una falda de no mucha extensión, cultivada en partes, aunque interrumpida por enormes peñascos, y subidas escabrosas sin senda alguna, ni más vegetación que tal cual matorral en las hendiduras ó en los picos más encumbrados.

Desde la altura de su denegrido castillo dominaba el selvático caballero, como el águila desde su nido sangriento, todo el territorio en que pudieran estamparse huellas humanas, no teniendo nada que temer por la parte posterior de su guarida. De una sola mirada recorría todo aquel recinto con sus hondonadas, cumbres y veredas. La más ancha de estas que entre varios recodos y revueltas conducía al castillo, semejava

desde lo más alto una cinta serpenteando á modo de culebra. Desde las ventanas y troneras podia el dueño contar los pasos de los que subian, asestando contra ellos sus tiros : en términos que con la fuerte guarnicion de bravos que le acompaña-



Desde las ventanas podia el dueño contar los pasos de los que subian.

ban, le era fácil defenderse de un número considerable de gente armada, despeñando á muchos ántes que uno lograrse llegar arriba. Aunque, por otra parte, ninguno que no estuviere bien con el amo se atrevia, no digo á subir, sino á dar un paseo por el valle : y al esbirro que se hubiera dejado ver en aquel sitio, le habria cabido la suerte que á un espía ene-

migo en tiempo de guerra. Contábase en el país la historia trágica de los últimos que lo intentaron; pero ya era historia antigua, y ninguno de los aldeanos se acordaba de haber visto por allí ningun ministro de justicia ni vivo ni muerto.

Esta es la descripcion que de aquel paraje nos dejó el autor anónimo ya citado, aunque sin expresar el nombre de su dueño. Léjos de eso, para no dejarnos rastro por donde pudiéramos formar conjeturas, nada nos dice del viaje de D. Rodrigo, sino que de golpe nos le presenta en el valle, á la falda del cerro, y á la entrada del tortuoso y empinado camino en donde habia una especie de venta, á que pudiera darse el nombre de cuerpo de guardia, sobre cuya puerta pendia una antiquísima muestra, en la cual estaba pintado por ambas partes un sol radiante : si bien la voz pública, que á veces repite los nombres segun se los enseñan, y á veces los desfigura á su antojo, no daba á semejante albergue otro nombre que el de *la mala noche*.

Al ruido de las pisadas de su caballo se presentó á la puerta un moceton, armado de cuchillo y pistolas, y reconocido el terreno, entró á avisar á tres bravos, que con unos naipes abarquillados y mugrientos jugaban en el zaguan. Levantóse el que parecía jefe, se asomó á la puerta, y viendo que el que llegaba era un amigo del amo, le saludó con respeto. Volvióle D. Rodrigo el saludo con mucha cortesía, preguntándole si el caballero se hallaba en el castillo, y habiendo recibido respuesta afirmativa, se apeó D. Rodrigo y entró la brida al *Tiraderecho*, uno de los de su escolta. Quitóse luego del hombro la carabina, dándosela á *Serranillo*, otro de los suyos; y aunque al parecer lo hizo como para alivio del peso y mayor comodidad de la subida, la razon verdadera fué tener entendido que á nadie se permitia subir con armas de fuego. Sacó despues algunas monedas y se las dió al *Entierravivos*, otro de su comitiva, diciendo : « Aguardadme aquí vosotros, divirtiéndoos entre tanto con esa buena gente. » Por último, puso en manos del cabo unos cuantos escudos, insinuándole que la mitad era para él y la otra para repartir entre sus com-

pañeros. Hecho esto, empezó á subir la cuesta en compañía del *Canoso*, que tambien habia dejado su escopeta. Entre tanto, los tres bravos referidos y el *Rompeluésos*, que era el cuarto (¡qué lindos apodos para que los conserve la historia!) se quedaron con los tres del señor del castillo y con aquel moceton, aspirante á la horca, á jugar, emborracharse y contar sus respectivas hazañas.

Otro maton del caballero anónimo que subia la cuesta, alcanzó á D. Rodrigo, le miró, y habiéndole conocido, se incorporó con él, ahorrándole de este modo la molestia de decir su nombre y dar razon de su persona á cuantos fuera encontrando y no le conociesen. Llegado al castillo é introducido en él, quedándose fuera el *Canoso*, le hicieron atravesar un laberinto de corredores oscuros y varios salones, cuyos adornos eran carabinas, escopetas, trabucos, pistolas, y sables. Habia un bravo de guardia en casi todas las piezas, y despues de saludar al último y aguardar un breve rato, fué admitido en la que ocupaba el dueño.

Acercóse éste á recibirle, correspondiendo á su saludo, y mirándole al mismo tiempo de piés á cabeza, y en especial á la cara y las manos, como por hábito lo hacia casi involuntariamente con cuantos se le presentaban, áun cuando fuese el más antiguo de sus amigos. Era un hombre alto, flaco y calvo. Esta última circunstancia, la blancura de su escaso cabello y las arrugas del rostro, indicaban en él una edad más avanzada que la de sesenta años que apenas habia cumplido. Su aire, sus modales, la dureza visible de sus facciones y el fuego concentrado que resplandecía en sus ojos indicaban cierto vigor de cuerpo y alma, que hasta en un jóven hubiera parecido notable.

Dijole D. Rodrigo que iba á pedirle consejo y auxilio, pues hallándose empeñado en un negocio difícil de que por su propio honor no podia retroceder, se habia acordado de las ofertas de un sujeto que siempre cumplia más que prometía; y en seguida se puso á contarle su infame tramoya. El caballero, que ya tenia indicios, aunque confusos, del tal

negocio, le escuchó con la mayor atencion, tanto por lo que le agradaban semejantes historias, cuanto por estar complicado en aquella un hombre conocido y odiado en extremo, cual era el de fray Cristóbal, enemigo declarado de los poderosos que abusaban de su autoridad y fuerza, contra los cuales hablaba y obraba siempre que podia. Continuó despues D. Rodrigo ponderando la dificultad de la empresa... la distancia... un convento... la señora... Al oír esta palabra, le interrumpió el caballero del castillo como si un demonio metido en su corazon se lo hubiese mandado, y añadió, que tomaba á su cargo la empresa. Apuntó el nombre de la pobre Lucía, y despidió á D. Rodrigo con la promesa de que dentro de poco le daria aviso de lo que se hubiese adelantado.

Nuestros lectores, que probablemente se acordarán de aquel perverso Egidio que vivia cerca del convento en que estaba recogida Lucía, han de saber ahora que el tal personaje era uno de los más íntimos amigos y camarada de iniquidades del caballero sin nombre, por cuya razon soltó con tanta facilidad su palabra. Sin embargo, apenas se halló solo, se arrepintió de haberla dado, impacientándose de su ligereza. Habia ya algun tiempo que sus fechorías le causaban, sino remordimientos, al ménos cierta desazon importuna. Las muchas que conservaba aglomeradas en su memoria, más bien que en su conciencia, se le presentaban vivamente al cometer una nueva maldad, pareciéndole harto incómodo su recuerdo, y abrumándole su excesivo número, como si cada una agravase sobre su corazon el peso de las anteriores. Empezaba ya á sentir otra vez aquella repugnancia que experimentó al cometer los primeros delitos, y que vencida despues, habia dejado de importunarle por espacio de muchos años. Pero si en los primeros tiempos la idea de un porvenir indefinido y de una vida larga y vigorosa llenaban su ánimo de una confianza irreflexiva, ahora por el contrario, la consideracion de lo futuro era la que le presentaba más desagradable lo pasado.

¡Envejecer!... ¡Morir!... ¿Y luégo? ¡Cosa admirable! La

imágen de la muerte, que en un peligro inmediato, delante de un enemigo, aumentaba el ánimo de aquel hombre, añadiendo el valor á la ira, la misma imágen ofreciéndosele durante el silencio de la noche, en la seguridad de su castillo, le causaba una extraordinaria consternacion, porque no era un riesgo que provenia de otro hombre tambien mortal, ni una muerte que pudiera repelerse con mejores armas y brazos más vigorosos, sino que venia por sí sola, estaba dentro de sí mismo, y áun cuando tal vez se hallase lejana, se acercaba por momentos **piso á paso**: y cuanto más se esforzaba por alejarla la imaginacion, se aproximaba más y más cada día. En los primeros años, los ejemplares sobrado frecuentes, y el espectáculo incesante, digámoslo así, de violencias, venganzas y asesinatos, inspirándole una atroz emulacion, le servian al mismo tiempo de disculpa, y áun de autoridad para adormecer los clamores de su conciencia; pero ahora se despertaba en él de cuando en cuando la idea confusa, aunque terrible, de un juicio individual y de una razon independiente del ejemplo. Por otra parte, el haberse distinguido de la turba vulgar de los malhechores, siendo solo en su especie, excitaba en su espíritu la idea de un espantoso aislamiento. Representábasele tambien la idea de Dios, aquel Dios de quien habia oido hablar, pero á quien desde tiempo muy antiguo no pensaba ni en negar ni en reconocer, ocupado únicamente en vivir como si no existiera. Y ahora en ciertas ocasiones de abatimiento, sin causa de terror, sin fundamento conocido, le parecia que en su interior le gritaba: *Yo existo*. En el fervor juvenil de sus pasiones, la ley que habia oido anunciar á nombre de ese mismo Dios, la hubiera juzgado aborrecible; pero ahora, cuando la memoria se la recordaba, su razon la admitia, á pesar suyo, como cosa practicable y áun obligatoria. Sin embargo léjos de dejar traslucir ni en obras ni en palabras algo de esta nueva inquietud, la ocultaba cuidadosamente, y disfrazándola con las apariencias de una más intensa y profunda ferocidad, trataba por este medio de ocultársela á sí mismo ó de disiparla. Envidiando (ya que no

le era dado aniquilarlos ni olvidarlos) aquellos tiempos en que solia cometer maldades sin remordimientos, y sin más cuidado que el de su feliz éxito hacia los mayores esfuerzos á fin de que volviesen, y de robustecer de nuevo aquella antigua voluntad resuelta, orgullosa, imperturbable persuadiéndose á sí mismo que era todavia el hombre de entónces.

Esta fué la causa de haber empeñado su palabra inmediatamente para cerrar la entrada á toda reflexion que pudiera hacerle titubear. Pero apénas salió D. Rodrigo, cuando conociendo que se debilitaba su resolucion, y que poco á poco le ocurrían pensamientos que le inclinaban á faltar á su palabra, exponiéndole á quedar mal coñ un amigo y cómplice suyo: para cortar de una vez tan penosa lucha, hizo llamar al *Gavilan*, uno de sus más arrojados y diestros satélites, y el mismo de quien se valia para su correspondencia con Egidio, y con tono resuelto le mandó que montase al momento á caballo, marchase en derechura á Monza, é informando á Egidio del compromiso en que se hallaba, le pidiese dictámen, medios y cooperacion para salir de él con lucimiento.

Volvió el perverso mensajero más presto que lo que su amo esperaba, diciéndole de parte de Egidio que la empresa era segura y fácil, para lo cual convenia que enviase un coche que no fuese conocido, con dos ó tres bravos disfrazados, y que todo lo demas quedaba de su cuenta. Con esta contestacion el caballero del castillo, pasase lo que pasase en su interior, dió inmediatamente la orden al mismo *Gavilan* para que todo lo dispusiese al tenor de la respuesta de Egidio, y marchase á la expedicion con otros dos que le designó por compañeros.

Si Egidio, para prestar el horrible servicio que se le pedia, hubiese contado con sus medios ordinarios, seguramente no hubiera dado con tanta facilidad una contestacion tan terminante; pero en aquel mismo asilo en donde al parecer todo debia ofrecer obstáculos insuperables, tenía el perverso jóven un medio que él solo conocia; y lo que para otros hubiera sido una de las mayores dificultades, era para él un instru-

mento de ejecucion de su proyecto. Ya hemos referido cómo la desgraciada Gertrúdis dió una vez oído á sus palabras, y el lector debe haber conocido que aquella vez no fué la última, sino el primer paso en una carrera de perversidad y de sangre. Habiendo aquellas mismas palabras adquirido un predominio absoluto sobre Gertrúdis, ó diré mejor, una autoridad irresistible para el delito, le impusieron en esta ocasion el sacrificio de la inocente puesta bajo su patrocinio.

Horrorizóse Gertrúdis á semejante propuesta. Hubiérala parecido una desgracia perder á Lucía por un acontecimiento imprevisto, y sin culpa suya; pero deshacerse de ella por medio de una atroz perfidia, era un delito que repugnaba á su corazon, aunque corrompido. Para eximirse, pues, de tan horrendo mandato empleó todos los medios posibles, á excepcion del único infalible que estaba en su mano; porque sojuzgada su voluntad, no sabía resolverse á un rompimiento. El delito es un dueño rígido é inflexible, contra el cual sólo es fuerte el que se decide á una completa rebelion. Á esta no pudo determinarse Gertrúdis, y obedeció.

Era llegado el funesto día, y se acercaba ya la hora señalada. Retirada Gertrúdis con Lucía en su locutorio privado, la acariciaba más de lo regular, y la inocente jóven recibía y pagaba con excesiva ternura aquellas caricias, como la oveja que, balando bajo la mano del pastor que la palpa y suavemente la arrastra, se vuelve á lamer aquella misma mano, sin imaginar que fuera del redil la aguarda el carnicero, á quien acaba de venderla el mismo que la halaga.

— Necesito — le dijo Gertrúdis — que me hagas un favor: tú sola puedes hacérmelo, pues aunque tengo mucha gente que me sirva, ninguna es para mí de tanta confianza como tú. Por un asunto mio de mucha importancia, que te contaré despues, necesito hablar inmediatamente al padre Guardian de los capuchinos, el mismo que te ha traído aquí. Tambien me importa mucho, querida Lucía, que nadie sepa que yo le mandé llamar, y tú sola puedes secretamente llevar este recado...

Aterró á Lucía semejante propuesta, y con su natural sencillez, pero sin dejar de manifestar admiracion, alegó inmediatamente para excusarse, todas las razones que la monja debía conocer y haber previsto por sí misma: es decir, el haber de caminar sola sin su madre, sin persona alguna que la acompañase, en un paraje tan solitario, y en país desconocido... Pero Gertrúdis, aleccionada en una escuela infernal, manifestó disgusto é igualmente admiracion de encontrar tanta resistencia de parte de una persona á quien había hecho tantos beneficios, y aparentó tener por vanas las disculpas, alegando el ser de día claro, corta la distancia, el camino andado poco ántes por Lucía, y tan fácil, que con pocas señas no lo erraria cualquiera que jamas lo hubiese visto; y en fin, tanto dijo, tanto peroró, que la pobre Lucía, no ménos por encogimiento que por gratitud, dejó caer esta expresion:

— Y bien, ¿qué es lo que he de hacer?

— Véte al convento de los capuchinos (y aquí le dió de nuevo las señas del camino), harás que llamen al padre Guardian, y le dirás que venga á verme al momento, sin dejar traslucir que es á peticion mia.

— ¿Y qué podré decir á la demandadera, que no habiéndome visto salir nunca, me preguntará dónde voy?

— Harás lo posible por salir sin que te vea; pero si no pudiese ser, le dirás que vas á tal iglesia, á que has prometido ir á rezar una estacion.

El mentir fué una nueva dificultad para Lucía; pero la señora se mostró tan afligida de su resistencia, le afeó tanto el que antepusiese un vano escrúpulo á la gratitud, que la infeliz muchacha, más atolondrada que convencida, y arrastrada sobre todo por las últimas palabras, respondió:

— Bien, iré; Dios me ayude.

Y echó á andar.

Cuando Gertrúdis, que inquieta la seguía con los ojos desde la reja, la vió poner el pié en el umbral, impulsada por un sentimiento irresistible, llamó diciendo:

— Oye... Lucía.

Volvió esta la cabeza, se acercó á la reja; pero ya el pensamiento dominante habia ocupado de nuevo la triste imaginacion de Gertrúdis; la cual aparentando no estar bien satisfecha de las señas que habia dado á Lucía, le trazó otra vez el camino que debia seguir, y la despidió diciendo:

— Vaya, haz bien mi encargo y vuelve presto.

Salió Lucía sin ser vista, tomó el camino con los ojos bajos, y muy arrimada á la pared, y halló por las señas, y lo que se acordaba, la puerta del arrabal; salió por ella, y marchando toda metida en sí y algo trémula por el camino real, llegó y conoció el que conducia al convento. Este camino era y es todavía muy hondo, como el cauce de un riachuelo con árboles á los lados, que á manera de bóveda casi lo cubren. Al entrar en él Lucía, y viéndole tan solitario, se aumentó su miedo, y comenzó á apresurar el paso; pero á corta distancia cobró algun ánimo al divisar un coche de camino, parado, y delante de la portezuela abierta, dos viajeros que miraban de un lado á otro, como si temiesen haber errado el camino. Habiéndose acercado más, oyó á uno de los dos que decia: « Aquí viene una buena mujer que nos enseñará el camino. » En efecto, llegada al coche, el mismo hombre con más agrado que lo que anunciaba su cara, se volvió y le dijo:

— Niña, ¿quiere usted enseñarnos el camino de Monza?

— Van ustedes de todo punto extraviados... Monza está hácia aquella parte, contestó la pobrecilla, volviéndose para señalar con el dedo, cuando el otro compañero, que era el *Gavilan*, cogiéndola de repente por la cintura, la levantó del suelo. Aterrada Lucía, volvió la cabeza, dió un grito, y el perverso la metió en el coche. Cogiola otro que estaba dentro al vidrio, y á pesar de sus esfuerzos y gritos, la plantó sentada en la testera delante de sí, al paso que otro tapándole con un pañuelo la boca, ahogó su voz y sus gemidos. Al momento se metió también el *Gavilan* en el coche, se cerró la portezuela, y echaron á andar á carrera tendida, quedando en tierra el que la habia hecho aquella traidora pregunta, el cual miró arrebatadamente todo alrededor, y viendo que

nadie habia, se puso de un salto en el alto de la orilla, se aseguró de una rama de un seto que guarnecía el camino, brincó al otro lado, y entrando en unos matorrales que se extendian por largo trecho, se ocultó en ellos, para que no le viesen las gentes que hubiesen podido acudir á los gritos. Era este un satélite de Egidio, que apostado cerca de la puerta del convento, vió á Lucía salir, le tomó las señas, y por un atajo marchó á aguardarla al punto convenido.

¿Quién podrá ahora describir la angustia de aquella desgraciada, y dar una idea de lo que pasaba en su corazón? Espantada abria los ojos para conocer su horrible situacion, y al punto los cerraba por la repugnancia y el terror que le infundian aquellos monstruos.

Á veces forcejaba; pero por todas partes estaba sujeta: otras reunia todas sus fuerzas, intentando arrojarla á la portezuela; pero la tenian como clavada en la testera del coche dos robustos brazos, y cuatro groseras manos la empujaban hácia ella. En cuanto hacia el menor esfuerzo para dar un grito, el pañuelo se le ahogaba en la boca: entre tanto tres bocas de infierno, con la suavidad que su bronca voz les permitia, no cesaban de repetir: « Calla, calla, no tengas miedo; no tratamos de hacerte mal. » Despues de algunos momentos de tan penosa lucha, pareció tranquila, soltó los brazos, dejó caer la cabeza atras, levantó con trabajo los párpados, sus ojos quedaron inmóviles, y aquellas horrendas caras le parecieron un conjunto confuso de monstruos; faltóla el color del rostro, que se le cubrió de un sudor helado, y perdió el uso de los sentidos.

— ¡Ánimo! ¡ánimo! — decia el *Gavilan*. — ¡Ánimo! ¡ánimo! — repetian los otros dos bribones; pero la falta de sentido libraba á Lucía de oír las voces de consuelo de aquella canalla.

— ¡Qué diablos! — dijo uno, — parece muerta. ¿Si habrá muerto de véras?

— Vaya, — contestó el otro; — es uno de aquellos accidentes que padecen las mujeres. Yo sé que cuando he querido

enviar al otro mundo algun penitente, hombre ó mujer, muy diferentes eran sus visajes.

— Basta, — dijo el *Gavilan*; — piense cada uno en cumplir con su obligacion, sin tantas bachillerías. Sacad de debajo de los almohadones los trabucos por tenerlos listos, porque en ese bosque en que vamos á entrar hay siempre algunos bribones agachados; pero no en la mano de esa manera: ¡qué diablos! ponedlos á la espalda tendidos. ¿No veis que esta muchacha es una gallina que de todo se asusta? Si ve armas, es capaz de morirse de véras. Cuando vuelva en sí, cuidado con meterle miedo: ni la toquéis, sino cuando yo os haga una seña. Yo solo basto para tenerla: callad, pues; dejadme que hable yo solo.

Con esto el coche habia entrado ya en el bosque.

Al cabo de algun tiempo la pobre Lucía empezó á volver en sí, como si despertara de una profunda pesadilla, y abrió los ojos. Tardó algun tanto en distinguir los fieros objetos que la rodeaban, y en coordinar sus ideas; pero al fin comprendió de nuevo su espantosa situacion.

El primer uso que hizo de sus pocas fuerzas recobradas fué el arrojarle hácia la portezuela del coche; pero la contuvieron, y no consiguió sino ver un instante la silvestre soledad por donde pasaba. Levantó de nuevo la voz; mas alzando el *Gavilan* su manaza con el pañuelo, le dijo con la mayor dulzura que pudo:

— Vaya, estáte quieta, que será mejor para ti. No tratamos de hacerte mal; pero si no callas, nosotros te haremos callar.

— ¡Dejadme! ¿quiénes sois vosotros?... ¿Adónde me lleváis? ¿por qué me habéis detenido? dejadme, dejadme.

— Te repito que no tengas miedo. Ya no eres una niña, y bien debes conocer que no queremos hacerte mal. ¿No ves que si fuera mala nuestra intencion, ya te hubiéramos podido matar cien veces?

— No, no, dejadme que me vaya mi camino. Yo no os conozco.

— Nosotros te conocemos á ti.

— ¡Ay, Virgen bendita! ¡Dejadme ir por amor de Dios! ¿quiénes sois vosotros? ¿por qué me habéis preso?

— Porque nos lo han mandado.

— ¿Quién, quién ha podido mandároslo?

— ¡Chiton! — dijo el *Gavilan* con ceño. — Á nosotros no se nos preguntan esas cosas.

Otra vez intentó Lucía arrojarle de improviso á la portezuela; pero viendo que era inútil, acudió de nuevo á las súplicas, y con el rostro inclinado y las mejillas bañadas en lágrimas, la voz interrumpida con los sollozos, y las manos juntas delante de los labios, decia:

— ¡Ay de mí! ¡dejadme marchar por amor de Dios! ¡por los dolores de María Santísima, dejadme marchar! ¿Qué mal os he hecho yo? Yo soy una infeliz que á nadie he hecho daño. El que me habéis hecho os lo perdono de todo corazón, y rogaré á Dios por vosotros. Si tenéis una hija, una esposa ó una madre, reflexionad lo que sufriria si se hallase en mi lugar. Acordaos que todos hemos de morir, y que un dia deseareis que el Señor use con vosotros de misericordia. Dejadme ir, ó dejadme aquí, que el Señor hará que encuentre mi camino.

— No podemos.

— ¿No podéis? ¿Y por qué? ¿Adónde queréis llevarme?

— No podemos decirlo: todo es inútil. No tengas miedo; ningun daño te hemos de hacer. Estáte quieta, y nadie te tocará.

Angustiada Lucía, desalentada y llena de terror al ver que sus palabras no producian efecto alguno, se dirigió al que tiene en sus manos el corazón de los hombres, y puede cuando quiere enternecer á los más endurecidos. Acurrucóse, pues, en el rincón del coche, cruzó los brazos sobre el pecho y oró fervorosamente en su corazón, y sacando luego el rosario, empezó á rezarle con más fe y devocion que nunca. Esperando de tiempo en tiempo haber alcanzado la divina misericordia, se volvía á suplicar otra vez á sus

verdugos; pero siempre inútilmente. Volvía á perder el uso de los sentidos, y los recobraba luégo para padecer nuevas angustias. Pero ya nos falta el ánimo para continuar describiéndolas más tiempo. La compasion nos apresura á que lleguemos al término de aquel viaje, que duró más de cuatro horas, y despues del cual tendremos que pasar otras tambien de angustias. Trasladémonos, pues, al castillo, en donde aguardaban á la desgraciada.

Aguardábala el dueño con un interes y una suspension de ánimo no acostumbrado. ¡Cosa particular! el que con espíritu imperturbable habia dispuesto de tantas vidas, y en todas sus fechorías siempre tuvo en nada las congojas que habia hecho sufrir, ménos cuando alguna vez por espíritu de venganza se gozaba en ellas, ahora al cometer este atentado contra una miserable aldeana, experimentaba cierta especie de repugnancia, de disgusto, y áun pudiéramos decir de miedo.

Habia algun tiempo que desde una ventana de las más altas del castillo estaba en acecho mirando hácia la entrada del valle, cuando apareció el coche, que venía con mucha lentitud, porque la primera carrera á galope tendido habia debilitado la fuerza de los caballos. Aunque desde la altura en que estaba en observacion, parecia el coche uno de aquellos de carton con que se entretienen los muchachos, le conoció inmediatamente, sintiendo en su corazon nuevos y más fuertes latidos.

— ¿Si vendrá en él? — dijo para sí. — ¡Cómo me fastidia el asunto de esa mujer! Voy á desembarazarme de semejante encargo.

Y ya se disponía á llamar á uno de sus satélites para que llegándose al coche mandase al *Gavilan* que diese la vuelta y condujese á Lucía al castillo de D. Rodrigo; pero cierta voz imperiosa que resonó en su interior le hizo desistir de tal pensamiento. Sin embargo, no pudiendo resistirse al ansia de mandar alguna cosa, y fastidiado de estar aguardando ociosamente el coche, que se acercaba con una lenti-

titud que para él tenia accidentes de molestia, llamó á una vieja que tenía en su casa.

Hija esta de un antiguo conserje del castillo, habia nacido en él, y allí habia pasado toda su vida. Lo que desde su nacimiento habia visto y oido la habia hecho formar un concepto asombroso y terrible del poder de sus amos, y la máxima principal que le habian inspirado la educacion y el ejemplo, era la de que convenia obedecerlos en todo y por todo, porque podian hacer mucho mal y mucho bien. La idea de obligacion depositada como gérmen en el corazon de los hombres, desenvolviéndose en el suyo á par que las de un respeto, un temor y una codicia servil, se habia identificado en ella con estos sentimientos. Cuando su amo, despues de entrar en posesion de sus bienes, empezó á hacer de ellos aquel uso espantoso que hemos visto, experimentó la mujer al principio cierta repugnancia acompañada de un sentimiento más profundo de sumision, acostumbrándose con el tiempo á lo que diariamente veía y oía; por manera que la voluntad firme y desenfrenada de aquel poderoso era para ella una especie de fallo de la justicia. Casóse en edad madura con uno de los criados de la casa, el cual, habiendo salido muy luégo á una expedicion peligrosa, quedó en la estacada, dejando sus huesos en una encrucijada y á la mujer viuda en el castillo. La venganza que tomó su amo en aquella ocasion fué para ella un consuelo feroz, y aumentó su vanidad por hallarse bajo tan poderosa proteccion.

Desde entónces salia raras veces del castillo, y poco á poco de todas las ideas humanas no le quedaron más que las que recibia en aquel paraje. No estaba destinada á ocupacion alguna particular, pero entre aquella caterva de satélites, ya uno, ya otro le daba que hacer á cada instante, y esto era lo que la mortificaba. Ya tenía que remendar trapos, ya que preparar apresuradamente la comida para los que solian volver de alguna expedicion, y ya heridos que curar. Los urgentes mandatos de aquella canalla, sus reconvenciones, y hasta las expresiones de agradecimiento iban siempre acom-

pañadas de improperios y apodos, siendo el usual el de vieja con el apéndice que siempre le añadian, y que variaba segun las circunstancias y el humor del que hablaba. Incomodada la mujer en su pereza, y provocada en su cólera, que eran sus dos pasiones predominantes, pagaba á veces semejantes cumplimientos con expresiones en que Satanas



Quedó el caballero á la ventana.

hubiera encontrado más rastros de ingenio que en las de sus provocadores.

— ¿Ves allá abajo aquel coche? — le dijo su amo.

— Bien le veo, — contestó la vieja, sacando afuera la afilada barba y violentando los ojos, como si hubiese querido hacerlos salir de sus órbitas.

— Ea, pues, haz que al momento dispongan una litera; métete en ella, y que te lleven á la *Malanoche*; pronto,

pronto, para que llegues ántes que ese coche, que trae un paso de caracol. Viene en él, ó debe venir, una muchacha; si con efecto viene, dile al *Gavilan* que la meta en la litera, y que inmediatamente suba aquí. Tú entrarás en ella... en la litera, y en llegando, la conducirás á tu cuarto. Si te preguntase dónde va, de quién es el castillo, cuidado con decirle...

— Ya, ya, — dijo la vieja.

— Pero ánimala, — dijo el caballero.

— ¿Qué he de decirle?

— ¿Qué has de decirle? ánimala te digo. ¡Tan vieja, y no sabes cómo se anima á una persona! ¿nunca has tenido tú pesadumbres? ¿no has tenido tú nunca miedo? ¿no sabes las palabras que consuelan en semejantes circunstancias? díselas, ¡mal rayo te parta! y véte pronto.

En cuanto se fué la vieja, quedó el caballero á la ventana con los ojos clavados en el coche, que ya iba progresivamente pareciendo más grande. Miró luego al sol, que entonces caminaba á ocultarse detras de la montaña: miró detras á las nubes, que de pardas se volvieron en un instante de color de fuego; por último se retiró, cerró la ventana, y empezó á pasear arriba y abajo por el cuarto con pasos de caminante que tiene prisa.

CAPÍTULO XXI

Ya habia marchado la vieja á obedecer, y á mandar con la autoridad de un nombre que, pronunciado en aquel sitio, servia para todos de espuela, pues á nadie podia ocurrirle que hubiera quien se aventurase á abusar de él. Llegó con efecto á la *Malanoche* poco ántes que el carruaje, y viéndole cerca, salió de la litera, hizo señal al cochero para que parase, se acercó á la portezuela, y al *Gavilan* que sacó la cabeza le comunicó al oído la órden de su amo.

Al pararse el coche, se movió Lucía, volviendo de una especie de letargo en que estaba sumergida. Sobresaltóse de nuevo, abrió la boca y los ojos, y quedó como espantada. Vuolto á su rincón el *Gavilan*, la vieja con la barba apoyada en el borde de la portezuela y mirando á Lucía, le iba diciendo :

— ¡ Vén, pobrecita niña ! vén conmigo, que tengo órden de tratarte bien y animarte.

Al oír de una voz femenil, se consoló y animó momentáneamente Lucía ; pero sobrecogida de nuevo de más profundo espanto :

— ¿ Quién es usted ? — preguntó con voz trémula y mirando como atónita la cara de la vieja, que repetía sin cesar : « Vén, pobrecilla, vén, querida mía. »

Conjeturando el *Gavilan* y sus dos compañeros por las palabras extraordinariamente halagüeñas de la vieja las intenciones del amo, trataban de persuadir á Lucía con buenos modales á que obedeciera : sin embargo, esta no cesaba de mirar afuera, y aunque el lugar silvestre y desconocido y la presencia de sus opresores no le dejaban esperanza de ser socorrida, abrió la boca para gritar ; pero al leer en los ojos del *Gavilan* la amenaza del pañuelo, calló, tembló, forcejó ; no obstante, la agarraron y la metieron en la litera. Entró tras de ella la vieja : el *Gavilan* dispuso que los dos satélites fuesen detras como de escolta ; y él se apesuró á ir á recibir las órdenes de su amo.

— ¿ Quién es usted ? — preguntaba con ansia Lucía, mirando aquel espantoso y arrugado gesto. — ¿ Dónde estoy ? ¿ Dónde me llevan ?

— Á la presencia de quien quiere hacerte bien, — respondió la vieja, — de un gran... ¡ Dichosos aquellos á quienes quiere hacer bien ! ¡ Qué fortuna para ti ! ¡ qué fortuna ! No tengas miedo ; alégrate... me ha mandado que te anime. Le dirás que te he animado ; ¿ sí ?

— ¿ Quién es ?... ¿ por qué ? ¿ para qué me quiere ? yo no soy suya. Dígame usted dónde estoy. Déjeme usted que me

vaya, Dígame usted á esa gente que me dejen... que me lleven á alguna iglesia. ¡ Ay ! usted que es mujer, en nombre de María Santísima...

Este dulce y santo nombre que con veneracion habia preferido la vieja en sus primeros años, y en largo tiempo no habia vuelto á invocar, ni tal vez á oír, hizo en su ánimo una sensacion confusa, extraña y lenta, como la memoria de la luz y de las formas en un octogenario ciego desde su infancia.

Entre tanto el caballero, de pié en la puerta del castillo, miraba abajo viendo la litera, como ántes el coche, subir paso á paso, y delante de ella á distancia que progresivamente se aumentaba, marchar el *Gavilan* presuroso. Llegado arriba, « Vén acá, » le dijo su amo, y precediéndole, entró, y se metió en una pieza del castillo.

— ¿ Y bien ? — dijo, parándose en ella.

— Todo á pedir de boca, — contestó el *Gavilan* bajando la cabeza. — El aviso á tiempo ; la mujer á tiempo ; nadie en el camino ; un grito sólo al que nadie acudió ; el cochero listo ; los caballos á escape ; ningun encuentro ; pero...

— ¿ Pero qué ?

— Pero... digo la verdad, hubiera preferido que se me hubiera mandado darle un tiro por detras, sin verla, sin oirla hablar.

— ¿ Cómo, cómo ? ¿ Qué dices ?

— Digo que en todo el camino... ¡ Vaya, me ha causado muchisima compasion !

— ¿ Compasion?... ¿ Qué entiendes tú de compasion ? ¿ Qué es compasion ?

— Nunca lo he entendido como esta vez. Es una cosa así á la manera de miedo. Si uno deja que se apodere de él, ya no es hombre.

— Oigamos un poco cómo ha hecho para moverte á compasion.

— ¡ Ah, señor excelentísimo ! Tanto tiempo llora que te llora ; quedarse blanca, blanca como una muerta, luégo so-

llozar, poner ciertos ojos... Volver á llorar diciendo tales palabras... ¡ Vaya qué palabras !...

— No la quiero en mi casa, — decia entre tanto para sí el señor del castillo: — no la quiero. En mala hora me he comprometido ;pero ya he dado mi palabra... en fin, la he dado... Cuando ya esté lejos...

Y levantandola la cara en ademan imperioso hácia el *Gavilan*, le dijo:

— Ea, pues, deja á un lado tu compasion, monta á caballo, llévate un compañero ó dos, si quieres, y echa á andar, y no pares hasta llegar al castillejo de aquel D. Rodrigo... ya sabes... Dile que envíe inmediatamente, ¿ estás ? inmediatamente, porque si no...

Pero un no interior más poderoso que el primero le impidió concluir.

— No, — dijo con tono resuelto como para expresarse á sí mismo la orden de aquella voz secreta; — no, véte á descansar, y mañana por la mañana harás lo que yo te diga...

— ¡ Algun demonio tiene esta mujer en su favor ! — decia entre sí, hallándose ya solo, y de pié con los brazos cruzados, y la vista clavada en un punto del suelo, en donde entrando por una ventana alta los rayos de la luna, designaban un cuadro de luz pálida cortado en cuadros menores por los hierros de la reja, y en otros más pequeños por las divisiones de los vidrios. — ¡ Algun demonio ó algun ángel la protege ! ¡ Compasion el *Gavilan* !... Mañana, temprano, saldrá de aquí para su destino, y ya no se hable más de ella... y que no venga ese mentecato de D. Rodrigo á romperme la cabeza para darme las gracias, porque no quiero oír hablar de ella... Le he servido porque... porque se lo ofrecí... y lo ofrecí... porque es mi destino; pero he de hacer que me pague bien caro este servicio.

Y empezando á discurrir alguna empresa escabrosa en que pudiese ocupar á D. Rodrigo en pago, ó más bien en pena, vino á interponerse de nuevo en su mente la compasion del *Gavilan*.

— ¡ Mujer singular debe ser esta ! — continuó para sí, llevado siempre de aquel pensamiento. — ¿ Qué medio habrá empleado ? ¡ Compasion el *Gavilan* !... no, pero sí ; quiero verla.

Y pasando de una pieza en otra, halló una escalerita, se dirigió á tientas al cuarto de la vieja, y con el pié llamó á la puerta.

— ¿ Quién es ? — preguntó la vieja.

— Abre, — respondió el amo.

Á esta voz dió la mujer un brinco, y al punto se oyó correr el cerrojo, y de par en par se abrió la puerta. Desde el umbral recorrió el señor del castillo con la vista todo el cuarto, y á la luz de una lamparilla que estaba ardiendo sobre una mesa, vió á Lucía en el suelo acurrucada en el rincon del cuarto más distante de la puerta.

— ¿ Y quién te ha mandado ; — dijo con ira á la vieja, — quién te ha mandado, desalmada, que la echés allí como un costal de andrajos ?

— Ella se colocó donde quiso, — respondió humildemente la vieja. — Ya he hecho cuanto he podido para animarla : ella misma lo puede decir.

Acercándose el caballero al rincon en que estaba Lucía : « Levántate, » le dijo ; pero Lucía, á quien el llamar á la puerta, el abrir, las pisadas y la voz habian causado nuevo espanto, permanecia encogida en su rincon, tapándose con las manos la cara, y sin más movimiento que el del temblor que ocupaba todo su cuerpo.

— Levántate, que ningun daño quiero hacerte y puedo hacerte bien, — replicó el señor del castillo ; — levántate, — dijo con voz más fuerte y como irritado de haber mandado una cosa dos veces en balde.

Animada por el mismo terror, se puso la infeliz inmediatamente de rodillas, y juntando las manos como si se posturara delante de una imágen, levantó los ojos hácia el caballero, y bajándolos al instante, dijo :

— Aquí estoy, máteme vuestra señoría.

— He dicho que no trato de hacerte daño, — respondió el señor del castillo con voz más blanda, al ver sus facciones alteradas con la aflicción y el miedo.

— Ánimo, ánimo, — decía la vieja: — si el mismo señor te asegura que no quiere hacerte daño.

— ¿Y por qué, — contestó Lucía, con una voz en que, entre el temblor del sobresalto, se advertía la firmeza de la desesperación; — por qué vuestra señoría me hace sufrir las penas del infierno? ¿Qué le he hecho yo?

— ¿Has sido acaso maltratada? dímelo.

— ¿Qué más maltratada que haberme aprisionado á traición por fuerza? ¿Y por qué? ¿por qué me han detenido? ¿por qué estoy aquí? ¿qué sitio es este? ¿qué les he hecho yo? yo soy una desgraciada. ¡Por amor de Dios!..

— ¡Dios! ¡Dios! — interrumpió el caballero; — siempre Dios. Los que no pueden defenderse por sí, ni tienen fuerza para ello, siempre tienen á ese Dios en la boca, como si le hubiesen hablado. ¿Qué pretendes con esa palabra? háceme...

Y dejó la frase sin concluir.

— ¿Yo pretender? ¡Ah, señor! yo, infeliz de mí, ¿qué puedo pretender sino que vuestra señoría use conmigo de misericordia? ¡Perdona Dios tantas culpas por una obra de misericordia! Déjeme vuestra señoría, déjeme en caridad que me vaya... Ved, señor, que habéis de morir, y tendréis gran sentimiento de haber hecho padecer tanto á una pobre criatura. Vuestra señoría, que puede mandarlo, dígales que me dejen. Aquí me han traído por fuerza... Que me encierren otra vez con esa mujer, y que me lleven donde está mi madre. ¡Ay, Virgen bendita! ¡mi pobre madre! quizá no está lejos de aquí. Mande vuestra señoría que me lleven á alguna iglesia: yo rogaré á Dios por vuestra señoría. ¿Qué le cuesta decir una palabra?... Me parece que vuestra señoría se mueve á compasión. ¡Cuántas cosas no perdona Dios por una obra de misericordia!

— ¡Ah! ¿por qué no será hija de alguno de los que me

han desterrado? — decía entre sí el señor del castillo, — de alguno de aquellos malvados que quisieran verme muerto?



Habermé aprisionado á traición por fuerza? ¿por qué estoy aquí?

que ahora me gozaria en su aflicción, y no que en su lugar...

— No se resista vuestra señoría á una buena inspiración, —

continuaba con fervor Lucía, algo más alentada al ver ciertas señales de perplejidad en el semblante de su tirano... — Si vuestra señoría no me hace esta merced, me la hará el Señor quitándome la vida, y todo para mí se acabará. Quizá algún día... pero no, no : que yo siempre rogaré al Señor que le preserve de todo mal. ¿ Qué os cuesta pronunciar una palabra? Si vuestra señoría experimentase las angustias que yo paso...

— Vaya, consuélate, — interrumpió el caballero con cierta dulzura que dió en qué pensar á la vieja. — ¿ Te he hecho yo por ventura algun mal? ¿ te he amenazado ?

— ¡ Ah, no, señor! veo que vuestra señoría tiene buen corazon, y se compadece de esta pobre. Si vuestra señoría quisiera, podria hacerme más mal que otro alguno... porque podria hacer que me matasen ; pero en su lugar, me ha consolado. ¡ Dios se lo pague! Corone, pues, vuestra señoría la obra, y póngame en libertad.

— Mañana por la mañana...

— ¡ Ah, no, señor! ahora, ahora.

— Te digo que mañana por la mañana nos veremos : entre tanto, consuélate y descansa. Debes tener falta de alimento ; ahora os traerán de comer.

— ¡ Ah, señor! yo me muero si álguien entra aquí. Llévame á alguna iglesia ; Dios os tendrá en cuenta los pasos que diereis.

— Una mujer será la que venga, — dijo el señor del castillo, y diciéndolo quedó admirado él mismo de ver cómo le habia ocurrido semejante recurso, y cómo se habia visto forzado á buscar un medio para alentar á una despreciable mujercilla. — Y tú — continuó volviéndose á la vieja — á mala á que coma alguna cosa, métela en la cama para que descanse : si no la incomoda tu compañía, bien, y si no, podrás pasar una noche en el suelo : consuélala, y cuidado que la incomodes.

Diciendo esto, se dirigió á la puerta. Lucía corrió tras de él para detenerle, pero ya habia marchado.

— ¡ Desgraciada de mí! — exclamó. — Cierre usted presto la puerta; — y en cuanto oyó dar una hoja con la otra y correr el cerrojo, se volvió á su rincon. — ¡ Ay desgraciada de mí — exclamó de nuevo sollozando. — ¿ Á quién me dirigiré ahora? ¿ Dígame usted en caridad dónde estoy? ¿ Quién es ese señor, ese que me ha hablado?

— ¿ Quién es? ¡ Hola! ¡ quisieras que yo te lo dijera!... ¡ Yo!... Aguárdate un poco. ¡ Hola! ¿ porque te protege te has llenado de humo, y quisieras que yo satisficiera tu curiosidad para que me ahorcara luégo?... Pregúntaselo á él. Si yo te lo dijera, no caerian sobre mí esos requiebros que has oido. Yo ya soy vieja, — prosiguió refunfuñando entre dientes, — y á perro viejo no hay tus, tué. ¡ Mal hayan las mozelas! que llorando ó riendo, siempre, siempre parecen bien, y siempre tienen razon...

Pero al oir que Lucía sollozaba, y acordándose de lo que le habia mandado su amo, se bajó hácia la pobrecita acurrucada, y con voz blanda le dijo :

— Vaya, que nada te he dicho que pueda ofenderte. Tranquilízate... no me preguntes las cosas que no te puedo decir ; y en cuanto á lo demas, ten buen ánimo. ¡ Ah si supieras! ¡ Cuánta gente se alegraria de que le hablase como á tí te ha hablado! Alégrate, pues, tambien tú ; presto traerán de comer... Y yo que entiendo las cosas... estoy segura, segun te ha hablado, de que te irá bien. Despues te meterás en la cama, y si quieres dejarme un ladito... — añadió con un acento de rabia reprimida.

— No quiero comer, — contestó Lucía ; — no quiero dormir : dejadme quieta aquí, y no os acostéis ni os apartéis de mi lado.

En este estado no sentia ni el frio ni el hambre, y como atolondrada, no tenia de su afliccion y de su mismo miedo sino una idea confusa, á manera de la que tiene de sus sueños un calenturiento.

Recobróse cuando oyó llamar á la puerta, y levantando la cabeza gritó:

— ¿Quién es? ¿quién es? Que nadie éntre.

— Nada, nada, buena noticia, — dijo la vieja; — es Marta que trae de comer.

— Cierre usted... cierre usted aprisa, — gritaba Lucía.

— Poco á poco, — dijo la vieja.

Y tomando de Marta un cesto, la despachó apresuradamente, cerró la puerta y fué á poner el cesto sobre una mesa en medio del cuarto. Llamó luego repetidas veces á Lucía, brindándola para que fuese á disfrutar de aquellos manjares.

Empleaba las palabras á su parecer más eficaces para convencer á su huésped, ó prorumpía en exclamaciones ponderando los platos y las salsas.

— Estos son — decía — bocados de cardenal; el vino es el que bebe el amo con sus amigos, cuando alguno llega y tratan de alegrarse.

Pero viendo que con toda su elocuencia nada adelantaba:

— Ya ves — le dijo — que eres tú la que no quiere: no digas mañana que no te he animado. Yo cenaré, y quedará aquí sobrada comida para cuando tú dejes de ser tonta y quieras obedecer.

Dicho esto, se arrojó con ansia sobre la comida, y cuando no quiso más, volvió al rincón, é instó de nuevo á Lucía por que tomase alguna cosa y se acostase.

— No, nada quiero, — contestó Lucía con voz apagada, y como soñolienta; y prosiguió luego con más resolución: — ¿Está cerrada la puerta? ¿Está bien cerrada?

Y después de haber mirado alrededor, se levantó, y con las manos adelante y paso ligero se dirigió á ella.

Llegóse ántes la vieja, y meneando la puerta y el cerrojo, dijo:

— ¿Lo ves cómo está bien cerrada? ¿Estás contenta ahora?

— ¡Yo contenta en este lugar! — contestó Lucía acogiéndose de nuevo á su rincón; — pero el Señor sabe que estoy aquí.

— Vén á dormir: ¿qué has de hacer ahí echada como un

perro? ¿quién ha visto no aprovecharse de las comodidades cuando se pueden disfrutar?

— No, no, déjeme usted en paz.

— Tú eres quien lo quiere así, yo me echo aquí en la orilla: te dejo casi toda la cama. Si quieres venir á acostarte, vén en hora buena. Acuérdate que te he instado muchísimas veces.

Diciendo esto, se metió vestida debajo de la ropa, y todo quedó en silencio.

Sentada é inmóvil estaba Lucía en aquel rincón con las rodillas pegadas al cuerpo, las manos en las rodillas y la cara en las manos. Ni velaba ni dormía, embebecida en una rápida serie de pensamientos, aprensiones y temores. Ya más en su acuerdo, y penetrada de los horrores que habia visto y sufrido aquel día, calculaba mejor la realidad de las circunstancias en que se hallaba envuelta. Ahora trasladando su imaginación á una región más oscura, luchaba con los fantasmas que le presentaba el terror con la incertidumbre. Permaneció largo tiempo en esta crisis de angustia, hasta que por fin quebrantada y abatida dejó caer sus miembros doloridos, y tendida quedó algun rato en un estado casi parecido al sueño; pero no tardó en recobrase por cierto impulso interior que la excitó á examinar é indagar más detenidamente las causas de su terrible situación.

Paróse á escuchar cierto ruido que oía, y advirtió que era el roncar lento y acatarrado de la vieja. Abrió los ojos, y vió un resplandor débil, que alternativamente aparecía y desaparecía: era la lámpara que, próxima á apagarse, arrojaba una luz trémula, la cual de pronto parecía cesar, y que separándose de los objetos ántes que por ella tomasen su verdadera figura y colorido, presentaba á la vista un conjunto de cosas confuso y desordenado; pero renovándose al momento en la imaginación las recientes impresiones, pudo distinguir lo que parecía confuso á los sentidos, con lo cual despierta la infeliz conoció su cárcel, acometiéndola al mismo tiempo todas las memorias del tremendo día que habia pasado, y los

temores que le infundia un porvenir espantoso. Aquel sosiego mismo, despues de tanta agitacion, aquella especie de descanso y abandono en que la dejaron, infundieron en ella un nuevo terror, y fué sobrecogida de una pena tan grande, que llegó á desear la muerte. Pero en aquel instante le ocurrió que podia rezar, y este pensamiento le causó algun consuelo. Sacó, pues, su rosario, y comenzó á rezarle ; y á medida que las palabras salian de su boca, experimentaba su corazon una confianza indeterminada, cuando de golpe le pasó por la idea que su oracion sería más grata al Señor, si en tal apuro hiciera alguna promesa. Acordóse de lo que más amaba, ó por mejor decir, de lo que más habia amado, pues en aquel momento no era capaz de otro afecto más que de terror, ni podia concebir otro deseo sino el de su libertad, y determinó ofrecerlo en holocausto. Púsose, pues, de rodillas, y juntando las manos, de las cuales estaba pendiente el rosario, alzó la cabeza y los ojos al cielo, y dijo :

— ¡ Oh, Virgen Santísima ! á quien tantas veces me he recomendado, y que tantas veces me habéis consolado : vos que habéis sufrido tantos dolores, y ahora estáis llena de tanta gloria, y habéis hecho tantos milagros en alivio de los afligidos, ayudadme, sacadme libre de este peligro, haced que vuelva á unirme con mi madre, ¡ Virgen gloriosísima ! y hago voto de castidad, abandonando por siempre á ese desgraciado jóven para ser eternamente vuestra.

Pronunciadas estas palabras, bajó la cabeza, echándose al cuello el rosario como una especie de consagracion del voto y de salvaguardia á un tiempo de su persona, y sentándose otra vez en el suelo experimentó su ánimo más tranquilidad y mayor confianza. Se acordó de aquel *mañana* que repitió el señor del castillo ; esta expresion le pareció una promesa de salvamento. Fatigados sus sentidos con tanta guerra, fueron quedando poco á poco embargados en aquella tregua de pensamientos, y ya cerca del amanecer, Lucia con el nombre de su protectora en la boca, quedó sumergida en un completo y profundo sueño.

Alguno habia en el castillo que hubiera querido hacer otro tanto, y jamas pudo conseguirlo. El señor, escapado, digámoslo así, de la vista de Lucia, dada la orden para su cena, verificada la acostumbrada visita de ciertos puntos del cas-



Púsose de rodillas, y juntando las manos.

tillo, siempre con aquella imágen en su fantasía, y sus últimas palabras en los oídos, entró en su cuarto, cerrándose dentro con furia, como si hubiese fuera un enemigo más fuerte que él, y desnudándose se metió en la cama. Pero aquella misma imágen, sin apartarse nunca de su imaginacion, parecia que le estaba diciendo : *no dormirás*.

— ¡ Qué curiosidad — decia para sí — fué la mia de ver á esa mujercuela! Veo que tiene razon ese bestia de *Gavilan*; si uno deja que se apodere de su ánimo la compasion va no es hombre... Yo á la verdad no soy... ¿ Qué me ha sucedido? ¿ Qué diablos se me habrán metido en el cuerpo? ¿ Acaso no sabia yo que las mujeres gimotean? Tambien lo hacen los hombres cuando no pueden rebelarse contra la fuerza. ¡ Vaya, vaya! ¡ Como si yo nunca hubiese visto mujeres haciendo alharacas!

Y aquí, sin fatigar mucho su memoria, se le presentaba á la imaginacion más de un caso en que ni súplicas ni gemidos pudieron hacerle desistir de empresas ya resueltas; pero semejante reminiscencia, léjos de prestarle el ánimo que le faltaba para llevar á cabo la presente como lo esperaba y creia, léjos de disminuir su compasion, no hacia sino agregarle una especie de consternacion y terror; por manera, que le pareció que encontraba alivio en volver al recuerdo de Lucia, contra el cual habia procurado alentar su valor.

— Está viva, — decia entre sí; — se alla aquí: estoy todavía en tiempo de poderle decir: *consuélate, véte*, y... áun de disculparme...; Yo disculparme con una mujercilla! Sin embargo, si una palabra pudiera quitarme de encima esta fatiga...; Á qué me veo reducido! Ya me parece que no soy el hombre de antaño...; Ea! — diciendo esto, se volvió arrebatadamente al otro lado, pareciéndole más dura la cama y más pesada la colcha, y añadió: — ¡ Ea! ¡ fuera niñerías! algunas me han inquietado otras veces; aquellas se pasaron, á estas les sucederá lo mismo.

No encontró, sin embargo, el descanso que deseaba. Continuaron molestándole mil cavilaciones; todos sus pensamientos, resoluciones y proyectos aumentaron su inquietud y disgusto. Causábale tedio todo cuanto le rodeaba, y lo único en que encontró algun alivio fué en acordarse que el dia siguiente podia poner en libertad á la desgraciada Lucia.

— Si, la dejaré en libertad en cuanto amanezca; iré al cuarto, y le diré *véte*. Tambien haré que la acompañen... ¿ Y

mi promesa?... ¿ Y mi compromiso?... ¿ Y D. Rodrigo?

Á manera de quien se halla sorprendido por una pregunta inesperada y embarazosa de un jefe, pensó el señor del castillo en contestar á las que él mismo acababa de hacerse, ó por mejor decir, era el hombre antiguo, que pensaba en responder al hombre nuevo, constituido de improviso su juez.

Buscando en su mente las razones por que casi sin ser suplicado se ofreció á hacer penar sin odio ni motivo á una infeliz, sólo por servir á D. Rodrigo, con quien no tenía más relaciones que la analogía de perversidad, léjos de encontrar una sola plausible, las hallaba para admirarse de haberse tan fácilmente comprometido. Vió que aquella resolucion no fué el resultado de una deliberacion, sino un movimiento instantáneo del ánimo obediente á los sentimientos antiguos y habituales, y consecuencia de mil hechos anteriores; y buscando este hombre la causa de un hecho solo, se vió engolfado en el exámen de toda su vida, exámen que le condujo á tal punto de desesperacion, que echó mano á una de las pistolas que siempre tenia á la cabecera de la cama, con ánimo de quitarse la vida. Detúvole instantáneamente un confuso tropel de reflexiones acerca de lo que sucederia despues de su muerte, de lo que hablarian sus enemigos, con otras de igual naturaleza, y absorto en ellas, le ocurrió un nuevo pensamiento.

— Si la otra vida — dijo para sí — de que me hablaban cuando era niño, y de que todavía se habla, es una invencion de los curas, ¿ por qué afligirme? ¿ por qué morir? ¿ qué importa todo lo que he hecho? ¿ qué locura es la mia?... ¿ Y si la hay?..

Con esta duda, con este riesgo se apoderó de él mayor desesperacion, y tanto mayor cuanto ni con la muerte podia librarse de ella. Cayósele la pistola de la mano, y se hallaba en un estado de frenesí imponderable, cuando le vinieron á la memoria estas palabras que pocas horas ántes habia oido: ¡ *Cuántas cosas no perdona Dios por una obra de misericordia!* Y no le vinieron á la memoria con aquel tono de humilde súplica con que se profirieron, sino con un prestigio de auto-

ridad, preludio de remota esperanza. Aquel momento lo fué de alivio para él. Fijó la imaginacion en la que las habia pronunciado, y la miraba ya no como su cautiva suplicante, sino como quien dispensa gracias y consuelos. Aguardaba con ansia el dia para correr á librarla, y oir de su boca otras



Echó mano á una de las pistolas que siempre tenia á la cabecera de la cama.

palabras de alivio y de vida, y proyectaba ir él mismo á entregarla á su madre.

¿ Y luégo, qué haré mañana?... Y despues de mañana?... ¿ Y por la noche? Y refiriéndose al vacío que descubria en el porvenir, buscaba en vano el modo de emplear el tiempo, y cómo pasar los dias y las noches. Ya se proponia dejar el castillo, y pasar á país extranjero en donde nadie tuviese noticia de él. Ya concebía una remota esperanza de recobrar su antiguo ánimo y sus antiguos deseos, y de que aquel no

sería sino un delirio pasajero, y ya se arredraba al reflexionar lo que pensarían y dirían sus amigos al verle cambiado de aquella manera, cuando justamente al amanecer, pocos instantes despues de haberse dormido Lucía, estando sentado en la cama, llegó á sus oidos un rumor lejano que, aunque confuso, parecia festivo.

Púsose á escuchar con más atencion, y conoció que era repique de campanas, que de cuando en cuando repetía lánguidamente el eco de la montaña, ó se confundía con él. De allí á poco oyó otro repique más cercano, y luégo otro y otro. « ¿ Qué funcion será esta? exclamó. ¿ Por qué estará tan alegre esa gentualla? ¿ Qué contentos están! » Con esto saltó de la cama, que para él era de espinas, y á medio vestir corrió á abrir un postigo de la ventana. Oscuras estaban todas las montañas, y el cielo más bien que con nubes era todo una nube cenicienta; pero con la luz del dia ya claro, se divisaban en el camino del valle gentes que apresuradamente pasaban, otras que salían de sus casas, dirigiéndose por el mismo lado hácia la salida del valle á la derecha del castillo, y era fácil distinguir los trajes y el porte festivo de los caminantes. « ¿ Qué diablos, dijo, tendrá esa canalla? ¿ Qué habrá de nuevo en ese maldito país? » Y dada una voz á un bravo de confianza que dormía en el cuarto contiguo, le preguntó cuál sería la causa de semejante movimiento. El bravo, que no sabía más que su amo, contestó que saldria á preguntarlo. El otro entre tanto quedó observando aquel movimiento bullicioso que con la luz progresiva se divisaba con mayor claridad. Veíase pasar gente, y llegar gente de todas partes: hombres, mujeres y niños, á parejas, á bandadas, y solos. Unos alcanzando á los que iban delante se agregaban á ellos; otros saliendo de sus casas, se juntaban con el primero que encontraban en el camino, y á modo de conocidos antiguos marchaban juntos como á un viaje ya convenido. Las apariencias todas eran de agitacion y júbilo general, y el campaneó simultáneo de los varios esquilonés, que unos más léjos, otros más cerca, se oían en todas aquellas cercanías, era como la

voz comun que expresaba aquellos sentimientos, supliendo por las palabras que no podian llegar allá arriba. Miraba el señor del castillo, y cuanto más miraba, crecia en él la curiosidad por saber la causa de tanta alegría en los ánimos de tan diversas gentes.

CAPÍTULO XXII

No tardó en volver el bravo con la noticia de que el día anterior el cardenal Federico Borromeo, arzobispo de Milan, habia llegado al pueblo de***, en donde permanecería hasta la mañana siguiente, y que la noticia de su llegada, esparcida la noche ántes, habia excitado en los pueblos el deseo de ver aquel prelado; para lo cual el repique de campanas servia de aviso y de demostracion de júbilo. Habiendo quedado solo el señor del castillo, continuó mirando al valle, mucho más pensativo que ántes. « ¡ Por un hombre, decia para sí, por un hombre tanto alboroto! ¡ tanta alegría! ¿ Qué tendrá ese hombre para causar semejante júbilo? De todos esos que parecen tan alegres, ninguno habrá que no tenga su demonio que le martirice; pero ninguno como el mio. Algunas monedas que distribuirá á la ventura... aunque no todos irán por limosna... Algunas señales en el aire... algunas palabras... ¡ Ojalá tuviese para mí palabras de consuelo!... Si no fuera... ¿ Y por qué no iré yo tambien á verle?... ¿ por qué no?... Quiero ir; quiero hablarle de silla á silla... Pero ¿ qué le diré?... Le diré..., oiré lo que él me diga. » -

Tomada en confuso esta determinacion, acabó aprisa de vestirse, se echó encima un sobretodo con apariencia militar; se colgó un par de pistolas al cinto, en el cual colocó tambien su puñal de costumbre, descolgando de la pared una carabina casi tan famosa como él, se la echó á la espalda, tomó el sombrero, se lo puso y salió del cuarto, dirigiéndose ántes al de Lucía. Dejó la carabina en un rincon cerca de la puerta,

y llamó dando á conocer al mismo tiempo su voz. Saltó de la cama la vieja, se echó unos trapos encima y corrió á abrir. Entró el amo, y dando una mirada por todo el cuarto, vió á Lucía encogida y quieta en su rincon.

— ¿ Duerme? preguntó de quedo á la vieja, — ¿ y duermes en aquel sitio? ¿ Son esas, mala hembra, las órdenes que te he dado?

— He hecho cuanto he podido, — respondió la vieja; — pero no me ha sido posible conseguir que tomase bocado ni viniese á acostarse.

— Déjala que duerma, y ten cuidado de que nadie la incomode. Cuando despierte... desde luego vendrá Marta aquí al cuarto inmediato, y tú la mandarás que traiga lo que Lucía te pida. Cuando despierte dile que yo... que el amo ha salido por poco tiempo, que volverá pronto, y que hará lo que ella quiera.

Atónita quedó la vieja diciendo entre sí: « ¿ Si será ésta alguna princesa? » Salió del cuarto el señor del castillo; recogió su carabina; á Marta le mandó que hiciese antesala, y al primer bravo que encontró que estuviese de guardia para que nadie pusiese el pié en aquel recinto: salió luego del castillo, y á paso acelerado echó á andar la cuesta abajo.

En el manuscrito que ya hemos citado algunas veces no se hace mérito de la distancia que mediaba desde el castillo al pueblo en que se hallaba el Cardenal; sin embargo, parece que sólo debia ser un largo pasco, proximidad que no deducimos de la concurrencia de los aldeanos á dicho pueblo, pues en las memorias de aquellos tiempos hallamos que desde veinte millas acudieron las gentes para ver una vez al Cardenal-arzobispo, sino que lo que tenemos que referir acerca de las cosas que sucedieron en aquel día, nos induce á inferir que el tránsito no debia ser muy largo. Los bravos que se hallaban en la cuesta se paraban respetuosamente al pasar el señor del castillo, y aguardando si tenia órdenes que darles, ó queria que le acompañasen, se quedaban ab-

sortos al ver su ceño y las mirada con que les contestaba. Pero así que llegó abajo y se halló en el camino real, fué



Salió el señor, recogió su carabina.

otra cosa. Entre los primeros que le divisaron se levantó un murmullo muy grande, mirándole todos con desconfianza,

y apartándose con disimulo de su persona. En todo el camino no dió ni un paso con alma viviente, pues todos aquellos á quienes alcanzaba, le miraban con recelo, le saludaban y acortaban el paso para quedarse atras. Llegado al pueblo, donde el concurso era inmenso, allí fué ello. En cuanto se presentó, corrió su nombre de boca en boca, y como todos le abrian paso, se llegó á uno de aquellos prudentes, preguntándole dónde se hallaba el Cardenal.

— En casa del cura párroco, — respondió el preguntado, dándole las señas de ella.

Habiéndose dirigido á la misma, entró en un patio en donde había un sinnúmero de eclesiásticos, que todos se quedaron mirándole con atencion y como recelosos. Vió en frente una puerta abierta de par en par que daba á una pequeña sala en donde igualmente estaban reunidos muchos clérigos. Quitóse la carabina de encima, la puso en un rincón, y se metió en la sala. Allí tambien hubo murmullo, miradas, repeticion de su nombre, y luégo silencio: sin embargo, no impidió esto el que se volviese á uno de los circunstantes preguntándole dónde estaba el Cardenal, pues queria hablarle.

— Yo soy forastero, — respondió el clérigo; y recorriendo con la vista la sala, llamó al Capellan secretario que en un ángulo de ella estaba justamente diciendo de quedo á un compañero suyo: « Este es aquel tan famoso: ¿ qué vendrá á hacer aquí? ; Dios nos libre ! » No obstante, al oirse llamar en tanto silencio, no pudo dejar de acudir adónde le llamaban.

Hizo una reverencia al señor del castillo, oyó su pretension, y mirándole á la cara con recelosa curiosidad, bajó inmediatamente los ojos al suelo, estuvo algunos instantes titubeando, y luégo dijo con voz balbuciente:

— No sé si su ilustrísima (1) podrá ahora... si estará... no sé... en fin, entraré á ver...

1. En la época á que se refiere esta historia, quis pintá con la mayor

Y fué de muy mala gana á dar el aviso al Cardenal, que se hallaba en la pieza inmediata.

En este punto de nuestra historia no podemos ménos de pararnos un poco, como el viajero que triste y cansado de un largo camino en país árido y silvestre, se detiene un rato á la sombra de un árbol frondoso en la verde hierba y cerca de una fuente de agua cristalina. Hemos venido á dar con un varon cuyo nombre y memoria en cualquier tiempo recrea el ánimo con un agradable sentimiento de respeto y una dulce simpatía, especialmente despues de tantas imágenes de dolor, y el recuerdo de repetidas y terribles perversidades. No hay remedio; es indispensable que empleemos algunos renglones en obsequio de este eminente personaje. El que no quisiese leerlos y prefiriese oír la continuacion de la historia sin episodios, pásese en derechura al capítulo siguiente.

Federico Borromeo, que nació en 1564, fué uno de aquellos varones ilustres, raros en todos tiempos, que con un talento superior, con cuantos medios proporciona la opulencia y con las ventajas de su privilegiada clase, los empleó con ansioso y constante empeño en el bien de su prójimo. Su vida puede compararse á un arroyuelo que, saliendo cristalino de la peña sin estancarse ni enturbiarse nunca en su largo curso por diversos terrenos, va á desembocar limpio y transparente en el rio. Entre las comodidades y la pompa dió oídos desde la infancia á las palabras de abnegacion y humildad, y á las máximas relativas á la vanidad de los placeres, á la injusticia del orgullo, á la verdadera dignidad, y á los verdaderos bienes, las cuales, penetren ó no penetren en los corazones, se transmiten de una generacion en otra por los documentos elementales de la religion. Dió oídos, repito, á semejantes máximas, las apreció, y meditándolas con reflexion, halló que eran verdaderas. Con esto comprendió que no podian serlo otras palabras y otras máximas opuestas, que tambien se transmiten de edad en edad con igual aseveracion, exactitud y verdad las costumbres de aquellos tiempos en una gran parte de la Italia, aún no tenían los Cardenales el tratamiento de Eminencia, que les concedió despues Urbano VIII.

y á veces por la misma boca; y se propuso tomar por norma de sus acciones y pensamientos las que conoció ser la verdad pura. Por ellas se convenció de que la vida no debía ser un peso para muchos y una delicia para algunos, sino para todos un empleo de que cada uno habia de dar cuenta, y desde muchácho empezó á pensar en hacer útil y santa la suya.

En 1580 manifestó la resolucion de abrazar el estado eclesiástico, y recibió las órdenes de mano de su primo Carlos, que desde entónces la voz general aclamaba ya por santo. Entró poco despues en el seminario, que fundó el mismo San Carlos en Pavia, y que aún conserva el nombre de su familia, y allí, ocupándose asiduamente en los deberes prescritos por instituto, se impuso de motu proprio otros dos, que fueron el de enseñar la doctrina cristiana á los más rudos y desvalidos del pueblo, y el de visitar, servir, consolar y socorrer á los enfermos. Valióse de la autoridad que le proporcionaba el mismo establecimiento para inducir á sus compañeros á que le ayudasen en semejante ocupacion; y en toda la obra de utilidad y honra ejerció la primacia de ejemplo que por su carácter y talento hubiera quizá logrado aunque hubiese sido de la más humilde fortuna. Las demas ventajas que las circunstancias de su clase podian proporcionarle, no sólo no las buscó, sino que puso el mayor empeño en rehusarlas. Su mesa fué más bien pobre que frugal, y su vestir más humilde que rico, y al tenor de esto fué toda la conducta de su vida. Ni jamas pensó en mudar de sistema, por más que varios de sus parientes le reconviniesen y se quejasen de que deslustraba el decoro de su familia.

Otra guerra tuvo que sostener por parte de los maestros, los cuales, furtivamente y como por sorpresa, empleaban para su uso objetos más ricos que le distinguiesen de los demas, y le representasen como el principe de la casa; ya porque creyesen hacerlos gratos con la continuacion, ya porque los moviese aquel cariño servil que se envanece y recrea con el lustre ajeno, ó, en fin, porque fuesen de aquellos su-

puestos prudentes que, asustándose tanto de las virtudes como de los vicios, predicán continuamente que la virtud está en el medio, y este medio le colocan en el punto á que ellos han llegado, y en que sin incomodidad permanecen. Léjos Federico de conformarse con semejantes oficiosidades, reconvino siempre á sus autores, y esto era en su edad entre la pubertad y la juventud.

No es de admirar el que viendo á San Carlos su primo, mayor que él de veinticinco años, con aquel aspecto respetable, cercado de obsequios y veneracion, y autorizado todavía más por su fama, y los indicios evidentes de su santidad, Federico muy jóven procurase imitar su ejemplo, y conformarse con las máximas de tan respetable pariente; pero lo que hay más admirable es que despues de la muerte de este, nadie pudiese advertir que á Federico, de edad entónces de sólo veinte años, le habia faltado un director y un maestro.

La fama que cada día se aumentaba de su talento, doctrina y piedad, su parentela, los empeños de más de un cardenal de influjo, el crédito de su familia, en la que su primo habia vinculado, segun la opinion general, una idea de santidad y supremacia sacerdotal; en fin, todo lo que debe y puede elevar á los hombres á las dignidades eclesiásticas, concurría á pronosticárselas; pero el jóven Federico, persuadido en su corazon de lo que nadie que profesa el cristianismo puede negar; á saber, que no hay en justicia superioridad de un hombre sobre los demas sino en cuanto redundá en mayor bien del prójimo, temia las dignidades y procuraba evitarlas, no porque huyese de servir las, pues pocas vidas se emplearon en esto tanto como la suya; sino porque no se creía suficientemente digno y capaz de tan alto y peligroso servicio; por lo que, habiéndole propuesto en 1595 Clemente VIII el arzobispado de Milan, se afligió, negándose sin titubear á admitirlo, hasta que por fin tuvo que acceder al mandato expreso del Papa.

Semejantes demostraciones no son ¿quién lo ignora? ni difíciles ni raras: y ciertamente no ha menester la hipocre-

sia mayor esfuerzo para ostentarlas, que la sátira para burlarse de ellas sin distinguir de casos. ¿ Pero dejarán de ser por eso la expresion natural de un sentimiento de virtud y de modestia? La vida es la piedra de toque de las palabras, y las palabras que expresan tales sentimientos, áun cuando pasen por los labios de cuantos impostores y bufones tiene el mundo, serán siempre nobles y dignas de respeto, con tal que las autorice una vida anterior y posterior de desinterés y sacrificios.

Siendo ya arzobispo puso un estudio particular en no tomar para sí ni bienes, ni tiempo, ni cuidados, sino lo puramente necesario. Decía, como dicen todos, que las rentas eclesiásticas son el patrimonio de los pobres; y de qué modo hiciese luégo la aplicacion de semejante máxima se puede inferir del hecho siguiente. Quiso que se calculase á cuánto podían ascender los gastos para su manutención y la de los individuos destinados al servicio de su persona; y habiéndosele dicho que bastarian seiscentos sequines (mil doscientos pesos fuertes), mandó que de sus bienes patrimoniales se entregase cada año dicha cantidad á la tesorería arzobispal, creyendo que no le era permitido, siendo riquísimo, vivir de aquel patrimonio. Del suyo mismo era igualmente tan económico que jamas desechaba un vestido que no fuese casi inservible; sin embargo, reunía á semejante sencillez la más extremada limpieza, dos hábitos poco comunes en aquellos fastuosos y desaseados tiempos. De la misma manera, para que nada se desperdiciase de las sobras de su frugal mesa, las destinó á un hospicio de pobres, y uno de estos por orden suya entraba todos los días á recogerlas. Disposiciones tan minuciosas pudieran indicar una virtud mesquina, y un ánimo apocado, incapaz de empresas sublimes, si no existiese la célebre biblioteca Ambrosiana que ideó con generoso desinterés y fundó á costa de inmensos gastos.

Para proveerla de libros y manuscritos, además de aplicarle los que él mismo con gran diligencia y costo habia ya recogido, destinó ocho personas de las más ilustradas é inte-

ligentes, para recoger cuantos pudiesen por Italia, Francia, España, Alemania, Flándes, Grecia, y hasta el Libano y Jerusalem, con lo cual consiguió reunir treinta mil volúmenes y catorce mil manuscritos. Agregó á la biblioteca un colegio de doctores con obligacion de cultivar el estudio de la teología, de la historia, de las letras humanas, de las antigüedades eclesiásticas, y de las lenguas orientales, con el encargo de publicar cada uno de ellos alguna obra acerca de la materia que se le señalase. Agrególe tambien un colegio, al cual dió el nombre de trilingüe, para el estudio de las lenguas griega, latina é italiana; otro colegio de jóvenes para que fuesen instruidos en aquellas facultades y lenguas, á fin de que las enseñasen en lo sucesivo. La dotó igualmente con una imprenta de lenguas orientales, á saber, la caldea, la arábica, la hebrea, la persiana y la armenia, con una galería de pinturas, otra de estatuas, y una escuela de las tres bellas artes, para la cual no le fué difícil hallar profesores ya formados. Por lo demas, ya hemos visto lo que costó la adquisicion de libros y manuscritos, pero más hubo de costarle el encontrar tipos para los caracteres de aquellas lenguas, ménos cultivadas entónces en Europa que en el día, y mucho más que los tipos, los profesores y operarios: basta decir que de los nueve doctores que señaló para el colegio, sacó ocho de entre los alumnos del Seminario diocesano, de donde se puede inferir la opinion que le merecian los estudios, las reputaciones ya formadas de aquel tiempo, opinion conforme con la que despues parece haber confirmado la posteridad, echándolos en olvido. En el reglamento que dejó para gobierno de la biblioteca, se descubrió una intencion de utilidad perpétua, no acertada en su esencia, pero sábia en muchos puntos, y superior á las ideas y hábitos comunes de aquella época. Prescribió al bibliotecario que entablase y conservase relaciones con los hombres más doctos de Europa, para enterarse del estado de las ciencias, y tener noticia de los mejores libros que se publicasen, á fin de adquirirlos. Le impuso el cargo de indicar á los que se dedicaban al estudio las obras

que podian serles de utilidad, y mandó que á todos, naturales y extranjeros, se les franqueasen los libros, cosa que en el día parece natural y consiguiente á la fundacion de una biblioteca; pero no lo era entónces: y en la historia de la Ambrosiana, escrita con el estilo y elegancia de aquel siglo por cierto Pedro Pablo Bosca, su bibliotecario, despues de la muerte del Cardenal, se especifica, como cosa extraordinaria, que en aquella librería fundada por un particular se prestasen á todo el mundo los libros, se franqueasen á cualquiera que los pidiese, y se le diese asiento, pluma, tintero y papel para hacer apuntes, miéntras en otras célebres bibliotecas públicas de Italia, los libros quedaban ocultos en los estantes, de donde no se sacaban sino cuando por favor se les antojaba á los bibliotecarios franquearlos á alguno, sin que hubiese ni idea siquiera de asiento y comodidad para poder estudiar los concurrentes.

Creemos inoportuno entretenernos ahora en demostrar cuánto contribuye á la ilustracion y cultura del país semejante establecimiento; pero no podemos prescindir de manifestar cuán ilustrado, benéfico y amante de los progresos del saber humano sería el que lo proyectó, lo quiso y lo ejecutó en medio de aquella ignorancia, inercia, y desaplicacion general, y de consiguiente en medio de los: *¿ Á qué viene eso? ¿ No hay otras cosas en qué pensar? ¡ No es mala extravagancia!* y otras sandeces semejantes, que serían en más número entónces que los escudos que costó la empresa, y que pasaron de ciento cincuenta mil, la mayor parte de su propio patrimonio.

Para calificar de liberal benemérito en extremo á aquel dignísimo prelado, no fuera preciso saber que expendió al mismo tiempo sumas cuantiosas en socorro de los pobres, y hay quien opina que los gastos de aquella clase son la mejor y más útil limosna; pero en el concepto del cardenal Borromeo la limosna propiamente llamada era una obligacion, principalísima, y en esto anduvo conforme con la opinion del

siglo. En todo el discurso de su vida no dejó de socorrer á los pobres y con motivo de la carestía de que hemos hablado, tendremos que referir algunos rasgos, por los cuales se verá la delicadeza y finura con que procedió aún en este género de liberalidad. De entre los muchos y singulares ejemplos de esta virtud de que hacen mérito sus biógrafos, citaremos uno solo. Teniendo noticia de que cierto caballero se valia de violencia y artificios para meter monja á una hija suya, llamó á su padre, y habiéndole arrancado el secreto de que el motivo verdadero de aquella vejacion era el no tener cuatro mil escudos para colocar con decencia á su hija, mandó el Cardenal que inmediatamente se los entregasen. No faltarán personas á quienes parezca exorbitante, mal calculada y de excesiva condescendencia con los necios caprichos de un hombre vano, semejante largueza, y que cuatro mil escudos podian haberse empleado mucho mejor en cosas de mayor provecho. Á esto nada tenemos que responder, sino que sería de desear que se repitiesen á menudo excesos de una virtud tan libre de las preocupaciones dominantes, y tan separada de la tendencia general, como fué la que en este caso decidió á un arzobispo á dar cuatro mil escudos para impedir que una jóven sin vocacion entrase religiosa.

No ménos que la inagotable caridad de este prelado brillaba su modo de ejercerla. Siendo de fácil acceso para todos, lo era aún más para los que se llaman de baja extraccion, á los cuales trataba siempre con afectuosa jovialidad, tanto más cuanto sabía qué poco de esto encontraban en el mundo.

Sobre lo cual tuvo tambien que luchar con ciertas gentes á quienes parece siempre excesiva toda familiaridad de los superiores. En una ocasion en que hallándose de visita en un pueblo de la sierra, y de inculto vecindario, y al paso que instruía á unos niños pobres, los acariciaba, una de las expresadas personas le advirtió que usase de más cautela en eso, pues aquellos muchachos estaban demasiado sucios y asquerosos, como si al Cardenal le hubiese faltado el discer-

nimiento necesario para conocerlo. Tal es en ciertos tiempos la desgracia de los hombres constituidos en alta dignidad que mientras encuentran tan pocos que les hagan presentes sus yerros, no falta quien tenga valor de censurarlos cuando obran bien. El buen prelado, no sin algun enojo, contestó:



La inagotable caridad de este prelado brillaba.

« Son mis ovejillas; quizá no me volverán á ver la cara, ¿ y no queréis que yo los acaricie? »

Sin embargo, tan raro era en él el resentimiento, que todo el mundo admiraba su genio apacible y la imperturbabilidad de su carácter, que siendo efecto de su constante predominio sobre su índole viva y fogosa, parecia serlo de su feliz temperamento. Si alguna vez se manifestó severo y áun duro, fué con los pastores sus subordinados en quienes notaba avaricia, abandono, ú otros defectos especialmente opuestos á su noble ministerio. Por lo tocante á su interes ó á su gloria temporal, jamas dió señales ni de gozo, ni de pesadumbre, ni de calor, ni de agitacion; siendo admirable si en su ánimo no

se suscitaban semejantes movimientos, y más admirables si los experimentaba. En los cónclaves á que asistió, no sólo se granjeó el concepto de no haber jamas aspirado á aquel puesto, tan lisonjero para la ambicion, como temible para la piedad, sino que una vez en que un compañero suyo de gran crédito fué á ofrecerle su voto y el de los de su faccion (que por desgracia este título le daban entónces), desechó el Cardenal la propuesta, en términos que aquél desistió de su idea dirigiendo sus miras á otra parte. La misma modestia y repugnancia á predominar se advertian en las ocasiones más comunes de su vida. Tan solícito é infatigable como era en disponer y gobernar cuanto lo creia de su obligacion, otro tanto huia de mezclarse en asuntos ajenos, y aún se eximia con teson cuando le buscaban.

Si quisiéramos ocuparnos en reunir todos los rasgos notables de su carácter, ciertamente formaríamos un conjunto singular de méritos al parecer opuestos y difíciles de hallarse reunidos; pero no omitiremos el referir otra singularidad de la vida de este ilustre varon, que ocupado continuamente en actos de gobierno, de negocios, de enseñanza, de audiencias, de visitas diocesanas, de viajes y de oposicion, no sólo se aplicó al estudio, sino que lo hizo con todo el aprovechamiento que hubiera bastado para un literato de profesion. Y en efecto, entre tantos y tan diversos títulos de alabanza, mereció en alto grado el de hombre docto.

No debemos, sin embargo, ocultar que abrazó y sostuvo firmemente algunas opiniones que en el dia parecerian más bien extrañas que mal fundadas á los que tuviesen empeño en acreditarlas de buenas. Para el que quisiese defenderlo en esto, habria la disculpa tan usual y corriente de que eran errores de su tiempo, disculpa que puede ser válida cuando se saque del exámen particular de los hechos; pero que aplicada en general y aisladamente, como de ordinario se hace, y es justo hacer, nada significa; y así no queriendo nosotros resolver con fórmulas simples cuestiones complicadas, omitiremos exponerlas, bastándonos haber indicado de paso que

tratándose de un varon tan admirable en conjunto, no pretendemos sostener que lo fuese parcialmente en todas sus cosas, para que no parezca que hemos tratado de componer una oracion fúnebre.

No es sin duda agraviar á nuestros lectores el suponer que puede haber alguno que pregunte: ¿Cómo este hombre ilustre, con tanto talento y estudio no ha dejado algun monumento? Cerca de ciento son las obras que ha dejado entre grandes y pequeñas, impresas y manuscritas: todas se conservan en la biblioteca fundada por él, y se reducen á tratados de moral, oraciones, disertaciones de historia, de antiqüedad sagrada y profana, de literatura, de artes y otras.

¿Y cómo es, podrá decir el mismo lector, que tantas obras se han olvidado, ó por lo ménos casi no se conocen, ni se buscan? ¿Cómo es que, con tanto ingenio, tanto estudio, tanto conocimiento de los hombres y de las cosas, tanta meditacion, tanto amor á lo bueno, á lo bello, tanto candor y tantas otras calidades que forman al escritor célebre, este, con cien obras, ni una sola ha dejado de las que tienen por famosas los mismos que no las aprueban en todas sus partes, y que conocen por su título aún los que no saben leer?

La pregunta es racional sin duda, y la cuestion importante, porque las razones de semejante fenómeno se hallan, ó por lo ménos es necesario buscarlas en muchos hechos generales, y encontradas luégo, nos llevarian á la explicacion de otros varios fenómenos semejantes: pero estas razones serian muchas y prolijas, y quizá no merecerian la aprobacion de todos: por lo tanto, será mejor volver á coger el hilo de nuestra historia, y en lugar de hablar más de este grande hombre, vamos á verle en accion en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO XXIII

Mientras llegaba la hora de ir á la iglesia para celebrar los divinos oficios, estaba el Cardenal estudiando, como lo tenia de costumbre en los ratos perdidos, cuando entró el Capellan secretario, quien, con una cara mustia y desconsolada, dijo :

— Una visita extraña y muy extraña, Monseñor ilustrísimo.

— ¿Quién es? — preguntó el Cardenal.

— Nada ménos que el caballero***, — contestó el Capellan, y recalcando las silabas con mucho retintín, pronunció aquel nombre que nosotros no podemos trasladar á nuestros lectores. — Aquí fuera está, — prosiguió el Capellan, — y pide licencia para presentarse á usía ilustrísima.

— ¿Cómo? ¿él mismo en persona? — dijo el Cardenal con tono animado; y cerrando el libro, se levantó diciendo : — Que éntre, que éntre al instante.

— Pero... — replicó el Capellan sin moverse. — ¿Sabe usía ilustrísima quién es? Aquel pregonado... tan famoso...

— ¿Y no es una fortuna para un obispo — dijo el Cardenal — el que á semejante sujeto se le haya antojado venirle á ver?

— Pero... — insistió el Secretario : — nosotros no podemos hablar de ciertas cosas porque su señoría ilustrísima las califica de tonterías; mas cuando llega el caso, creo que estamos obligados... El celo, señor ilustrísimo, granjea enemigos; y nosotros sabemos, á no dudarlo, que más de un perverso se ha jactado de que un día ú otro...

— ¿Y qué han hecho? — interrumpió el Cardenal.

— Digo, señor ilustrísimo, — prosiguió el Capellan, — que ese es un asesino cargado de crímenes, un desalmado que tiene relaciones con los más furiosos de su clase, y que pudiera muy bien ser enviado...

— ¡Vaya! no comprendo — interrumpió de nuevo el Cardenal sonriéndose — qué especie de disciplina es esta de inducir los soldados al general á que tenga miedo.

Revisiéndose luego de gravedad, prosiguió :

— San Carlos no hubiera titubeado un momento en admitir á semejante hombre : al contrario, hubiera salido á recibirle. Que entre, pues, al momento, que ya demasiado ha estado aguardando.

El Capellan echó á andar diciendo entre sí :

— No hay remedio, todos estos santos son tercios.

Abierta la puerta y asomándose á la sala en donde se hallaban el caballero y los demas, vió que todos los clérigos estaban reunidos en un punto cuchicheando y mirando al soslayo al mismo caballero que habian dejado solo en un lado.

Dirigióse hácia él, y mirándole entre tanto con disimulo de arriba abajo, iba pensando qué diablo de armas podia llevar debajo de aquel gaban, y que á la verdad ántes de introducirle debia por lo ménos proponerle... pero no supo determinarse. Acercósele, pues, y le dijo :

— Su ilustrísima le aguarda : sírvase usted venir conmigo.

Y precediéndole entre aquellos concurrentes que iban abriéndole paso, miraba á derecha é izquierda de un modo que parecia quererles decir : ¿Qué queréis que haga? Ya sabéis que no hay quien le apee.

Con esto abrió el Capellan la mampara é introdujo al caballero. Recibióle el Cardenal con rostro sereno, y con los brazos abiertos como á persona á quien esperaba, é inmediatamente hizo señas al Capellan para que se saliese, lo que verificó sin detencion.

Ya solos entrambos, permanecieron callados, y de diverso modo suspensos. El caballero, que habia dado este paso más bien arrastrado por un delirio inexplicable, que conducido voluntariamente, permanecia allí tambien como por fuerza, destrozado interiormente por dos pasiones opuestas, á saber : por una parte el deseo y la esperanza confusa de hallar alivio á su tormento, y por la otra la ira y la vergüenza de

haber venido allí como un arrepentido sumiso, como un imbecil á confesarse culpado y á implorar el favor de un hombre: por esto no encontraba palabras con que expresarse, y casi no las buscaba; pero levantando los ojos para mirar el rostro de aquel varon respetable, experimentaba cada vez más un sentimiento de veneracion imperioso y dulce al despecho, y arrojando el orgullo, le obligaba al silencio.

Con efecto, la presencia del Cardenal era una de aquellas que, al paso que indican cierta superioridad, inclinan á amarle. Su porte era naturalmente modesto, y casi involuntariamente majestuoso, sin que le encorvasen ni entorpeciesen los años; el mirar grave; los ojos vivos, y la frente espaciosa y despejada entre las canas y los rastros de la abstinencia, de la meditacion y del trabajo. Todas sus facciones daban á conocer que en otra edad hubo lo que verdaderamente se llama hermosura; y el hábito de los pensamientos sublimes y benéficos, la paz interior de una larga vida, el amor á los hombres, y el placer de una esperanza inefable habian sustituido en su rostro cierta hermosura senil, que sobresalía todavía más con la magnífica sencillez de la púrpura.

Él tambien tuvo por un momento clavada en el caballero aquella vista penetrante y acostumbrada de largo tiempo á deducir por el rostro los pensamientos, y pareciéndole descubrir, bajo aquel aspecto tétrico y turbado, alguna cosa conforme con la esperanza que concibió en el instante en que le anunciaron la llegada del caballero:

— ¡Ah, y cuán grata, — dijo, — es para mí semejante visita! ¡Cuánto debo agradecer una resolucion tan buena, aunque tenga para mí algo de reconveccion!

— ¡Reconveccion! — exclamó el caballero, lleno de admiracion, pero ablandado con aquellas palabras y aquellos modales, y contento con que el Cardenal hubiese sido el primero en romper la valla, y hubiese empezado de cualquier modo la conferencia.

— Cierto, merezco una reconveccion, — replicó el Cardenal. — por haber dejado que os anticipaseis, cuando hace tiempo que ya podia, ó por mejor decir, debia haber ido muchas veces á visitaros.

— ¡Á visitarme! ¿Y sabéis quién soy? ¿Os han dicho mi nombre?

— Este consuelo que experimento; y que se trasluce en mi rostro, ¿podiera yo experimentar al ver una persona que no conociera? Vos sois quien me le infunde, vos á quien hubiera debido buscar hace tiempo, á quien he amado tanto, y por quien tanto he llorado y he dirigido mis súplicas al cielo. Vos, que sois uno de mis hijos á quien más amo, á quien hubiera deseado acoger y abrazar si hubiera podido esperarlo. Pero Dios, sólo Dios, es quien sabe hacer milagros, y suplir las debilidades y descuidos de sus pobres siervos.

Atónito estaba el caballero al ver aquel modo de hablar tan inflamado, y al oír aquellas palabras que respondian tan decididamente á lo que él aún no habia dicho, ni aún habia determinado decir, y conmovido, no ménos que turbado, guardaba silencio.

— ¿Y bien? — prosiguió afectuosamente el Cardenal: — ¿tenéis alguna buena noticia que darme? ¿por qué me la retardáis?

— ¡Una buena noticia! ¿Yo? ¿Qué buena noticia podré daros teniendo el infierno en el corazon? Decidme, si lo sabéis, ¿qué buena noticia puede dar un hombre como yo?

— Que Dios le ha tocado en el corazon, y quiere hacerle suyo, — respondió inmediatamente el Cardenal.

— ¡Dios! ¡Dios!... Si le viera... si le oyera... ¿Dónde está ese Dios?

— ¿Vos me lo preguntáis? ¿vos? ¿Y quién le tiene más cerca? ¿No lo sentís en el corazon? ¿No conocéis que le agita, que le oprime, que le inquieta, y que al mismo tiempo le llama y le infunde una viva esperanza de tranquilidad, de consuelo, y de un consuelo que será inmenso, completo, en cuanto le reconozcáis, le confeséis y le imploréis?

— Sí, ciertamente, siento una cosa que me oprime, que me molesta. ¡Pero Dios! si le hay, ese Dios, si es como dicen, ¿qué queréis que haga de mí?

Pronunció el caballero estas palabras con tono de desesperacion; pero el Cardenal, con voz grave como su inspiracion, contestó diciendo:

— ¿Qué ha de hacer de vos? muestra de su poder y de su bondad: quiere sacar de vos una gloria que no pueden otros proporcionarle. De que el mundo clame contra vos, de que todos detesten vuestra conducta... (conmovióse el caballero, y quedó un instante admirado al oír aquel lenguaje para él tan nuevo, y más admirado de que, lejos de moverle á cólera, le proporcionase alivio) ¿qué gloria — prosiguió el Cardenal — resulta á Dios? Aquellas son voces de terror, de interes, áun acaso de justicia, y por desgracia quizá alguno de envidia de ese desgraciado poder, de esa hasta hoy despreciable tranquilidad de espíritu; pero cuando os decidáis á reprobar vuestra conducta, á acusaros á vos mismo, entónces sí, entónces será Dios glorificado. ¿Y me preguntáis qué puede hacer Dios de vos? ¿Quién soy yo, hombre miserable, para poder deciros de antemano qué es lo que el Señor puede sacar de esa impetuosa voluntad, y de esa imperturbable constancia, cuando él mismo la haya inflamado en amor, esperanza y arrepentimiento? ¿Y quién sois vos para creer que puede por sí solo imaginar y hacer cosas más grandes en el mal, que Dios no pueda hacer que las quiera, y obre en el bien?... ¿Y el perdonar vuestras culpas? ¿y el salvaros? ¿y el cumplir en su persona la obra de la redencion? ¿No son cosas magnificas y dignas de su grandeza? Pensadlo bien, y reflexionad si un pobre hombre como yo, un miserable, y al mismo tiempo tan lleno de mí mismo, me apuro tanto por vuestra salvacion, que por ella daría con placer (el Señor lo sabe) los pocos dias de vida que me restan; reflexionad, digo, cuánta debe ser la caridad de Aquel que me inspira la mia tan imperfecta, aunque tan ardiente. ¡Reflexionad cuán grande será el amor que os tiene Aquel que me infunde

el que yo os profeso, y está devorando mis entrañas!

Á medida que estas palabras salian de la boca del Cardenal, su cara, sus miradas, sus gestos y todo acompañaba sus conceptos. El rostro del caballero, que ántes estaba como alterado y convulso, quedó poco despues como atónito é inmóvil, disponiéndose para una conmocion más profunda y ménos angustiada. Sus ojos, que desde la infancia no conocian el llanto, se arrasaron en lágrimas, y apénas cesaron las palabras, cuando se cubrió con las manos la cara, y prorumpió en un copioso llanto, que fué como la última y más decisiva respuesta.

— ¡Dios grande! ¡Dios bueno! exclamó el Cardenal levantando los ojos y las manos al cielo, ¿qué he hecho yo, siervo inútil, pastor descuidado, para que me convides á este banquete de gracia? ¿para que me haya hecho digno de asistir á tan gran prodigio de misericordia? — diciendo alargó la mano para tomar la del caballero.

— No, — dijo este, — no, apartaos de mí. No manchéis esa mano inocente y benéfica. No sabéis bien lo que ha hecho esta á que queréis unir la vuestra.

— Permittedme, — dijo el Cardenal tomándosela con cariñosa violencia; — dejad que yo estreche esa mano que reparará tantos daños, que derramará tantos beneficios, que socorrerá á tantos afligidos, y que, desarmada y pacífica, será prenda de reconciliacion para sus enemigos.

— ¡Eso ya es demasiado! — repuso el caballero sollozando. — Dejadme, incomparable y piadoso ministro del cielo. Multitud de gentes os aguarda: tantas almas buenas, tantos inocentes que han venido de lejos á veros, á oiros, ¿y estaréis perdiendo un tiempo tan precioso? ¿y con quién?

— Bien puedo dejar — contestó el Cardenal — las noventa y nueve ovejas que están seguras en el monte por quedarme con la descarriada. Ellas en este momento están acaso más contentas que si viesen á este pobre obispo. Acaso Dios, que ha obrado en vos el prodigio de su misericordia, está derramando en sus almas un regocijo cuya causa desconocen. Tal vez unidas con nosotros sin saberlo, infunde el Espíritu Santo

en su corazon un ardor indefinido de caridad, una súplica



¡ Eso ya es demasiado ! — repuso el caballero sollozando.

fervorosa por vos, que sube hasta el cielo, una accion de gracias de que vos sois el objeto para ellas desconocido.

Diciendo esto echó los brazos al cuello al caballero, el cual, despues de haberse resistido algunos instantes, cedió, vencido de aquel ímpetu de caridad; abrazó tambien al Cardenal, y demudado y trémulo, dejó caer sobre el hombro de aquella la cabeza. Caian sus lágrimas ardientes sobre la incontaminada púrpura del arzobispo, y las inocentes manos de este estrechaban afectuosamente las del caballero, manchadas con tantos crímenes y violencias.

Separándose éste por fin de los brazos del Cardenal, se cubrió de nuevo los ojos con una mano, y levantando la cabeza exclamó :

— ¡ Dios verdaderamente grande ! ¡ Dios verdaderamente bueno ! Conozco ahora lo que soy : delante de mí tengo mis iniquidades; me detesto á mí mismo... Sin embargo experimento cierto consuelo, cierto placer, que en toda mi depravada vida jamas he experimentado.

— Esta — dijo el Cardenal — es una prueba en que os pone Dios para atraeros á su servicio, y animaros á entrar resueltamente en una nueva vida, en que tendrá tanto que deshacer, que reparar, que llorar.

— ¡ Desgraciado de mí ! — exclamó el caballero. — ¡ Ay ! ¡ cuántas cosas, que no puedo sino llorarlas !... Sin embargo, algunas hay, que, teniéndolas solamente empezadas, puedo por lo ménos no concluir las y remediarlas.

Púsose á escucharlo el Cardenal, y el caballero contó brevemente, y quizá con expresiones de execracion más fuertes que las nuestras, su atentado contra Lucía, los sufrimientos y penalidades de aquella infeliz, el modo con que le habia suplicado y la violenta agitacion que aquellas súplicas habian causado en su ánimo, y, finalmente, cómo se hallaba todavía en el castillo...

— ¡ Ah ! no perdamos tiempo, — exclamó el Cardenal, arrebataado de ardiente caridad é interés. — ¡ Dichoso vos ! ¡ Qué mayor prenda del perdon de Dios que la de proporcionaros ser instrumento de salvacion cuando intentabais serlo de ruina ! ¡ Déos Dios su bendicion ! Mas bien diré que ya os la tiene dada.

¿Y sabéis de dónde es esa infeliz?

El caballero nombró el pueblo de Lucía.

— No está lejos de aquí — dijo el Cardenal. — Bendito y alabado sea el Señor!

Diciendo esto se acercó á un bufete, y tocó una campanilla. Al oirla, entró apresuradamente el Capellan secretario y la primera cosa que hizo fué mirar al señor del castillo, y viéndolo tan inmutado, con los ojos encendidos, como de haber llorado, se volvió á mirar al Cardenal. Notando en su rostro, entre su natural inalterable compostura, una especie de gravedad gozosa, y cierta agitacion no frecuente, hubiera quedado inmóvil con la boca abierta, si el Cardenal no le hubiese avisado, preguntándole si, entre los párrocos que estaban allí reunidos, se hallaba el del pueblo de***

— Está, si señor, — contestó el Capellan.

— Que entre, — dijo el Cardenal, — como igualmente el de este pueblo.

Salió el Capellan, y entró en la sala en que se hallaban aquellos clérigos, que todos dirigieron á él la vista. El Capellan, con la boca abierta y el rostro en que estaba pintada su admiracion, alzando las manos, exclamó:

— Señores, señores, *hæc mutatio dexteræ Excelsi*, — y quedó al momento sin proferir más palabras: tomando luego la voz y el tono de su cargo, añadió: — Su señoría ilustrísima llama al señor cura de este pueblo, y tambien al del pueblo de***.

Presentóse inmediatamente el primero, y al mismo tiempo salió del medio de la concurrencia un «¿Yo?» sacado en tono de admiracion.

— ¿No es usted el señor cura párroco de***? preguntó el Capellan.

— Sí, señor.

— Su Ilustrísima le llama.

— ¿Á mí? — volvió á preguntar la misma voz con un tono que parecia decir: ¿Qué tendré yo que ver en esto?

Pero esta vez con la voz salió tambien el individuo, que era

cabalmente D. Abundo en persona, con paso que daba á entender su repugnancia, y un gesto de admiracion y disgusto. Hizole el Capellan seña con la mano, como si dijera: «Acérquese usted aprisa: ¿le pesa á usted tanto esta orden?» y precediendo á los dos párrocos, se acercó á la puerta, la abrió y los introdujo á entrambos.

Soltó el Cardenal la mano del caballero, con el cual habia acordado entre tanto lo que debia hacerse; se separó un poco, y llamó con una seña al Párroco del pueblo. Impúsole en compendio de lo que se trataba, preguntándole si podria encontrar á una mujer que quisiese ir en litera al castillo de*** para sacar á Lucía; una mujer de ánimo resuelto que fuese capaz de desempeñar bien aquella comision particular, empleando los modales más adecuados, y las palabras más propias para animar y tranquilizar á la pobre muchacha, á quien despues de tantas penalidades, y en tanta turbacion, pudiera ser funesta la misma noticia de su libertad.

Despues de reflexionar un poco, contestó el Párroco que sí, y haciendo una profunda inclinacion, se salió del aposento. Hizo otra seña el Cardenal al Secretario, y le mandó que hiciese aprontar al momento la litera con dos mozos, y prevenir dos mulas de montar, y así que salió tambien el Secretario, se volvió á D. Abundo.

Este, que ya estaba cerca del Cardenal por apartarse del caballero anónimo, y que en tanto echaba una mirada de reojo ya á uno ya á otro, cavilando entre sí acerca del objeto que podia tener aquella llamada, dió un paso adelante, hizo una reverencia y se expresó de esta manera:

— Me han dicho que usia ilustrísima me llama, aunque yo creo que sea equivocacion.

— No es equivocacion por cierto, — contestó el Cardenal. — Tengo una buena noticia que daros, y un encargo muy lisonjero. Una de vuestras feligresas á quien habéis llorado, considerándola perdida, acaba de parecer. Lucía Mondella está cerca de este lugar, en casa de este mi íntimo amigo, y

ahora iréis en su compañía á conducirla aquí. También irá con vos una mujer de este pueblo á quien el Cura ha ido á buscar ahora mismo.

Hizo D. Abundo todo lo posible para ocultar el disgusto, diremos mejor, la pena y la amargura que le causaba semejante propuesta ó comision, y no estando ya á tiempo de borrar un gesto de desagrado que alteró su rostro, lo ocultó bajando la cabeza profundamente, como en señal de obediencia, y no la levantó sino para hacer otra profunda reverencia al caballero, con tanta compuncion que parecia decirle: « Estoy en vuestras manos; tened lástima de mí. *Parcere subjectis.* »

Preguntóle luego el Cardenal qué parientes tenía Lucia.

— Lo que es cercanos, no tiene más que á su madre, y con ella vivia, — contestó D. Abundo.

— ¿Está en su casa?

— Sí, señor.

— Puesto que esta pobre muchacha — prosiguió el Cardenal — no podrá ir tan pronto á su casa, será para ella de mucho consuelo el ver á su madre; por tanto, si el señor Cura no vuelve ántes que yo vaya á la iglesia, dígame usted que busque un carro ó una caballería, ó envíe á un hombre de su satisfaccion para que se traiga á aquella buena mujer.

— ¿No podría ir yo? — dijo D. Abundo.

— No, no, contestó el Cardenal; — vos haréis lo que os tengo dicho.

— Yo lo decia — replicó D. Abundo — por preparar á esa pobre madre... Es una mujer tímida, y es necesario que vaya una persona que la conozca, y sepa conducirse de modo que en vez de alegría, no le cause alguna sorpresa de que le resulte daño.

— Por esto — contestó el Cardenal — me haréis el favor de decir al señor Cura, cuando venga, que busque á un hombre de capacidad para semejante comision. Vos sois más á propósito para lo que yo os he encargado.

Llamó la atencion del Cardenal la repugnancia de don

Abundo en ir al castillo y le pareció que habia en ello algun misterio. Miróle á la cara, y conoció fácilmente el miedo que tenía de acompañar á aquel hombre tan temido y de entrar, aunque por poco tiempo, en su casa. Deseando, pues, disipar semejante recelo, y no creyendo conveniente llamar aparte al Cura y hablarle en secreto estando allí el caballero, pensó que sería medio más oportuno hacer lo que aun sin este motivo habria hecho, esto es, hablar al mismo caballero para que de sus respuestas pudiese conocer D. Abundo que aquel ya no era hombre que podia infundir miedo. Acercósele, pues, con aquel tono de confianza que inspira una antigua intimidad, y le dijo:

— No creáis que me contento hoy con esta sola visita: espero que volveréis con este buen eclesiástico. ¿No es así?

— ¿No he de volver? — contestó el caballero; — aun cuando os negaseis á recibirme, me quedaria á la puerta como un mendigo porfiado. Necesito hablar despacio con vos, veros, escucharos; en una palabra, necesito de vuestra asistencia.

Tomóle el Cardenal la mano, y apretándosela, dijo:

— Nos haréis, pues, el favor al Párroco y á mí, de venir hoy á comer la sopa con nosotros: cuidado, que os aguardo. Entre tanto voy á rezar y á dar gracias al Señor con mi pueblo, por su infinita misericordia.

Al ver semejantes demostraciones, estaba D. Abundo como un muchacho medroso que, viendo á un hombre acariciar á un perrazo de mala catadura, con los ojos encendidos y muy famoso por sus embestidas, y oyéndole decir que es un animal muy manso y pacífico, mira al amo sin contradecirle, al perro sin atreverse á acercarsele por miedo de que le enseñe los dientes, aunque sea jugando; y no queriendo tampoco alejarse por no parecer cobarde, dice entre sí: ¡Quién estuviera en su casa!

Como al Cardenal, que salia asido de la mano del caballero, le pareciese que D. Abundo quedada como desairado, y algo rostrituerto por la preferencia que se daba á un facineroso de

tanta nombradía, se paró un momento al salir, y volviéndose al eclesiástico con amable sonrisa, le dijo :

— Señor Cura, vos estáis siempre conmigo en la casa del Señor, pero este *perierat et inventus est*.

— ¡ Ay, cuánto me alegro ! — contestó D. Abundo, haciendo una reverencia á los dos.

El Arzobispo que iba delante tocó la puerta, que abrieron dos familiares, y el Cardenal y el caballero se presentaron á los ojos ansiosos del clero reunido en aquella sala.

Viéronse entónces aquellos dos rostros en que estaba pintada una conmocion distinta, pero igualmente notable, esto es, ternura y humilde gozo en las facciones venerables del Cardenal, y en las del caballero, confusion templada con la esperanza, un nuevo pudor, y cierta compuncion, entre la cual no dejaba de traslucirse el genio adusto y el carácter altivo. Súpose luégo que á muchos de los concurrentes les ocurrió lo de *Isaiás*. *Iban á los mismos pastos el lobo y el cordero, y pacerán juntos el leon y el buey*. Venía detras D. Abundo, de quien nadie hizo caso.

Llegados al medio de la sala, entró por otro lado el mayordomo del Cardenal, y acercándose, le dió parte de que, en cumplimiento de las órdenes recibidas por el Capellan secretario, estaba dispuesta la litera y prontas las dos mulas, y que sólo aguardaba á la mujer que habia de venir con el señor Cura. Contestóle el Cardenal que en cuanto llegase se abocase con D. Abundo, y que todo quedase despues á disposicion de este y del señor del castillo, á quien apretó de nuevo la mano, diciendo : « Cuidado, que os aguardo. » Volvióse luégo á saludar con la cabeza á don Abundo, y tomó el camino de la iglesia : siguióle el clero, quedándose solos en la pieza los dos compañeros de viaje.

Cabizbajo y meditabundo estaba el caballero anónimo, deseando que llegase el momento de ir á sacar de pena y de la cárcel á su Lucía, cuya ahora en sentido muy diverso del día anterior : y su rostro expresaba cierta agitacion íntima, que al medroso D. Abundo podia muy bien parecer cosa de

mal agüero : por esto le miraba y remiraba, deseando entablar una conversacion amistosa. « Pero ¿ cómo empezaré ? decia para sí ; ¿ qué le diré ?... Me alegro... ¿ Y de qué ? ¿ de que, habiendo sido hasta ahora un demonio, os hayáis decidido á ser hombre de bien como los demas ?... No : el cumplimiento no me parece muy lisonjero... cualquiera que sea el tonillo que dé á las palabras, el *me alegro* no pega. Por otra parte, ¿ será verdad que se haya convertido tan de repente ?... ¡ Son tantas las demostraciones falsas que se hacen en este mundo, y por tantos motivos !... ¿ Qué sé yo ? ¡ Lo peor es que me toca ir con él á ese maldito castillo ! ¡ Qué apuro ! ¡ Quién me lo hubiera dicho esta mañana ! Si salgo bien de esta, no ha de querer oirme la señora Perpétua por haberme hecho venir aquí, cuando no habia necesidad alguna, siendo fuera de mi feligresía. Que todos los párrocos, áun de más léjos, han venido, que no habia yo de ser ménos que los demas. ¿ Y qué sé yo qué ? ¿ qué sé yo cuándo ? metiéndome asi en este pantano. ¡ Qué desgracia !... Sin embargo, algo es necesario decir á este hombre ; y cuando ya pensaba decirle : « Nunca pensé tener la fortuna de hallarme en tan respetable compañía, » entró el mayordomo del Arzobispo con el Cura párroco del pueblo, el cual avisó que ya estaba la mujer en la litera, y se volvió luégo á D. Abundo para saber el otro encargo del Cardenal.

Despachó D. Abundo confusamente, y lo mejor que supo, y acercándose despues al mayordomo, le dijo :

— Suplico á usted que tenga la bondad de darme una bestia mansita, porque á la verdad no soy muy buen jinete.

— No tenga usted cuidado, — contestó el mayordomo con média sonrisa ; — es la mula del Secretario, que es un literato.

— ¡ Muy bien ! — replicó D. Abundo, añadiendo para sí : — ¡ Dios me la depare buena !

Ya el caballero habia salido delante al primer aviso, y llegando al portal, se acordó de que D. Abundo quedaba atras. Detúvose en el umbral á esperarle, y al llegar el Cura

presuroso y en ademan de quien pide excusas, el señor le saludó y le cedió el paso con humilde cortesanía, con lo cual se reanimó algun tanto el atribulado párroco; pero llegados al patio, advirtió otra novedad que acibaró aquel escaso consuelo que acababa de recibir. Vió que, dirigiéndose á un rincón, el caballero agarró con una mano el cañón de su carabina, y con la otra el portafusil, echándose á la espalda con un movimiento tan expedito como si hiciera el ejercicio. « ¡ Pobre de mí ! exclamó entre sí don Abundo. ¿ Que querrá hacer este hombre con aquel instrumento ? ¡ Buen cilicio por cierto !... ¡ Buena disciplina para un convertido !... ¿ Y si le ocurre alguna diablura ?... ¡ Válgame Dios ! ¡ qué expedición esta ! »

Si el caballero hubiese podido sospechar cuáles eran los pensamientos que bullían en la cabeza de su compañero, hubiera procurado por todos los medios posibles desengañarle; pero estaba muy lejos de figurárselo, y D. Abundo tenía buen cuidado de no darle á conocer sus desconfianzas. Llegados á la puerta principal de la calle, hallaron prontas las dos mulas, y el caballero saltó de un brinco en una que le presentó un palafrenero.

— ¿ Tiene resabios ? — preguntó al mayordomo D. Abundo con un pié en el estribo.

— Monte usted sin miedo, — dijo el palafrenero ; — es una oveja.

Agarrándose de la silla, subió D. Abundo poco á poco con ayuda del primero.

La litera aguardaba algunos pasos delante, llevada tambien por dos mulas, que echaron á andar á la voz del mozo, y la comitiva se puso en camino.

Era necesario pasar por la puerta de la iglesia colmada de fieles y por una plazuela atestada tambien de la gente que habia concurrido de todas partes sin haber podido entrar. Habíase divulgado ya la gran noticia, y al divisarse la comitiva, y al hombre que pocas horas ántes era objeto de terror y execración, y ahora de alegre maravilla, se suscitó entre la

muchedumbre un murmullo de aplauso ; y aunque las gentes abrian paso, no dejaba de haber apretura por el ansia que todos tenían de verle de cerca. Pasó la litera, y tras ella el señor del castillo, quien, al pasar delante de la puerta de la iglesia que estaba abierta, se quitó el sombrero, inclinándose hasta la clin de la mula aquella frente hasta entónces tan orgullosa y temida, entre mil voces que repetían : « ¡ Dios le bendiga ! »

Tambien D. Abundo se quitó el sombrero, bajó la cabeza, se encomendó á Dios, y oyendo las voces solemnes de sus hermanos que cantaban en la iglesia, experimentó tanta envidia y tal arrebató de piedad, que apenas pudo contener las lágrimas.

Fuera ya de poblado, en campo abierto, y en los varios recodos y encrucijadas del camino, á veces solitario, eran más téticos los pensamientos que le ocupaban ; todo su consuelo consistía en el mozo de la litera, que, perteneciendo á la familia del Cardenal, debia precisamente ser hombre honrado, y con este se manifestaba más animoso. De cuando en cuando encontraba gentes, y aún cuadrillas que acudían á ver al Cardenal, y esto le ensanchaba el corazón ; pero cuando pensaba en su compañero de viaje, y en que se dirigían á aquel valle tremendo, donde no encontraría sino vasallos suyos, ¡ y qué vasallos ! su aflicción llegaba á lo sumo. Bien hubiera querido ahora más que nunca entrar en conversacion con él, tanto para tantearle como para tenerle contento ; pero al verle tan preocupado y pensativo, se le pasaba la gana, por lo cual tuvo que ceñirse á conversar consigo mismo ; y hé aquí lo que en el camino dijo en resúmen, porque para escribirlo todo sería necesario un tomo entero.

— ¡ Fuerte cosa es que tanto los santos como los bribones hayan de tener azogue en el cuerpo, y que, no contentándose con trajinar y bullir, han de sacar á bailar á los demas, y si pudiesen, á todo el género humano ! Tambien es cosa rara que los más bulliciosos hayan de venir á tropezar conmigo, y meterme á la fuerza en sus andanzas, á mí que á

nadie busco, y sólo pido que me dejen vivir. Á este pícaro loco de D. Rodrigo ¿qué le faltaria para ser el hombre más feliz del mundo, si tuviese dos adarmes de juicio? Rico, jóven, respetado y acatado; le hace mal el demasiado bien, y necesita ir á buscar trabajos para sí y para el prójimo. Pudiera darse buena vida, una vida tranquila y cómoda; pero no, señor; quiere molestar á las mujeres, que es el oficio más necio, más pícaro y más endiablado del mundo. Aquel mentecato pudiera ir al cielo en coche, y quiere meterse en los infiernos arrastrando... ¿Y este otro? (Y le miraba como si temiera que adivinase sus pensamientos.) Este, despues de haber alborotado el mundo con sus maldades, quiere alborotarlo ahora con su conversion... ¿Si será cierto? Pero entre tanto, lo que es á mí me toca hacer la experiencia; de manera que los que nacen con semejante manía en el cuerpo no pueden vivir sin ruidos. ¿Tanto es menester para ser hombre de bien toda la vida, como lo he sido yo? No, señor; es preciso vejar, matar, hacer diabluras, ¡válgame Dios! y luégo tambien ruido para hacer penitencia.

La penitencia, cuando hay buena voluntad, ¿no se puede hacer en casa, con quietud, sin tanto aparato, y sin incomodar al prójimo? Y su Ilustrísima al instante, corriendo los brazos abiertos, mi amigo, querido amigo, tragándose todo lo que este le dice, como si le hubiera visto hacer milagros, tomar de repente una resolucion; meterse en ella de cabeza, y presto aquí, presto allí: esto en mi casa se llama precipitacion; y despues, sin tener garantía alguna, poner en sus manos á un pobre cura. Esto, segun mi corto alcance, es aventurar la vida de un hombre, jugándola á pares y nones. Un obispo santo como es él, debia mirar á los curas párrocos como á las niñas de sus ojos. Un poquito de cachaza, otro poquito de prudencia, y otro poquito de caridad, me parece que no dice mal con la virtud... ¿Y si todo fuera ficcion? ¿Quién puede conocer las intenciones de los hombres, y sobre todo de los hombres, como este? Me estremezco sólo en pensar que voy á su casa. ¿Quién sabe lo que puede haber

en esto? ¡Infeliz de mí! Más vale no pensar en ello. ¡Qué embrollo habrá con esa Lucia! Se ve que habia inteligencia con D. Rodrigo. ¡Qué gentes! ¿Y cómo habrá venido á caer entre las uñas de este gavilan?... ¿Quién lo sabe? Todo es un secreto con su Ilustrísima, y á mí que voy trotando nada me dicen! Yo en verdad no tengo interes en saber los negocios ajenos, pero cuando un hombre aventura su pellejo, tiene derecho á que se haga de él alguna confianza. Si sólo se tratase de ir á sacar á aquella pobre muchacha, ¡vaya con Dios! aunque nada hubiera perdido en traerla él mismo; y ademas, si está tan contrito, si se ha vuelto un santo padre, ¿para qué me necesita á mí? ¡Qué embrollo es este! Basta; ¡quiera Dios que la cosa sea así! Habrá sido para mí una molestia grande, pero ¡paciencia! me alegraré por esa pobre muchacha. Precisamente ha de haberse visto en grande apuro. ¿Quién sabe lo que habrá sufrido? Le tengo lástima; pero ha nacido para mi condenacion... Quisiera ver el corazon de ese hombre, ver cómo piensa: ¿quién puede comprenderle? Ya parece un San Antonio en el desierto, y ya el mismo, el mismísimo Holoférnes. ¡Desgraciado de mí! En fin, el cielo tiene obligacion de salvarme, pues no me he metido en esto por capricho mio.

Con efecto, se veian en la cara del caballero pasar los pensamientos como en un temporal pasan las nubes delante del sol, alternando á cada momento una luz brillante con una melancólica oscuridad. Su ánimo, lleno todavía de las suaves palabras del Arzobispo, y como rejuvenecido, se elevaba á las ideas de misericordia, de perdon y de amor; pero caia luégo agobiado bajo el peso de su vida pasada. Recorria su memoria para indagar cuáles eran las iniquidades que podia reparar, cuáles podia cortar desde luégo, cuáles eran los remedios más expeditos y seguros; ¿cómo deshacer tantos nudos, y qué hacer de tantos cómplices? Marchaba á aquella misma expedicion, á pesar de ser la más fácil y la más inmediata, con un deseo acibarado en pensar que entre tanto sabe Dios lo que sufriria aquella inocente criatura, y que él

mismo, no obstante estar resuelto á ponerla en libertad, era quien la oprimía. Cada vez que se duplicaba el camino se volvía el mozo para que le indicase el que debía seguir, y él se le señalaba con la mano, haciéndole señas al mismo tiempo de que acelerase el paso.

Entraron por fin en el valle. ¡ Cómo estaba el pobre don Abundo al encontrarse en aquel célebre sitio, de que habia oido contar tantas historias espantosas ! ¡ al ver en carne y huesos aquellos hombres tan famosos, la flor y la nata de los bravos de Italia, hombres sin temor ni misericordia, y dar á cada momento con dos ó tres de ellos ! Saludaban con sumision á su señor ; pero viendo D. Abundo sus caras de color de bronce, sus bigotazos retorcidos y aquellos ojos amenazadores, se le figuraba que les oía decir : cortémosle las alas á ese cuervo ; por manera que en un momento de gran consternacion llegó á pensar si se lo habria merecido. Entre tanto iban caminando por un sendero quijoso en la orilla del torrente, presentándoseles por un lado escarpadas y ferruginosas rocas, y por otro una poblacion á la cual pudiera preferirse un desierto.

Cuando pasaron delante de *Malanoche*, habia bravos á la puerta, que saludaron sumisamente á su señor, mirando á su compañero y la litera. Esta canalla no sabia qué pensar. Si habia llamado su atencion la salida extraordinaria de su amo solo, por la mañana, no les causaba ménos admiracion su regreso. — ¿ Si será una presa la que conduce ? — decian para sí ; — ¿ pero cómo la habrá hecho solo ? ¿ Qué significará esa litera que no es de casa ? ¿ Y de quién será esa librea ? Miraban y miraban, pero nadie se movia ; porque esta era la orden que les daba su amo sin más que mirarlos.

Acaban por fin de subir, y los bravos que se hallan en la plazuela y la puerta, se retiran de uno y otro lado para dar paso á la comitiva. Su amo les hace seña de que no se muevan ; aprieta las espuelas, pasa delante de la litera, indica á D. Abundo y al mozo que le sigan, entra en un primer patio,

pasa al otro, se acerca á una portezuela, y haciendo con una seña que se retire un bravo que se adelantaba para tenerle el estribo, le dice : « Quédate allí, y que nadie se acerque. » Se apea, y con la brida en la mano se llega á la litera, y á la mujer, que ya habia corrido la cortina, le dice en voz baja : « Consoladla ; haced que sepa que ya está libre y entre gente amiga, y Dios os lo pagará. » Manda luego al mozo que abra y ayude á la mujer á bajar ; se acerca despues á D. Abundo, y con semblante sereno, cual nunca le vió, ni creyó el mismo D. Abundo que pudiese tenerle, como que se notaban en él los efectos de la buena obra que iba á hacer, le da la mano para que se apee, diciéndole tambien de quedo : « Señor Cura, yo no le pido que me perdone la molestia que sufre por mi causa : usted lo hace por uno que paga bien, y por esa infeliz muchacha. »

Volviósele con estas palabras el alma al cuerpo á don Abundo, el cual, dando un suspiro que le bullia de mucho tiempo en el pecho sin encontrar salida, contestó con voz balbuciente : « ¡ Señor ! ¡ vos me confundís ! pero... pero... » y admitida la mano que con tanta urbanidad le ofrecia, se descolgó lo mejor que pudo de su mula. Tambien las riendas de esta tomó el señor del castillo, y con las otras las entregó al mozo de la litera, mandándole que se aguardase. Sacó luego del bolsillo una llave, abrió la puerta, hizo entrar al Cura y á la mujer y entró él tambien : echó á andar delante de ellos, y llegando los tres á una escalerita, subieron guardando el mayor silencio.

CAPÍTULO XXIV

Habia poco que Lucía estaba despierta, y una parte de aquel tiempo le habia empleado en acabar de despabilarse y en separar las espantosas visiones del sueño, de la memoria y de las imágenes de una realidad harto parecida á los deli-



Habia poco que Lucía estaba despierta.

rios de un febricitante. Habíasele ya acercado la vieja, y con voz forzadamente humilde, le dijo :

— ¡ Ah ! ¿ conque has dormido ? Bien podías haber dormido en la cama : ¡ te lo dije tantas veces anoche !

Y no recibiendo contestacion, continuó con tono de súplica rabiosa :

— Es menester que tengas más juicio, y procures tomar un bocado. ¡ Qué desfigurada estás ! Ya se ve, la falta de alimento... ¿ y si cuando vuelve la toma conmigo ?

— No, no, quieroirme; quiero ir á buscar á mi madre: el amo me lo prometió, diciéndome : « mañana, mañana : » ¿ dónde está el amo ?

— Ha salido; pero ha dicho que vuelve pronto, y que hará todo lo que quieras.

— ¿ Lo ha dicho así ? ¿ de cierto ? Pues bien, quiero ir donde está mi madre, al instante...

No bien habia acabado de proferir estas palabras, cuando se oyeron pisadas en la pieza inmediata, y como al momento llamasen á la puerta, preguntó la vieja :

— ¿ Quién es ?

— Abre, — dijo su amo.

La vieja tiró del cerrojo, y el caballero empujando suavemente la puerta, abrió un poquito, mandó á la vieja que saliese, é introdujo á la mujer y á D. Abundo, Cerró luego la puerta, quedándose fuera, y echó á la vieja á un punto remoto del castillo, así como lo habia hecho con la otra mujer que estaba de guardia.

Todo este movimiento, un instante de espera y la presencia improvisa de personas nuevas causaron no poco sobresalto á Lucía, y á pesar de que su situacion era intolerable, no dejaba de ser para ella un motivo de espanto cualquiera mudanza. Alzando los ojos y viendo á un clérigo y á una mujer, se animó algun tanto; miró con más atencion, y despues de haber dudado un instante si sería D. Abundo, se quedó atónita y con los ojos encandilados al reconocerle. Llegóse á ella la mujer, se reclinó, y mirándola con ternura, le cogió ambas manos como para acariciarla y levantarla al mismo tiempo, y le dijo :

— Venga usted, querida mia, venga usted.

— ¿ Quién es usted ? — preguntó Lucía; y sin aguardar la respuesta, se volvió otra vez á D. Abundo, que estaba de pie á dos pasos de distancia, con una cara igualmente de compasion, y clavando en él de nuevo la vista, exclamó : — ¿ Es usted, señor Cura ? ¿ dónde estamos ? ¡ Desgraciada de mí ! ¿ He perdido el conocimiento ?

— No, no, — contestó D. Abundo; — yo soy; no lo dudes: animate, que venimos á sacarte de esta casa. Yo soy tu párroco, que expresamente monté á caballo con el fin de...

Lucía, como si en un instante hubiese adquirido todas sus fuerzas, se puso arrebatadamente de pié, y volviendo á fijar la vista en el cura y en la mujer, dijo:

— ¿ Conque es la Virgen la que os ha enviado aquí?

— Yo bien lo creo, — respondió la buena mujer.

— ¿ Y podemos irnos al instante? ¿ es eso cierto? — preguntó Lucía bajando la voz, y con tono de timidez y recelo: — ¿ Y toda aquella gente? — prosiguió como temblando de miedo. — ¿ Y aquel señor?... ¿ Y aquel hombre?... bien me prometió...

— Aquí está él tambien, — dijo D. Abundo, y ha venido con nosotros para eso; está esperando aquí fuera: vámonos presto, no hagamos aguardar más tiempo á una persona de su clase.

En esto, el mismo caballero empujó la puerta, y entró incorporándose con los demás. Lucía, que poco ántes no sólo deseaba verle, sino que, como no tenía esperanzas en otra persona alguna, hubiera querido que él sólo se presentase, habiendo ahora visto rostros conocidos y oído acentos amigos, no pudo librarse de cierta repugnancia momentánea, y así se estremeció, detuvo el aliento y abrazó á la buena mujer, ocultando la cara en su seno. El mismo caballero, que desde luego quedó parado al ver aquel rostro, en el cual la noche ántes apenas había podido fijar la vista, aquel rostro pálido y abatido por las penalidades y la abstinencia, al advertir ahora aquella demostracion de temor, bajó los ojos, quedóse un instante inmóvil y mudo, y contestando á lo que la infeliz no había dicho:

— ¡ Es verdad, — exclamó, — perdóname!

— Viene á libertar á usted: ya no es el mismo; ya es bueno, muy bueno: mire usted cómo le pide perdon, — así iba diciendo la buena mujer al oído de Lucía.

— ¿ Qué más puede decir? — prosiguió D. Abundo. —

Vaya, arriba esa cabeza. No seas niña, despáchate para que podamos marcharnos presto.

Con efecto, levantó Lucía la cabeza, miró al caballero, y viéndole humillado, abatido y confuso, movida de un sentimiento en que se reunian la compasion, la gratitud y el gozo, dijo:

— ¡ Ah, señor! ¡ Dios le pague á su señoría tan buena obra!

— Y á ti mil veces más, — contestó el caballero, — por el consuelo que me proporcionan esas palabras.

Dicho esto, se dirigió á la puerta y salió el primero. Siguióle Lucía, enteramente animada con la mujer que le daba el brazo, y tras de ellos echó á andar D. Abundo. Bajaron todos la escalerilla y llegaron á la puerta que daba al segundo patio. Abrióla el caballero, se llegó á la litera, y con cierta urbanidad casi tímida (dos cosas muy nuevas en él) ayudó á Lucía y á la mujer á entrar en ella. Tomó luego de las manos del mozo de la litera las riendas de las dos mulas y dió el brazo tambien á D. Abundo, que ya se había acercado á la suya.

— ¡ Oh, tanta bondad! — dijo este montando en su mula con más ligereza que ántes.

Y la comitiva echó á andar en cuanto estuvo pronto tambien el caballero, que con frente más serena había recobrado ya su acostumbrada actitud de predominio. Los bravos que se encontraban en el camino notaban bien en su rostro señales de que le ocupaban pensamientos graves y cuidados extraordinarios; pero no pasaban más allá; y como no había llegado todavia á sus oídos la noticia de aquella gran mudanza, era imposible que por conjetura llegasen á adivinarla.

La buena mujer que acompañaba á Lucía, corridas las cortinas de la litera, la cogió de las manos, y empezó á consolarla con palabras de congratulacion y ternura; y viendo que además del abatimiento ocasionado por sus pasadas penas, la confusion y oscuridad de los sucesos le impedian experimentar un placer completo por su libertad, le dijo todo lo que creyó más conducente para refrescar su memoria, y desembrillar, digámoslo así, sus ideas; y nombrándole el

pueblo de donde ella era, y adonde iban, Lucía, que estaba impuesta en que no distaba mucho del suyo, exclamó :

— ¡ Ah, María Santísima, cuántas gracias tengo que daros... ¿ Y mi madre ?

— La enviaremos á buscar, — contestó la buena mujer, que ignoraba lo que se había dispuesto.

— Sí, sí, Dios os lo pagará. ¿ Y usted quién es ? ¿ cómo ha venido usted aquí ? — preguntó Lucía.

— Me ha enviado nuestro Párroco, — respondió la mujer, — porque á este señor que va con nosotros le ha tocado Dios en el corazón (¡ bendito y alabado sea !), y ha venido á nuestro pueblo á hablar al señor Cardenal-arzobispo, á ese siervo del Señor, que allí le tenemos de visita, y se ha arrepentido de sus grandes pecados, y deseando mudar de vida, le contó al señor Cardenal como había mandado robar á una pobre muchacha, que es usted, por convenio con otro hombre sin temor de Dios, que el señor Cura me ha indicado quién puede ser.

Como al oír esto levantó Lucía los ojos al cielo, prosiguió la mujer de esta manera :

— ¡ Ah ! quizá usted lo sabe. Considerando, pues, el señor Cardenal que tratándose de una muchacha, se necesitaba una mujer para acompañarla, le encargó al señor Cura que la buscara, y el señor Cura por su bondad vino á buscarme á mí...

— ¡ Ah ! ¡ Dios se lo pague á usted ! — interrumpió Lucía.

— Esto no es nada, hija mía, — prosiguió la mujer ; — y el señor Cura me dijo que la animase á usted y la consolase, manifestándole al mismo tiempo cómo el Señor la había salvado á usted milagrosamente.

— ¡ Ah, sí ! milagrosamente por intercesión de la Virgen.

— Buen ánimo, pues, y perdonar al que le ha hecho á usted mal ; y no sólo alegrarse de que Dios haya usado de misericordia con él, sino también pedirle que le asista ; en lo que, además de que tendrá usted mucho mérito, experimentará no poco júbilo.

Contestó Lucía con una mirada que expresaba su asenso, mejor que lo hubiera hecho con palabras, y con una dulzura que las palabras no hubieran podido expresar.

— ¡ Buena muchacha ! — prosiguió la mujer ; — y hallándose justamente vuestro Cura párroco en nuestro pueblo (pues hay tantos, tantos, todos los de las inmediaciones), determinó el señor Cardenal enviarle también á él conmigo, aunque de poco nos ha servido. Ya había yo oído decir que era hombre para poco, y en esta ocasión lo he visto con mis propios ojos.

— Y ese que se ha vuelto bueno, ¿ quién es ? — preguntó Lucía.

— ¿ Cómo ? ¿ no lo sabe usted ? — contestó la mujer, y le nombró.

— ¡ Válgame Dios ! — exclamó Lucía. — ¡ Cuántas veces he oído con horror repetir ese nombre en muchas historias en que hacía el mismo papel que en otras Neron !

Y al pensar que había caído en sus manos, que había estado en su poder, que se veía libre de sus garras, y le encontraba ahora tan convertido, no dejaba de exclamar :

— ¡ Válgame Dios ! ¡ válgame Dios !

— Es verdaderamente un gran beneficio el que el Señor nos ha hecho, — prosiguió diciendo la buena mujer. — Será una felicidad para medio mundo. Da miedo pensar lo aterrizado que tenía á todo el país... Y ahora, según me ha dicho el señor Cura (bien se le ve en la cara), se ha vuelto santo : y ya lo dicen sus obras...

Decir que la buena mujer no tenía gana de saber algo más por menor la aventura en que ella también hacía algun papel, sería no decir la verdad ; pero es necesario confesar para su gloria, que, detenida por la compasión respetuosa con que miraba á Lucía, y penetrada de la gravedad y dignidad de su encargo, no pensó siquiera en hacerle la más mínima pregunta ; y así todas las palabras, durante el camino, sólo se redujeron á animarla, consolarla y manifestarle el mayor interés.

— ¡Sabe Dios — le dijo — cuánto tiempo habrá que usted no ha comido!

— Ni siquiera me acuerdo; seguramente hace tiempo.

— ¡Pobrecilla! tendrá usted necesidad de confortar el estómago.

— Sí, — respondió Lucía con voz débil.

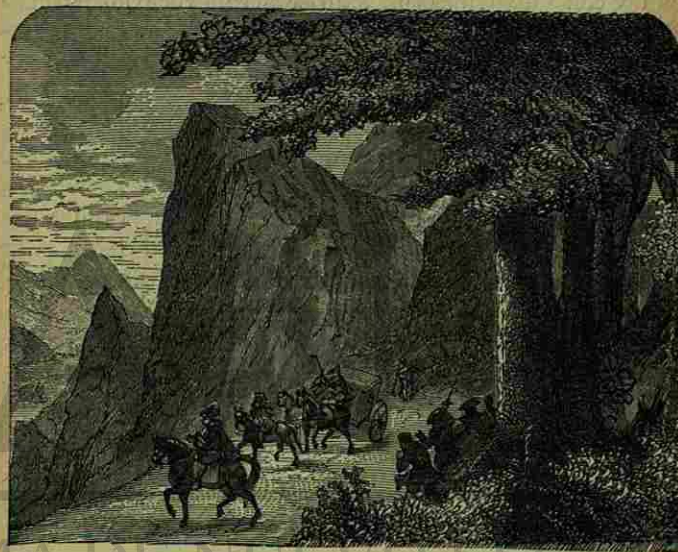
— En mi casa, gracias á Dios, encontraremos al instante alguna cosa. Anímese usted, que ya estamos cerca.

Lucía se recostaba luego en el fondo de la litera como adormecida, y la buena mujer la dejaba descansar.

Por lo que toca á D. Abundo, la vuelta no era para él tan penosa como la ida; sin embargo, no fué este tampoco un viaje de diversion. Apenas se le pasó el furioso miedo que concibió al principio, empezaron á acometerle otros cuidados, del mismo modo que cuando se arranca de raíz un árbol, queda por algun tiempo desembarazado y limpio el terreno, pero luego no tarda en llenarse de hierba. Como ya no le preocupaba aquel terror, sentía más las otras cosas, y así no le faltaba, con respecto á lo presente ni á lo porvenir, materia para incomodarse.

Molestábale ahora más que cuando iba la incomodidad de aquel modo de viajar, al cual no estaba muy acostumbrado, especialmente en la bajada del castillo al valle. El mozo de la litera, obedeciendo al caballero, apresuraba la marcha de sus bestias, y como las dos mulas caminaban al mismo paso, sucedía que en ciertos parajes más escabrosos, el pobre D. Abundo, como si le levantasen por detras, iba escurriéndose hacia delante: para sostenerse tenía que apuntalarse con la mano contra la silla; sin embargo, no se atrevía á pedir que anduviesen más despacio, puesto que por otra parte deseaba salir cuanto antes de aquella tierra. Además, en los puntos en que la senda estaba en una elevacion, ó en un ribazo, la mula, segun la costumbre de todas, andaba siempre, como si lo hiciese con intencion, por la parte de afuera, poniendo los piés en la misma orilla, por manera que D. Abundo veía continuamente debajo de sí un salto, que por

el miedo se le figuraba un precipicio. « ¡Tambien tú, decia en su interior á la bestia, tambien tú tienes el maldito vicio de ir á buscar los peligros cuando hay un camino tan ancho! » y tiraba de la brida con enfado al lado opuesto. Ya los matones no le causaban tanto respeto como ántes, pues sabia el modo de pensar del amo; pero decia allá para su colete: « Si por desgracia llegase á divulgarse, mientras esta-



Llegaron por fin al pié de la cuesta.

mos aquí, la noticia de esta gran conversion, ¿quién sabe cómo la entenderia esa canalla? ¿Quién sabe lo que sucederia? ¿No podria ocurrirles que yo habia venido de misionero? ¿Dios me libre!; Me hacian tajadas!... » Tampoco le daba ya cuidado el ceño del señor del castillo: conocia que era preciso para tener á raya á aquellos bribones: « No se necesita ménos, proseguia diciendo, ya me hago cargo; pero

¡ fuerte cosa es que á mi me habia de tocar venir entre ellos !

Llegaron por fin al pié de la cuesta, y cuando Dios quiso, salieron del valle. Serenóse la frente del caballero : el mismo D. Abundo puso una cara más natural, sacó un poco la cabeza de entre los hombros, estiró los brazos y las piernas, se puso tan erguido que parecía otro, respiró con más libertad, y con ánimo más sosegado se puso á reflexionar sobre otros peligros remotos.

« ¿ Qué dirá aquel salvaje de D. Rodrigo ? ¿ Quedarse con un palmo de narices, cornudo y apaleado ! ¿ Cuidado si le ha de escocer ! Ahora es cuando se le lleva el diablo de véras. Sería de ver que la tomase conmigo, porque me han metido en este fregado. Si tuvo valor entónces hasta de enviarme aquellos dos demonios para que me hiciesen en el camino tan mala pasada, ¿ sabe Dios ahora ?... Con su Ilustrísima no podrá pegar : es un bocado demasiado duro para él ; pero entre tanto tendrá el veneno en el cuerpo, y con alguno querrá desahogarse. ¿ Válgame Dios ! ¿ en qué pararán estas misas ? El hilo quiebra siempre por lo más delgado : Lucía, claro está que su Ilustrísima pensará ponerla en salvo : el otro pobre diablo está fuera de su alcance, y ya ha llevado su cuota ; de consiguiente, yo soy la única parte flaca que queda del hilo. ¿ Sería cosa bien dura que, despues de tantas incomodidades y trabajos, sin comerlo ni beberlo, hubiese de pagar el escote ! ¿ Qué hará su Ilustrísima para defenderme despues de haberme sacado á bailar ? ¿ Podrá impedir que aquel malvado haga conmigo una de las suyas ? ¿ Además, son tantos los asuntos que ocupan á su Ilustrísima ! ¿ Tiene tantas cosas en la cabeza ! ¿ Se mete en tantos negocios ! Lo mejor será consultar con Perpétua, y dejar que ella lo arregle todo ; siempre que á su Ilustrísima no se le antoje dar otra campanada, y meterme en nuevos laberintos. Desde luégo en cuanto llegamos, si ha salido de la iglesia, iré muy de prisa á ponerme á sus órdenes, y si no estuviese, dejaré mi nombre, y me marcharé á mi casa. Lucía tiene buena pro-

teccion ; á mí para nada me necesita ; además de que, despues de tantos malos ratos, es justo que me vaya á descansar... Pienso ahora que no será extraño que su Ilustrísima entre en curiosidad de saber toda la historia, y salga á la colada lo del matrimonio. ¿ Sólo me falta eso !... ¿ Y si va de visita también á mi parroquia ?... En fin, será lo que Dios fuere servido. No quiero contristarme de antemano, que no son ya pocas las molestias que me abruma. Mientras su Ilustrísima quede por acá, no se atreverá D. Rodrigo á cometer ningun atentado... pero despues... ¡ Ah ! ya preveo que mis últimos días lo han de ser de amargura. »

Cuando llegaron, no estaban concluidos aún los divinos oficios. La comitiva, despues de pasar por entre las mismas gentes, no ménos conmovidas que la vez primera, se dispersó por fin. El caballero y D. Abundo entraron en una plazuela, en cuyo frente se hallaba la casa del Párroco, y la litera siguió adelante hasta llegar á la de la buena mujer.

Cumplió D. Abundo su palabra, pues apenas apeado, hizo los más expresivos cumplimientos al caballero, suplicándole que le disculpase con su Ilustrísima, porque negocios urgentes le llamaban á su parroquia. Fué á buscar su caballo, es decir, el baston que habia dejado en un ángulo de la sala, y se puso en camino, mientras el caballero se quedó aguardando á que el Cardenal saliese de la iglesia.

La buena mujer, despues de haber dado á Lucía el mejor asiento en su hogar, se puso á preparar la comida, rehusando con cordial rusticidad las demostraciones con que aquella se esforzaba en manifestar su agradecimiento.

Añadiendo con presteza leña al fuego en que estaba dispuesta á hervir en un perol una buena gallina, cortó en una taza rebanadas de pan, y llenándola de sabroso caldo se la presentó á su huésped : y al ver que la pobre iba recobrando vigor, se dió á sí misma el parabien de que este incidente hubiese ocurrido en un día en que su hogar no estaba desprovisto.

— En todas las casas — dijo — hay *gaudeamus*, hoy, mé-

nos en las de los pobres, que apenas tendrán un pedazo de pan moreno y una escudilla de polenta de maíz; pero áun e-los esperan algun socorro de un señor tan caritativo. Nosotros, á Dios gracias, no nos hallamos en tanto apuro: con lo que gana mi marido y con los cuatro terrones se va pasando. Coma usted, pues, con buen ánimo, en tanto que acaba de cocer la gallina, que es alimento de más sustancia.



Se enredaron sus dedos en el rosario.

Y recogida la taza, siguió con sus preparativos, y puso la mesa para la familia.

Confortada Lucía algun tanto, y recobrada con las fuerzas del cuerpo las del espíritu, empezó á aliñarse por hábito y por instinto de aseo y de pudor: arregló su cabello, rehaciendo las trenzas casi sueltas, estiró su pañuelo del cuello, y en estas operaciones se enredaron sus dedos en el rosario que llevaba pendiente. Al mirarlo se agolparon en su fantasía un tropel de encontrados afectos. El recuerdo del voto que hasta

entónces nabian oscurecido mil distintas sensaciones, se le presentó de improviso con todas sus consecuencias. Su ánimo, no bien alentado, quedó de nuevo sobrecogido, y á no haber estado preparada por una vida de inocencia, resignacion y confianza en Dios, la consternacion que se apoderó de ella se hubiera convertido en despecho. Despues de una lucha de pensamientos difícil de expresar, las primeras palabras que salieron de su boca fueron estas: « ¡ Desgraciada de mí! ¿ qué es lo que he hecho? »

No bien hubo prorumpido en tales exclamaciones, cuando se sintió horrorizada. Presentáronse á la memoria todas las circunstancias del voto, su cruel conflicto, la persuacion de no encontrar socorro en la tierra, el fervor de la súplica y la deliberacion con que hizo su promesa. El arrepentirse despues de conseguida la gracia, le pareció una sacrilega ingratitud hácia Dios y su bendita Madre, y persuadida de que semejante infidelidad le acarrearía nuevas y más terribles desventuras, en medio de las cuales no podría ya tener confianza en sus oraciones, se dió prisa á arrepentirse de aquel momentáneo arrepentimiento. Quitóse del cuello devotamente el rosario, y teniéndole entre sus manos trémulas, confirmó y renovó el voto, pidiendo al mismo tiempo con el mayor fervor que le concedi se la Virgen la fuerza de cumplirlo, y se apartasen de ella los pensamientos y las ocasiones capaces, sino de revocar su resolucíon, por lo ménos de atormentarla demasiado.

La ausencia de Lorenzo, y las pocas apariencias de que pudiese volver, y aquella separacion que hasta entónces le habia parecido tan amarga, las tuvo ahora por una disposición de la Providencia, que reunió para un solo fin ambos acontecimientos, y procuraba hallar en el uno la razon de consolarse del otro. Sin embargo, tras este pensamiento no dejaba de figurarse que la misma Providencia, para coronar la obra, sabría hallar el medio de que Lorenzo se resignase y no pensase más... pero apenas la asaltó semejante idea, volvió á agitarla la lucha de afectos. Convencida de que su corazon

pugnaba por arrepentirse otra vez, volvió de nuevo á las súplicas, á las protestas y á la batalla, de que salió triunfante, como el vencedor cansado y herido se separa de su contrario que yace por tierra.

Oyóse en esto un bullicioso pisoteo acompañado de gritos de alegría. Era la familia menuda que venía de la iglesia, y en efecto entran saltando dos niñas y un niño: se paran un momento mirando con curiosidad á Lucía, y corren luego hácia su madre, agrupándose todos tres al rededor de ella. Uno pregunta quién es aquella jóven, y cómo, y á qué ha venido; otro quiere contar las maravillas que ha visto en la iglesia, no costando poco trabajo á su madre hacerles guardar silencio. Entra en seguida el amo de la casa con paso mesurado y la cordialidad pintada en el rostro. Era (pues aún no lo hemos dicho) el sastre del lugar, y aún de todo el contorno; hombre que sabía leer y habia repasado más de una vez la historia de los doce pares de Francia y varias vidas de santos, por lo cual pasaba entre sus compatriotas por discreto y entendido, lisonja que rehusaba con modestia, diciendo únicamente que habia errado la vocacion, y que si hubiese estudiado, quién sabe adónde hubiera podido llegar. Por lo demas, era de la mejor pasta del mundo. Habiéndose hallado presente cuando el Cura llamó á su esposa para aquella caritativa diligencia, no sólo dió su aprobacion, sino que, á ser preciso, hubiera ayudado con ruegos é instancias, y ahora que la funcion, la pompa y el concurso, y sobre todo el sermón del Cardenal, habian exaltado, como suele decirse, sus buenos sentimientos, volvía á su casa con ansia de saber las resultas del suceso, y de encontrar ya libre á la pobre muchacha.

— Aquí la tienes, — le dijo su mujer al verle entrar, señalando á Lucía, la cual poniéndose colorada, se levantó del asiento y empezó con labio balbuciente á expresar su gratitud.

Pero el buen hombre se acercó á ella con semblante halagüeño, é interrumpiéndola, le dijo:

— ¡Bien venida seas! Por ti viene á esta casa la bendicion del cielo. ¡Cuánto me alegro de verte en ella! No me quedaba duda de que llegarías á buen puesto, porque jamas se ha visto que el Señor haya empezado un milagro sin acabarle. ¡Pobre jóven, Gran gusto tengo en verte aquí! Este es verdaderamente un prodigio.

Y no se crea que fuese el único que por haber leído tantas vidas de santos, calificase de milagro aquel acontecimiento. En todo el lugar y en el contorno de muchas leguas no se habló de él en otros términos mientras duró su memoria; no siendo á la verdad extraño, en vista de las consecuencias que tuvo, el que las gentes sencillas juzgasen de aquella manera.

Acercóse despues el buen hombre á su mujer, que estaba apartando de la lumbre el perolito, y le preguntó en voz baja:

— ¿Qué tal salió la intentona?

— Muy bien; ya te lo contaré luego.

— Sí, sí, cuando estemos despacio.

Puesta por fin la mesa, tomó el ama de la mano á Lucía, la sentó junto á sí, y cortando un alón de la gallina se lo puso delante. Colocóse al otro lado su marido, y ambos animában á su abatida y vergonzosa huésped a que comiese sin empaño. Despues de los primeros bocados empezó el sastre á razonar entre las interrupciones de los chicos, que comian en pié al rededor de la mesa, los cuales demasiadas novedades habian visto para hacer el papel de meros oyentes. Describía el padre las solemnes ceremonias, pasaba luego á hablar de la milagrosa conversion; pero lo que más profunda mella habia hecho en su ánimo era el sermón del Cardenal.

— Al ver — decía — á un señor de su clase sentado en el altar como un simple cura...

— ¿Y aquella cosa de oro que tenía en la cabeza? — interrumpió una niña.

— ¿Quieres callar? Al pensar, digo, que un señor de su clase, un varon tan sabio que, según dicen, ha leído todos los libros que se han impreso, cosa á que ni aún en Milan ha

llegado ninguno; al ver cómo sabe expresarse de modo que todo el mundo le entienda...

— También yo le he entendido muy bien, — prorumpió la otra niña.

— Calla, tonta. ¿Qué has de haber comprendido tú?

— ¡Toma! ¿No conocí yo que estaba explicando el Evangelio en lugar del señor Cura?

— ¡Calla! te digo. No hablo de los que saben leer, porque estos tienen obligación de entender: pero hasta los más zotes comprendían el sentido perfectamente. Sin embargo, vayan ustedes ahora á preguntarles si sabrían repetir sus palabras. ¡Qué! ni dos solas. No obstante, lo que es el sentido bien claro estaba para todo el mundo. Sin nombrar jamás al señor del castillo, bien se echaba de ver que hablaba de él: y, en fin, para comprenderle bastaba observar cuando se le arrastraban los ojos en lágrimas. Entónces, ¡qué de llantos, qué de sollozos en toda la iglesia!

— Es verdad, — dijo el niño; y ¿por qué lloraban todos como si fueran muchachos?

— ¡Chiton! Y en verdad que hay corazones bien duros en esta tierra. Hizo ver con mucha claridad que, á pesar de la carestía, es preciso dar gracias al Señor, trabajar mucho, ayudarse unos á otros y vivir contentos: porque no es una desgracia el pasar trabajos, ni el ser pobre; no, señor. La desgracia es obrar mal. Y no son las suyas sólo buenas palabras, pues se sabe que vive como un pobre, y se quita el pan de la boca para darlo á los necesitados, cuando podría vivir regaladamente mejor que otro alguno. Así, así es cuando da gusto oír predicar á un sujeto de su clase, y no como muchos que dicen: « Haz lo que te digo, y no lo que hago. » ¡Buena razón por cierto! El ejemplo es lo que más vale. También hizo ver que hasta los que no son señores, si tienen algo más de lo necesario, están obligados á repartirlo con los menesterosos.

Aquí interrumpió su plática como si le ocurriese algún pensamiento improvisado: se mantuvo cabizbajo un momento;

luego de lo que había en la mesa dispuso un plato, y poniendo sobre él media hogaza de pan, lo envolvió todo en una servilleta, y cogiéndola de las cuatro puntas, dijo á la mayor de sus chicas:

— Toma, — y dándole en la otra mano una botella de vino, añadió: — Vete á casa de la tía María la viuda, y dásele todo, diciendo que es para que celebre este día con sus niños, ¿estás? y cuidado que lo hagas bien, de modo que parezca expresión y no limosna. Si te encuentras con algún conocido, no le digas nada, y mira no rompas algo.

Enterneciéndose Lucía, asomando las lágrimas á sus ojos, y experimentando al mismo tiempo singular regocijo, pues las razones precedentes le habían causado tal consuelo, que quizá no lo hubiera producido igual el sermón más acabado.

Entró de ahí á poco el Cura del pueblo, diciendo que le enviaba el Cardenal para que le llevase nuevas de Lucía, á quien su Ilustrísima quería ver aquella misma tarde. Dió luego gracias á los dos esposos, y conmovidos entrambos y Lucía, no encontraban palabras con que corresponder á tantas bondades.

— ¿Y tu madre no ha llegado aún? — preguntó á Lucía el Párroco.

— ¡Mi madre! — exclamó esta; mas oyendo que de órden de su Ilustrísima se la había mandado venir, se cubrió el rostro con el delantal y prorumpió en un copioso llanto, que no cesó sino mucho después de haber salido el Cura.

Apénas los tumultuosos afectos que excitó en su ánimo aquella noticia dieron entrada á pensamientos más sosegados, se acordó de que la próxima satisfacción de ver á su madre, satisfacción que pocos minutos ántes no se hubiera atrevido á esperar, la había implorado expresamente en su mayor apuro, poniéndola casi como condición del voto, cuando dijo: « Haced que vuelva libre al lado de mi madre: » y estas palabras se presentaron vivamente á su memoria. Con esto se confirmó en el propósito de mantener su pro-

mesa, y consideró como un cargo de conciencia su disgusto y momentáneo arrepentimiento.

En efecto, cuando se estaba hablando de Ines, ya estaba en camino, y muy cerca del lugar. Fácil es figurarse cómo quedaría la infeliz al recibir aviso tan inesperado, junto con la noticia imperfecta y confusa de un peligro horroroso y de un suceso oscuro que no supo explicar el mensajero, y del cual no tenía el menor antecedente en que fundar conjeturas. Despues de haberse puesto las manos en la cabeza; despues de haber exclamado repetidas veces: « ¡Dios mio! ¡Virgen Santísima! » despues de haber hecho al comisionado mil preguntas á que no pudo responder, se entró precipitadamente en el carro, sin dejar en todo el camino sus exclamaciones é infructuoso interrogatorio. Pero al llegar á cierto paraje se encontró con D. Abundo, que caminaba paso á paso con su baston. Paróse el Cura, y prorumpiendo entrambos en una interjeccion de sorpresa, se apeó la mujer, y retirados los dos á un castañar próximo al camino, le contó D. Abundo cuanto habia oido y lo que habia visto por sus ojos. No quedaba, á pesar de esto, la cosa muy clara; pero al cabo era lo bastante para que Ines quedase segura de que su hija estaba libre de riesgos.

Quiso en seguida D. Abundo entrar en otra materia, y dar á la madre de Lucía ciertas instrucciones acerca del modo de conducirse con respecto al Cardenal, si este, como era probable, deseaba ver á entrambas, á fin de que no le hablasen del casamiento, como cosa inoportuna; pero conociendo Ines que D. Abundo sólo trataba de su propia conveniencia, le dejó plantado sin ofrecer cosa alguna, ó, por mejor decir, sin comprometerse á nada, y despidiéndose de él, prosiguió su viaje.

Llega por fin el carro y se para á la puerta del sastre. Levántase Lucía atropelladamente, se apea Ines con igual precipitation, y se arrojan en los brazos una de otra.

La buena mujer, que se hallaba sola en casa, las alienta, las tranquiliza, se congratula con ambas, y con prudencia y

discrecion las deja solas á pretexto de disponer una cama, pues tenía proporcion para ello; aunque si así no fuese, ella y su marido hubieran dormido en el suelo, ántes que permitir que fueran á hospedarse á otra parte.

Pasado aquel primer desahogo de abrazos y sollozos, quiso saber Ines la funesta aventura de su hija, quien se dispuso dolorosamente á contársela por menudo. Pero el lector sabe muy bien que esta era una historia que ninguno sabía por entero, conteniendo incidentes oscuros é incomprensibles para la misma Lucía, y sobre todo la fatal combinacion de haberse encontrado en el camino con el funesto coche cuando justamente por una extraña casualidad iba Lucía pasando por él.

Acerca de este punto, la madre y la hija se perdian en conjeturas, sin atinar, ó, más bien, sin dar ni aproximadamente en el hito. Por lo tocante al autor principal de la trama, ni una ni otra pudieron ménos de creer que fuese D. Rodrigo.

— ¡Ah, desalmado! ¡Hombre perverso! — exclamaba Ines: — tambien le llegará la suya, y el Señor le pagará sus obras. Entónces verá...

— No, madre, no, — interrumpió Lucía. — No le desee usted mal ninguno: no, ni á él, ni á nadie. ¡Si supiera usted lo que es padecer! ¡Si lo hubiese experimentado! Roguemos más bien por él, pidiendo á Dios que le toque en el corazon, como lo ha hecho con ese otro pobre caballero, que dicen que era peor, y ahora es un santo.

La repugnancia de Lucía á renovar memorias tan penosas y recientes, fué parte para que más de una vez suspendiera su relacion, faltándole en várias ocasiones el ánimo para continuarla. Por fin, despues de muchas lágrimas volvió á tomar el hilo á duras penas, aunque por diferente sentimiento hubo de suspenderle en cierto paso, á saber, el del voto. El temor de que su madre la tachara de precipitada ó imprudente, ó de que, como en el asunto del casamiento, sacase á colacion alguno de sus registros de ancha conciencia, ó bien porque, como mujer sencilla, en el hecho de confiar á álguien

su secreto, áun cuando sólo fuese para tomar parecer, diese margen á que se divulgase, cosa que hasta en idea la avergonzaba y llenaba de rubor : todos estos motivos juntos la decidieron á callar aquella circunstancia importante, proponiéndose consultar primero con el P. Cristóbal. Mas ¿cómo se quedó, cuando, preguntando por él, supo que le habian enviado á un país remoto, cuyo nombre no supo individualizar su madre!

— Y Lorenzo... — dijo Ines.

— Está en paraje seguro : ¿no es verdad? — exclamó Lucía.

— Es cierto, sin duda, porque todos lo dicen. Parece ser que pasó á territorio de Bérgamo ; pero el pueblo de su residencia no se sabe de fijo, y él hasta la presente hora no ha dado á nadie razon de su persona. Preciso es que no haya encontrado ocasion oportuna.

— ¡ Ah ! ¡ Si está en paraje seguro, — dijo Lucía. — loado sea el Señor !

Y procuraba mudar de conversacion, cuando fué interrumpida por una novedad inesperada, á saber, la presencia del Cardenal-arzobispo.

Vuelto este de la iglesia donde le dejámos, supo de boca del caballero sin nombre la libertad de Lucía. Estando ya entónces puesta la mesa, se sentó á ella, colocando á su derecha al caballero entre un corro de clérigos, que no se cansaban de mirarle á hurtadillas, sorprendidos de ver aquel semblante, manso sin debilidad, y humilde sin abatimiento, y de compararle con la idea que de antiguo se habian formado de aquel personaje.

Acabada la comida, se retiraron juntos el caballero y el Cardenal, y despues de un coloquio más largo que el primero, se despidió aquél para su castillo. Montó en la misma mula en que habia venido por la mañana, y así que partió, mandó llamar el Arzobispo al Párroco, diciéndole que deseaba ir á la casa donde estaba Lucía.

— ¡ Ah, señor ilustrísimo ! Yo haré que venga aquí al

momento con su madre, si ha llegado ya, y tambien sus huéspedes, si usía ilustrísima gusta.

— Quisiera ir á verlos yo mismo, — replicó el Cardenal.

— ¿ Pero qué precision hay de que su Ilustrísima se moleste, cuando al menor aviso vendrán aquí todos volando? — repuso el Párroco, harto pesado, aunque por otra parte buen hombre, que no conocia que el objeto del Cardenal era honrar con aquella visita la desgracia, la inocencia, la hospitalidad, y hasta su propio ministerio.

Pero habiendo este insistido en su determinacion, calló el Cura, y bajando la cabeza, salió tras él á la calle.

La gente que los vió empezó á reunirse y á seguirlos, formándose tal concurrencia que en pocos minutos se vieron cercados. No cesaba el Cura de decir á los concurrentes : « Señores, paso, apartarse : ¡ qué importunidad es esta ! » El Cardenal, por el contrario, decia : « ¡ Dejadlos, nada importa ; dejadlos : » y entre tanto continuaba su camino, ya levantando la mano para bendecirlos, ya bajándola para acariciar á los muchachos que se le metian entre los piés. De este modo llegaron á la consabida casa, donde entraron, quedándose la gente agolpada á la puerta. Entre la multitud se hallaba tambien el sastre, que, como los demas, los habia ido siguiendo con la boca abierta sin saber adónde se encaminaban. Cuando vió aquel *adónde* tan inesperado, se abrió paso con estrépito, gritando : « Dejen ustedes pasar á quien corresponde, » y se metió en su casa.

Oyeron Ines y Lucía el murmullo de la calle que se acercaba por momentos, y miéntras discurrían cuál pudiera ser la causa, vieron de improviso abrirse la puerta, y entrar el Arzobispo y el Párroco.

— ¿ Es esta? — preguntó el primero al segundo, y á una señal afirmativa con que respondió el Cura, se dirigió á Lucía, que estaba inmóvil al lado de su madre, y muy avergonzadas una y otra.

Mas no tardaron en animarlas el tono de voz, la presencia, el continente, y sobre todo las palabras del Prelado.

— ¡Pobre jóven! — dijo : ¡pobre jóven! Dios ha permitido que pasaras por una gran prueba; pero te ha hecho ver que no estaba olvidado de ti, ni pensaba abandonarte. Léjos de eso, te ha puesto en lugar seguro, y se ha servido de ti



¡Pobre jóven! — dijo : Dios ha permitido que pasaras por una gran prueba.

para una grande obra, cual es usar de su misericordia con un descarriado, y aliviar á muchos infelices.

En esto se presentó el ama de la casa, que oyendo el rumor de la calle, se habia asomado á una ventanilla del segundo piso, y al ver quién entraba, bajó atropelladamente despues

de haberse aliñado un poco. Al mismo tiempo entraba el sastre, y los dos, viendo empeñado el coloquio, se quedaron en un rincon de la pieza con el mayor respeto. El Cardenal despues de saludarlos muy cortesmente, siguió hablando con las dos forasteras, interpolando con las expresiones de consuelo várias preguntas, deseoso de hallar en las contestaciones ocasion de hacer bien á quien tanto habia padecido.

— ¡Ojalá fuesen todos los curas como vuestra señoría, mirando más por los pobres, y no contribuyendo á meterlos en embrollos, por quedarse ellos fuera! — dijo Ines, animada al ver la bondad y llaneza del Arzobispo, é incomodada al pensar que D. Abundo, despues de haber sacrificado á los demas, tratase de impedirles un leve desahogo, cuando la casualidad se lo proporcionaba.

— Decid francamente cuanto se os ofrezca, — contestó el Cardenal.

— Quiero decir, — prosiguió Ines, — que si el señor Cura de nuestro lugar hubiera cumplido con su obligacion, otro gallo nos cantara.

Instóla de nuevo el Cardenal para que se explicase, y ella se halló apurada al tener que contar una historia en que habia hecho cierto papel que le costaba repugnancia descubrir, especialmente á un personaje como el Arzobispo. Salió no obstante del aprieto lo mejor que supo, permitiéndose ciertas omisiones; pero no la resistencia de don Abundo á realizar el matrimonio, ni el pretexto de los superiores con que se habia escudado. Saltando de aquí (¡ah, Ines, Ines!) al atentado de D. Rodrigo, añadió que, por haber sido avisados lograron escaparse, y concluyó en estos términos :

— Sí, señor; escapámos de aquella, pero para caer en otra. Si en aquel caso el señor Cura nos hubiese dicho francamente lo que pasaba, y hubiese casado á mis pobres hijos, nos hubiéramos ido todos juntos secretamente á paraje lejano, de donde ni el aire hubiese traído noticias nuestras.

— Ya haré yo que el señor Cura me dé razon de este embrollo, — dijo el Arzobispo.

— No, señor; no, señor, — prosiguió Ines. — No lo digo yo por eso. Nada le diga vuestra señoría : lo que pasó, pasó, y á lo hecho pecho. Y luégo ¿de qué serviría? Es un hombre así, y en igual ocasion obraría de la misma manera.

No satisfecha Lucía del modo con que su madre refirió su historia, añadió :

— Tambien nosotras hicimos mal. Se ve que no era la voluntad del Señor que el casamiento se verificase.

— ¿Pues qué mal has podido hacer tú, inocente? — preguntó el Cardenal.

Lucía, á pesar de las miradas que á hurtadillas le echaba su madre, contó la tentativa hecha en casa de D. Abundo, y concluyó diciendo :

— Obrámos mal, y Dios nos ha castigado.

— Aceptad como cosa de su mano las tribulaciones que habéis padecido, y cobrad ánimo, — dijo el Cardenal, — porque ¿quién tendrá más motivo de alegrarse y de esperar que los que han sufrido pesadumbres y se confiesan culpados?

Preguntó despues por el novio, y sabiendo de Ines (pues Lucía callaba con los ojos bajos) que estaba fugitivo, manifestó admiración y disgusto, y queriendo saber la causa, refirió Ines lo poco que sabía de la historia de Lorenzo.

— He oido hablar de ese hombre, — dijo el Cardenal, y no comprendo cómo un sujeto complicado en asuntos de tan mala especie, andaba en tratos de casamiento con una jóven como esta.

— Era un mozo muy bueno y honrado, — contestó con voz firme Lucía, poniéndose al mismo tiempo colorada.

— Sí, señor, — añadía Ines; sí, señor; era demasiado bueno. Y esto puede vuestra señoría preguntarlo al mismo Cura. ¿Quién sabe las tramas que se habrán urdido por allá? ¡Es menester tan poco para que á los pobres se les haga parecer bribones!

— Es mucha verdad, — dijo el Arzobispo. — Basta : yo me informaré de todo.

Y apuntando nombre y apellido, añadió que pensaba pasar

á su pueblo dentro de pocos dias, que entónces Lucía podria volverse sin temor, y que entre tanto le buscaria un asilo seguro hasta que todo estuviese arreglado.

Volvióse luégo á los amos de la casa, que entónces se le acercaron algo más y reiterándoles las gracias que ya les habia dado por conducto del Párroco, les preguntó si tendrían inconveniente en retener por algunos dias aquellos huéspedes que Dios les enviaba.

— ¿Inconveniente? no, señor, — contestó la mujer con una voz y un semblante más expresivos que su lacónica respuesta, embargada por la cortedad.

Pero el marido, animado por la presencia de tan alto personaje, y la gana de lucirlo en tan solemne ocasion, estaba discurriendo una brillante respuesta. Arrugó, pues, la frente, levantó los ojos, frunció los labios; pero á pesar del tropel confuso de ideas que se le presentaron, sólo pudo echar fuera esta expresion : « ¿Cómo, señor, nos habíamos de negar?... » sin ocurrirle otra cosa, por lo que no sólo entónces quedó corrido, sino que en lo sucesivo jamas pudo recordar aquel lance sin humillacion y disgusto. Despidióse el Cardenal diciendo : « ¡La bendicion del Señor sea por siempre en esta casa! »

Preguntó por la noche al Párroco cómo podria recompensar de un modo decente á aquel honrado artesano por su hospitalidad, que en aquella época de escasez le sería gravosa forzosamente, y sobre todo tratándose de un hombre que, segun las apariencias, no era rico.

— Verdad es — contestó el Párroco — que las utilidades de su profesion y el producto de una corta heredad que posee el buen sastre, no bastarán este año para ponerle en estado de hacer grandezas; pero mediante algunos ahorros de los anteriores, es de los más acomodados del pueblo, y se halla en el caso de sufrir tales gastos con el mayor gusto, con la circunstancia de que se ofenderia si se le diese dinero.

— ¿Y no tendrá algunos créditos contra gentes pobres que no puedan pagarle?

— ¡Oh! eso sí. ¡Figúrese su Ilustrísima cómo habrán podido pagarle este año los que apenas tuvieron cosecha el anterior.

— Pues bien, — repuso el Cardenal : — á mi cargo corren esas deudas, de que usted me hará el gusto de pedirle una nota.

— Debe ser cantidad no pequeña.

— Mejor. ¿Y no habrá tambien algunos que, si nada le deben, es porque no ha habido quien les fie ?

— ¡Oh, señor! de esos no faltan en tiempos tan fatales, aun cuando uno hace cuanto puede...

— Haced que los vista de mi cuenta, y pagádselo sin mezquindad, que yo abonaré el importe. Á la verdad, este año me parece robado cuanto no se emplea en pan; pero esto es un caso de excepcion.

No queremos acabar aquí la historia de aquel célebre dia, sin contar brevemente cómo le dió fin el señor del castillo.

La noticia de su conversion le habia precedido en todo el valle en el cual habia causado asombro, curiosidad, disgusto y murmuraciones. Á los primeros bravos que encontró en el camino les hizo seña de que le siguiesen, y así consecutivamente á los restantes. Seguíanle todos con ánimo suspenso, pero con la misma sumision; así llegó á su castillo con gran acompañamiento. Hizo tambien seña á los de la puerta para que entrasen con los demas en el primer patio, donde sin apearse dió un terrible grito, que servia de señal á fin de que acudiese todo el mundo. En un instante aparecieron cuantos estaban diseminados por la casa, quedando todos en silencio mirando al amo de hito en hito.

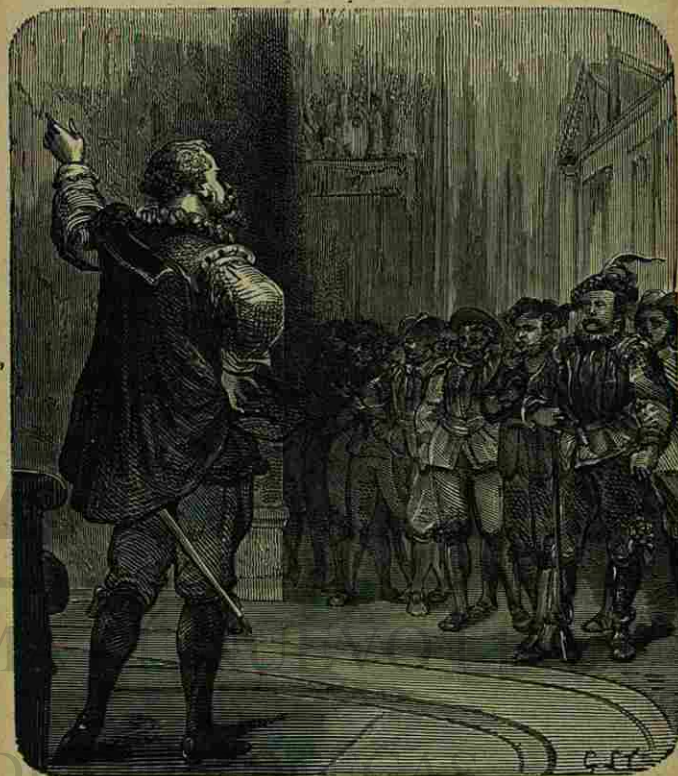
— Id al salon grande y aguardadme allí, — les dijo, manteniéndose á caballo viendo cómo salian.

Apeóse luégo, condujo por sí mismo la mula á la cuadra, y se dirigió al salon en que le esperaba aquella buena gente. Al presentarse, cesó de golpe el murmullo, y todos los bravos que serian como unos treinta, se apiñaron á un extremo de la sala, dejando al amo un gran espacio libre.

Levantó el caballero la mano, como para mandar que no

se perturbase el silencio que impuso su presencia, y alzando la frente que sobresalía por encima de todos ellos, habló de esta manera :

— Escuchadme, y ninguno me interrumpa mientras yo no



Escuchadme, y ninguno me interrumpa mientras yo no le pregunte.

le pregunte. Hijos, la senda por donde hemos caminado hasta ahora conduce al infierno. Esto no es reconvencion, la cual poca fuerza tendria en mi boca, porque soy el peor de todos; pero escuchad lo que tengo que deciros. La misericordia de

Dios me ha llamado á mudar de vida, y la mudaré ciertamente, ó por mejor decir, ya no soy el que era : hágalo así el Señor con todos vosotros,

Sabed, pues, y no lo dudéis, que estoy resuelto á morir mil veces, ántes que obrar contra su ley santa. Revoco las órdenes criminales que he dado á cada uno de vosotros; ya me comprendéis : léjos de eso, os mando que nada se ejecute de cuanto estaba dispuesto, y tened igualmente por seguro que nadie podrá hacer mal, fiado en mi protección, de aquí en adelante. Al que quiera permanecer aquí con estas condiciones, le miraré como hijo, y me tendré por feliz cuando el último pan de mi casa sirva para alimentar al último de vosotros, quitándomelo yo de la boca. Al que no se conformare le daré lo que le corresponda de su salario, y además una gratificación, á fin de que se vaya cuando quiera : en la inteligencia que no ha de volver á poner los piés aquí, sino para mudar de vida, en cuyo caso será siempre recibido con los brazos abiertos. Para meditarlo tenéis toda esta noche; mañana os llamaré uno por uno, sabré vuestra resolución, y os intimaré nuevas órdenes. Por ahora, cada cual ocupe su puesto, y Dios, que se ha dignado ser para mí tan misericordioso, os ilumine.

Calló él, y callaron todos. Por grande que fuese el tropel de pensamientos que bullia en aquellas cabezas, ninguno salió al semblante. Estaban acostumbrados á considerar la voz de su amo como la manifestación de una voluntad contra la cual era inútil luchar, y aunque aquella voz anunciaba que ya la voluntad era otra, no daba á entender que se hubiese debilitado su energía. Á ninguno le pasó siquiera por el pensamiento que, por haberse convertido su señor, pudiera subirse á las barbas, y replicarle como á otro hombre. Veían en él á un santo, pero de aquellos que se pintan con la frente erguida y la espada en la mano. No todo era temor : teníanle además (especialmente los que habian nacido en sus dominios, que era la mayor parte) el respeto de vasallos, y todos le miraban con cierto afecto fundado en admiración, por

manera que en su presencia se hallaban sobrecogidos de aquella especie de cortedad que engendra el hábito delante de un superior reconocido por tal desde la niñez. Es cierto que no les eran gratas sino repugnantes las cosas que acababan de oír, pero tampoco nuevas ni extrañas para su entendimiento. Mil veces se habian burlado de ellas, no porque no las creyesen, sino por evitar y rechazar con las burlas la impresión incómoda que les causaba su recuerdo, y el miedo que les hubiera infundido su seria meditacion; y el ver ahora en el ánimo de su señor los efectos de aquel mismo miedo no dejó de hacerles mella más ó ménos durable. Agrégase á esto que los que fuera del valle supieron tan gran novedad, fueron testigos del júbilo y entusiasmo del pueblo, y de la veneración que de improviso se granjeó su señor entre las gentes, en vez del odio y del terror que ántes excitaba su nombre.

Con esto estaban aturdidos é indecisos, renegando en su interior los unos, cavilando los otros sobre el rumbo que podrian tomar en adelante; estos meditaban si tendrian esfuerzo y conformidad para ser hombres de bien; aquellos se inclinaban á serlo. Otros, por último, trataban de ganar tiempo prometiéndolo todo, á trueque de quedarse á comer un pan ofrecido con tanta cordialidad, y tan difícil de encontrar en aquella época, con ánimo de seguir despues el camino que más les conviniese. Ello es que ninguno ehistó, y así que el caballero, concluida su plática, alzó la mano en señal de despedida, tomaron todos la puerta tan quietos y sosegados como una manada de corderos. Salió tras ellos el amo, y puesto en medio del patio, observó á la vislumbre que cada cual se encaminó á su puesto sin hablar palabra. Subió despues á su aposento, y tomando una linterna, reconoció las entradas y salidas, los corredores y patios, en suma, todo el castillo, y cuando vió que en todas partes reinaba el sosiego y el silencio, se fué á dormir, porque á la verdad tenia sueño.

Ejercitado toda su vida en tomar sobre sí negocios intrincados y urgentes, jamas tuvo tantos como ahora, y sin em-

bargo tenía sueño. Los remordimientos que tanto le habían acosado la noche anterior, lejos de disminuirse le punzaban con más fuerza, y sin embargo tenía sueño. El orden y gobierno establecidos por tantos años en aquel castillo estaban expuestos á un trastorno. La sumision ilimitada de sus satélites, su fidelidad y su disposicion á obedecer ciegamente su voluntad, en que por tan largo tiempo descansaba, no le ofrecian ya la antigua confianza. Él mismo acababa de introducir en su propia casa la incertidumbre, y quizá la confusion, poniéndolo todo en contingencia : y sin embargo tenía sueño. Entró, pues, en su cuarto, se acercó al lecho mismo en que tanta inquietud había padecido la última noche, y se arrojó á su cabecera ansioso de rezar. Halló, en efecto, en un escondrijo de su memoria las oraciones que le enseñaron en su niñez, y aquellas palabras, tantos años olvidadas y oscuras, fueron desarrollándose poco á poco unas tras otras. En este ejercicio encontraba un conjunto de afectos indefinibles, cierta dulzura en volver á los hábitos de la inocencia, cierta exacerbacion de dolor al contemplar el abismo de crímenes y desdichas que mediaba entre aquel tiempo y el presente, un vivo anhelo por conseguir con obras de expiacion una conciencia nueva y el estado más inmediato á la inocencia que ya no le era dado recobrar, y últimamente una gratitud y una confianza ilimitada en la misericordia de Dios, con cuyo auxilio esperaba llegar á tan feliz término, y de la cual tenía ya tan calificadas pruebas. Levantóse despues, se acostó en su cama, y se quedó profundamente dormido.

De esta manera tuvo fin aquel día, cuya celebridad duraba aún cuando apuntaba estas noticias el autor anónimo de quien las hemos tomado, y que, á no ser por él, quedarán perdidas en el olvido, puesto que Rívola y Ripamonti, ya citados, se contentan con decir que aquel tirano tan famoso despues de una conferencia que tuvo con el cardenal Federico Borromeo, mudó enteramente de vida con asombro de todo el mundo. ¿ Y tantos son por ventura los que han leído estos dos autores ? Méenos sin duda que los que han de leer

esta historia. ¿ Y quién sabe si algun curioso que tuviese habilidad y deseo de hallarla, encontraria en aquel valle alguna



Aquel tirano tan famoso mudó enteramente de vida.

remota y oscura tradicion de este suceso ? ; Desde entónces acá son tantas y tantas las cosas que han pasado !

CAPÍTULO XXV

El día siguiente, en el lugar de Lucía y en todo el distrito de Lecco, no se hablaba de otra cosa sino de ella, del caballero anónimo, del Arzobispo y de otro sujeto que, aunque se complacia en que su nombre fuese muy conocido, esta vez hubiera deseado que nadie se acordase de él. Hablamos de D. Rodrigo.

No porque ántes de ahora no se hablase de sus hazañas, sino porque siempre se hacía con palabras ambiguas, y en secreto. Era necesario que dos personas se tratasen con mucha intimidad para expresarse claramente sobre esta materia ; y aún entónces no lo hacian con toda la acrimonia de

que eran capaces; porque los hombres en general, cuando no pueden desahogar su indignacion sin riesgo, no sólo la demuestran ménos, ó la ocultan del todo, sino que efectivamente es menor la que experimentan. Pero en esta ocasion, ¿quién hubiera tenido reparo en preguntar, ó en hablar de un hecho tan estrepitoso en que se habia visto la mano del cielo, y en que hacian un gran papel dos personajes célebres? El uno porqué reunia en sí tan grande autoridad y tan vehemente amor á la justicia, y el otro porque parecia la misma prepotencia personificada que llegaba á humillarse, y la flor y la nata de los bravos, que iba, digámoslo así, á rendirse y á deponer las armas. En comparacion de estos, ¡qué ruin personaje apareció D. Rodrigo!

Entónces comprendian muy bien todos cuán grande era la infamia de molestar á la inocencia para deshonorarla y perseguirla con tan imprudente teson, tan atroz violencia é insidias tan abominables. En aquella ocasion era cuando todo el mundo pasaba revista á las demas hazañas de aquel malvado, y cada uno decia con franqueza su parecer, animado al ver que todos eran del mismo sentir. Murmurábase de él con indignacion en todas partes; pero léjos de sus tiros, por temor á la turba de bravos que le rodeaban.

Una gran parte de esta animadversion pública alcanzaba tambien á sus amigos y aduladores. Con efecto, se le cortaba un buen sayo al señor Podestá, siempre sordo, ciego y mudo acerca de las maldades de aquel tiranuelo; pero se hablaba de él con alguna reserva porque contaba con sus esbirros. Por lo que toca al abogado Tramoya, como no tenía más que bachillerías y embrollos, no se le guardaba tanta consideracion, haciéndose lo mismo con los demas parásitos sus semejantes. Á todos se les señalaba con el dedo y se les miraba de reojo, por lo cual juzgaron conveniente no dejarse ver en mucho tiempo.

Aterrado D. Rodrigo con noticia tan inesperada, y tan diferente de la que aguardaba de dia en dia, de momento en momento, estuvo encerrado en su castillo sin más compañía

que sus satélites, tragando veneno por espacio de dos dias, al cabo de los cuales partió para Milan. Á no haber mediado otro motivo que las murmuraciones de las gentes, quizá hubiera permanecido allí por lo mismo para arrostrarlas, y acaso al ver el término á que habian llegado las cosas, hubiera buscado ocasion de escarmentar á todos en uno de los más atrevidos; pero lo que le hizo salir fué la noticia indudable de que el Cardenal iba por aquellas partes. El Conde su tio, que nada sabia de su historia, sino lo que le habia contado el conde Atilio, hubiera sin duda exigido que en se-



Aterrado D. Rodrigo con noticia tan inesperada.

mejante ocasion su sobrino hiciese el primer papel al lado del Cardenal, y recibiese en público de su ilustrísima las distinciones correspondientes á su clase; y ya todos ven los buenos antecedentes que habia para ello. Lo hubiera exigido, pidiendo luégo que de todo se le diese una razon circunstanciada, por ser excelente coyuntura para manifestar la estimacion que merecia la familia de una de las primeras autoridades del Ducado. Para librarse de semejante compromiso, se levantó D. Rodrigo una mañana ántes de salir el sol, se metió en su coche, acompañándole á vanguardia y á retaguardia el *Canoso* y demas bravos, y dejada la órden de que le

siguiese luégo el resto de la familia, salió fugitivo, como... (permitásenos dar algun lustre á nuestros personajes con alguna honrosa comparacion) como salió de Roma Catilina, bufando y jurando volver presto de distinto modo para vengarse.

El Cardenal entre tanto iba visitando las parroquias del territorio de Lecco. El día que debía llegar al lugar de Lucía, la mayor parte de los habitantes salieron á recibirle al camino. Á la entrada del pueblo, al lado mismo de la casita donde vivian madre é hija, se habia construido con palos y cañas un arco triunfal revestido y adornado de ramos y flores. La fachada de la iglesia estaba adornada con tapices; todas las ventanas del pueblo colgadas con colchas, sábanas, fajas de niños en festones y todo lo mejor que tenían aquellas buenas gentes, y que, siendo cosas de uso diario, parecian adornos de lujo. Á la hora de vísperas, que era la misma en que el Arzobispo acababa de llegar á la iglesia, los que habian quedado en las casas, viejos, mujeres y especialmente muchachos, salieron tambien á recibirle, parte en órden y parte á bandadas, presididos todos por D. Abundo, apurado y aturrido en medio del bullicio de las gentes que subian y bajaban, y que, segun él mismo decia, le trastornaban la vista, y temeroso de que las bachillerías de las mujeres le pusiesen en el caso de tener que dar cuenta del asunto del matrimonio.

En esto apareció el Cardenal, ó, por mejor decir, la muchedumbre, en medio de la cual se hallaba en su litera, con su acompañamiento, pues de todo esto sólo se veia sobresalir por encima de las cabezas el extremo de la cruz que llevaba delante en una mula el capellan destinado á este oficio. La gente que iba con D. Abundo corrió de tropel á incorporarse con la que venia con el Cardenal. y D. Abundo, despues de haber dicho tres ó cuatro veces « poco á poco, despacio : ¿qué hacéis? » se volvió despechado, y diciendo entre dientes : « Esta es una Babilonia ; es una Babilonia, » se dirigió á la iglesia que aún estaba desocupada, y allí estuvo aguardando.

Adelantábase el Cardenal dando bendiciones, y recibiendo del concurso, que apenas podian contener los de la comitiva. Como paisanos de Lucía, aquellos pobres aldeanos hubieran querido obsequiar al Arzobispo con demostraciones extraordinarias ; pero no era esto muy fácil, porque ya de mucho tiempo en todas partes adonde llegaba se esmeraban las gentes en hacer cuanto podian. Ya al principio de su pontificado, la primera vez que entró solemnemente en la catedral, fué tan grande la afluencia del pueblo, que estuvo para perder la vida ; y algunos caballeros que estaban á su lado sacaron las espadas para contener la muchedumbre : tan incultas y violentas eran las costumbres de aquellos tiempos, que, aun para hacer demostraciones de amor y respeto á un obispo en su misma iglesia, corria riesgo de ser atropellado ; y sin duda la amenaza de que hablamos no hubiera bastado, si dos clérigos robustos de ánimo y de cuerpo no lo hubieran levantado en sus brazos para llevarle en vilo desde la puerta de la iglesia hasta el altar mayor : desde entónces en todas las visitas que tuvo que hacer, se puede contar su primera entrada en las iglesias, sin que parezca exageracion, entre sus trabajos pastorales, y á veces entre los peligros de su vida.

Entró, pues, en aquella como pudo, se dirigió al altar, y allí, despues de haber orado, habló, segun su costumbre, cuatro palabras á los concurrentes, haciéndoles presente el amor que les tenia, y el deseo de su salvacion, indicándoles el modo de disponerse para la funcion del día siguiente. Pasó en seguida á casa del cura Párroco, y entre las muchas cosas acerca de las cuales tuvo que conferenciar con él, le preguntó por las circunstancias y la conducta de Lorenzo. Contestó D. Abundo que era un mozo algo vivo, algo testarudo y algo colérico : pero á preguntas más precisas y determinadas tuvo que responder que era hombre de bien, y que él mismo no sabia comprender cómo en Milan habia hecho todas las diabluras de que se hablaba.

— En cuanto á la jóven, ¿ cree usted — prosiguió el Cardenal — que puede volver á su casa sin riesgo?

— Por ahora — respondió D. Abundo — me parece que puede venir y permanecer; digo por ahora... pero, — añadió con un suspiro — sería necesario que su ilustrísima quedase siempre aquí ó muy cerca.

— El Señor siempre está cerca, — dijo el Cardenal. — Por lo demas, yo pensaré cómo ponerla en paraje seguro.

Y dió inmediatamente la orden para que el dia siguiente muy temprano se despachase la litera con escolta para traer á las dos mujeres.

Salió D. Abundo muy contento, viendo que el Arzobispo le habia hablado de Lorenzo y Lucia, sin decirle palabra por haberse negado á casarlos.

« Luégo nada sabe, decia para sí. Ines ha callado. ¡ Qué milagro! Sin embargo, necesito verla otra vez para darle nuevas instrucciones. Sí, la veré. » Y no sabia el pobre hombre que el Arzobispo no habia hablado sobre el particular expresamente, porque era su ánimo tocar este punto más despacio y en mejor ocasion; y ántes de una buen reprimenda queria oír sus razones.

Pero los proyectos del buen prelado con respecto á la colocacion de Lucia eran ya inútiles, pues despues de haberla dejado en casa del sastre, habian sobrevenido las cosas que vamos á referir.

Las dos mujeres, en los pocos dias que tuvieron que pasar en su nuevo asilo, tomaron cada una, en cuanto pudieron, su antiguo y acostumbrado régimen de vida. Lucia pidió algo que trabajar, y como lo hacia en el convento, no dejaba la aguja de la mano en una piececita retirada, léjos de la gente. Ines salia algunas veces, y otras se ocupaba en remendar alguna ropa en compañía de su hija. Sus conversaciones eran tanto más tristes cuanto más afectuosas. Las dos estaban resignadas á separarse, porque la oveja no podia volver cerca de la cueva del lobo. Pero ¿cuándo y cómo se verificará semejante separacion? Intrincado y oscuro era para

ellas el porvenir, y especialmente para una; sin embargo, Ines no dejaba de hacer conjeturas de color de rosa, pensando que no habiéndole sucedido á Lorenzo alguna desgracia, no debia tardar en darles noticias de su persona, y en decirles si habia encontrado que trabajar y donde establecerse: y manteniéndose, como no podia dudarse, en su propósito de cumplir su palabra á Lucia, ¿qué dificultad habia en irle á buscar? Con estas esperanzas entretenia á menudo á su hija, cuyo dolor al oirla era quizá mayor que su pena para haber de responderle. Siempre habia ocultado su gran secreto, é inquieta por el disgusto que le causaba el usar de semejante supercheria con tan buena madre, pero al mismo tiempo contenida casi invenciblemente por la vergüenza y otros varios temores, iba difiriendo de hoy á mañana el descubrirlo. Por otra parte, sus designios eran muy diferentes de los de su madre; ó, por mejor decir, ningunos tenia formados, poniéndose enteramente en manos de la Providencia. Procuraba por tanto mudar de conversacion, ó en términos generales contestaba que ya no tenia en este mundo otra esperanza ni deseo sino el de reunirse con su madre en su casa; y las más veces venian las lágrimas á hacer con oportunidad el oficio de las palabras.

— ¿Sabes tú por qué se te figura eso? porque, como has sufrido tanto, no crees que las cosas puedan tomar otro aspecto; pero deja obrar al Señor; y si... como se presente un rayo de luz, sólo un rayo, me dirás entónces si no piensas en nada.

Besaba Lucia á su madre y prorumpia en nuevo llanto.

Ya entre ellas y sus huéspedes se habia establecido una grande amistad. ¿Y en dónde se estrecha con vínculos más fuertes, sino entre bienhechores y favorecidos, cuando unos y otros son honrados y buenos? Ines con especialidad charlaba mucho con el ama de la casa; luégo el sastre las entretenia con historias y discursos morales, y sobre todo en la mesa siempre tenia algo que contar del valiente Roldan, ó de los Padres del desierto.

Á pocas millas de aquel lugar pasaba el otoño en una quinta suya un matrimonio de gentes distinguidas, cuyos nombres eran D. Ferrante y doña Práxedes. Era esta una señora vieja muy propensa á hacer bien, oficio seguramente el más digno que puede ejercer el hombre, pero que por desgracia suele alguna vez tener sus inconvenientes como todos los demas. Para hacer el bien es menester conocerlo, y lo mismo que las demas cosas, no podemos conocerlo sino en medio de nuestras pasiones, por nuestros juicios y con nuestras ideas, las cuales á veces no son las más ajustadas. Doña Práxedes se gobernaba con sus ideas del mismo modo que, segun dicen, deba hacerse con los amigos. Con efecto eran pocas, y les tenia singular apego. Entre ellas habia algunas por desgracia bastante torcidas, y no eran estas las que ménos amaba : de aquí nacía que no siempre era el bien lo que reputaba tal, ni los medios de lograrlo acertados ó justos, pues solia ver las cosas al revés de lo que eran en sí realmente, como más de una vez nos sucede á todos, aunque no con la frecuencia que á la indicada señora.

Al oír doña Práxedes el gran acontecimiento de Lucia, y todo lo que en aquella ocasion se decia de ella, entró en curiosidad de verla, y mandó un coche con un criado antiguo para que le condujese á la madre y á la hija. Esta se encogió de hombros, y pidió al sastre que fué el que les dió el recado, que las disculpase. Miétras fué gente como suele decirse, de poco pelo la que trató de conocer á la jóven del milagro, el sastre se prestó siempre á hacer lo que solicitaban; pero en este caso miró la resistencia como una especie de grosería. Hizo tantos visajes y tantas exclamaciones; dijo que eso no era regular; que era una casa grande; que á los señores no se les hacian semejantes desaires; que podian hacer su fortuna, y que la señora doña Práxedes, ademas de todas sus circunstancias, era tambien una santa, y en fin, alegó tantas razones y argumentos á su manera, que Lucia tuvo que ceder con tanto más motivo, quanto Ines confirmaba todas aquellas razones y argumentos con otros tantos : « ¡ cierto! ¡ cierto! »

Llegadas ambas á la presencia de doña Práxedes, las acogió esta con felicitaciones y muestras de aprecio y cariño, preguntó, aconsejó, y todo con cierta superioridad innata, templada con tantas expresiones humildes, tantas ofertas, tantas apariencias de devocion, que Ines al momento, y poco despues Lucia comenzaron á sentirse aliviadas de aquel respeto



Llegadas ambas á la presencia de doña Práxedes, las acogió esta con felicitaciones.

opresor que al principio les habia infundido la presencia señorial de doña Práxedes, y ya encontraban en ella no poco atractivo. En una palabra, oyendo doña Práxedes que el Cardenal se habia ofrecido á buscarles un asilo, movida del deseo de contribuir y anticiparse á aquella buena intencion, se ofreció á recibir á la muchacha en su casa, en donde no tendria más ocupacion que la de coser, planchar é hilar, añadiendo que tomaba á su cargo el ponerlo en noticia de su Ilustrisima.

Ademas del bien muy obvio é inmediato que presentaba aquella obra de caridad, otro encontraba y se proponia doña

Práxedes mucho más importante, según su modo de ver, cual era el de disipar sus errores y reducir á la buena senda á quien tanto lo necesitaba. Porque desde que oyó la primera vez hablar de Lucía, creyó al momento que en una jóven que prometió su mano á un calavera, á un alboratador, no podía ménos de haber alguna mácula oculta, por aquello de « dime con quién andas y te diré quién eres. » Habíala confirmado en semejante opinion la visita de Lucía, no porque en lo esencial no le pareciese una buena muchacha, sino porque habia algo que deducir del concepto de completa. Aquella cabecita baja, metida en el pañuelo del cuello, y el no responder, ó el responder á pausas y como por fuerza, aunque debian indicar pudor, para doña Práxedes manifestaban terquedad, y según ella, no era necesario mucho para adivinar que en aquella cabecita bullian sus caprichitos. No le parecia bien aquel ponerse colorada á cada instante, y el reprimir los suspiros, y tampoco le gustaban sus ojos. Estaba muy persuadida, como si lo hubiese sabido por buen conducto, que todas las desgracias de Lucía eran un castigo del cielo por su compromiso con aquel bribon, y un aviso de que le olvidase para siempre; y en este supuesto se proponia contribuir á tan buen fin, pues, según decia con frecuencia, todo su corato se reducía á cooperar á la voluntad del cielo; pero le sucedia con frecuencia que tomaba por cielo su cerebro. En cuanto á su segunda intencion, se guardó muy bien de manifestarla, porque tenia por máxima que, para llevar felizmente á cabo un buen negocio, la principal cosa era, en la mayor parte de los casos, no dejar que se trasluciese.

Miráronse madre é hija, y supuesta la triste necesidad de separarse, el ofrecimiento les pareció muy admisible, áun cuando no hubiese sido más que por la intermediacion de aquella quinta á su lugar, pues á turbio correr, hubieran podido abrazarse en el próximo verano. Viendo la una en los ojos de la otra el consentimiento, se volvieron ambas á doña Práxedes, dándole las gracias como de quien admite. Reiteró esta las demostraciones de cariño y las promesas, añadiendo

que dentro de poco le remitiría una carta para su Ilustrísima. Así que salieron las dos mujeres, hizo doña Práxedes que le escribiese la carta D. Ferrante, de quien, por ser literato, como veremos más adelante, se servía en calidad de secretario en las ocasiones de empeño. Tratándose de asunto de tanta importancia, apuró D. Ferrante todo su ingenio, y entregando el borrador á su esposa para que le copiase, le encargó con mucho ahinco la ortografía, que era una de las cosas que más habia estudiado, y de las pocas sobre las cuales tenia mando en su casa. Copió doña Práxedes exactamente la carta, y la remitió á casa del sastre. Esto sucedió dos ó tres dias ántes que el Cardenal despachase la litera para conducir á su casa á las dos mujeres.

Llegaron estas cuando el Cardenal aún no habia ido á la iglesia, y fueron á apearse á la casa parroquial, en donde habia órden de introducirlas en cuanto llegasen. El Capellan secretario, que fué el primero que las vió, lo ejecutó, deteniéndolas solamente el poco tiempo que necesitaba para instruir las un poco acerca del ceremonial que debian emplear hablando al Arzobispo, del tratamiento que debian darle, cosa que de oculto hacia siempre que podia, porque era para él un tormento continuo el poco órden que habia sobre este particular. — « Todo esto sucede, decia, con los demás de la familia, por la demasiada bondad de este bendito señor, y por su mucha familiaridad: por manera que yo mismo he oído más de una vez contestarle *sí y nó.* »

Hallábase el Cardenal justamente hablando en aquel instante con D. Abundo sobre asuntos de la parroquia; de modo que tampoco este tuvo lugar de hacer á las mujeres las prevenciones que deseaba. Solamente al pasar á su lado, cuando él salía y ellas entraban, pudo darles á entender con los ojos que estaba contento de su proceder, y que guardasen reserva como mujeres de bien.

Después de la buena acogida por una parte, y las primeras cortesías por otra, Ines sacó del pecho la carta y se la entregó al Cardenal, diciendo:

— Es de mi señora doña Práxedes, la cual dice que conoce mucho á usía ilustrísima, como naturalmente todos los señores deben conocerse : leyéndola lo verá usía ilustrísima.

— ¡ Muy bien ! — dijo el Cardenal, despues de haber leído la carta, y haber sacado el sentido entre las metáforas y los piropos de D. Ferrante.

Conocia bastante aquella casa para estar seguro de la buena intencion con que era admitida Lucía, y de que estaria libre de las asechanzas de su perseguidor. No sabemos á punto fijo qué concepto tenia formado de la cabeza de doña Práxedes ; probablemente no sería la persona que hubiera escogido para semejante encargo, pero no solia, como hemos dicho y dado á conocer en otra parte, deshacer las cosas hechas por aquel á quien pertenecian, para volverlas á hacer mejor.

— Sufrid con resignacion — añadió — tambien esta separacion, y la incertidumbre en que os halláis, con la esperanza de que será corta, confiando en que Dios dirigirá las cosas á su verdadero término, y que lo que quiera, será siempre lo mejor para vosotras.

Dió á Lucía en particular algunos consejos, consoló á las dos, las bendijo y las despidió.

Al salir á la calle se hallaron rodeadas de una infinidad de amigos y amigas, y se puede decir de todo el lugar que las aguardaba, y las acompañó á su casa como en triunfo. Entre aquellas mujeres, unas se congratulaban, otras hacian preguntas, y todas manifestaban disgusto al oír que Lucía debía ausentarse el dia siguiente. No eran menores las demostraciones de los hombres : cada uno se ofrecia á guardar su casa aquella noche, y aquí se confirmaba aquel refran que dice : « ¿ Quieres tener mucha gente en tu ayuda ? haz por no necesitar á ninguna. »

Aunque acogida tan bulliciosa aturdió á Lucia, no dejó de serle de alguna utilidad, distrayéndola de pensamientos que, aun entre la confusion, le ocurrían en aquella puerta, en aquella salita, y, en fin, á la vista de todos aquellos objetos.

Al toque de la campana, que anunciaba que iba á empezar la funcion, se dirigieron todos á la iglesia, y la vuelta fué otro paseo triunfal para Ines y Lucía.

Concluida la funcion, entró D. Abundo á ver si Perpétua lo habia dispuesto todo bien para comer, cuando le avisaron que el Cardenal queria hablarle. Acudió inmediatamente al aposento de su ilustre huésped, el cual, habiendo dejado que se aproximase :

— Señor Cura, — le empezó diciendo, de un modo que le dió á entender que aquellas palabras eran el principio de un largo y serio razonamiento, — señor Cura, ¿ por qué no casó usted á esa Lucía con el que tenia comprometida su palabra con ella ?

« Ya esas habladoras han vaciado el buche esta mañana, » dijo para sí D. Abundo, y respondió como balbuciente :

— Señor ilustrísimo, es muy probable que su Ilustrísima haya oído hablar de lo ocurrido en este negocio, en que hay tal enredo, que aun en el dia no es fácil desenmarañarlo, como usía ilustrísima puede deducirlo viendo aquí á la muchacha como por milagro, al cabo de tantas aventuras, y sin saber despues de otras tantas dónde está el mozo.

— Pregunto, — replicó el Cardenal, — si es cierto que ántes de todos esos sucesos se negó usted á celebrar el casamiento cuando lo solicitaron, y por qué motivo.

— ¡ Ah ! ¡ si usía ilustrísima supiera !... ¡ Qué intimaciones ! ¡ Qué órdenes de no hablar !...

Y sin concluir, quedó D. Abundo en ademan de dar á entender respetuosamente que sería una imprudencia el querer saber más.

— ¿ Cómo ? — dijo el Cardenal con una gravedad poco comun en él. — Su obispo de usted es quien, por su obligacion, y para justificacion de usted, quiere saber por qué no hizo lo que debía.

— Señor ilustrísimo. — contestó D. Abundo haciéndose el chiquito ; — no quise decir... me pareció... que siendo cosas muy complicadas, antiguas y sin remedio, sería inútil

revolver... pero digo... sé que su ilustrísima no querrá comprometer á un pobre párroco; porque ¡ya se ve! como usía ilustrísima no puede hallarse en todas partes, y yo quedo aquí expuesto... pero ya que su ilustrísima lo manda, diré... sí, señor, lo diré todo.

— Diga usted: me alegraré de no hallarle culpado.

D. Abundo entónces empezó á contar la dolorosa historia; pero suprimió el nombre principal, sustituyéndole la expresion de « un gran señor », dando de este modo á la prudencia todo lo que era posible en semejante apuro.

— ¿Y no ha tenido usted otro motivo? — preguntó el Cardenal despues de haberlo oido.

— Quizá no me he explicado bien, — respondió D. Abundo; — pena de la vida me pusieron para que no hiciera aquel casamiento.

— ¿Le parece á usted una razon suficiente para dejar de cumplir una obligacion tan precisa?

— Siempre he procurado cumplir con mi deber, áun con las mayores incomodidades y molestias; pero cuando se trata de la vida...

— Cuando se presentó usted á la Iglesia — dijo el Cardenal con mayor gravedad — para recibir este ministerio, ¿la Iglesia le aseguró á usted la vida? ¿Le dijo á usted que las obligaciones anexas al ministerio estaban libres de todo obstáculo, exentas de todo peligro, ó que donde comenzaba el peligro, allí cesaban las obligaciones? ¿No le dijo á usted todo lo contrario? ¿No le manifestó que os enviaba como una oveja entre los lobos? ¿No sabiais que habia hombres violentos á quienes desagradaria lo que se os mandaba? Aquel que nos ha transmitido su doctrina, y á cuyo ejemplo nos llamamos, y dejamos que nos llamen pastores, viniendo á este mundo para ejercer semejante oficio, ¿puso por condicion que se le librase la vida? Y para prolongarla unos pocos dias más en la tierra á costa de la caridad, ¿se necesitaba la unción santa, la imposición de las manos, la gracia del sacerdocio? El mundo es quien puede enseñar esta doctrina. Pero ¿qué

digo? ¡Oh ignominia! El mundo mismo la desecha: tambien él establece sus leyes, que señalan el bien y el mal: tiene el igualmente su Evangelio, un Evangelio de orgullo y de odio, y no permite que se diga que el amor de la vida es una razon



¿Cuál es la buena noticia que anunciáis á los pobres?

para faltar á sus preceptos. No lo permite, y se le obedece. ¿Y lo haremos nosotros? ¿Qué sería de la Iglesia si este lenguaje fuera de todos vuestros cohermanos? ¿En dónde estaría si se hubiera presentado en el mundo con semejante doctrina?

Estaba D. Abundo con la cabeza baja, y su espíritu se hablaba entre aquellos argumentos como el pollo entre las garras del gavilán que le tiene elevado á una region desconocida, y en una atmósfera que nunca respiró. Viendo que era necesario contestar alguna cosa, dijo con cierta sumision no producida por el convencimiento :

— Señor ilustrísimo, no tendré razon : si no se ha de hacer caso de la vida, ya no sé qué decir ; pero cuando hay que habérselas con gente que tiene la fuerza y no entiende de razones, no sé qué es lo que se podría ganar con echarla de valiente. Aquese es un señor con quien no hay que partir peras.

— ¿ No sabéis que el sufrir por la justicia es nuestra victoria? Y si no sabéis esto, ¿ qué es lo que predicáis? ¿ De qué sois maestro? ¿ Cuál es la buena noticia que anunciáis á los pobres? ¿ Quién os pide que venzáis la fuerza con la fuerza? Ciertamente no os preguntarán un dia si habéis sabido contener á los poderosos, porque no se os dió para esto ni comision ni medios ; pero si os preguntarán si empleasteis los que estaban en vuestra mano para hacer lo que os habian mandado, áun cuando aquéllos tuviesen la temeridad de oponerse.

« ¿ Qué rarezas tienen estos santos! decia para sí don Abundo. En sustancia, segun se ve, le interesan más los amores de dos aldeanos que la vida de un pobre sacerdote. » Y en cuanto á él, se hubiera contentado con que allí diese fin la amonestacion ; pero veia que el Cardenal á cada pausa quedaba como quien aguarda una respuesta, una confesion ó una apología ; en fin, alguna cosa.

— Vuelvo á decir, ilustrísimo señor, que seré culpado... El valor no puede uno infundírselo á sí mismo.

— ¿ Y por qué, pues, pudiera yo contestar, ¿ por qué, pues, abrazasteis un ministerio que impone el estar en continua guerra con las pasiones del siglo? Pero me limitaré á preguntaros : ¿ cómo no os ocurrió que en este ministerio, de cualquier modo que le abrazaseis, si el valor es necesario para cumplir con sus obligaciones, el Señor os le daría infalible-

mente, como se lo pidiereis con fervor y confianza? ¿ Creéis que tantos millones de mártires tuvieron naturalmente valor? ¿ que despreciasen la vida tantos jóvenes que empezaban á gozar de ella, tantos ancianos acostumbrados á sentir que se acercaba su término, tantas doncellas, tantas madres? Todos tuvieron ánimo, porque el ánimo era necesario, y porque tuvieron confianza. Conociendo vuestra debilidad y obligaciones, ¿ tratasteis de prepararos á los pasos difíciles en que pudierais encontraros, y en que efectivamente os habéis encontrado? Si en tantos años de oficio pastoral habéis amado á vuestra grey, no debia faltáros el ánimo, porque el amor es intrépido. Si amabais, pues, á los que estaban encargados á vuestro cuidado, á los que llamabais hijos, ¿ cómo es que al ver á dos de ellos amenazados, temblasteis por vuestra propia vida y no por ellos? ¿ Y qué hicisteis por esos pobres? Aquí calló en ademan de aguardar la contestacion.

CAPÍTULO XXVI

Á semejante pregunta no supo D. Abundo qué responder.

— ¿ No contestáis? — preguntó el Cardenal. — Si por vuestra parte hubierais hecho lo que pedia la caridad, cualquiera que hubiese sido luégo el resultado, no os quedaríais sin respuesta. Lo que habéis hecho os lo diré yo. Habéis obedecido á la iniquidad, no haciendo caso de lo que os imponia vuestra obligacion. La iniquidad os impuso la transgresion y el silencio, y vos, faltando á vuestro deber, callasteis y obedecisteis. Ahora pregunto yo si habéis hecho otra cosa, y me diréis tambien si no es verdad que anduvisteis buscando pretextos para cohonestar vuestra negativa y no revelar la verdadera causa de ella.

Y aquí tambien estuvo aguardando la respuesta.

« ¡ Hasta esto le han espetado aquellas cotorras! » dijo para sí D. Abundo.

Y como no diese indicios de contestar, continuó el Arzobispo:

— ¿Luego es cierto que engañasteis á aquellos infelices, diciéndoles lo que no era para mantenerlos en la ignorancia que exigia de vos la perversidad?... Debiendo, pues, creerlo, no me queda que hacer sino sonrojarme con vos, y esperar que lloreis conmigo semejante culpa. Ved, ¡Dios mio! adónde os ha conducido la falta de caridad; á engañar á los débiles, y á mentir á vuestros propios hijos. Si tenéis que contestar á mis palabras, hacedlo francamente; pero si son justas, medítadlas de modo que os sirvan de confusion saludable.

« Hé aquí cómo van las cosas, continuaba diciendo entre sí D. Abundo: ¡ al mismo Satanás (y aludía al caballero del castillo) le echa las brazos al cuello, y á mí, por una mentirilla de mala muerte para salvar el pellejo, tanta reconvenccion! Pero son superiores, y siempre tienen razon. Es estrella mia que hasta los santos han de pegarla conmigo. »

— He errado (prosiguió en voz alta), lo conozco, he errado; pero ¿qué habia de hacer en un conflicto como aquel?

— ¿Aún tenéis valor para preguntarlo?— contestó el Cardenal. — ¿No os lo he dicho ya? amar á vuestra grey, implorar el auxilio divino, que no podia faltaros, casando á Lorenzo y á Lucía: ellos se hubieran ausentado, como ya era su plan; y sin riesgos ni compromiso hubierais evitado una multitud de males; y aún sin estos, ¿cómo no os acordasteis de que teniais un superior, el cual, así como tiene la autoridad de reconveniros por haber faltado á vuestra obligación, tenia también la de ayudaros á cumplir con ella? ¿Cómo no os ocurrió que podiais informar á vuestro prelado del obstáculo que una infame violencia oponia al ejercicio de vuestro ministerio?

« Ese era el parecer de Perpétua, » decia para sí con enfado D. Abundo, el cual, aún entre aquellos discursos, lo que más vivamente ocupaba su imaginacion eran los bravos, y el pensar que D. Rodrigo estaba vivo y sano, y que presto ó tarde volveria triunfante y furioso; y aunque la dignidad del

Arzobispo, su presencia y sus palabras le causaban confusion y temor, era sin embargo un temor que no le dominaba del todo, ni le impedia discurrir allá á su manera, ocurriéndole sobre todo el pensamiento de que por fin las armas del Cardenal no eran ni bravos, ni escopetas, ni puñales.

— ¿Cómo no os ocurrió — continuó el Cardenal — que en el caso extremo de que aquellos infelices perseguidos no hubiesen encontrado otro refugio, aún quedaba yo para acogerlos y librarlos si me los hubieseis enviado, y por lo que á vos toca, yo os hubiera protegido y hubiera cuidado de que nadie os llegase al pelo de la ropa? ¿Y creéis que ese hombre atrevido no se hubiera moderado, sabiendo que no se ignoraban sus tramas, que yo mismo tenia noticia de ellas, y que estaba resuelto á emplear todos los medios posibles para defenderos y ampararos? Debiais también tener presente que la iniquidad no se funda sólo en sus fuerzas, sino también en la credulidad y cobardía ajena.

« ¡Las mismas, mismísimas razones de Perpétua! » continuaba diciendo para sí D. Abundo, sin reflexionar que aquella conformidad de opinion entre su criada y el cardenal Borromeo, con respecto á lo que hubiera debido y podido hacer, probaba mucho contra él.

— Sin embargo, — concluyó el Cardenal, — como no quisisteis considerar sino vuestro propio peligro, no es extraño que os pareciese tan grande que os hiciese olvidar todo lo demas.

— ¿Y cómo no, señor ilustrísimo (se le escapó á D. Abundo), cuando yo vi aquellas caras y oí aquellas palabras? Usia ilustrísima habla muy bien; pero era necesario haberse hallado en lugar de un pobre cura, y haberse visto en el mismo conflicto.

Apénas pronunció D. Abundo estas palabras, se mordió los labios, conociendo que se habia dejado llevar demasiado de su despecho, y dijo para sí: « ¡Ahora será ello! » pero levantando con duda los ojos, quedó admirado al ver el aspecto de aquel varon, á quien nunca podia comprender,

pasar de la gravedad de reprensor á la de persona reflexiva y compungida.

— ¡Por desgracia es tal — dijo el Arzobispo — nuestra miserable y terrible condicion, que nos vemos en la necesidad de exigir rigurosamente de los demas lo que Dios sabe si nosotros estaríamos dispuestos á hacer. És de nuestra obligacion juzgar, corregir y reprender, y sabe Dios lo que haríamos nosotros en semejantes casos. Pero ¡ay de mí, si hubiera de tomar mi debilidad por norma de la obligacion de los demas, y por medida de mi enseñanza! Harto cierto es que con la doctrina debo acompañar el ejemplo, y no asemejarme al fariseo que impone al prójimo pesos que él mismo ni siquiera se atreve á tocar con el dedo. Ahora, pues, hijo y hermano mio, puesto que las faltas de los que presiden suelen á veces ser conocidas más bien de los otros que de ellos mismos, si sabéis que yo por pusilanimidad, ó por cualquiera otro respeto humano, haya faltado alguna vez al cumplimiento de mis deberes, decídmelo con franqueza. Manifestadme libremente mi debilidad, y entónces adquirirán más fuerza las palabras que salgan de mi boca, porque conoceréis que no son mías, sino de quien puede darnos á vos y á mí la fuerza necesaria para hacer lo que ellas prescriben.

« ¡Qué hombre tan santo, pero capaz de atribular á una roca! decia en su corazon D. Abundo. ¡Ni á sí mismo se perdona! » — ¿Es posible, — prosiguió luégo en alta voz, — es posible, ilustrísimo señor?... ¿Quién no conoce la firmeza de su ánimo, y su impertérrito celo? « ¡Así no fuera tanto! » añadió éntre sí.

— No os pedia yo alabanzas que me mortifican, — dijo el Cardenal, — porque Dios sabe mis faltas, y para mi confusion sobra con las que yo mismo me reconozco; pero mi ánimo era que nos confundiésemos juntos delante de Dios para que juntos tambien confiásemos en su misericordia. Quisiera por vos mismo que conocieseis vuestro error, y os penetraseis de la diferencia que hay entre vuestro len-

guaje y la ley que predicáis, y por la cual seréis juzgado.

— Todo cae sobre mí, — dijo D. Abundo; — pero no sé cómo las personas que han venido chismeando no han dicho tambien que se introdujeron á traicion en mi casa para sorprenderme y obligarme á hacer un casamiento contra las reglas prescritas.

— Tambien lo han dicho, — replicó el Cardenal: — y esto es lo que aumenta mi afliccion, y sobre todo el ver que tratéis de disculparos acusando, y que aleguéis por disculpa lo que agrava vuestra falta. ¿Quién puso á aquellos infelices, no diré en la necesidad, pero sí en la tentacion de hacer lo que hicieron? ¿Hubieran por ventura buscado aquel medio irregular, si no se les hubiese impedido el legitimo? ¿Hubieran pensado en engañar al pastor, si este los hubiese acogido en sus brazos, y los hubiese ayudado con sus consejos? ¿Y os atrevéis á hacerles un cargo de esta conducta? ¿Y qué ventajas os hubieran resultado de que guardaran silencio? ¿Os tenia por ventura cuenta el que vuestra causa se presentase integrante al tribunal de Dios? ¿No es un nuevo motivo para que los améis el que os hayan proporcionado la ocasion de oír la voz de vuestro pastor, ofreciéndoo así un medio para conocer mejor y descontar en parte la gran deuda que contrajisteis con ellos? Aunque os hubiesen provocado, ofendido, insultado, os diria yo (y debia decíroslo) que los amaseis; ¿con cuánta más razon debéis hacerlo, porque han padecido, porque son vuestras ovejas, porque son débiles, porque necesitáis de perdon, y no debéis ignorar cuánto pueden contribuir sus oraciones á conseguirlo?

Callaba D. Abundo, pero no era ya su silencio un silencio tal que indicase obstinacion y fastidio, sino que callaba como quien tiene muchas cosas en que pensar, y nada sabe que decir. Las palabras que oía eran consecuencias inesperadas y aplicaciones nuevas de una doctrina antigua y no contradicha en su misma mente. Los males ajenos, de cuya consideracion le distrajo siempre el miedo de los suyos propios,

hacian entónces en su ánimo una nueva impresion, y si no sentia todo el remordimiento que trataba de excitar el sermón, porque siempre se le oponia aquel mismo miedo, no dejaba de sentir parte de él, experimentando ademas cierto disgusto de su persona, cierta compasion en favor de los otros, y un conjunto de ternura y de confusion. Se parecia (si se nos permite esta comparacion) al pábilo de una vela húmedo y aplastado, que puesto en contacto con la llama de una hacha encendida, humea al principio, chirria, chisporrotea, se resiste, pero al fin se enciende, y bien ó mal sigue ardiendo. Á no ser por la idea de D. Rodrigo, D. Abundo se hubiera confesado reo, y hubiera llorado: sin embargo, se manifestaba bastante conmovido para que el Cardenal conociera que sus palabras no habian sido infructuosas.

Con esto prosiguió diciendo:

— Ahora el uno está fugitivo de su casa, el otro con precision de abandonarla, y los dos con harta razon para mantenerse léjos de ella, y sin probabilidad de juntarse jamas aquí, aunque Dios haya determinado reunirlos. Ahora por desgracia no tienen necesidad de vuestra asistencia, ni por desgracia tenéis ocasion de hacerles bien. Por nuestras cortas luces no podemos prever si en adelante se os proporcionara alguna; pero ¿quién sabe si la misericordia de Dios se dignará ofrecérsela? ¡Ah! no la dejéis escapar; aprovechadla, y pedid al Señor que os la facilite.

— ¡Ah, señor ilustrísimo! así lo haré, lo prometo, contestó D. Abundo con una voz que manifestaba salir del corazón.

— ¡Sí, hijo! — exclamó el Cardenal; y con una dignidad afectuosa concluyó diciendo: — Sabe el cielo cuánto hubiera deseado tener con vos otra clase de razonamientos. Mucho hemos vivido ya entrambos. ¡Sabe Dios cuán penoso ha sido para mí contristar esas canas, y cuánto hubiera preferido que nos consolásemos juntos tratando de nuestros cuidados comunes y de nuestras penas, y hablando de la eterna esperanza á que estamos tan inmediatos! ¡Haga Dios

que las palabras que me he visto en la precision de emplear con vos sean útiles á entrambos! No déis motivo á que Su Divina Majestad me pida cuenta en aquel tremendo dia por haberos conservado en un ministerio en el cual habéis faltado á vuestros deberes de un modo tan lamentable. Recobremos el tiempo perdido: la média noche se acerca; conduzcámonos de tal manera que el esposo, que ya no puede tardar, nos encuentre con la lámpara encendida. Presentemos á Dios nuestros corazones tristes y vacíos, para que se



¡ Ah, señor ilustrísimo! así lo haré.

digne llenarlos de aquella caridad que enmienda lo pasado, asegura lo porvenir, teme y se alegra, y que en todos los casos se convierte en aquella virtud de que tanto necesitamos.

Dicho esto, salió el Cardenal, siguiéndole D. Abundo.

Aquí nos previene el autor anónimo del manuscrito ya citado que no fué esta la sola conferencia que tuvieron estos dos personajes, ni Lucia la única materia de sus discursos; pero que él se ha limitado á esta sola para no apartarse demasiado de su historia. Por la misma razon sin duda no referiria otras muchas cosas notables, dichas y hechas por el cardenal Federico Borromeo en todo el discurso de

aquella visita, ni hablaria de sus larguezas, ni de antiguos rencores extinguidos, desavenencias aplacadas entre personas y familias, y aún entre pueblos y pueblos, desavenencias háрто frecuentes en aquellos infelices tiempos, ni de varios bravos, ni de algunos pequeños tiranos convertidos para siempre, ó por algun tiempo; cosas todas de que no faltaba poco ó mucho en cada parte de la diócesis donde se trasladaba aquel ilustré y célebre prelado.

Sigue luégo diciendo como la mañana siguiente vino doña Práxedes, según lo acordado, á llevarse á Lucía, y cumplimentar al Arzobispo, quien le hizo el elogio de la jóven, recomendándosela con el mayor empeño. Separóse Lucía de su madre con lágrimas, como es de inferir; salió de su casita, y dijo adios por segunda vez á su pueblo con aquel doble sentimiento y amargura que se experimenta al dejar un paraje amado, y que ya no puede serlo; pero la despedida de la madre no era la última, pues doña Práxedes dió á entender que permanecería todavía algunos días en su quinta que no estaba muy léjos, é Ines prometió á su hija que iria á verla, para darla y recibir de ella otro adios más penoso.

Ya estaba tambien para marcharse el Cardenal y pasar á otra parroquia, cuando llegó y pidió hablarle el Cura párroco de aquella á que pertenecia el caballero del castillo. Introducido, le presentó un cucurucho de monedas y una carta del mismo caballero, en la cual le suplicaba que hiciese pasar á manos de la madre de Lucía cien escudos de oro para dote de la muchacha, ó para el uso que las dos tuviesen por más conveniente. Suplicábale asimismo que les dijese que si en alguna ocasion juzgasen que podia serles útil, ya la jóven sabia demasiado su morada, y que miraria la coyuntura de poderlas servir como uno de los acontecimientos más felices de su vida.

El Cardenal mandó llamar inmediatamente á Ines, la informó de su comision, que la buena mujer oyó con sorpresa y gusto, y le presentó el cucurucho, que Ines sin cumplimientos se dejó meter en la mano, diciendo:

—¡ Dios se lo pague á ese señor! Sirvase usía ilustrísima darle muchas, muchísimas gracias, sin decírselo á persona alguna, porque este es un país... usía ilustrísima me perdone: yo bien sé que una persona de su carácter no va á charlar estas cosas; pero... ya me entiende.

Tomó Ines paso á paso el camino de su casa; encerróse en un cuarto, desenvolvió el papel, y aunque prevenida, vió con



Vió con admiracion tantas de aquellas monedas.

admiracion tantas de aquellas monedas, de las cuales quiza nunca habia visto sino una á la vez, y aún eso con no mucha frecuencia. Las contó, trabajó bastante para reunir las otra vez y colocarlas todas de canto con igualdad, pues á cada paso hacian panza y se le escurrian entre sus inexpertos dedos, hasta que por fin consiguió hacer un rollo, que envolvió en un trapo, formando un envoltorio. Atóle muy bien dándole vueltas con un cordelito, y lo escondió en una punta de su jergon. En todo el resto de aquel dia no hizo sino cavilar, formar proyectos, y desear que llegase el siguiente. Metida

en la cama, estuvo mucho tiempo sin dormir con el pensamiento puesto en sus cien escudos que tenía debajo; dormida los vió en sueños, y al amanecer se levantó poniéndose en camino para la quinta en donde se hallaba Lucía.

Esta, por su parte, aunque en nada se había disminuido su gran resistencia en hablar del voto, se había, sin embargo, decidido á violontarse para descubrirse á su madre en aquella entrevista que por largo tiempo debía ser la última.

Apénas se hallaron solas, Ines, con cara muy animada, y al mismo tiempo un tono de voz muy bajo, como si se hubiese hallado presente persona de quien no quisiese ser oída, empezó de esta manera:

— ¡ Qué gran novedad tengo que contarte, hija mia!

— continuó refiriendo la inesperada ventura.

— ¡ Dios biendiga á aquel señor! — dijo Lucía: — de este modo podrá usted, madre mia, vivir con descanso, y áun hacer bien á otros.

— ¡ Cómo! — contestó Ines: — ¡ no sabes tú cuántas cosas podemos hacer con tanto dinero! Oye: yo no tengo sino á ti, ó por mejor decir, sino á vosotros dos, porque á Lorenzo, desde que puso los ojos en ti, le he mirado siempre como á hijo mio. Todo está en que no le haya sucedido alguna desgracia, porque es muy raro el que no dé señal alguna de vivir; ¿ pero qué, han de ponérsenos tan mal todas las cosas? yo espero que no. Por mi parte siempre fueron mis deseos dejar mis huesos en mi tierra; pero puesto que no puedes vivir en ella por aquel bribon, que con sólo pensar que le tenemos por vecino no puedo ménos de estremecerme, ya me disgusta mi país; además de que yo con vosotros me hallo bien en todas partes. Desde entónces estaba decidida á ir en vuestra compañía hasta el fin del mundo; pero sin dinero ¿ cómo fuera posible? ¿ Me comprendes ahora? Aquellos pocos cuartejos que el pobrecillo había conseguido ahorrar, vino la justicia, y volaron; pero en recompensa el Señor nos ha enviado esta fortuna. En cuanto Lorenzo encuentre medio de informarnos si es vivo ó muerto, dónde está, y cuáles son sus

intenciones, al instante voy por ti á Milan; sí, yo misma. En otro tiempo me hubiera mirado en ello; pero las desgracias hacen que las gentes despierten y aprendan: yo ya he ido hasta Monza, y sólo que es viajar. Busco un hombre seguro, un pariente, como, por ejemplo, Alejo, que vive en Magránico, porque á la verdad en el lugar ninguno hay á propósito, y me voy con él... El gasto lo haremos nosotras, y santas pascuas... ¿ Me comprendes?

Pero viendo que Lucía, en lugar de alegrarse, se mantenía mustia y como pensativa, interrumpió la historia de su proyecto, diciendo:

— ¿ Qué es lo que tienes? ¿ No te parece bien?

— ¡ Ay, querida madre! — exclamó Lucía, echándole los brazos al cuello, y dejando caer sobre su seno la cara bañada en lágrimas.

— ¿ Qué es eso? — preguntó de nuevo Ines con ansia.

— Debía habérselo dicho ántes, — dijo Lucía, levantando la cabeza y serenando el rostro; — pero no he tenido valor para ello: perdonadme.

— ¿ Pero qué hay? dílo presto.

— Qué ya no puedo ser esposa de aquel desgraciado.

— ¿ Cómo es eso?

Lucía, con la cabeza baja, el corazón angustiado y cayéndosele las lágrimas sin llorar, como quien cuenta una cosa que, aunque sea un infortunio, no tiene remedio, reveló lo del voto: y juntando las manos, pidió de nuevo perdón á su madre por habérselo callado hasta entónces: la suplicó que no lo descubriese á nadie y que la asistiese para cumplir lo ofrecido.

Atónita y consternada Ines, quisiera enfadarse por haber guardado su hija tal silencio con ella; pero los pensamientos que excitaba la gravedad del caso, ahogaban aquel disgusto personal: sus deseos eran reprobar el hecho; pero le parecía que era habérselas con el cielo, tanto más, cuanto Lucía no cesaba de describir la fatal noche del castillo, su desolación y su inesperada libertad, entre cuyos acontecimientos formó

tan expresamente y con tanta solemnidad aquel voto : y al mismo tiempo se presentaban á su memoria varios ejemplos que mil veces le habian contado, y ella repetido á su hija, de castigos extraños y terribles por la violacion de algun voto; de manera que despues de algunos momentos de perplejidad, no supo proferir más palabras que decir :

— ¿ Y qué será de ti en adelante ?

— De mí será — respondió Lucía — lo que el Señor y su santa Madre dispusieren : me he puesto en sus manos, y así como hasta aquí no me han desamparado, tampoco me abandonarán en lo sucesivo... La gracia que le pido al Señor, la sola gracia, es el que me conceda volver á vuestro lado : sí, me lo concederá; lo espero... ¿ Quién diria aquel dia, en aquel coche?... ¡ Ah, Virgen santísima!... aquellos hombres... ¿ quién dijera que me conducirían á casa de la persona que al siguiente día me habia de llevar á los brazos de mi madre ?

— Pero ¿ por qué no me abriste tu pecho sin tardanza ? — dijo Ines con cierto enojo templado por la compasion y el cariño.

— Perdonadme, — replicó Lucía ; — no tuve ánimo para ello. Y además, ¿ qué se adelantaba con afligiros con tal anticipacion ?

— ¿ Y Lorenzo ? — dijo Ines meneando la cabeza.

— ¡ Ah ! — exclamó Lucía estremeciéndose ; — ya no me es permitido pensar en aquel infeliz. Dios no queria... ¿ No veis cómo parece que nos ha querido tener separados?... ¿ Y quién sabe ? pero Dios le habrá librado de peligros, y hará que sea aún más dichoso sin mí.

— No hay otro inconveniente que la perpétua promesa que hiciste al cielo. Por lo demás, á no haber sucedido á Lorenzo alguna desgracia, pronto hubiera yo puesto remedio á todo con el auxilio de este dinero.

— Pero ese dinero — replicó Lucía — ¿ lo tendríamos nosotras si yo no hubiera pasado aquella noche?... El Señor ha querido que sucediese así ; ¡ hágase, pues, su santa voluntad !

Y murió su voz ahogada en lágrimas.

Á este inesperado argumento quedó Ines pensativa ; y después de algunos instantes, comprimiendo Lucía los sollozos, prosiguió :

— Ya que la cosa está hecha, es necesario resignarse con buen ánimo ; y vos, madre mia, podéis ayudarme, primero rogando al Señor por vuestra desgraciada hija, y luego... porque, en fin, es indispensable que aquel infeliz lo sepa. Encargaos de esta diligencia, que bien podéis hacerlo. Cuando se sepa dónde se halla, se le puede escribir y buscar á un hombre... justamente mi tío Alejo, que es hombre prudente y caritativo, que nos ha estimado siempre y sabrá tener reserva. Podéis hacer que él mismo le escriba todo lo que ha sucedido, el conflicto en que me he hallado, lo que he padecido ; que Dios lo ha dispuesto así, y que se tranquilice, pues yo no puedo ya ser de nadie, dándole á entender la cosa con prudencia, explicándole que he hecho voto... ¡ Ah, cuando él sepa que lo he hecho á la Virgen!... ¡ Él ha sido siempre tan bueno!... Y en cuanto tengáis noticias suyas, haced que me escriban para que sepa si está bueno, y luego... no volvais á hablarme de él en tiempo alguno.

Enternecida Ines, prometió á su hija que todo lo haria como deseaba.

— Quisiera deciros otra cosa, — prosiguió Lucía. — Á ese pobre, si no hubiera tenido la desgracia de conocernos, nada le hubiera sucedido. Anda errante por el mundo, le han quitado su modo de vivir, sus ahorros y cuanto tenia, y ya sabéis la causa. ¡ Y nosotras con tanto dinero ! ¡ Ah, madre mia ! puesto que el Señor nos ha enviado tanto bien, y que mirabais á Lorenzo como á hijo, partid con él ese dinero, que Dios no nos faltará. Buscad un hombre de confianza y enviádselo, que sabe Dios los apuros en que podrá verse.

— ¿ Pues qué te figuras ? — contestó Ines : — lo haré con mucho gusto. ¡ Pobre muchacho ! ¿ por qué crees tú que estaba yo tan contenta con ese dinero?... ¡ Yo, á la verdad, habia venido aquí tan alegre ! yo... En fin, se lo enviaré sin

falta. ¡ Pobre Lorenzo!... Pero él... Yo bien me entiendo... No creas tú que será ese dinero lo que le engorde.

Dió Lucia gracias á su madre por tan liberal condescendencia, con un calor, con una efusion de afecto que podia muy bien dar á entender á cualquiera que la hubiese mirado, que tenia Lorenzo todavía en su corazon más parte que la que ella misma se figuraba.

— ¿ Y sin ti, qué haré yo, infeliz mujer ? — dijo Ines llorando.

— ¿ Y yo sin vos, querida madre, en casa extraña, allá en Milan?... pero el Señor nos acompañará á las dos, luégo nos concederá que nos reunamos otra vez. Dentro de ocho ó nueve meses nos volveremos á ver aquí, y ¿ quién sabe si ántes? Dejemos obrar al Señor : yo no dejaré de rezar á la Virgen ; confío en su inmensa misericordia.

Con estas y otras semejantes repetidísimas palabras de quejas, de consuelo, de resignacion y de promesas, con muchas lágrimas, y despues de repetidos y largos abrazos, se separaron madre é hija, prometiéndose reciprocamente volverse á ver á más tardar en el próximo otoño, como si estuviese en su mano el hacerlo, y como generalmente se hace siempre en semejantes casos.

Entre tando pasó mucho tiempo sin que Ines pudiese tener noticia de Lorenzo, é inútiles fueron cuantas diligencias hizo para proporciónárselas.

Ni era ella la sola que trabajaba inútilmente con semejante objeto. El cardenal Borromeo, que no por cumplimiento habia ofrecido informarse del paradero de aquel desgraciado escribió inmediatamente para averiguarlo. Llegado á Milan, recibió contestacion en que le decian que nada se sabia de aquel individuo ; que efectivamente habia permanecido algun tiempo en aquel pueblo, en que nada dió que decir ; pero que una mañana habia desaparecido de improviso, y que un pariente suyo en cuya casa vivió, ignoraba lo que le habia sucedido, no pudiendo sino repetir ciertas noticias vagas y contradictorias, como, por ejemplo, que se habia alistado para

Levante, que habia pasado á Alemania, que se habia ahogado al vadear un río, con otras no ménos contradictorias. Añadían en la carta, que estarian á la mira por si pudiesen adquirir noticias más fundadas, en cuyo caso las comunicarian sin pérdida de tiempo á su Ilustrísima.

Más adelante se divulgaron tambien estas mismas voces en el territorio de Leco, y de consiguiente, llegaron á oídos de Ines. Hacía la pobre mujer todo lo posible por apurar la verdad ; pero nada pudo adelantar sino el *dicen*, que áun en el dia basta para asegurar muchas cosas. Á veces apénas le daba alguno una noticia, cuando llegaba otro desmintiéndola, ó dándole una en contrario ; pero todo eran cuentos, y el hecho verdadero fué el siguiente.

El gobernador de Milan, capitán general de Italia, don Gonzalo Fernández de Córdoba, se quejó al Residente de Venecia en Milan, de que se diese asilo en el territorio de Bérgamo á un bandolero, ladron público, excitador de muertes y saqueos, el pregonado Lorenzo Tramallino, que, hallándose en manos de la justicia, habia provocado un motin para escaparse. Contestó el Residente que nada sabia, pero que escribiría á Venecia para dar á su Excelencia la explicacion conveniente.

El gobierno de Venecia tenía por máxima el fomentar y promover la inclinacion de los milaneses trabajadores en seda á trasladarse al territorio de Bérgamo, para lo cual procuraba que encontrasen allí muchas ventajas, especialmente la seguridad personal, que es la primera de todas, y sin la cual de nada sirven las demas. Como entre dos litigantes ricos siempre saca raja, aunque sea poca, el tercero en discordia, avisaron á Bartolo en confianza (no se sabe quién) de que Lorenzo no estaba bien allí, y que convendria por prudencia que se marchase á otra fábrica, mudando tambien de nombre por algun tiempo. Comprendió Bartolo el enigma, y sin pedir más explicaciones, se lo descifró á su primo, le metió en una calesa, y le condujo á una nueva fábrica distante unas quince millas, en donde, bajo el nombre de Antonio Revuelta,

le presentó al dueño, que también era milanés y conocido suyo. Este, aunque los tiempos eran malos, no puso dificultad en admitir á un hilandero que le recomendaba, como hábil y honrado, un hombre de bien, inteligente en el oficio. En la prueba no tuvo que arrepentirse de haber adquirido aquel operario, aunque al principio le pareció algo atolondrado.



Aquel operario, le pareció algo atolondrado.

drado, porque cuando llamaban á Antonio las más veces no respondía.

Poco después se mandó en Venecia sin grande empeño al Capitan de justicia de Bérgamo, que averiguase y diese cuenta si en su jurisdicción, y particularmente en tal pueblo, se hallaba aquel individuo. El Capitan, hechas las diligencias del modo que comprendió que debía practicarlas, remitió la respuesta negativa, la cual se dirigió á Milan para que el Residente véneto la diese á D. Gonzalo.

No faltaban curiosos que deseasen saber de Bartolo, por qué motivo no estaba ya allí aquél jóven, y dónde había ido.

Á la primera pregunta respondía: « No sé: ha desaparecido; » pero para despachar á los más pesados, sin excitar sospechas, halló el modo de regalar ya á unos, ya á otros, las noticias que hemos referido, dándolas siempre como cosas inciertas, que él mismo había oído sin fundamento seguro.

Pero cuando á Bartolo se le hizo la pregunta por parte del Cardenal, sin nombrarle, con cierto aparato de importancia y misterio, dando á entender que era por encargo de un gran personaje, se escamó no poco, y no sólo creyó conveniente no separarse de su modo de responder, sino que, tratándose de un sujeto de tal importancia, ensartó de una vez todas las noticias que en diversas ocasiones había difundido una por una.

No hay que suponer, sin embargo, que D. Gonzalo, un personaje de sus circunstancias, estuviese irritado tan de veras contra un pobre artesano, ni que le creyese tan peligroso para perseguirle en su fuga, ni reclamarle en país extranjero, como hizo el Senado romano respecto de Anibal. Hartos negocios de gravedad tenía en la cabeza D. Gonzalo para ocuparse en los hechos de Lorenzo, y si pareció que le prestaba tanta atención, esto dimanó de un concurso particular de circunstancias, por las cuales, sin quererlo ni saberlo entónces ni nunca, se encontró enredado, por medio de un hilo delgadísimo é invisible, en los multiplicados y graves asuntos de aquel tiempo.

CAPÍTULO XXVII

Más de una vez se nos ha ofrecido hacer mención de la guerra que entónces duraba por la sucesión de los estados del duque Vicente Gonzaga II; pero ha sido siempre tan de paso, que sólo hemos podido indicarla; pero ahora, para entender nuestra historia, es necesario de toda necesidad tener

alguna noticia más circunstanciada de semejante suceso. Estas son cosas que debe saberlas cualquiera que haya leído la historia; pero como, por el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, debemos suponer que esta obra no la leerán sino ignorantes, no creemos fuera de propósito decir lo bastante para dar una tintura al que la necesite.

Hemos dicho que con la muerte de aquel Duque había tomado posesión de Mantua, y ahora añadimos del Monferrato, que antes se nos quedó en el tintero, su sucesor por línea colateral, Carlos Gonzaga, jefe de la segunda rama, el cual se había trasladado á Francia, donde poseía el ducado de Nevers y Rhetel. El Ministerio español, que á toda costa quería excluir, como ya hemos dicho, de aquellos dos feudos italianos al nuevo Príncipe, y para hacerlo necesitaba de una razón, se declaró sostenedor de los derechos que pretendían tener á Mantua Ferrante Gonzaga, príncipe de Guastalla, y al Monferrato Carlos Manuel I, duque de Saboya, y Margarita Gonzaga, duquesa viuda de Lorena. D. Gonzalo, que era de la casa del Gran Capitán, cuyo nombre llevaba, y que ya había hecho la guerra en Flándes, deseoso de hacerla en Italia, era quizá el que más trabajaba para que se encendiese. Con este objeto, interpretando las intenciones del gobierno español y anticipándose á sus órdenes, concluyó con el duque de Saboya, para la repartición del Monferrato, un tratado, cuya ratificación consiguió fácilmente del Conde-duque, por haberle pintado como cosa muy fácil la toma de Casal, que era el punto más defendido de la porción pactada en favor del rey de España. Sin embargo, protestaba en nombre del mismo rey, que no trataba de ocupar país alguno, sino en calidad de depósito, hasta la sentencia del Emperador, el cual, tanto por oficiosidades ajenas como por motivos propios, había negado la investidura al nuevo duque, intimándole que le dejase en secuestro los Estados en controversia, y que, oídas las respectivas razones, los entregaría á quien correspondiesen, á lo cual se negó el duque de Nevers.

Tenía este también amigos poderosos, tales como el Carde-

nal de Richelieu, los venecianos y el Papa. Pero ocupado el primero en el sitio de la Rochela y en una guerra contra los ingleses, y embarazado por el partido de la reina madre, María de Médicis, opuesta por motivos particulares á la casa de Nevers, nada podía dar sino esperanzas. Los venecianos no querían moverse ni declararse sin que ántes entrase en Italia un ejército francés, y al paso que bajo mano auxiliaban como podían al Duque, entretenían negociaciones con la corte de Madrid y el capitán general de Milan, ora con protestas, ora con proyectos y ora con exhortaciones, ya pacíficas ya belicosas, según las circunstancias. Urbano VIII por su parte recomendaba la causa del duque de Nevers á sus amigos, intercedía en su favor con los contrarios y fraguaba proyectos de acomodamiento; pero se hacía el sordo cuando se trataba de poner gente en campaña.

De esta manera los dos aliados ofensivos tuvieron lugar para dar principio con más seguridad á la empresa; Carlos Manuel entró por su parte en el Monferrato, y D. Gonzalo, muy contento, puso sitio á Casal; pero no eran sus progresos los que se había prometido, porque en las guerras no siempre son las cosas de color de rosa. Había tiempo que la corte no le proporcionaba los medios que pedía, y su aliado le servía más de lo que era menester; que es decir, que después de haberse apoderado de la parte que según el convenio le correspondía, iba tomando de la que tocaba al rey de España, lo que daba grande enojo á D. Gonzalo; pero temiendo, si metía algún ruido, que el duque de Saboya, tan activo en los manejos como versátil en sus tratados y valiente en la campaña, se volviese á Francia, se veía precisado á cerrar los ojos, á tascar el freno y á poner buena cara. Por otra parte, el sitio iba mal, tanto por el valor, tino y constancia de los sitiados, como por la poca gente que tenía el sitiador, y según algunos historiadores, por sus desaciertos; pero acerca de este punto nosotros dejamos la verdad en su lugar, porque, aunque esto fuese cierto, nos inclinamos á mirar la cosa excelente, si de ella resultó que hubiese menor

número de muertos y mutilados, y algo ménos destrozadas las tejas de Casal. Como en este estado de cosas tuviese aviso de la ocurrencia de Milan, pasó inmediatamente á esta capital.

Allí, en la relacion que le presentaron, se hizo mencion de la fuga ruidosa de Lorenzo, de los hechos verdaderos y supuestos que motivaron su prision, y de su emigracion á territorio de Bérgamo. Esta última circunstancia llamó su atencion. Tenía D. Gonzalo noticia de que el alboroto de Milan habia alentado al Gobierno de Venecia, en donde se creyó al principio que este acontecimiento le obligaria á levantar el sitio de Casal, y como todavía allí se le suponía cabizbajo, tanto más cuanto en seguida de aquel suceso habia llegado la noticia de la rendición de la Rochela, noticia tan deseada por los venecianos y tan temida por D. Gonzalo, sintiendo este que, como hombre y como político, se le tuviese en semejante concepto, buscaba una ocasion oportuna para desengañarlos y darles á entender por induccion que nada habia perdido de su antigua altivez, porque el decir explícitamente « no tengo miedo », es lo mismo que no decir nada; juzgó, pues, que el medio más seguro para ello era el de mostrarse irritado, dar quejas y hacer reclamaciones, por lo cual, habiéndose presentado el Residente de Venecia á cumplimentar y explorar al mismo tiempo en su rostro y su continente cómo se hallaba de botones adentro, que esta era la política añeja, D. Gonzalo, despues de hablar del tumulto como cosa de poco momento, á que desde luego se habia puesto remedio, tuvo acerca de Lorenzo la salida que con sus consecuencias hemos ya visto.

No volvió despues á pensar en negocio tan frívolo, y para él como concluido. Y cuando al cabo de algun tiempo recibió la contestacion en el campamento sobre Casal, donde habia vuelto y donde le ocupaban otros cuidados, levantó y meneó la cabeza, estuvo algun tanto pensativo para traer á su memoria un hecho de que apenas le quedaba una confusa idea, creyó acordarse de la persona, atravesóse otro asunto, y no volvió á pensar en ello.

Pero Lorenzo por lo que se le habia indicado debia suponer cosa muy diferente; estuvo mucho tiempo preocupado con esta idea, ó, por mejor decir, sin pensar en otra cosa más que en mantenerse oculto. Figúrense mis lectores si se desharia por enviar noticias á las dos mujeres y recibirlas de ellas; pero se oponian á sus deseos dos grandes dificultades. La una era la necesidad en que se veria de descubrirse á un escribiente cualquiera, porque el pobre no sabía ni leer ni escribir, y si, preguntado por el abogado Tramoya, contestó que sabía leer, como se acordarán mis lectores, no fué jactancia, sino la pura verdad, porque leia con algun trabajo lo impreso, aunque en cuanto á lo manuscrito, ni una letra; por eso necesitaba desde luego confiar sus asuntos á un tercero, y un hombre que supiese tener bien la pluma en la mano y con quien se pudiese contar para el siglo, no era fácil encontrarle en aquellos tiempos, especialmente en país en que no se tuviese grandes relaciones. La otra dificultad era la de hallar proporcion de persona que fuese por aquellas partes y que quisiese encargarse de la carta, y tomarse un verdadero interes para que llegase á su destino, circunstancias todas difíciles de reunir en una sola persona.

Finalmente, á fuerza de indágaciones y diligencias, encontró quien escribiese; pero no sabiendo si las dos mujeres se hallarian todavía en Monza ó en otra parte, dispuso que se incluyese la carta de Ines en otra de cuatro renglones dirigida al Padre Cristóbal.

El escribiente se encargó tambien de remitir el pliego, que entregó á una persona que debia pasar cerca de Pescarénico. Esta la dejó con mucha recomendacion en la posada del camino más inmediato, y como la carta iba dirigida á un convento, llegó á su destino; pero nunca se pudo saber luego su último paradero. Así es que, no recibiendo Lorenzo contestacion alguna, hizo escribir otra carta poco más ó ménos como la primera, incluyéndola en otra á un conocido ó pariente suyo de Lecco; buscó otro portador, le encontró, y esta vez llegó la carta á su direccion. Corrió Ines á Magránico,

hizo que aquel Alejo primo suyo se la leyese y explicase, trató con él de la respuesta, que él mismo extendió, y hallaron medio de enviarla á Antonio Revuelta; pero todo esto no se ejecutó tan prestó como nosotros lo referimos. Recibió Lorenzo la contestacion, y con el tiempo remitió nueva carta; por manera que se entabló entre las dos partes una correspondencia que, sin ser rápida ni regular, era, sin embargo, continuada por intervalos.

Pero para tener una idea de esta correspondencia epistolar, es necesario saber, cómo iban entónces semejantes cosas, ó, por mejor decir, cómo van, porque en este particular ha habido poca ó ninguna variacion.

El aldeano que no sabe escribir y que tiene necesidad de hacerlo, busca un escribiente, escogiéndole en cuanto puede entre los de su esfera, porque no se fia mucho de los otros. Le informa con más ó ménos claridad de los antecedentes, y le impone por el mismo estilo en lo que debe escribir. El escribiente ó memorialista algo comprende, algo cree comprender, da algunos consejos, propone alguna variacion, y diciendo «no tengas cuidado,» coge la pluma, extiende el concepto, lo corrige á su manera, aprieta ó afloja, y áun omite, segun le parece mejor; porque no hay remedio, el que sabe más que los otros no quiere ser instrumento material, y cuando entra en negocios, quiere manejarlos á su antojo. Esta clase de memorialistas no siempre dicen lo que quisieran decir, sino muchas veces al contrario, porque esto nos suele suceder tambien á nosotros que escribimos para la imprenta. La carta escrita de esta manera llega á manos del correspondiente, que, como tampoco sabe el alfabeto, tiene que dársela á leer á otro literato de la misma calaña del primero, el cual se la lee y se la explica. Aquí se originan mil cuestiones sobre el modo de entenderla, porque, fundándose el interesado en el conocimiento que tiene de los hechos, pretende que ciertas palabras quieren decir una cosa, y el que lee se empeña, por la práctica que tiene, que significan otra. Finalmente, el que no sabe se ve precisado á ponerse á dis-

crecion del que sabe para la respuesta, la cual, extendida por el mismo estilo de la carta, va sometida á otra explicacion semejante; y si ademas el asunto de la correspondencia es delicado; si hay que tratar en ella de negocios secretos, que no se quisiera que se descubriesen en el caso de extrañarse la carta, y si por esta razon se procura tambien que la cosa vaya algun tanto enigmática, entónces, por poco que dure la correspondencia, los interesados acaban por no entenderse, como sucedia en otro tiempo entre dos escolásticos despues de haber disputado cuatro horas, por no tomar la comparacion de cosas del dia y exponernos á un coscorron.

Este era el caso en que se hallaban los dos correspondientes. La primera carta de Lorenzo contenia muchas materias. Empezaba desde luégo con una relacion de la fuga, mucho más concisa y más embrollada que la nuestra: hablaba despues de sus actuales circunstancias, de cuya noticia ni Ines ni su secretario pudieron sacar gran cosa en limpio: daba en seguida un aviso secreto, haciendo mencion del nombre cambiado y de su seguridad, con la precision de quedar oculto, cosas todas poco comunes para el entendimiento de aquellas gentes, y que en la carta misma iban con su poco de enigma. Contenia preguntas urgentes y afectuosas acerca de Lucía, expresiones oscuras y patéticas relativas á las voces que habian corrido tocantes á la misma, y por último, concluia con esperanzas inciertas y lejanas, proyectos aventurados para en adelante, promesas y exigencias de fidelidad y exhortaciones á no perder la paciencia ni el ánimo, y esperar mejores tiempos.

Poco despues encontró Ines un medio seguro para enviar á manos de Lorenzo una contestacion con los cincuenta escudos consabidos. Al ver tanto oro junto, no sabia qué pensar, y no ménos admirado que lleno de una confusion que no daba lugar á la alegría, corrió en busca de su secretario para que le explicase la carta, y tener con esto la llave de semejante misterio.

En la carta, el escribiente de Ines, despues de algunas quejas acerca de la poca claridad de la carta de Lorenzo, describía en tono lamentable la tremenda historia de aquella persona (que así se expresaba), pasando luégo á lo de los cincuenta escudos : hablaba despues del voto por medio de perifrasis, añadiendo con palabras más directas y claras el consejo de resignarse y no pensar ya en ella.

Poco faltó para que Lorenzo no la tomase con el lector intérprete : tembló, se estremeció y se llenó de ira, tanto por lo que comprendía, como por lo que no podía comprender. Tres ó cuatro veces le obligó á leer la carta, ya comprendiéndola mejor, ya pareciéndole más oscuro lo que ántes le habia parecido más claro. En tal fiebre de pasiones, quiso que el secretario echase mano de la pluma al momento y contestase. Despues de las expresiones más fuertes de terror y compasion por los sucesos de Lucía, proseguia diciendo : « Escribid, que no quiero resignarme, ni me resignaré nunca ; que estos no son consejos que deben darse á un hombre como yo ; que el dinero no lo tocaré ; que lo guardo y lo tendré en depósito para el dote de la que ha de ser mia ; que yo no entiendo de promesas ; que siempre he oido decir que la Virgen se ocupa én favorecer á los afligidos y en obtener gracias, pero que trate de desesperar y de hacer faltar á lo prometido jamas lo oí ; que eso no puede ser, y que con este dinero hemos de poner casa aquí ; y que si ahora estoy algo apurado, es una borrasca que pasará presto. » Y otras cosas semejantes. Recibió Ines esta carta, hizo contestar, y la correspondencia continuó del modo que hemos dicho.

Lucía, despues que su madre pudo hacerle saber, no sé por qué conducto, que Lorenzo estaba vivo y sano é impuesto de todo, experimentó no poco consuelo, y ya sólo deseaba que se olvidase de ella, ó, por decir verdad, que pensase en olvidarla. Ella por su parte hacia cien veces al dia el mismo propósito con respecto á Lorenzo, y adoptaba todos los medios posibles para realizarlo. Estaba continuamente tra-

bajando ; procuraba no distraer el ánimo un instante de su labor, y cuando se le presentaba á la mente la imágen de Lorenzo, rezaba ó cantaba oraciones ; pero aquella imágen, como si tuviera malicia, no se presentaba así descubiertamente, sino que se introducía á hurtadillas entre otras diversas, de modo que la imaginacion no lo advertia sino despues de algun tiempo. Los esfuerzos de Lucía para separarle



Con esta respuesta no se daba por satisfecha doña Práxedes.

enteramente de la memoria hubieran surtido hasta cierto punto su efecto, si doña Práxedes, empeñada por su parte en hacérsela olvidar, hubiese encontrado otro medio mejor para el caso que el de acordársele sin cesar, diciéndola muy á menudo.

— ¿ En qué piensas ? ¿ En el novio, eh ?

— Yo en nada pienso, — contestaba Lucía.

Con esta respuesta no se daba por satisfecha doña Práxedes, sino que proseguia diciendo :

—Obras, hija mía, son amores, y no buenas razones.

Y se extendía luego invectivando la costumbre de las jóvenes, las cuales, decía ella, cuando han puesto su corazón en un mala cabeza, á lo que propenden generalmente todas, no saben desecharlo. Tratándose de un hombre de bien y honrado, que por algún contratiempo haya venido á ménos, al momento se resignan; pero un calavera es llaga incurable; y aquí empezaba el panegírico del pobre ausente, del picaron que se metió en Milan para ponerlo todo á sangre y fuego, y quería por fuerza que Lucía confesase las bribonadas, que, según ella, debía haber hecho Lorenzo también en su pueblo.

Lucía, con voz trémula por la vergüenza y el dolor, y con la indignación de que era capaz en su carácter dulce y su humilde estado, aseveraba y protestaba que en su tierra aquel infeliz jamás había dado que decir, y añadía que hubiera querido que se hallase allí alguno de su pueblo para confirmar esta verdad.

Aun con respecto á los acontecimientos de Milan, de cuyos pormenores no podía dar razón, le defendía sólo por el conocimiento que desde su niñez tenía de su conducta; y lo defendía ó se proponía defenderle por pura obligación de caridad, por amor á la verdad y como prójimo, que era la fórmula con que se explicaba á sí misma el interés que la movía á defenderle; pero de semejante apología sacaba doña Práxedes nuevos argumentos para convencer á Lucía que su corazón estaba todavía por él, y á la verdad no sé si sería cierto en aquellos momentos, porque la infame pintura que de Lorenzo hacía la vieja, despertaba por oposición con más fuerza que nunca en la mente de Lucía la idea que había concebido con tan largo trato. Las memorias sofocadas con violencia se desarrollaban á porfía, la aversión y el desprecio renovaban tantos motivos antiguos de aprecio y simpatía, y el odio ciego y violento de doña Práxedes excitaba con más fuerza su compasión. Como quiera que sea, los discursos por parte de Lucía nunca eran muy largos, porque las palabras no tardaban en convertirse en lágrimas y suspiros.

Si doña Práxedes la hubiese tratado de aquella manera por odio inveterado que conservase contra ella, quizá aquellas lágrimas la hubieran enternecido y acallado; pero como hablaba con buena intención, continuaba adelante sin dejarse vencer, así como los gemidos y las dolientes súplicas pueden muy bien contener el arma de un enemigo, pero jamás el hierro de un cirujano. Suponiendo doña Práxedes haber llenado así su deber, pasaba de las reconvenciones y cargos á las amonestaciones y consejos, interpolados con alguna alabanza para templar el agrio con el dulce, y conseguir mejor su intento. Es verdad que por todos estos sermones, que siempre se reducían á una misma cosa, ninguna aversión quedaba á Lucía contra su eterna misionera, que por otra parte la trataba con mucha humanidad; pero si le quedaba tal tumulto de exaltación de pensamientos, que necesitaba luego mucho tiempo y trabajo para volver á su antigua calma.

Por fortuna para Lucía, no era ella la sola á quien tenía que hacer bien á su manera doña Práxedes; por lo que los sermones no podían ser muy frecuentes. Además del resto de la familia, cuyos cerebros necesitaban todos más ó ménos compostura; además de las muchas ocasiones que se le presentaban, ó que ella misma buscaba de emplear los mismos buenos oficios con personas á las cuales de nada era deudora, tenía cinco hijas, y aunque ninguna vivía con ella, le daban más que hacer que si las hubiese tenido en casa. Tres eran monjas, y dos casadas; así que doña Práxedes tenía naturalmente que dirigir tres conventos y dos casas, además de la suya; empresa vasta y complicada, y tanto más ardua, cuanto que dos maridos apadrinados por sus padres, madres y hermanos, y tres abadesas sostenidas por otras dignidades y muchas monjas, se negaban á aceptar su superintendencia.

Era una guerra, ó por mejor decir, cinco guerras, que aunque disimuladas y políticas, no dejaban de ser continuas y activas, pues en cada uno de aquellos puntos se ponía el

mayor empeño en evitar sus cuidados, en cerrar el oído á sus dictámenes, en eludir sus preguntas, y en dejarla á oscuras de todos los negocios. No hablaré de las disputas y contradicciones que encontraba en el manejo de otros negocios más extraños; porque se sabe que á los hombres las más de las veces es necesario hacerles el bien por fuerza; pero en su casa ejercitaba mejor su celo, porque allí todos estaban sujetos enteramente á su autoridad, ménos D. Ferrante, con el cual las cosas andaban de otra manera.

Como hombre dedicado á las letras, no queria ni mandar ni obedecer. Enhorabuena que en todas las cosas de casa fuese su señora el ama absoluta; pero él no se conformaba con estar sumiso; y si solicitado, le prestaba en ciertos casos el oficio de su pluma, era por ser asunto de su afición; sin embargo, áun sabía negarse á esto, cuando no estaba en sus ideas lo que su esposa le pedía que escribiese. « Componeos como podáis, le decía entónces, pues que la cosa os parece tan clara. » Despues de haber por algun tiempo intentado inútilmente doña Práxedes atraerle á su sistema, ya se limitaba á barbotar contra él, llamándole extravagante, desidiioso, y por fin literato; y en darle este último título, además de desahogar su despecho, tenía su poquito de complacencia.

Pasaba D. Ferrante muchas horas en su gabinete, en donde tenía una coleccion considerable de libros, todas obras escogidas, y estimadas en várias materias, en cada una de las cuales estaba más ó ménos versado. En la astrología se le tenía por más que aficionado, porque su saber no se limitaba á las nociones generales y al vocabulario comun de *influencias, aspecto y conjunciones*, sino que hablaba con acierto, y como profesor, de las *doce casas del cielo*, de los *circulos máximos*, de los *grados lúcidos*, de la *exaltacion y declinacion* de los astros, de los *tránsitos y revoluciones*; en una palabra, de los principios más ciertos y recónditos de la ciencia, cuya historia también conocia más que medianamente, pues citaba con oportunidad las *predicciones* más célebres verificadas; y

raciocinaba con sutileza y elegancia acerca de otras *predicciones* no ménos famosas, que no se realizaron, para demostrar que la culpa no era de la ciencia, sino de los que no supieron aplicarla.

Aunque acerca de la filosofía antigua habia aprendido lo suficiente, no obstante, para adelantar todavía más, no cesaba de leer á Diógenes Laercio: sin embargo, como aquellos sistemas, por hermosos que sean, no es posible retenerlos todos en la memoria, y para ser filósofo es necesario elegir un autor, D. Ferrante habia escogido á Aristóteles, el cual, segun su opinion, no era ni antiguo ni moderno, sino filósofo á secas.

Poseía también várias obras de sus secuaces más sabios y sutiles entre los modernos, y en cuanto á las de sus impugnadores, jamás quiso leerlas ni comprarlas, porque consideraba tiempo perdido lo primero, y dinero echado por el balcón lo segundo: sólo por vía de excepcion conservaba en su biblioteca los célebres veintidos libros de *subtilitate*, y alguna otra obrilla antiperipatética de Gárdano, en obsequio de su mucho saber en astrología, diciendo que el que pudo escribir el tratado de *restitutione temporum et motuum caelestium* y el libro *duodecim conjecturarum*, merecia ser oido áun cuando dispartase. Por otra parte, aunque en concepto de los doctos pasaba D. Ferrante por peripatético consumado, á él no le parecia saber lo suficiente, y más de una vez se le oyó decir con gran modestia que la *esencia*, los *universales*, el *alma del mundo* y la *naturaleza* de las cosas no eran principios tan claros como algunos creian.

En cuanto á la filosofía natural, D. Ferrante se habia aplicado á ella por diversion, no por estudio, y así habia más bien leído que estudiado las obras del mismo Aristóteles sobre esta materia; sin embargo, con esto, con las noticias adquiridas por incidencia en los tratados de filosofía general, y con haber pasado la vista por la *Magia natural* de Juan Bautista Porta, por las tres historias *lapidum, animalium et plantarum* de Gárdano, por el tratado de yerbas, de las

plantas y de los animales de Alberto Magno, y por alguna otra obra de ménos importancia, sabía entretener una reunion de gente culta, hablando de las virtudes admirables y de las curiosidades más singulares de muchos simples, describiendo exactamente las formas y los hábitos de las sirenas, del ave fénix, único en su especie, y explicando cómo la salamandra se mantiene en el fuego sin quemarse; cómo la rémora, siendo un pececillo tan pequeño, tiene bastante fuerza para detener de un golpe el curso de un navío; cómo las gotas del rocío se convierten en perlas; cómo el camaleon se sustenta con el aire, y cómo el hielo, endureciéndose poco á poco, se transforma en cristal, con otros maravillosísimos secretos de la naturaleza.

Algo más se habia internado en lo de magia y hechicerías, pues se trataba de ciencia que estaba entónces más en boga, y en la cual los hechos, sobre ser de más importancia, son más fáciles de averiguar. Es excusado prevenir que en semejante estudio no tuvo más objeto que el de instruirse, y conocer á fondo las malas artes de los maleficios y de las brujas, para guardarse y defenderse de ellas. Y tomando por guía el grande hombre de la ciencia, Martin del Rio, podia tratar *ex profeso* del maleficio amatorio, del maleficio somnifero, del maleficio hostil, y de las infinitas especies de estos tres géneros capitales de maleficios, que con tan fatales resultados se practicaban entónces.

No ménos vastos y profundos eran sus conocimientos en historia, especialmente en la universal, en la que miraba como autores de primera nota á Dole, Bugatti, Campana, Targañota y Guazzo. Pero ¿qué es la historia, solia decir, sin la política? una guía que marcha adelante, sin que nadie la siga para aprender el camino, así como la política sin la historia es lo mismo que uno que camina sin guía. De consiguiente, tenía en sus estantes un lugar preferente para los autores de política, entre los cuales sobresalian Bodino, Cavalcanti, Sansovino, Paruta y Bocalini; pero dos eran los que D. Ferrante preferia á todos en semejante materia, á

saber: el *Príncipe* y los *Discursos* del célebre secretario florentino (1); á quien llamaba bribon, pero profundo, y la *Razon de Estado* del no ménos célebre Juan Botero. Pero poco ántes del tiempo á que se refiere esta historia salió á luz el libro que terminó la cuestion del Primado, y en que, segun D. Ferrante, se hallaba sacada la quinta esencia de todas las malicias, para poder conocerlas, y la de todas las virtudes, para poder practicarlas; libro de escaso volúmen, pero todo de oro; en una palabra, el *Estadista reinante* de D. Valeriano Castillon, de aquel hombre celeberrimo, que los literatos de más crédito elogiaban sin término, y los más grandes personajes andaban á porfia por quitárselo unos á otros.

Pero si en todas las ciencias citadas podia D. Ferrante considerarse instruido, una habia en que era acreedor al título de maestro, á saber, la ciencia caballeresca. No sólo hablaba de ella con profundo conocimiento, sino que llamado á decidir acerca de puntos de honor, pronunciaba siempre su sentencia con acierto. Tenía en su biblioteca, ó, mejor diríamos, en su cabeza, las obras de los mejores autores en esta materia, como Páris del Pozo, Fausto de Longiano, Urrea, Mucio, Romei, Albergato, el *Forno primero* y el *Forno segundo* del famoso Torcuato Tasso, de cuyas obras solia tambien citar con oportunidad algunos pasajes, especialmente los de la *Jerusalen libertada*; pero, en su concepto, el autor de los autores en esta ciencia era el milanés Francisco Birago, que dió á luz sus discursos caballerescos en tiempo de D. Ferrante, de quien hablaba siempre con particular aprecio, circunstancia que parece haber influido en la opinion del mismo D. Ferrante.

De aqui pasa el anónimo tantas veces citado á las bellas letras; pero nosotros ya empezamos á dudar de si nuestros lectores tendrán mucha gana de proseguir con semejante reseña, ántes, á decir verdad, vamos creyendo habernos granjeado el título de copista servil, y el de fastidioso á mé-

1. Maquiavelo.

días con el anónimo, por haberlo seguido hasta aquí en cosa tan ajena del asunto principal, y en la que probablemente se extendió tan sólo por hacer alarde de doctrina y manifestar que estaba al nivel de las luces de su siglo.

Por esta razón, dejando escrito lo que está escrito, por no perder nuestro trabajo, omitiremos lo demás para volver de



Así como un vasto y tempestuoso torbellino.

nuevo á tomar el hilo de nuestra historia, tanto más, cuanto hay que pasar buen trecho ántes de encontrar á alguno de nuestros personajes, y uno más largo todavía ántes de dar con aquellos por los cuales se interesan más nuestros lectores, si es que hay algo en todo esto que llegue á interesarles.

Hasta el otoño del siguiente año de 1629 quedaron todos,

quién de grado, quién por fuerza, en la misma posición poco más ó ménos en que los dejamos, sin que á los unos les sucediera, y sin que pudieran los otros hacer cosa alguna digna de referirse. Llegó el otoño en que Ines y Lucía contaban con reunirse; pero un grande acontecimiento público desbarató su proyecto, y este fué ciertamente uno de sus más pequeños efectos. Siguiéron luego otros sucesos de consideración que no causaron ninguna mudanza notable en la suerte de nuestros personajes. Alcanzaronlos por fin nuevos casos más generales, más violentos y más extremados, acometiendo hasta los más ínfimos, según la escala del mundo, así como un vasto y tempestuoso torbellino, arrancando árboles, descomponiendo techos, derribando chapiteles y dispersando escombros, levanta también las ligeras aristas escondidas entre la hierba, busca las hojas secas en los rincones donde las había aglomerado un viento ménos fuerte y las lleva envueltas en sus remolinos.

Ahora, para que los hechos privados de que tenemos que dar cuenta sean más claros, nos es indispensable anticipar uno de aquellos acontecimientos públicos indicados, retrocediendo algo más arriba.

CAPÍTULO XXVIII

Después de la sedición del día de San Martín y siguiente, parecía que como por encanto había vuelto á Milán la abundancia. Las panaderías bien provistas, el pan á mejor precio que en los años más fértiles, y á proporción las harinas. Los que en aquellos días se dieron á gritar, ó hacer algo más, tenían ahora (á excepción de los pocos que fueron á parar á la cárcel) motivos de envanecerse; y no hay que pensar que parasen allí pasado aquel primer susto de las prisiones. En las plazas, en las esquinas, en las tabernas, se congratulaban,

recíprocamente por haber encontrado el modo de abaratar el pan; sin embargo, en medio del júbilo y la jactancia, se entremetía, como era natural, cierta inquietud por el presentimiento de que no durase mucho semejante cucaña. Sitiaban á los panaderos y los hornos, como lo habían hecho en aquella facticia y efímera abundancia dimanada de la postura establecida por el gran canciller Ferrer. Los que tenían algún dinero lo empleaban en pan y en harinas, convirtiendo en almacenes las arcas, los barriles y hasta los cubos. De esta manera, luchando á porfía para gozar de la ventaja presente, hacían, no diré imposible su larga duración, que ya por sí misma lo era, sino también más difícil su momentánea continuación. En efecto, el día 15 de Noviembre publicó D. Antonio Ferrer, de *orden de Su Excelencia*, un edicto por el cual, á los que tuviesen granos ó harinas en su casa, se les prohibía comprar ninguna de las dos especies, y á todos en general comprar más pan del que necesitaban para dos días, *bajo penas pecuniarias y corporales al arbitrio de Su Excelencia*, con intimación á los ancianos (especie de celadores de policía) y encargo á todos para que denunciasen á los transgresores, y orden á los jueces para registrar las casas que se les denunciasen, mandando al mismo tiempo á los panaderos que tuviesen bien provistas las tiendas, *bajo pena de cinco años de galeras, ó mayor, al arbitrio de Su Excelencia*. Brillante imaginación debe tener por cierto el que sea capaz de figurarse que semejante edicto pudiera llevarse á debida observancia, y en verdad que si se hubiesen cumplido todos los que en aquel tiempo se expedían conminando con galeras, hubiera tenido el ducado de Milan más gente en la mar que la que puede tener ahora la gran Bretaña.

De todos modos, mandando á los panaderos que amasasen tanto pan, era preciso también dar órdenes para que no faltase la materia de que hacerlo. Como en los tiempos de carestía se acude casi siempre al recurso de hacer pan con sustancias alimenticias que se consumen bajo otra forma, se adoptó en esta ocasión el medio de hacer entrar el arroz en

la fabricación del pan, llamado de *mezcla*. Con esto el 23 de Noviembre salió un edicto para que quedase á disposición del Director de provisiones y de los doce comisarios la mitad del arroz sin limpiar que cada uno tuviese en su casa, *bajo la pena*, contra cualquiera que dispusiese de él sin licencia de dichos señores, *de la pérdida del género y de una multa de tres escudos por fanega*.

Pero este arroz era necesario pagarlo, y á un precio muy desproporcionado con respecto al pan. El cargo de suplir á esta desproporción se impuso á la ciudad; mas el Ayuntamiento, el mismo día 23 de Noviembre, acordó hacer presente al Gobernador general la imposibilidad de soportar semejante carga, y el Gobernador expidió el 7 de Diciembre otro edicto en que, fijando el precio del arroz en doce libras la fanega, imponía, tanto al que diese mayor cantidad como al que se negase á venderlo, la *pena de la pérdida del género, y una multa del doble de su valor, y mayor pena pecuniaria y también temporal, hasta la de galeras al arbitrio de Su Excelencia, según la gravedad del caso y la clase de las personas*.

Al arroz limpio ya se le había fijado precio ántes del alboroto, así como probablemente se habría puesto tasa, ó para usar la denominación célebre en los anales modernos, el *máximum* al trigo y otros granos más comunes por medio de edictos que no hemos encontrado.

De mantener de esta manera el pan barato en Milan resultaba la consecuencia de que acudiese multitud de gentes de fuera á comprarle para surtir sus casas. Á fin de obviar D. Gonzalo á este que él llamó inconveniente, mandó con fecha del 15 de Diciembre publicar otro edicto, prohibiendo que se extrajese de la ciudad más pan que el del valor de veinte sueldos, pena de la *pérdida del pan, veinticinco escudos de multa, y en caso de no poder pagar, dos ratos de cuerda en público, y aun mayor pena* (como siempre) *al arbitrio de Su Excelencia*. El 22 del mismo mes (no sabemos por qué tan tarde) se expidió otra orden igual respecto de la harina y de los granos.

La muchedumbre quiso traer la abundancia con el saqueo y los incendios, y el poder legal queria mantenerla con las galeras y la cuerda: los medios eran muy conformes entre sí; pero sobre su aptitud para producir el efecto deseado, el lector formará su juicio; y si no, lo verá dentro de poco. Tambien es fácil ver, y no inútil observar, que entre tantas absurdas providencias habia una conexion necesaria: cada una era consecuencia inevitable de su antecedente, y todas de la primera; á saber, de la que fijaba pan á un precio tan distante el que hubiera resultado del estado real de las cosas.

Al vulgo ignorante una providencia de esta naturaleza ha parecido siempre, y debe parecer, equitativa, sencilla y de fácil ejecucion, y de aquí resulta que en los apuros de las carestías la desea, la implora, y si puede, la impone luego á medida que se van manifestando las consecuencias, las personas á quienes corresponde se ven precisadas á acudir al remedio de cada una de ellas con leyes que prohiban á los hombres hacer aquello á que los excitan los antecedentes. Permitasenos observar aquí de paso una coincidencia particular. En un país, y en época no distante de nosotros, y en una de las calamidades más notables de la historia moderna se dieron, en circunstancias iguales, iguales providencias, á pesar de la gran diferencia de los tiempos y de los conocimientos adquiridos en Europa, y con especialidad en aquel mismo país; y esto sucedió principalmente porque la masa popular, á la que aun no habrian alcanzado semejantes conocimientos, consiguió á la larga que prevaleciesen sus principios, y empujó, como se suele decir, la mano de los que hacian la ley.

Volviendo ahora á nuestro asunto, dos fueron, al ajustar la cuenta, los frutos principales del tumulto, á saber: desperdicio y pérdida efectiva de viveres en el mismo tumulto, consumo excesivo, y de bulliciosa alegría mientras duró la tasa, y desfalco de aquella triste masa de granos que debia bastar hasta la nueva cosecha. Á estos efectos generales hay

que añadir el suplicio de cuatro aldeanos ahorcados como cabezas del tumulto, dos delante del horno grande, y dos á la entrada de la calle donde vivia el Director de provisiones.

Por otra parte, son tan inexactas las noticias históricas de aquellos tiempos, que no hemos podido averiguar cómo ni cuándo cesó aquella violenta tasa. Si, á falta de noticias positivas, nos es permitido proponer conjeturas, nos inclinamos á creer que se revocó poco ántes ó poco despues del 24 de Diciembre, que fué el dia del citado suplicio. Por lo que toca á los edictos, despues del 22, de que hemos hecho mencion, no hemos encontrado otro alguno relativo á viveres, ya porque hayan perecido, ya porque se hayan ocultado á nuestras investigaciones, ó ya porque la autoridad, desalentada, cuando no convencida, de la ineficacia de sus providencias, y abrumada con el peso de las cosas, las abandonase á su curso natural. Hallamos, sin embargo, en las relaciones de varios historiadores, inclinados entónces más bien á escribir grandes acontecimientos que á indicar sus causas y consecuencias, la pintura del país y de la ciudad, principalmente á fines del invierno y en toda la primavera, cuando la causa del mal obraba en toda su fuerza.

Esta causa, que era la carestía, dimanaba de la desproporcion entre los viveres y las necesidades; desproporcion que, léjos de disminuir, aumentaron los mismos remedios que efimeramente suspendieron sus efectos, y que tampoco se consiguió evitar con la introduccion de granos extranjeros, la que entorpecian la insuficiencia de los medios públicos y privados, la penuria que tambien se experimentaba en los países inmediatos, la lentitud, la escasez, las trabas del comercio y las mismas leyes dirigidas á facilitar y mantener una baratura violenta. Hé aquí aquella dolorosa pintura.

Á cada paso tiendas cerradas y la mayor parte de las fábricas abandonadas. Presentaban las calles un espectáculo indecible, una serie continuada de miserias y una morada

permanente de dolores. Los mendigos de antigua profesion, siendo ahora el menor número, se hallaban confundidos entre una nueva muchedumbre, y reducidos á disputar la limosna con aquellos de que quizá en otro tiempo la recibieron. Mancebos de tiendas y trabajadores despedidos de sus principales, que, disminuidas ó nulas las ganancias diarias, vivian trabajosamente del resto de su caudal; tenderos, y aun comerciantes quebrados y arruinados de resultas de la cesacion de los negocios; operarios y artesanos de todas manufacturas y artes, desde la más comun á la de más lujo, vagando de puerta en puerta, de calle en calle, ó apoyados á las esquinas, ó echados en las aceras de las casas é iglesias, mendigando lamentablemente una limosna; otros, paralizados entre su necesidad y una vergüenza aun no vencida, se presentaban pálidos y extenuados por el ayuno y el frio, y cubiertos con escasas ropas ó vestidos viejos y raídos, entre los cuales se notaban aun las señales de una antigua medianía; así como en la holgazanería y el envilecimiento se descubrian ciertos hábitos de impudente abandono. Confundidos entre la deplorable turba iban criados despedidos de sus amos, caídos desde la medianía á la estrechez, ó de grandes y ricos señores imposibilitados en aquel año de mantener la acostumbrada pompa de servidumbre, y para cada uno de estos mendigos otros varios acostumbrados á vivir del trabajo de aquellos, como hijos, mujeres, padres ancianos cercando á sus sostenedores ó dispersados en otras partes, pedir con lágrimas una limosna.

Veíanse tambien, y se distinguian por los tufos desgrenados, sus vestidos lujosos hechos jirones y la ferocidad de los antiguos hábitos estampada en el rostro, muchos de aquella chusma de bravos, que, perdido por las circunstancias el pan de sus iniquidades, le iban pidiendo ahora por compasion y misericordia. Abatidos por el hambre, sin más rencillas que para hacer sobresalir sus lamentos, ni otro apoyo que su sola persona, andaban arrastrando por aquella ciudad que pasearon en otro tiempo con la cerviz

erguida, ricamente vestidos y cubiertos de armas, y alargaban aquellas manos que tantas veces levantaron con insolencia para amenazar ó para herir.

Pero la turba mayor, más miserable, más macilenta y de más bullicio, era la de los lugareños, que de todas partes acudian, ya solos, ya en parejas, ya en bandadas de familias enteras, de maridos y mujeres con niños en los brazos ó á las espaldas, muchachos de la mano, y viejos detras. Muchos, invadidas y saqueadas sus casas por la soldadesca, habian huido desesperados, y entre ellos, algunos para excitar más la compasion y dar más peso á su miseria, manifestaban las contusiones y cardenales de los golpes que recibieron defendiendo los últimos restos de su pobreza, ó huyendo de una desenfrenada y ciega brutalidad. Otros que no habian sufrido semejante azote, pero echados por las dos calamidades de que nadie habia podido escaparse, la carestía y los impuestos, más exorbitantes que nunca, para acudir á lo que se llamaba urgencias de la guerra, habian venido y venian á la ciudad como antiguo asiento y último asilo de riqueza y de pia munificencia. Era fácil distinguir los que se presentaban de nuevo, más que por su andar incierto, por la indignacion que manifestaban en sus rostros al ver tanta concurrencia de mendigos, y tanta rivalidad de miseria, allí donde creyeron ser ellos los únicos objetos de compasion y atraerse solos la atencion y los socorros. Los otros que habia más ó ménos tiempo que arrastraban su miserable vida por la ciudad, sosteniéndose con limosnas adquiridas al acaso en tanta desigualdad entre los auxilios y las necesidades, llevaban impresa en el semblante una consternacion más profunda. Distinguíanse todos en aquella espantosa confusion no ménos por su aspecto que por sus trajes; diremos mejor, por los inmundos trapos con que cubrian sus carnes. Los rostros pálidos de los habitantes del país bajo, los de color de bronce de los que ocupaban el llano del medio, y los sanguíneos de los serranos, todos estaban descarnados y consuntos, los ojos hundidos, el mirar entre torvo y estúpido, el pelo des-

greñado, y las barbas largas y horribles. Unos cuerpos endurecidos por el trabajo, veíanse ahora extenuados, con la piel arrugada en los tostados brazos, en las piernas y en los huesudos pechos, mal cubiertos con los descompuestos andrajos. Si tan doloroso era el aspecto que presentaba el vigor abatido, ¿qué sería en el sexo y en la edad más débil, una naturaleza ménos fuerte y más dispuesta á la languidez y á la decadencia?

En las encrucijadas y las aceras, debajo de los aleros se ofrecían á la vista de trecho en trecho montones de paja y rastrojos apisonados y fétidos, y aun estos asquerosos desperdicios eran dádivas que la caridad ofrecía á varios de aquellos desgraciados, para que hallasen donde posar la cabeza por la noche. Veíanse también de día yacer ó echarse allí muchos que, extenuados por el cansancio ó la necesidad, no podían ya sostenerse. No pocas veces se encontraba en semejantes muldadas algun cadáver, y no era raro ver de repente caer al suelo algun extenuado y quedar muerto sobre las duras piedras.

Presentábanse de cuando en cuando auxilios ordenados con más prevision, y distribuidos por mano rica y ejercitada en hacer beneficios en grande, y esta era la mano del buen Federico. Para el efecto habia escogido seis eclesiásticos, en quienes competía, con una ardiente caridad, una complexion robusta. Divididos en parejas, habia señalado á cada una la tercera parte de la ciudad para que la recorriesen con varios mozos cargados de alimentos, de bebidas y ropas. Todas las mañanas salían las tres parejas para diversos puntos: se acercaban á los que veían caídos, y daban á cada uno el correspondiente socorro. Á los que hallaban agonizando é incapaces de admitir alimento, les administraban los últimos auxilios y los consuelos de la religion. Distribuían á los que podían hallar remedio en los alimentos, sopa, pan, vino y huevos, y á los extenuados socorrían con sustancias y vinos generosos, reanimándolos ántes, si era necesario, con vinagre y cordiales, distribuyendo al mismo tiempo vestidos á los más andrajosos.

No acababa aquí su asistencia. Siendo el ánimo del buen pastor que hasta donde pudiese llegar aquella sirviese de un alivio eficaz y no momentáneo, los pobres á quienes el primer auxilio habia restituido suficientes fuerzas para sostenerse y caminar, recibían de los mismos eclesiásticos algun dinero, á fin de que la necesidad reiterada y la falta de otro auxilio no los redujese al anterior estado: proporcionaban á los otros asilo y manutencion en algunas de las casas más inmediatas; si alguna habia de personas acomodadas, se les concedía la hospitalidad por recomendacion del Cardenal, y en otras en que á la buena voluntad faltaban los medios, aquellos eclesiásticos pedían que los recibiesen de huéspedes, para lo cual, ajustado el precio, pagaban desde luego una parte á cuenta. De los hospedados en semejantes términos daban despues noticia á los párrocos para que los asistiesen, y volvían ellos mismos á visitarlos.

No es necesario decir que el Cardenal no limitaba sus cuidados á los casos de tan extrema situacion, ni la habia aguardado para tomar providencias. Su viva caridad hubo de sentirlo todo, ocuparse en todo, y acudir á lo que no pudo prever, tomando, digámoslo así, tantas formas cuantas eran las diversas necesidades. En efecto, reuniendo todos sus medios, aumentando sus privaciones, echando mano de los ahorros destinados á otras liberalidades, que en aquella ocasion no podían dejar de ser secundarias, buscó todos los arbitrios posibles de juntar dinero para emplearlo en alivio de tan general penuria.

Hizo crecidas compras de granos, de que envió gran parte á varios puntos de su diócesis, y como el socorro era inferior á la necesidad, envió también cantidad de sal, para que, segun refiere R. pamontí, la hierba del prado y la corteza de los árboles se convirtiesen en alimento humano. Granos y dineros repartió igualmente á los párrocos de la ciudad que él mismo recorria por cuarteles dando limosnas. Socorría de oculto á muchas familias vergonzantes, y en el palacio arzobispal se cocía diariamente gran cantidad arroz, de que,

segun el médico Alejandro Tadino, en una relacion que tendremos ocasion de citar algunas veces, se distribuian dos mil raciones todas las mañanas.

Pero estos rasgos de caridad, que podemos llamar grandiosos, si se considera que eran obra de un solo hombre, y producto únicamente de sus medios, pues el Cardenal se negó siempre á tomar á su cargo la distribucion de liberalidades ajenas, estos mismos rasgos, con otros donativos de diversas manos, que, aunque no tan cuantiosos, eran sin embargo en gran número, no bastaban á cubrir tantas necesidades, á pesar de reunirseles los subsidios extraordinarios que señaló el ayuntamiento, encargando su distribucion al tribunal ó junta de provisiones. Al paso que con los socorros del Cardenal se prolongaba la vida de algunos serranos y lugareños á punto de morir de hambre, otros llegaban al término extremo de la miseria. Apurados por los primeros aquellos calculados socorros, volvian á implorar otros. En muchas partes, no olvidadas y sólo pospuestas como ménos necesitadas, porque la caridad se veia en la dura precision de tener que elegir, llegaban las angustias á ser mortales, y miéntras en tres puntos de la ciudad eran socorridos y sacados de los brazos de la muerte los más inmediatos á sufrirla, en otras cien partes penaban otros, y aun perecian sin encontrar recurso ni refrigerio.

En todo el dia no se oia por las calles sino un murmullo confuso de súplicas y lamentos, y por las noches poblaba el aire un clamor continuado de quejas y gemidos, interrumpido de cuando en cuando por repentinas exclamaciones de dolor, y por lastimeras invocaciones, que terminaban en agudos gritos.

Es cosa digna de notarse que, en tanta calamidad, en tanta variedad de quejas, ni una tentativa, ni una palabra hubo de tumulto; sin embargo, entre los que morian y los que vivian de aquella manera, se hallaban muchos cuya educacion no habia sido de las que enseñan á padecer. Habialos tambien á centenares de los alborotadores del dia de San

Martin. Ni es de creer que el ejemplo de los cuatro infelices que pagaron por todos fuese bastante á contenerlos. ¿Qué fuerza podia tener, no la presencia, sino la memoria de los suplicios, en los ánimos de una muchedumbre vagabunda y reunida, que se veia condenada á un suplicio lento y horroroso? Pero tales somos los hombres en general, que indignados y furiosos nos rebelamos contra los males leves, y nos sometemos sin chistar á los graves, tolerando, no resignados sino abatidos, lo que al principio llamábamos insoportable.

El vacío que cada dia dejaba la muerte en aquella deplorable



El vacío que cada dia dejaba la muerte.

terrible turba, se llenaba con aumento al siguiente. Era una concurrencia incesante, primero de los pueblos inmediatos, luego del Ducado entero, despues de las ciudades del Estado, últimamente de otras várias. Entretanto, no dejaban tambien de salir cada dia de Milan muchos de sus antiguos moradores, unos para huir de la vista de tantas plagas, y otros porque, viendo que nuevos concurrentes iban á disputarles las limosnas, se aventuraban á hacer la última y desesperada prueba de ir á mendigar socorros á otra cualquiera parte en donde no fuese tan numerosa ni tan ejecutiva la concurrencia, ni la emulacion de pedir. Encontrábanse en el

camino los que iban con los que venían, y eran objeto recíproco de espanto, y de triste preludio acerca del término adonde cada uno de ellos se dirigía. Proseguían, sin embargo, su viaje, si no por la esperanza de mudar de suerte, á lo ménos para no volver bajo un cielo odiado, y no ver otra vez aquellos parajes de dolor y desesperación, ménos alguno que, extenuado por el hambre, espiraba en el camino, quedando allí como muestra aun más funesta para sus compañeros de infortunio, y como objeto de horror, y quizá de reconvencciones para los demás pasajeros. « Yo vi, dice Ripamonti, en el camino, al rededor de los muros, el cadáver de una mujer... Salíale de la boca hierba medio roída, y sus asquerosos labios hacían, al parecer, todavía nuevos esfuerzos de rabia. Tenía en los hombros un pequeño lio, y colgado del cuello con la faja á un niño que con sus vagidos pedía el pecho... Algunas personas compasivas que llegaron, recogieron á la infeliz criatura, llevándosela con el fin de buscar quién tomase á su cargo llenar con ella los deberes de madre. »

Ya no se veía aquella contraposición de galas y de andrajos, de superfluidad y miseria, objetos tan comunes en los tiempos ordinarios: casi todo era ya miseria y andrajos, y si aun alguna distinción se notaba, era sólo la de una frugal medianía. Presentábanse los nobles y ricos con trajes sumamente modestos, y aun miserablemente vestidos algunos, porque las causas generales de la calamidad habían cambiado hasta aquel extremo su fortuna, ó arruinado del todo fortunas ya decadentes, y otros porque quizá temerían provocar con el fausto la desesperación pública, ó se avergonzarían de insultarla en tan espantosa situación. Los prepotentes, que tan altivos paseaban en otro tiempo las calles con una ostentosa comitiva de bravos, marchaban ahora solos, cabizbajos, y casi en ademán de pedir misericordia. Otros, que aun en la prosperidad habían manifestado principios más humanos, estaban ahora confusos, consternados y sobrecojidos al ver una serie de males que excedía no sólo á la posibilidad del alivio, sino casi á las fuerzas de la misma

comiseración. El que tenía medios de socorrer se veía en la triste necesidad de distinguir entre hambre y hambre, y apenas una mano piadosa se dirigía á la de un desgraciado, cuando se hallaba cercada de otros mil infelices: los que conservaban más fuerzas se adelantaban á pedir con más instancia; los extenuados, los viejos y los niños levantaban sus descarnadas manos, y las madres desde lejos enseñaban sus tiernas criaturas, que, llorando y mal envueltas en andrajosas mantillas, estaban casi espirando en sus trémulas manos.

Así se pasó el invierno y la primavera, y ya había algun tiempo que el tribunal, ó Junta de sanidad, haciendo presente á la de provisiones el peligro de contagio que amenazaba la ciudad de resultas de tanta miseria aglomerada en toda ella, había propuesto que los mendigos vagabundos se reuniesen en diferentes hospicios. Mientras se ventilaba el proyecto, mientras se aprobaba, y se convenía en los medios, en el modo y en los parajes para realizarlo, se aumentaba cada día más en las calles el número de los cadáveres, y con ellos crecía el conjunto de lástimas, consternación y peligro. Entretanto, en la Junta de provisiones se propuso, como más fácil y más expedito, otro proyecto, reducido á reunir todos los mendigos sanos y enfermos en un punto sólo, como el Lazareto, para alimentarlos allí, y curarlos á expensas de la ciudad, y así se acordó contra el dictámen de la Junta de sanidad, que sostenía que con una reunión de aquella clase se aumentaría el riesgo que se trataba de atajar.

Por si casualmente esta historia llegase á manos de quien no tenga noticia del lazareto de Milan, vamos á dársela en resúmen. Este edificio se reduce á un recinto cuadrilátero, y casi cuadrado, saliendo de la ciudad á la izquierda por la puerta llamada Oriental, y separado del Baluarte el espacio del foso, de una calle de circunvalación y de otro foso que corre todo alrededor del mismo recinto. Los dos lados mayores tendrán unos quinientos pasos comunes, y los otros dos quince ménos. Todos por la parte que mira afuera están divididos en celditas de un solo piso, y al rededor de tres de ellos,

corren por la parte interior unos portales en bóveda, sostenidos sus arcos con mezquinas columnas. Al principio las celdas eran doscientas ochenta y ocho; pero en el día hay algunas ménos, de resultas de una grande abertura hecha en el medio, y otra más pequeña en un costado por la parte que linda con el camino real. En tiempo de nuestra historia habia solamente dos entradas, la una en el medio, por el lado que corresponde á la muralla de la ciudad, y la otra en el frente opuesto.

En el centro, que todo está despejado, existia y existe todavía una capilla octangular. El primer destino de este edificio, que se empezó en 1489 con los caudales de una manda, y se continuó luégo con los del público y de otras mandas y donativos particulares, fué, como lo indica el nombre, el de acoger, cuando lo exigiese la necesidad, los enfermos de peste, que ya mucho ántes de aquella época solia parecer, y continuó pareciendo por algun tiempo, dos, cuatro, seis y hasta ocho veces cada siglo, ya en un país, ya en otro de Europa, y ya corriéndola toda de una á otra extremidad. En la época á que nos referimos, el Lazareto sólo servia de depósito para las mercancías sujetas á cuarentena.

Para aplicarlo entónces al objeto acordado, se quebrantaron las reglas establecidas, sacando las mercancías ántes de tiempo, despues de haberlas fumigado, y purificado apresuradamente. Se mandó tener paja en todas las celdas, se hizo provision de víveres del mejor modo posible, y se convidó por medio de edictos á todos los pordioseros á ocupar este asilo.

Muchos concurrieron gustosos; lleváronse allá todos los enfermos que gemian en las plazas y las calles, y al cabo de pocos días pasaban de tres mil entre unos y otros los que se hallaban en el Lazareto: sin embargó eran mucho más los que quedaban fuera; bien fuese porque cada uno aguardaba á que se marchasen los otros para quedar en menor número á disfrutar las limosnas, bien por la repugnancia natural á la reclusion, ó por aquella desconfianza con que miran los pobres todo lo que les propone el que tiene riquezas ó poder

(desconfianza que siempre está en proporcion de la ignorancia de quien la experimenta, y de quien la inspira, del número de los pobres, y de la falta de tino en las órdenes), bien fuese por no conocer la clase de beneficio que se les ofrecia, bien por todas estas causas juntas, lo cierto es que la mayor parte, no haciendo caso del ofrecimiento, continuaban vagueando miserablemente por la ciudad. En vista de esto, se acordó que en lugar de la invitacion se emplease la fuerza, y en su consecuencia se comisionaron esbirros para que echasen los pordioseros al Lazareto, llevando atados á los que se resistiesen, y se les señalaron doce sueldos de gratificacion por cada pobre que de esta manera sacasen de la ciudad: ¡ tan cierto es que en los grandes apuros se hallan siempre caudales del público para emplearlos desacertadamente! Y aunque, segun habia conjeturado, ó por mejor decir, obrado de intento la Junta de provisiones, cierto número de mendigos abandonase la ciudad para ir á vivir, ó á morir á lo ménos en libertad, no obstante fué tal la caza de los esbirros, que á poco tiempo llegaron los recogidos entre huéspedes y presos á unos diez mil.

Queremos suponer que las mujeres y los niños se pondrian con separacion; pero las memorias de aquellos tiempos nada dicen acerca de este particular. Es de creer que tampoco faltarian disposiciones y reglas para el buen orden; pero figúrese cualquiera qué orden podia establecerse y conservarse, especialmente en aquellos tiempos y aquellas circunstancias, en tan grande y variado conjunto de personas, en donde se hallaban con los voluntarios los forzados; con aquellos para quienes el mendigar era una necesidad violenta y penosa, otros para quienes era una costumbre y un oficio; con los que se habian educado en la honesta laboriosidad de los campos y los negocios, otros muchos criados en la ociosidad, los desórdenes y los vicios, y entre la chusma de bravos acostumbrados á toda clase de infamias, violencias y asesinatos.

Cuáles podian ser luégo su albergue y sus alimentos fuera

fácil conjeturarlo, aun cuando no tuviésemos las noticias positivas que tenemos. Dormían amontonados á veinte y treinta en cada celdilla, ó echados debajo de los portales sobre un monton de paja fétida y hedionda, ó en el duro suelo, pues aunque se habia mandado que la paja fuese fresca, no escasa, y que se mudase con frecuencia, era poca, mala, y jamas se renovaba. Había igualmente órden para que el pan fuese de buena calidad, porque ¿ cuál es el asentista á quien jamas se le haya dicho que fabrique y entregue géneros malos? Pero lo que en circunstancias ordinarias apénas hubiera podido conseguirse en una empresa ménos vasta, ¿ cómo era posible conseguirlo en aquel caso, y en tanta baraunda? Se dijo entonces, y se encuentra en las memorias contemporáneas, que en el pan del Lazareto iban mezcladas sustancias pesadas y no alimenticias, y demasiado es de creer, viendo lo que suele pasar aun en nuestros dias, que no sería esta queja sin fundamento. Hasta falta de agua habia, digo de agua saludable, pues el depósito comun sería probablemente el arroyo que baña la muralla del recinto, cuya escasa corriente, lenta y aun pantanosa, vendria luégo á ser lo que era preciso que fuese con el uso y la inmediacion de tan grande muchedumbre.

Á todas estas causas de mortandad, tanto más activas, cuanto obraban sobre cuerpos enfermos, ó dispuestos á estarlo, hay que añadir la irregularidad de la estacion por haber sobrevenido, despues de copiosas y obstinadas lluvias, una sequedad todavía más obstinada, y con ella un calor anticipado y violento. Agregábanse á los males el sentimiento de los mismos males, el fastidio, la indignacion de aquella esclavitud, el deseo de volver á los antiguos hábitos, el dolor por amigos y parientes perdidos, la memoria de otros ausentes, la repugnancia y aversion recíproca, con otras pasiones de abatimiento ó de rabia, llevadas ó nacidas en aquel recinto. Añádase ademas la aprension y el cuadro continuo de la muerte que tantas causas ocasionaban, siendo ella misma otra nueva y la más poderosa de todas.

Y no debe causar admiracion que la mortandad creciese y reinase allí en tanto grado, que adquiriese la apariencia, y por algunos el nombre de peste, bien fuese porque la reunion y el aumento de todas aquellas causas aumentasen tambien la actividad de una influencia puramente epidémica, bien fuese (como parece que suele suceder en carestías ménos grandes y prolongadas que aquella) porque hubiese un verdadero contagio, el cual en los cuerpos predispuestos por la inercia y la mala calidad de los alimentos, la intemperie, el desaseo y las penalidades, encontrase la estacion adecuada y las condiciones necesarias para nacer, nutrirse y multiplicarse (si es permitido á un ignorante usar de estas palabras, siguiendo la hipótesis propuesta por algunos físicos, y sostenida de nuevo con muchas razones y gran moderacion por un escritor no ménos sabio que ingenioso) (1), bien fuese porque el contagio se desarrollase ántes en el mismo Lazareto, como parece, segun una oscura é inexacta relacion, que opinaron los médicos de sanidad, ó bien fuese porque existiese ántes y encubierto se fomentase (lo que parece más verosímil, si se reflexiona cuán antiguo y extenso era el mal y frecuentes las muertes) y llevado al Lazareto, se propagase allí con una nueva y espantosa rapidez por la aglomeracion de los cuerpos, todavía más predispuestos á recibirlo, á consecuencia de la eficacia que aumentaban las demas causas; de todos modos, cualquiera que de estas conjeturas sea la verdadera, el número diario de los fallecidos pasaba de ciento.

Miéntas allí todo era angustia, penas, lamentos, ira y consternacion, reinaba en la junta de provisiones la vergüenza, el aturdimiento y la incertidumbre. Se consultó á la junta de Sanidad, y oido su dictámen, no quedó otro partido que tomar, sino el de deshacer lo que se hizo con tanto aparato, tantos gastos y tantas incomodidades. Abrióse el Lazareto, y se dió suelta á todos los pobres en estado de marcharse, los

1. *Del morbo potoquiut, y otros contagios en general.* — (Obra del Dr. A. Enrique Acerbi.)

cuales echaron á correr con un gozo frenético. Volvió á sonar en la ciudad el antiguo clamor, pero más débil é interrumpido: ¡tan disminuida se hallaba aquella desgraciada muchedumbre! Los enfermos fueron trasladados á Santa María de la Estrella, hospital entónces de mendigos, donde pereció la mayor parte de ellos.

Empezaban en tanto á enrojarse aquellas benditas y ansiadas espigas. Los pobres del Condado salieron y marcharon cada uno por su lado á disponerse á la siega. Despidiólos el buen Cardenal con un nuevo esfuerzo y un nuevo rasgo de caridad, mandando dar un *julio* (moneda de plata del valor de cinco reales) y una hoz á cada jornalero.

Con la cosecha cesó por fin la carestía: sin embargo, la mortandad epidémica ó contagiosa, descendiendo de día en día, llegó hasta el otoño, que ya estaba en su término, cuando descargó sobre el país un nuevo azote.

En este intermedio habian ya sucedido muchas cosas á las cuales se da particularmente el nombre de históricas. El cardenal Richelieu, tomada, como dijimos, la Rochela, ajustó lo mejor que pudo la paz con el rey de Inglaterra, y propuso y consiguió con su poderosa elocuencia en el Consejo de ministros de Francia, que se socorriese eficazmente al duque de Nevers, induciendo al mismo tiempo al Rey á ponerse en persona al frente de la expedicion. Miéntras se hacian los preparativos, el conde de Nassau, comisario imperial, intimaba en Mantua al nuevo Duque que pusiese sus Estados en manos del emperador Fernando, quien enviaria ejército para ocuparlos. El Duque, que en circunstancias más apuradas se habia negado á aceptar condicion tan dura y de tan poca seguridad, animado ahora con la esperanza del próximo socorro de la Francia, se negaba con más empeño, pero en términos en que iba disfrazada la negativa, y con propuestas de una sumision algo más aparente, pero ménos gravosa, con lo cual se retiró el comisario, protestando que sería preciso apelar á la fuerza. En Marzo bajó en efecto el cardenal Ri-

chellieu con el Rey al frente de un ejército; pidió el paso al duque de Saboya, se entablaron negociaciones sin concluir nada, y despues de una accion en que consiguieron ventajas los franceses se entablaron nuevas negociaciones, y se concluyó un convenio en el cual el Duque estipuló entre otras cosas que D. Gonzalo levantaria el sitio de Casal, comprometiéndose, en caso de que no lo verificase, á unirse con los franceses para invadir el ducado de Milan. Teniéndose D. Gonzalo por muy dichoso en haber salido de aquella manera, levantó inmediatamente el sitio de Casal, en donde entró un cuerpo de tropas francesas para reforzar aquella guarnicion.

En aquella ocasion fué cuando el poeta Achillini compuso en obsequio del rey de Francia Luis XIII aquel famoso soneto que empieza

Sudate, o fuochi, a preparar metalli (1);

y otro en que le exhortaba á ir inmediatamente á librar la Tierra Santa; pero es destino de los poetas que jamas se sigan sus consejos, y si tal vez en la historia se encuentran hechos conformes con algun dictámen suyo, es preciso creer que éra cosa determinada de antemano. Ya entónces el cardenal Richelieu resolvió volver á Francia por asuntos que le parecian más urgentes.

El enviado de los venecianos, Jerónimo Soranzo, se cansó en vano en alegar razones para impedir que se llevase á

Fuegos, sudad en preparar metales.

Los literatos italianos censuran este soneto por sus extragavantes metafóras, que era la tendencia de los poetas de aquel siglo en que se habia corrompido el buen gusto de la poesia italiana. Algunos, sin embargo, celebran el último terceto:

Ceda la palma pur Roma a Parigi
Che se Cesare venne, vide, e vince,
Venne, vince e non vide il Gran Luigi.

Lo que es al rey de Francia, parece no debió desagradarle, pues aseguran algunos escritores que regaló al poeta mil luises de plata por cada verso, esto es, ochenta y cuatro mil pesetas. Si es verdad, es un soneto bien pagado.

efecto semejante resolución, porque el Rey y el Cardenal, haciendo el mismo caso de su prosa que de los versos de Achillini, se volvieron con el grueso del ejército, dejando únicamente seis mil hombres en Susa para ocupar el paso y mantener el tratado.

Mientras por una parte se alejaba el ejército francés, se acercaba por otra el del emperador Fernando, mandado por el conde de Collalto. Invadido el país de los Grisones y la Valtelina, ya se disponía para bajar al Milanésado. Al terror que infundía este anuncio, se agregaba la funesta voz, ó por mejor decir, se tenía noticia positiva de que en aquel ejército fermentaba la peste, de la cual entonces había siempre retoños en las tropas alemanas, como dice Varchi (1) hablando de la que cien años ántes habían introducido en Florencia. Á Alejandro Tadino, uno de los facultativos de la Junta de Sanidad, que se componía de seis individuos, dos médicos y cuatro magistrados, además del presidente, se le encargó, como refiere en su relación impresa en Milan el año de 1648, que hiciese presente al Gobernador general el gran peligro que amenazaba al país, si se concedía el paso, según se aseguraba, á aquellas tropas para dirigirse sobre Mantua: á lo que contestó D. Gonzalo, que no podía remediarlo, pues las razones de interés y de honor por las cuales se había puesto en movimiento aquel ejército, eran superiores al peligro que se temía; que sin embargo se tomasen las precauciones que se estimasen convenientes, y se tuviese confianza en la Providencia.

Para adoptar algún remedio, el expresado Tadino y el senador Settala, ambos médicos de la sanidad, propusieron á la Junta que se prohibiese bajo gravísimas penas el comprar ropas de clase alguna de los soldados que iban á pasar; pero no fué posible hacer comprender la conveniencia de esta precaución al presidente, hombre por otra parte de mucha bondad, pero que no podía persuadirse cómo pudiesen resultar

1. Uno de los mejores historiadores italianos.

tantas muertes del trato con los soldados alemanes y de sus ropas. Citamos este rasgo por ser de los particulares de aquel tiempo, pues es imposible que desde que hay juntas de sanidad, á ninguno de sus presidentes le haya ocurrido raciocinar así, si esto puede merecer el nombre de raciocinio.

Por lo que toca á D. Gonzalo, su respuesta á los comisionados de la Junta de Sanidad fué uno de sus últimos actos administrativos, porque el mal éxito de la guerra contribuyó á que se le removiese de su destino en aquel mismo verano. A su salida de Milan le pasó lo que cuentan algunos historiadores contemporáneos, como el primer caso de este género sucedido allí con persona de su clase.

Al salir del palacio llamado de la ciudad, entre magnates y gentes de distinción, se encontró con numerosos grupos de aldeanos, de los cuales unos se le ponían delante en el camino, y otros le seguían con gritos é imprecaciones, echándole en cara el hambre que habían sufrido por las licencias que decían haber concedido para la extracción de arroz y trigo. Á su coche, que venía detrás, arrojaban algo más que palabras, esto es, piedras y tronchos, metralla común en semejantes ocasiones. Rechazados por los soldados, se retiraron para volver en mayor número con los que se reunieron en el camino y aguardarle en la puerta llamada Ficinese, de donde debía salir en coche. Cuando llegó este con otros varios, arrojaron á todos con manos y hondas un granizo de piedras; sin embargo, la cosa no pasó adelante.

Para sucederle fué nombrado el marqués Ambrosio Espínola, cuyo nombre había adquirido en la guerra de Flándes la celebridad militar que aun conserva.

Entretanto, habiendo recibido el ejército alemán la orden definitiva de marchar contra Mantua, entró en el ducado de Milan en el mes de Setiembre.

La milicia en aquel tiempo se componía en gran parte de aventureros que alistaban ciertos jefes de profesión, bien conocidos en Italia con el nombre de *condottieri*, por comisión de este ó de aquel príncipe, y muchas veces de su propia

cuenta, para venderse luego todos juntos. Atraíalos á aquel oficio más que la paga el aliciente del saqueo y de la licencia militar. En ningun ejército habia disciplina estable y general, ni hubiera podido conciliarse con la autoridad independiente de los varios *condottieri* (comandantes). Estos por su parte tampoco eran muy escrupulosos en materia de disciplina; y aunque hubiesen querido, no es fácil comprender cómo hubieran podido introducirla y mantenerla entre soldados de aquella calaña, que se hubieran revolucionado contra el jefe innovador á quien hubiese ocurrido la idea de abolir el saqueo, ó le hubieran dejado solo á guardar las banderas.

Ademas, como los príncipes, al ajustar aquellas gavillas, trataban más bien de tener mucha gente para asegurar la empresa, que de proporcionar el número á los medios de pagarlos, medios generalmente escasos, resultaba que las pagas solian ser tardías, á plazos y á pellizcos, y los despojos de los países amigos ó enemigos por donde se pasaba, ó en donde se hacia la guerra, venian á ser como una especie de suplemento tácitamente consentido.

Es casi tan célebre como el nombre de Wallenstein su máxima de que era más fácil mantener un ejército de cien mil hombres, que uno de doce mil. El de que vamos hablando se componia en gran parte de la gente que bajo sus órdenes asoló la Alemania en aquella guerra tan célebre por sí misma como por sus efectos, y que por su duracion tomó el nombre de guerra de los treinta años, de los cuales era aquel el oncenno. Guerrea en este ejército su mismo regimiento mandado por su lugarteniente. La mayor parte de los demas *condottieri* habian servido bajo sus órdenes, y más de uno habia de los que cuatro años despues contribuyeron al fin desgraciado que tuvo.

Constaba este ejército de veintiocho mil infantes y siete mil caballos. Bajando de la Valtelina para ir al territorio de Mántua, tenía que costear más ó ménos todo el curso del Adá por los dos ramales del lago, y luego como rio hasta su des-

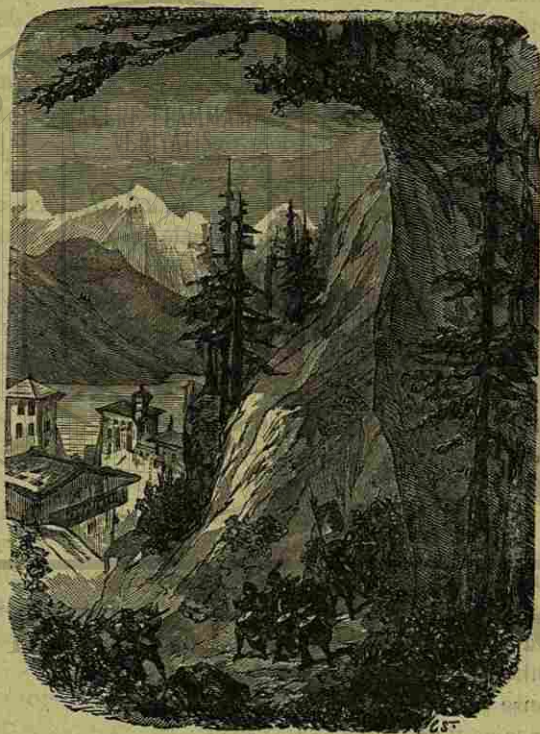
embocadero en el Pó, que tambien tenían que costear bastante trecho, en todo ocho dias de marcha dentro del ducado de Milan.

Una gran parte de los habitantes se prevenia, huyendo á las sierras con lo mejor que tenían en su casa, y llevando por delante su poco ó mucho ganado. De los que quedaban unos eran para cuidar de algun enfermo, otros á fin de librar la casa de incendios, ó para estar á la mira de cosas escondidas ó enterradas, otros por no tener que perder, y algunos bribones por lo que pudiesen ganar. Cuando el primer trozo llegaba al paraje de hacer alto, se desbandaba prontamente por el país y los inmediatos sin más objeto que robar. Lo que podia aprovecharse ó era de fácil transporte desaparecia, sin hablar del destrozo que hacian en lo que quedaba, de los campos desiertos, de los cortijos quemados, de los golpes, heridas, violaciones y estupro. Todos los medios empleados para evitar la rapiña eran inútiles, y muchas veces redundaban en mayor perjuicio. Los soldados, muy duchos tambien en las estratagemas de esta guerra, todo lo reconocian: derribaban paredes, rompian puertas, y en los huertos mismos, guiándose por la tierra recién movida, solian encontrar las alhajas ó el dinero escondido. No pocas veces siguiendo las sendas llegaron á robar el ganado, y hubo ocasiones en que conducidos por bribones entraron en las cuevas en busca de algunos hombres acaudalados, ocultos en ellas, los desnudaron, los arrastraron hasta el pueblo, y allí á fuerza de amenazas, golpes y tormentos, los obligaron á manifestar y entregar su dinero.

Íbanse por fin, y partidos, se oia morir á lo lejos el ruido de las cajas y de los clarines. Pasadas algunas horas de temeroso sosiego, otro maldito ruido de instrumentos marciales, que venia de la parte opuesta, anunciaba un nuevo trozo de aquel ejército devastador. No hallando ya los soldados cosa alguna que robar, hacian destrozo horrendo en cuanto encontraban. Quemaban las puertas, las ventanas, las vigas, y con frecuencia las mismas casas: aun con más rabia molestaban

y maltrataban á las personas y así de mal en peor se pasaron veinte dias, que en otras tantas divisiones estaba distribuido el ejército

Colico fué el primer pueblo del Ducado que invadieron



Se oía morir á lo léjos el ruido de las cajas.

aquellas furias infernales ; pasaron luégo á Bellano, y de allí entraron y se diseminaron despues por la Valasina, de donde desembocaron en el territorio de Lecco.

CAPÍTULO XXIX

Aquí entre los pobres atemorizados hallamos algunos de nuestros conocidos.

Quien no vió á D. Abundo el dia que se divulgaron de golpe todas las noticias de la entrada del ejército aleman, de su inmediacion y de su conducta, no sabe bien lo que es apuro y espanto. « ¡ Ay, que ya vienen ! son treinta, cuarenta, cincuenta mil ; son demonios del infierno, arrianos ; son herejes ; han saqueado á Cortenova ; han incendiado á Primaluna ; están devastando á Introbio, Pasturo y Barsio ; los han visto en Balabio. y mañana los tendremos aquí. » Estas eran las voces que corrian de boca en boca ; y con ellas, ¡ qué correr de arriba abajo ! ; qué consultas tumultuosas ! ; qué titubear entre irse y quedarse ! ; qué juntarse las mujeres ! y ; qué tirarse de las greñas ! D. Abundo, resuelto ántes que todos y más que todos á huir de cualquiera manera á cualquier punto de refugio, veía obstáculos insuperables y peligros espantosos. « ¿ Cómo ir ? exclamaba, ¿ y dónde ? » Las sierras, dejando aparte la dificultad de los caminos, no era un asilo seguro, pues afirmaban que los Lanziquenescos (1) trepaban como gatos por ellas, como supiesen que habia algo que robar ; el lago iba creciendo, hacia mucho viento ; además la mayor parte de los barqueros, temiendo verse obligados á conducir soldados ó bagajes, se habian retirado con sus barcas á la orilla opuesta ; unas pocas que habian quedado salieron luégo tan cargadas de gente, que se decia que con el peso y la furia del viento estaban expuestas á zozobrar á cada instante. Para ir léjos y fuera del camino que debia de tomar la tropa, no era posible hallar ni carruaje, ni otro medio alguno. Á pié D. Abundo no hubiera podido llegar muy

1. Nombre que daban á ciertas tropas alemanas.

lêjos, y ademas temia que le alcanzasen en el camino. La frontera del territorio de Bèrgamo no estaba tan distante que sus piernas no lo pudiesen llevar allá de un tiron; pero ya habia corrido la voz de haberse despachado de Bèrgamo á marchas forzadas un escuadron de Capeletes (1) que contuviesen á los Lanziquenescos, é hiciese respetar la frontera; ademas que aquellos eran diablos en carne humana, iguales ó peores que estos. Atolondrado el pobre hombre, corria por la casa detras de Perpétua para concertar con ella algun arbitrio; pero Perpétua, ocupada en recoger lo mejor de la casa y ocultarlo en escondrijos y agujeros, pasaba de prisa preocupada y afanosa con las manos y los brazos ocupados, y contestaba:

— Ahora, ahora, en cuanto acabe de esconder estas cosas, y luégo haremos tambien nosotros lo que hagan los demas.

D. Abundo, sin embargo, queria detenerla para deliberar con ella acerca de los diferentes partidos que pudieran tomarse; pero Perpétua, entre la fatiga, la prisa, el miedo y la pesadez del amo, estaba más intratable que nunca. « Si los otros se ingenian, decia, nosotros tambien nos ingeniaremos; perdonad, pero de nada servís sino para empantanarme. ¿ Creéis que los otros no tienen tambien su pellejo que guardar? ¿ Vienen acaso los soldados á haceros la guerra á vos solo? Bien pudierais echar aquí una mano en lugar de venir á metérseme entre los piés, gimoteando, á estorbar, en una palabra. » Con estas y otras semejantes respuestas se desembarazaba de él, estando ya resuelta, en cuanto concluyese aquella tumultuosa maniobra, á cogerle de un brazo como un muchacho, y arrastrarle á una sierra. Dejada solo, se asomaba á la ventana, miraba, aplicaba el oído, y viendo pasar alguno, le gritaba con una voz entre llorona y gruñidora: « Oyes, ten la caridad de buscarle á tu cura párroco algun caballo, una mula, un borrico. ¿ Es posible que nadie me quiera socorrer? ¡ Qué gente! aguardadme á lo ménos que

1. Así llamaban á los soldados de la república de Venecia.

me vaya con vosotros. ¿ Querréis dejarme entre las uñas de esos perros? ¿ No sabéis que casi todos son luteranos y es una obra meritoria para ellos el matar á un cura? ¿ Querreis dejarme aquí á recibir el martirio? ¡ Qué gente! ¡ Qué gente! »

Pero ¿ á quién decia todas estas cosas? Á infelices que pasaban agobiados bajo el peso de su pobre ajuar, y con el pensamiento ocupado en lo que dejaban expuesto al saqueo, unos echando delante su vaquilla, otros trayendo detras á sus hijitos tambien cargados con lo que segun su edad podian, y su mujer llevando en brazos á los que no podian andar. Algunos seguian su camino sin responder ni mirar arriba, y otros contestaban:

— Señor Cura, compóngase usted como pueda: ¡ dichoso usted que no tiene familia en que pensar! Ingeniaos como todos lo hacemos.

— ¡ Desgraciado de mí! — exclamaba D. Abundo. — ¡ Qué gente! ¡ Qué corazones! No hay caridad; todos piensan en sí: ¡ nadie me hace caso!

Y volvió luégo donde estaba Perpétua.

— Ahora que me acuerdo, — le dijo esta. — ¿ Y el dinero?

— ¿ Cómo haremos?

— Démelo usted, que iré á enterrarlo aquí en el huerto con los cubiertos.

— Pero...

— ¡ Qué pero! ¡ qué pero! Dádmelo aprisa: guardad alguna moneda suelta por lo que pueda ofrecerse, y en lo demas dejadme á mí.

Obedeció D. Abundo: marchó al escritorio; sacó su talego, y se lo entregó á Perpétua, quien dijo:

— Voy á enterrarlo en el huerto al pié de la higuera.

Así lo hizo, y volvió luégo con un canasto pequeño en que metió municiones de boca y un cuévano grandecito en cuyo fondo colocó un poco de ropa blanca suya y del amo, diciendo:

— Por lo que hace al breviario lo llevaréis vos mismo.

— ¿ Pero dónde vamos ?

— Donde vayan los demas. Iremos desde luégo á la calle, y allí con lo que oigamos, veremos lo que haya que hacer.

En esto entró Ines con su lio á las espaldas y en ademán de quien va á hacer una propuesta importante.

Resuelta tambien ella á no aguardar huéspedes de tan malas mañas, sola como estaba en su casa, cón algun resto del oro del caballero del castillo, estuvo algun tiempo dudosa acerca del paraje adonde se refugiaria. El residuo de aquel dinero que tanto le habia servido durante la carestía, era justamente lo que la tenia más apurada, y la causa principal de su irresolucion, por haber oido decir que en los paises invadidos los que tenian dinero lo pasaban peor que los otros, pues se hallaban expuestos á las violencias de los extranjeros, y á las insidias de algunos malos vecinos. Es cierto que acerca de aquella fortuna que tan prodigiosamente le deparó el cielo, con nadie habia hablado palabra, á excepcion de D. Abundo, á quien iba de cuando en cuando á cambiar un escudo, dejándole siempre algo para los que eran más pobres que ella. El dinero oculto, especialmente para el que no está acostumbrado á manejar cantidades, tiene al poseedor en una continua zozobra : miéntras, pues, Ines iba escondiendo por aquí, por allí, del mejor modo posible lo que no podia llevarse, y tenia puesto el pensamiento en sus escudos que llevaba cosidos en la cotilla, se acordó de que cuando se los envió el caballero, los acompañó con grandes ofrecimientos. Acordóse igualmente de lo que habia oido contar de su castillo, situado en paraje tan seguro, que, no queriendo su amo, apénas podian ir los pájaros, y resolvió buscar allí un asilo. Meditando sobre el modo como podia darse á conocer en el castillo, se acordó de D. Abundo, quien despues del consabido coloquio con el Arzobispo, la habia mirado siempre con benevolencia, y tanto más de corazon, cuanto podia hacerlo sin comprometerse, porque estando léjos Lorenzo y Lucía, estaba tambien distante el caso de que se le pidiese una cosa que pudiera hacer vacilar su benevo-

lencia. Supuso que en aquella consternacion estaria el buen hombre más apurado y aturdido que ella, y que el partido podía parecerle excelente ; por lo tanto iba á proponérselo, y habiéndole encontrado con Perpétua, se lo propuso á entrambos.

— ¿ Qué te parece, Perpétua ? — preguntó D. Abundo.

— Digo que es una inspiracion del cielo, y que no conviene perder tiempo sino tomar el camino al instante.

— ¿ Y luégo ?

— Y luégo que estemos allí, nos hallaremos muy contentos. Ahora ya se sabe que aquel caballero no piensa sino en hacer bien al prójimo ; de consiguiente nos admitirá muy gustoso. Estando tan cerca de la frontera y en tanta altura, no irán sin duda á buscarnos los soldados. Allí encontraremos tambien que comer, pues en la sierra, concluida esta poca gracia de Dios (diciendo esto la iba colocando en el cuévano encima de la ropa blanca), lo hubiéramos pasado muy mal.

— ¿ Si se habrá convertido de véras ?

— Y tan de véras. ¿ Quién puede dudarle, despues de todo lo que se sabe, y que vos mismo habéis visto ?

— ¿ Y si caemos en la ratonera ?

— ¡ Qué ratonera ! Con estas cavilaciones (perdóneme usted) jamas saldremos del paso. Amiga Ines, ha tenido usted la ocurrencia más feliz del mundo.

Y puesto su cuévano sobre la mesa se le echó á las espaldas.

— ¿ No podríamos buscar algun hombre — dijo D. Abundo — que viniese con nosotros para escoltar á su cura ? Si por casualidad encontrásemos algun bribon de los muchos que andan por ahí, ¿ de qué me serviriais vosotras ?

— ¡ Vaya otra para perder más tiempo ! — exclamó Perpétua. — ¿ Y dónde está el que nos ha de acompañar ? Todos tienen mucho que hacer para guardarse á sí mismos. Ea, vaya usted á tomar su breviario y su sombrero, y vámonos.

Fuése D. Abundo ; volvió al instante con su breviario de-

bajo del brazo, su sombrero en la cabeza, y su baston en la mano, y los tres salieron por un postigo que caia á la plazuela de la iglesia. Cerróle Perpétua, más bien por formalidad que porque creyese que de algo servia aquella frágil tabla, y se metió la llave en el bolsillo. Al pasar don Abundo, echó una mirada á la iglesia, y dijo entre dientes: « Á los feligreses les toca guardarla, porque es para ellos. Si tienen un poco de cariño á su iglesia, no la dejarán abandonada, y si no lo tienen, allá se las avengan. »

Tomaron el camino por la campiña callandito, pensando cada una en sus negocios, y mirando alrededor, con especialidad D. Abundo, por si veian alguna figura sospechosa ó algo que pudiese dar cuidado; pero á nadie encontraban pues todas las gentes estaban, ó metidas en sus casas para custodiarlas, ú ocupadas en hacer su maleta, ó marchando por el camino de la sierra.

Después de haber D. Abundo suspirado repetidas veces, después de haber soltado varias interjecciones, empezó á charlar largo y tendido. Ya la tomaba con el duque de Nevers, pudiendo estarse en Francia y vivir allí como un príncipe con comodidad y sosiego, queria ser duque de Mantua contra viento y marea; ya con el Emperador, porque debía tener el juicio que les faltaba á los otros, y dejar correr el agua hácia abajo sin tantos puntillos, pues por fin y postre, siempre sería emperador, fuese Juan ó Pedro duque de Mantua.

Contra quien sobre todo estaba á matar era con el Gobernador general, porque debiendo haber hecho todo lo posible para alejar del país aquel azote, él mismo lo traia sólo por gusto de hacer la guerra.

— Seria bien hecho — decia — que esos señores estuviesen aquí para ver y probar lo que pasa. ¡ Qué cuenta tienen que dar á Dios! Pero entretanto lo pagan los que no tienen la culpa.

— Deje usted á esas gentes, — decia Perpétua, — que no son los que han de venir á ayudarnos... Estas, perdoneme

usted, son sus continuas cantinelas que para nada vienen al caso. Lo que á mi me incomoda...

— ¿ Qué es ?

Perpétua, que en aquel trecho de camino habia ido recorriendo en su memoria el zafarrancho que hizo tan aprisa en su casa, comenzó á quejarse de haber olvidado una cosa, de haber colocado mal otra, de haber dejado un rastro que podia servir de guía á los ladrones, de haber...

— ¡ Bueno! — dijo D. Abundo tranquilo ya lo suficiente respecto de su vida para poder pensar en la hacienda. — ¡ Bueno! ¡ Bien lo has hecho! ¿ Dónde diablos tenias la cabeza ?

— ¿ Cómo ? exclamó Perpétua parándose un momento, y poniéndose en jarras todo lo que se lo permitia el cuévano, — ¿ cómo ? ¡ Ahora vendréis á reconvenirme, cuando erais vos el que no cesaba de romperme la cabeza, en lugar de ayudarme! Más cuidado he tenido con las cosas de casa que con las mias. No hubo quien me diese una mano; he hecho más de lo que podia. Si alguna cosa ha salido mal, no tengo la culpa.

Interrumpia Ines estos dimes y diretes, entrando tambien ella á hablar de sus penas, y no sentia tanto el trabajo y los perjuicios como el ver desvanecida la esperanza de volver á abrazar á su hija, siendo aquel justamente el otoño en que debian verse, pues no era de creer que doña Práxedes se aventurase á ir en aquellas circunstancias á pasar el otoño en su casa de campo, cuando más bien la hubiera abandonado, si se hubiese hallado en ella, como hacia todo el mundo.

Excitaba todavía más los tristes pensamientos de Ines, y hacia más penoso su deseo la vista de aquellos lugares. Habiendo salido de la campiña, caminaban ya por el camino real, el mismo por donde la buena mujer trajo por tan poco tiempo á su casa á Lucía después de haber permanecido algunos dias en la del sastre; y estando ya á la vista del pueblo, dijo:

— Será regular que vayamos á saludar á esas buenas gentes.

— Y también á descansar un poco, — añadió Perpétua, — porque esta canasta ya me va pesando más de lo que yo quisiera, y luégo á tomar un bocado.

— Con condicion de que no perdamos tiempo, — dijo don Abundo, — pues no vamos viajando por diversion.

Recibiéronlos en casa del sastre con los brazos abiertos. Tuvieron en verlos un gran placer, porque les traian á la memoria una buena accion, y por eso dice aquí nuestro anónimo: « haz bien á cuantos puedas, y encontrarás con frecuencia caras que te causen alegría. »

Ines al abrazar á la buena mujer, prorumpió en un copioso llanto, y respondia entre sollozos á lo que le preguntaban acerca de Lucía la mujer y el marido.

— Mejor está que nosotros, — dijo D. Abundo : — está en Milan fuera de peligro, y léjos de estas inquietudes.

— ¿ Conque el señor Cura y todos ustedes van huyendo ? — dijo el sastre.

— Cierto, — contestaron á una amo y criada.

— Les tengo lástima, — añadió el sastre.

— Nos vamos — dijo D. Abundo — al castillo de***

— ¡ Bien pensado ! — contestó el sastre ; — allí estarán ustedes como en el paraíso.

— ¿ Y aquí no hay miedo ? — preguntó D. Abundo.

— Diré á usted, señor Cura, — contestó el sastre : — aquí en rigor no deben venir : estamos, gracias á Dios, muy fuera de camino ; á lo más alguna correría, que Dios no permita ; pero en todo caso hay tiempo. Hemos de tener ántes algunas noticias de los desgraciados pueblos por donde tienen que pasar, y entónces veremos

Acordaron descansar allí un poco, y como era hora de comer :

— Señores, dijo el sastre, — me harán ustedes el favor de honrar mi escasa mesa sin cumplimientos, á la buena de Dios : tendrán ustedes un plato de buena cara.

Perpétua dijo que traia alguna cosa para tomar un refrigerio, y despues de pocos cumplimientos por una y otra

parte, acordaron que se juntase todo, y que comiesen en compañía.

Los niños ya se habian puesto con gran fiesta al lado de Ines su conocida, antigua. Á la mayorcita, que ya se acordarán nuestros lectores que fué la que llevó aquel regalito á María la viuda, mandó el sastre que subiese al desvan y trajese unas castañas escogidas que habia en un rincon, y las pusiese á tostar.

— Y tú, — dijo a uno de los chicos, véte al huerto, dále una sacudida al albaricoque para que caigan unos cuantos, y tráetelos aquí ; pero cuenta con que no se disminuyan en el camino ; y tú, — dijo al otro, — súbete á la higuera, y tráete unos cuantos higos de los más maduros, que á fe que entrambos sabéis bien el oficio.

Y él se fué al barrilito del puro, y la mujer por un mantel limpio. Sacó Perpétua sus provisiones, se puso la mesa, un plato de pedernal, y una servilleta en el puesto de distincion para D. Abundo, con su cubierto de plata que Perpétua traia en el cuévano : se trajo la comida ; se sentaron todos, y se comió, si no con grande alegría, á los ménos con mucha más de la que ninguno de los comensales podia esperar en aquel apuro.

— ¿ Qué os parece, señor cura, de este trastorno ? — dijo el sastre. — Á mí me parece estar leyendo la historia de los moros en España.

— ¿ Qué queréis que me parezca ? — contestó D. Abundo ; — que hasta una desgracia como esta habia de caer sobre mí.

— De todos modos, ustedes — prosiguió el sastre — han escogido un buen refugio. Á la fuerza no es fácil que nadie suba á aquel vericueto. Sobre todo, hallarán buena compañía. Se dice que ha ido allá mucha gente y todavia van algunos.

— Espero — dijo D. Abundo — que seremos bien recibidos. Conozco á ese caballero, y cuando tuve la honra de verle otra vez, me trató con mucha distincion.

— Á mí también — dijo Ines — me mandó á decir por su

Ilustrísima que cuando se me ofreciese alguna cosa, me dejase ver.

— ¡Qué milagrosa conversión! — exclamó D. Abundo. — ¿Y persevera?... ¿persevera?

El sastre contestó hablando extensamente de la santa vida del caballero del Castillo y de cómo, habiendo sido el azote del país, se había vuelto su bienhechor, sirviendo además á todos de ejemplo.

— ¿Y toda aquella gente que tenía consigo?... ¿aquella canalla?... — preguntó D. Abundo, el cual, aunque había oído decir algunas cosas de ellos, nunca se creía suficientemente informado.

— Echados la mayor parte, — contestó el sastre, — y los restantes han mudado de vida; pero ¡en qué terminos! En fin, el castillo se ha convertido en una Tebaida. Ya usted sabe lo que es eso.

Pasando luégo á hacer mencion con Ines de la visita del Cardenal, exclamaba:

— ¡Qué hombre tan grande! ¡Qué hombre!

Lavantados de la mesa, enseñó una estampa del Cardenal que tenía pegada detras de una puerta, tanto con el objeto de veneracion, como para poder decir á todos que aquel retrato no se parecia, pues él mismo había podido compararle á su gusto con el original en aquel propio aposento.

— ¿Cómo? ¿Y este dicen que es su retrato? dijo Ines; — en el vestido se le parece, pero...

— ¿Es verdad que no se le parece? — replicó el sastre. — Tambien yo lo digo; pero, en fin, como esta puesto debajo el nombre, es una memoria.

D. Abundo empezó á meter prisa. El sastre se empeñó en buscar un carro que los condujese hasta el pié de la cuesta: fué corriendo á practicar la diligencia, y volviéndose luégo á D. Abundo añadió:

— Señor Cura, si usted quisiese llevarse allá arriba algun libro, yo puedo servirlo, porque tambien me divierto un poco

leyendo. Bien sé que no son libros para usted, porque están en lengua vulgar; pero...

— ¡Gracias! ¡gracias! contestó D. Abundo; — en estas cir-



Enseñó una estampa del Cardenal.

cunstancias no tiene uno la cabeza para nada; apénas puede uno hacer lo que es de su obligacion.

Miéntas se dan y se rehusan las gracias, miéntas se truecan las expresiones de sentimiento, de despedida, des ofrecimiento y de promesas de detenerse otra vez á su re-

greso, llega el carro á la puerta. Se colocan en él los cuévanos, suben los viajeros, y emprenden con alguna mayor comodidad y ánimo más tranquilo la segunda mitad de su caminata.

Lo que el sastre dijo á D. Abundo acerca del caballero del castillo era la verdad. Desde el día que le dejamos continuaba haciendo lo que se habia propuesto; á saber, reparar daños, pedir perdones, socorrer desvalidos, en una palabra, hacer todo el bien que podia. Aquel valor que empleó en otro tiempo para ofender y defenderse, lo empleaba ahora en no hacer ni la una ni la otra cosa. Se habia desprendido de todas las armas, y caminaba solo, dispuesto á sufrir todas las consecuencias posibles de tantas violencias como habia cometido; sin embargo, estaba más seguro que cuando tenia para su defensa armados tantos brazos. Los ofendidos habian conseguido, inesperadamente y sin peligro, una satisfaccion que nunca hubieran podido prometerse de la más afortunada venganza. Los odios antiguos y más pertinaces se hallaban contenidos por la veneracion que el público manifestaba hácia aquel hombre tan penitente y benéfico.

Estas mismas causas y otras apartaban de él la animadversion de la autoridad pública, proporcionándole tambien por esta parte una seguridad de que no se cuidaba mucho. La clase y los parientes, que en otro tiempo le habian servido de defensa, le valian mucho más ahora que al nombre ilustre se agregaba la recomendacion personal y la gloria de la conversion. Alegrábanse de esto tanto los magistrados como los grandes y el pueblo, y hubiera parecido cosa extraña el atropellar al que habia sido objeto de tantas congratulaciones; además de que una autoridad ocupada en una guerra perpétua, y á veces desgraciada, no podia dejar de estar contenta al verse libre de la más indómita y molesta, tanto más cuanto aquella conversion producía indemnizaciones, que la autoridad no estaba acostumbrada ni á conseguir ni á reclamar. Incomodar á un santo no parecia un buen medio para quitarse de encima el oprobio de no haber sabido reprimir á

un facineroso, y el ejemplo que se hubiera hecho en él no hubiera producido otro efecto más que él de impedir que se enmendasen sus semejantes. Probablemente tambien parte que en aquella conversion habia tenido el cardenal Borromeo, y su nombre asociado en cierto modo con el del convertido, le servia á este de escudo. Y en aquel estado de cosas y de ideas, en aquellas relaciones particulares de la autoridad espiritual y el poder civil, que luchaban con tanta frecuencia uno contra otro, sin tratar jamas de destruirse, y por lo contrario, mezclando siempre con las hostilidades actos de reconocimiento y protestas de deferencia, y que frecuentemente marchaban unidos á un mismo fin sin hacer jamas las paces, pudo parecer en algun modo que la reconciliacion de la primera incluía, si no la absolucion, á lo ménos el olvido de la segunda, cuando aquella sola habia trabajado en producir un efecto que ambas deseaban.

De esta manera aquel hombre, sobre el cual se hubieran arrojado grandes y pequeños, habiéndose echado á tierra él mismo voluntariamente, era respetado de todos y admirado de muchos.

Verdad es que no dejaba de haber algunos á quienes no debió causar grande satisfaccion aquella ruidosa mudanza. Estos eran los socios suyos en el delito, los cuales perdian una gran fuerza con que solian contar, y que hallaban de un golpe rotos los hilos de tramas urdidas de largo tiempo, cuando aguardaban la noticia de su ejecucion. Ya hemos visto la diversidad de sentimientos que aquella conversion excitó en los bravos que se hallaban entónces con su amo, y que la oyeron de su propia boca; á saber, asombro, pena, abatimiento, disgusto; pero de manera alguna desprecio ni odio. Lo mismo sucedió con respecto á los que tenia diseminados en varios puntos, y lo mismo con respecto á sus cómplices de suposicion, cuando llegó á oídos de ellos la terrible noticia, y en todos obró la misma causa; más bien sobre el Cardenal fué sobre quien recayó no poca ojeriza, porque le miraban como una persona que se habia entrometido en sus negocios,

cuando con respecto al caballero nadie tenía razón de quejarse de que hubiese querido salvar su alma.

Ya poco á poco la mayor parte de sus satélites domésticos, no pudiendo avenirse á la nueva disciplina, y no viendo probabilidad de que pudiera mudarse, habia tomado diversos rumbos. Unos buscarían nuevo amo, y acaso entre los amigos antiguos del que dejaban; otros se alistarian en algun *tercio*, como se decia entónces, de España, de Mántua ó de otra potencia beligerante; otros se echarian al camino para hacer la guerra por menor y de su cuenta, y algunos se contentarian con ir briboneando en libertad. Por lo que toca á los que pudieron acostumbrarse al nuevo tenor de vida, y que le abrazaron gustosos, la mayor parte naturales del valle, volvieron al campo, ó al oficio que aprendieron en su juventud; los forasteros quedaron en el castillo en calidad de domésticos, y arrepentidos al mismo tiempo como su amo, lo pasaban del mismo modo sin hacer ni recibir daño alguno.

Pero cuando con motivo de la entrada de las tropas alemanas llegaron al castillo pidiendo asilo algunos fugitivos de los países invadidos ó amenazados, muy gozoso el caballero de que considerasen como un refugio para los débiles aquellos muros que de tanto tiempo se miraban de léjos con terror, acogió á los infelices con expresiones más bien de agradecimiento que de urbanidad; hizo correr la voz de que su casa estaba abierta para todos los que quisiesen acogerse á ella, y pensó inmediatamente en poner en estado de defensa no sólo el castillo, sino tambien el valle para el caso que quisiesen ir á hacer de las suyas los Lanziquenescos ó los Capeletes.

Reunió á los criados que habian quedado con él; les hizo una plática acerca de la buena ocasion que Dios les ofrecia para emplearse una vez en beneficio de su prójimo, que tanto habian oprimido y aterrado ántes, y con su antiguo tono de mando, que expresaba la certeza de la obediencia, les explicó en general lo que trataba de hacer, y sobre todo les prescribió el modo como debian conducirse para que las gentes que iban á guarecerse al castillo no viesan en ellos sino

amigos y defensores. Dispuso luégo que se bajasen de un desvan todas las armas blancas y de fuego que de largo tiempo se hallaban allí amontonadas, y se las distribuyó entre todos. Mandó decir á sus dependientes y colonos del vall que todos los que quisiesen armas para defenderse fuesen al cas-



Él entretanto estaba dentro y fuera del castillo, arriba, abajo.

tillo por ellas: eligió á algunos para que hiciesen las veces de oficiales; señaló los puestos que debian guardar, tanto en el valle como á su entrada, en la cuesta, y en la puerta del castillo, y estableció las horas de remudarse como en un campamento, y del modo que estaba acostumbrado en los tiempos de su depravada vida.

En un rincon del expresado desvan estaban separadas de las demas las armas de que se habia servido, como su farro.

carabina, su espada, sable, puñal y pistolas. Ninguno de los criados echó mano de ellas, y uno le preguntó cuáles quería que le bajase : ninguna, respondió, y bien fuese por voto, ó por otro motivo, lo cierto es que siempre quedó desarmado á la cabeza de aquella especie de guarnicion.

Al mismo tiempo dió ocupacion á las mujeres y otros criados, poniendo á su cargo el preparar el alojamiento en el castillo para cuantas personas cupiesen en él, disponiendo colchones y tablados en las salas convertidas en dormitorios. Dió asimismo órdenes de reunir provisiones para la manutencion de los huéspedes que Dios les enviase, y que efectivamente se aumentaban todos los dias. Él entretanto estaba en continuo movimiento dentro y fuera del castillo, arriba, abajo, y por el valle, ocupándose en establecer, reforzar y visitar los puestos, en ver y dejarse ver, y en ponerlo todo en orden con la vista, las palabras, y su presencia. Así dentro de casa, como en el camino, acogia con tanto agrado á cuantos se le presentaban, que todos le miraban extáticos, olvidando un momento los motivos que les obligaban á buscar aquel refugio, y se volvían á mirarle, cuando separándose de ellos proseguía su camino.

CAPÍTULO XXX

Aunque la mayor concurrencia no venía del lado por el cual se acercaban nuestros fugitivos, sin embargo, en la segunda mitad del camino principiaron á encontrar compañeros de viaje y de desgracia que, saliendo de sendas y atajos, entraban en el camino principal. En semejantes casos todos los que se encuentran se hacen conocidos. Cada vez que el carro encontraba algun viajero, se entablaba una conferencia de

preguntas y respuestas reciprocas. Unos habian escapado como los nuestros, sin aguardar la llegada de los soldados; otros habian oido las cajas y los timbales, y otros los habian visto, y los pintaban con los colores que les sugería su atemorizada imaginacion.

— Por fin no somos tan desgraciados, — decian las dos mujeres. — Demos gracias á Dios : aunque se pierda algo, al ménos estamos fuera de riesgo.

Pero D. Abundo no juzgaba que hubiese tantos motivos para cantar victoria : por el contrario, aquella concurrencia empezaba á dar márgen á sus cavilaciones.

— ¡ Me parece que lo erramos ! — decia entre dientes á las mujeres, cuando nadie habia delante. — ¡ Lo erramos sin duda ! ¿ No os hacéis cargo de que reuniéndose tanta gente en un punto, equivale á llamar allí los soldados ? Todos ocultan, todos se llevan cosas, y como nada queda en las casas, se figuran que aquí hay el oro y el moro. Me parece que no nos escapamos. ¡ Dios mio ! ¿ en dónde me he metido !

— ¿ Cómo han de venir aquí ? — decia Perpétua : — tienen que seguir su camino, y luégo yo he oido siempre decir que en los riesgos es mejor ser mucha gente.

— Mucha gente, — replicó D. Abundo. — ¡ Pobre tonta ! ¿ No sabes que cada Lanziquenesco se come ciento de estos infelices ? Y dado caso que quisiesen hacer la locura de resistirse, es en verdad cosa muy agradable hallarse en una batalla... ¡ Desgraciado de mí ! Méno mal hubiera sido marcharnos á la sierra. No es mala extravagancia querer ir todos á un mismo paraje... ¡ Imprudentes ! — decia en voz baja. — ¡ Todos aquí !... ¡ unos tras de otros, lo mismo que carneros !...

— Segun eso, — interrumpió Ines, — ellos tambien podrian decir lo mismo de nosotros.

— Ea, callad, — dijo D. Abundo : — callad, que de nada sirven las bachillerías. Ya no hay remedio ; ya lo hemos hecho, y tenemos que aguantar. Será lo que Dios fuere servido.

Pero fué mucho peor, cuando al entrar en el valle vió un puesto numeroso de hombres armados, parte delante de la puerta de una casa, y parte en otros cuartos bajos. Mirólos de reojo, y aunque no eran aquellas caras que vió la primera vez que vino con tanto sentimiento al castillo (y si algunas habia, las pusieron muy mudadas), sin embargo, no es explicable el disgusto que le causaron.

— ¡Infeliz de mí! — decia entre dientes: — hé aquí cómo se hacen las locuras. No era posible que fuese otra cosa, y yo debia presumirlo de un hombre de esta clase. Pero ¿qué diablos querrá hacer? ¿Querrá declarar la guerra, ó hacerse rey? Cuando por las circunstancias quisiera uno meterse debajo de siete estadios de tierra, este hombre busca todos los medios de llamar la atencion: parece que los quiere desafiar.

— Vea usted ahora, señor mio, — dijo Perpétua, — si hay aquí valientes que sabrán defendernos. ¡Que vengan ahora los señores soldados! No son estos como nuestros paletos, que sólo saben menear las piernas.

— Calla, — contestó D. Abundo con voz baja é iracunda, — calla, que no sabes lo que te dices. Pídele á Dios que los soldados estén de prisa, ó que no lleguen á saber lo que aquí pasa, y que se trata de hacer una fortaleza. ¿No sabes tú que el oficio de los soldados es el de tomar las fortalezas? Eso es lo que ellos quisieran. Para ellos, el dar un asalto es como ir á un banquete, porque todo lo que encuentran es para ellos, y pasan á cuchillo á toda la gente... ¡Triste de mí! basta; yo veré cómo me escapo: á mí no me cogen en una batalla: eso no, á fe de Abundo.

— ¡Vaya! — exclamó Perpétua: si tambien usted tiene miedo porque le defienden...

Interrumpióla D. Abundo con aspereza, pero siempre con voz baja, diciendo:

— Calla, y cuidado de que á nadie le digas nada de esto: cuidado; acuérdate que es necesario poner siempre buena cara y aprobar todo lo que se ve.

En *Malanoche* encontraron otro puesto de hombres armados á quienes, quitándose D. Abundo el sombrero, hizo una gran cortesía, diciendo en su interior: « ¡Ay! ¡ay! ¿no lo dije yo que venía á meterme en un campamento? » Aquí paró el carro: bajaron todos. Gratificó D. Abundo al carretero, y con sus dos compañeras tomó el camino de la cuesta, sin hablar una palabra. La vista de aquellos parajes iba despertando en su imaginacion, y mezclando con la angustia presente el recuerdo de lo que vió y experimentó en otra ocasion: é Inés, que nunca los habia visto, y que allá en su cabeza se habia formado de ellos una pintura fantástica, que siempre se le presentaba al acordarse de lo que allí habia pasado, viéndolos ahora tales cuales eran, la angustiaban de nuevo y con más fuerza aquellas dolorosas memorias.

— ¡Ay, señor Cura! — exclamó; — cuando pienso que mi pobre hija ha pasado por este camino...

— ¿Quiere usted callar, mujer sin seso? — le dijo don Abundo al oído. — ¿Es lugar este para hablar de semejantes cosas? ¿No sabéis que estamos en su casa? Por fortuna, no hay aquí quien nos oiga; pero si seguís hablando de esta manera...

— ¿Cómo? — interrumpió Inés; — si ahora es un santo.

— Callad, — le replicó al oído D. Abundo. — ¿Creéis que á los santos se les puede decir con franqueza todo lo que á uno se le pasa por la cabeza? Pensad más bien en darle las gracias por los beneficios que os ha hecho.

— En esto ya estaba yo. ¿Cree usted que no tengo crianza?

— La crianza es el no decir las cosas que pueden desagradar, especialmente á quien no está acostumbrado á oirlas; y persuádanse ustedes las dos de que este no es el paraje de bachillerear, ni de decir todo lo que viene á la boca. Es casa de un gran señor: ya ustedes lo saben; ya ven la gente que la rodea, y los que llegan de todas partes; de consiguiente ¡juicio por amor de Dios! pesar bien las palabras, y

decir pocas, y sólo cuando haya necesidad; que en boca cerrada no entran moscas.

— Pues no es peor que usted nos esté apurando...

Iba Perpétua á continuar; pero la interrumpió D. Abundo, diciendo con voz baja: « Calla, » y se quitó al mismo tiempo el sombrero con una profunda reverencia de resultas de haber visto al caballero que bajaba la cuesta. Este también había visto y conocido á D. Abundo, y se adelantaba á recibirle.

Habiéndose incorporado con él:

— Señor Cura, — le dijo, — quisiera ofrecerle mi casa en ocasion ménos triste; pero de todos modos tengo la mayor satisfaccion en poderle ser útil en alguna cosa.

— Confiado en la bondad de vuesañoría, — contestó don Abundo, — me he tomado la libertad de venir en estas desastrosas circunstancias á molestarle, y como ve vuesañoría, me he tomado igualmente la de traer otras dos personas. Esta es mi ama.

— Bien venida sea, — dijo el caballero.

— Y esta, — prosiguió D. Abundo, — es una mujer á quien vuesañoría ha hecho ya mucho bien, la madre de aquella... de aquella...

— De Lucía, — dijo Ines.

— ¡ De Lucía! — exclamó el caballero, volviéndose con los ojos bajos á Ines. — ¡ Mucho bien! ¡ Dios mio! usted es quien me hace no poco bien viniendo aquí... á... verme... á esta casa... Sea usted muy bien venida: usted me trae la bendicion del cielo.

— Perdone vuestra señoría, — dijo Ines; — yo vengo á incomodarle...

Y acercándosele al oído, añadió:

— Y á dar á vuestra señoría las gracias.

No dejó el caballero que continuase, sino que se apresuró á pedirle noticias de Lucía, y oidas, se volvió á acompañar al castillo á los nuevos huéspedes á pesar de su ceremoniosa

resistencia. Echó Ines una mirada á D. Abundo, como para decirle: « Vea usted si yo necesito sus consejos. »

— ¿ Han llegado á su feligresía? — preguntó el caballero á D. Abundo.

— No, señor, — contestó este; — mas yo no he querido aguardar á aquellos diablos. ¿ Quién sabe si hubiera salido vivo de sus garras? y he venido á molestar á vuesañoría.

— Ahora, pues, ánimese usted, — dijo el caballero, — que



No dejó el caballero que continuase.

está usted bien seguro. Aquí no vendrán, y si lo intentasen, sabremos recibirlos.

— Espero que no vendrán, — dijo D. Abundo; pero siento — prosiguió indicando con el dedo las montañas que cerraban el valle — que andan también por ese lado partidas de otra gente...

— Es verdad, interrumpió el caballero; — pero no tema usted, que todo está previsto.

— ¡ Entre dos fuegos! — decia para sí D. Abundo, — ¡ propiamente entre dos fuegos! ¿ Dónde me he dejado conducir por dos mujeres necias? ¡ Y este hombre parece que se

baña en agua rosada ! ¡Qué gentes hay en este mundo ! ¡Qué gentes !

Entrado en el castillo, el caballero mandó que condujesen á Ines y á Perpétua á una pieza de la parte del edificio destinada para las mujeres, que ocupaba tres de los cuatros lados del segundo patio, en la parte superior del castillo, edificada sobre un peñasco saliente aislado, y dominando un precipicio. Los hombres estaban alojados en los tramos del otro patio á derecha y á izquierda, y en el que caía á la plazuela. El cuerpo del medio, que separaba los dos patios, y daba paso de uno á otro por una vasta entrada en frente de la puerta principal, lo ocupaban parte las provisiones, y parte debía servir para depositar los efectos que llevasen los fugitivos que allí se acogiesen. En la parte destinada para los hombres habia una separacion reservada para los eclesiásticos que pudiesen llegar, y á la cual condujo el caballero en persona á D. Abundo, que fué el primero que la ocupó.

Veintitres ó veincuatro días permanecieron nuestros fugitivos en el castillo entre un gran movimiento, y numerosa compañía, que en los primeros días se fué aumentando considerablemente, sin que sucediera cosa alguna digna de referirse ; sin embargo, no pasó quizá un día sin que fuese necesario llamar á las armas. Eran continuos los avisos de que venían alemanes por aquí, de que se habían visto v enecianos por allí, y á cada aviso de estos, enviaba el caballero exploradores, y si era menester, tomaba consigo gentes dispuestas al intento, y salía del valle por la parte donde amenazaba el peligro. Era una cosa particular ver una cuadrilla de valentones armados de piés á cabeza, mandados por un hombre sin armas. Las más veces los que causaban la alarma eran forrajeadores ó partidas que se desbandaban merodeando, y huían ántes de ser sorprendidos.

Sin embargo, en una ocasion, persiguiendo el caballero á unos cuantos de estos bandidos para enseñarles á no volver por aquellas partes, tuvo aviso de que una aldea inmediata estaba invadida y sufriendo el saqueo.

Los invasores eran Lanziquenescos de varios cuerpos que hallándose rezagados, se habian reunido, y se echaban de repente sobre los pueblos inmediatos al ejército, robando á los habitantes, y áun sacando contribuciones. Arengó el caballero á sus valientes ; los puso en órden, y se dirigió á la aldea invadida.

Como llegó de improvísio, los ladrones, que sólo creyeron ir al botin, viéndose sorprendidos por gente armada, abandonaron más que de prisa el saqueo, dispersándose con tanta confusion que cada uno tomó el camino por donde pudo. Persiguiólos gran trecho el caballero, hasta que, convencido de que ya no volverian, regresó con su gente al castillo. Al pasar por la aldea librada, es imponderable la alegría, los aplausos y las bendiciones con que fueron recibidos.

En el castillo, entre aquella multitud de gente advenediza y de diferente condicion, costumbres, edad y sexo, no hubo el menor disgusto. El caballero habia puesto guardias en varios puntos, encargadas de evitar cualquier disturbio, lo que ejecutaban con aquel celo y exactitud que empleaban en todas las cosas de que tenian que darle cuenta. Suplicó á los eclesiásticos y otras personas de autoridad que tambien vigilasen. Él recorria igualmente el castillo, y procuraba dejarse ver en todas partes, á pesar de que, áun en su ausencia, sólo el acordarse de que vivian en su casa, bastaba para tener á raya á todo el mundo : ademas de que era toda gente fugitiva, y de consiguiente inclinada en general á la tranquilidad y al sosiego ; el pensar en sus casas y sus haciendas, en la suerte de parientes y amigos, expuestos al peligro, y las noticias que venian de fuera, abatiendo los ánimos, conservaban y aumentaban cada vez más semejante disposicion.

Sin embargo, habia tambien personas de genio más vivo y de carácter más firme, que trataban de pasar aquellos dias alegremente. Habian abandonado sus casas por no juzgarse con bastantes fuerzas para defenderlas ; pero no por eso gustaban de llorar y suspirar por cosas que no tenian remedio.

Los que tenian dinero bajaban á comer al valle, en donde

por las circunstancias se habian establecido hosterías y tabernas provisionales. Á los que carecian de medios se les suministraba pan, sopa y vino, ademas de las mesas que diariamente franqueaba el señor del castillo á los que expresamente habia convidado. De este número era nuestra gente.

Para no comer el pan sin ganarlo, Ines y Perpétua quisieron ser empleadas en las haciendas de tan vasta hospedería, y en esta ocupacion gastaban una gran parte del dia, y el resto en conversar con amigas que habian adquirido y con D. Abundo.

Este nada tenía que hacer; sin embargo, no se fastidiaba, pues le hacia compañía el miedo. El temor de un asalto ya se le habia pasado, porque por poco que reflexionase sobre esto, debia conocer que no era posible; pero la imágen del país inmediato, inundado de una y otra parte por tropas; las armas y los armados, que tenía siempre á la vista, la idea de un castillo, y el pensamiento de tantas cosas como podian suceder, le tenían en continua zozobra, sin contar con lo que le roía las tripas la memoria de su casa. En todo el tiempo que estuvo en aquel asilo no se separó de él un momento, ni jamas puso el pié en la bajada. Su único paseo se reducía á salir á la plazuela y á dar vueltas al castillo para ver si por los derrumbaderos se encontraba alguna senda, algun paso, algo practicable para buscar un escondrijo en el caso de que hubiese alguna trapionda. Á todos sus compañeros hacía grandes reverencias; pero hablaba con pocos, y sus coloquios más frecuentes eran con las dos mujeres. Con ellas desahogaba su corazon, á pique de que le redarguyese Perpétua y le avergonzase Ines.

En la mesa hablaba poquisimo; oía las noticias del terrible paso de las tropas, que diariamente llegaban de pueblo en pueblo, de boca en boca, ó llevadas allá arriba por alguno que desde luego quiso quedarse en su casa, y últimamente tuvo que huir tal vez apaleado, y sin haber podido salvar cosa alguna. Cada día se oía contar alguna nueva desgracia. Varios noticieros reunian todo lo que se contaba, apuraban

todas las relaciones, y luego las referian en extracto á los demas. Se disputaba sobre cuáles eran los regimientos más ladrones, y si era más perversa la infantería ó la caballería; se repetian lo ménos estropeados que era posible ciertos nombres revesados de algunos jefes, y de varios de ellos se referian las hazañas, se especificaban las marchas y las paradas, los dias en que los regimientos llegaban á tal ó cual punto, y sobre todo se procuraba saber el número de los que pasaban el puente de Lecco, porque entónces se consideraban ya como fuera del país; y en efecto, se tuvo noticia de los dias en que pasaron los caballos de Wallenstein, la infantería de Marrada, los caballos de Anzalt, la infantería de Malemburgo, la caballería de Montecúculi, la de Ferrari, los cuerpos de Altringer, de Furstemberg, de Colloredo, de Contí, los Croatos, y otros varios, hasta que, cuando Dios quiso, se supo haber pasado la gente de Galeazo, que era la última. En fin, con haberse alejado tambien el escuadron volante de los venecianos, quedó libre todo el país á derecha y á izquierda. Ya los habitantes de los pueblos que fueron los primeros en ser invadidos y evacuados, se habian retirado del castillo, y todos los dias iba saliendo gente, así como despues de un temporal de otoño se ven salir los pájaros de la frondosa copa de un grande árbol en donde hallaron su refugio.

Parece que nuestros tres viajeros fueron los últimos que se retiraron, porque así lo quiso D. Abundo, pues temia si regresaba al instante á su casa, hallar Lanziquenescos rezagados. Por más que predicó Perpétua, diciendo que cuanto más se tardase se daba mayor ocasion á que los pícaros del pueblo hiciesen lo que no hubiesen hecho los soldados, no hubo remedio; porque cuando se trataba del pellejo, siempre quedaba encima D. Abundo, ménos cuando un peligro inminente le hacía perder la cabeza.

El dia señalado para marchar, dispuso el caballero que estuviese pronto en *Malanoche* un carruaje decente en que iba un surtido de ropa blanca para Ines, á quien llamó aparte á fin de entregarle un cartuchito de escudos con que

pudiese reparar el destrozo que encontrase en su casa, á pesar de que poniéndose Ines las manos al pecho, insistía, protestando que le quedaban todavía algunos de los primeros.

— ¿Cuándo veréis — le preguntó el caballero — á vuestra buena hija? Ya no me queda duda de que rogará al Señor por mí, pues le hice tanto mal. Dígale usted que se lo agradezco, y que confío en Dios que sus mismas oraciones serán también para ella un manantial de bendición.

Se empenó luego en acompañar al coche á sus tres huéspedes. Hágase cargo el lector de cuán humildes y afectuosas serían las expresiones de gratitud de D. Abundo y los cumplimientos de Perpétua. Salieron por fin, é hicieron según lo acordado una corta parada en casa del sastre, donde oyeron mil cosas relativas al paso de las tropas, y reducidas, como siempre, á robos, golpes, destrozos y violencias; pero allí por fortuna no se habían visto soldados.

— ¡Ah, señor Cura! — dijo el sastre, ayudando á don Abundo á subir al coche: — en letras de molde han de salir las relaciones de semejante calamidad.

Después de un corto trecho de camino, empezaron á ver nuestros viajeros, por sus propios ojos, algo de lo que habían oído contar. Viñas destrozadas, más que si las hubiesen alcanzado la piedra y la langosta á un mismo tiempo, cortadas las cepas y arrancadas las estacas, los árboles echados al suelo, y el terreno cubierto de astillas y hojas: luego en los pueblos, puertas quemadas, ventanas rotas, paredes derribadas, y en todas partes andrajos é inmundicia. Los tristes habitantes, unos ocupados en limpiar las casas, otros en componer lo mejor que podían puertas y ventanas, y otros en grupos lamentando su suerte, y al pasar el coche, manos tendidas á uno y otro lado pidiendo limosna.

Con semejante espectáculo, ya delante de los ojos, ya en la imaginación, y con el temor de hallar lo mismo en su casa, llegaron al pueblo, y efectivamente se encontraron con lo que recelaban.

Ines mandó poner los lios en un rincón del patiecillo que era lo ménos sucio de la casa, se puso luego á barrerla y á reunir y arreglar lo que le habían dejado. Llamó después á un carpintero y á un herrero para que compusiesen puertas, ventanas y cerraduras, y desenvolviendo en seguida el lienzo, y contando á solas sus escudos, exclamaba para sí:

— Á la verdad yo he nacido de piés. ¡Benditos y alabados sean para siempre el Señor y la Virgen santísima! ¡Y bendito sea también el tal caballero! Sí, ¡yo he nacido de piés!

D. Abundo y Perpétua entran en su casa sin necesidad de llaves. Á cada paso que adelantan en el zaguán sienten un tufo, un hedor que los rechaza. Con las manos en las narices llegan hasta la puerta de la cocina, entran de puntillas, para poner los piés en los parajes ménos sucios, entre la hedionda paja que cubre el suelo: dan una mirada en rededor, y nada encuentran entero, sino fragmentos de lo que hubo, y por todas partes tiestos y plumas de las gallinas de Perpétua, andrajos y hojas rotas y sucias de los calendarios de D. Abundo. También en el fogón había indicios de un vasto saqueo: manifestábalos la multitud de tizones apagados, grandes y pequeños, que fueron brazos de sillas, piés de mesas, trozos de puertas, postigos de ventanas, hojas de armario, banquillos y tablas de cama, y duelas del barrilito del vino que confortaba el estómago de don Abundo. Lo demás estaba convertido en ceniza y carbones, con los cuales la soldadesca, para indemnizar á los dueños, había pintarrajeado las paredes con mamarrachos que, por sus bonetes cuadrados y vestidos tálares, figuraban ser curas, habiendo puesto su mayor cuidado en hacerlos ridículos y horribles, intento en que no podían dejar de sobresalir semejantes artistas.

— ¡Ah, cochinos! — exclamó Perpétua.

— ¡Qué canalla! — exclamó D. Abundo.

Y los dos como huyendo salieron por la puertecilla que caía al huerto. Respiraron un poco, y en seguida se dirigieron á la higuera; pero ántes de llegar vieron la tierra removida, y los dos á la vez dieron un grito. Llegados, hallaron efectiva-

mente, en lugar del muerto, la sepultura abierta. Aquí á la verdad hubo su poquito de escándalo, porque D. Abundo empezó á tomarla con Perpétua, diciendo que lo habia escondido mal; pero esta no dejó de volvérselas al cuerpo, y despues de haber gritado mucho uno y otro, se volvieron juntos refunfuñando. En todas partes encontraron poco más ó ménos los mismos destrozos. Mucho tuvieron que trabajar para hacer limpiar y desinfectar la casa; tanto más, cuanto en aquellos dias era difícil encontrar auxilio; y bastante tiempo tuvieron que estar como acampados, componiéndose lo mejor que pudieron, y renovando poco á poco puertas, muebles y utensilios con dinero que les prestó Ines.

Luégo por apéndice aquel desastre fué por algun tiempo semillero de incomodidades y disgustos; porque Perpétua, á fuerza de preguntar, inquirir y escudriñar, llegó á saber que algunos efectos de su amo, que se creyeron presa de los soldados, estaban intactos en casa de algunos vecinos del pueblo, y mortificaba sin cesar á D. Abundo, á fin de que hiciese las correspondientes reclamaciones; pero para él no era posible tocar tecla más odiosa, porque, estando sus efectos en manos de bribones, esta era justamente la clase de personas con quienes no quería chocar.

— Nada quiero saber de esas cosas — decia continuamente. — ¿Cuántas veces he de repetirlo que lo perdido perdido, y que á lo hecho pecho? ¡Bueno es que me he de ver crucificado porque me han saqueado la casa!

— Si lo digo yo, — contestaba Perpétua, — que usted se dejaria robar los ojos de la cara. Robar á los otros es pecado, pero á usted es pecado no robarle.

— ¿Quieres callar y no decir disparates? — replicaba don Abundo.

Perpétua callaba, pero no tan presto; y todo le servia despues de ocasion para volver á la carga, tanto que el pobre hombre se veia en la precision de no abrir la boca, cuando le faltaba alguna cosa de las que necesitaba, porque más de una vez le dijo:

— Vaya usted á buscarla en casa de tal, que la tiene en su poder, y que seguramente no la tendria si no diera con un hombre de estopa.

Otra cosa le inquietaba mucho más, y era el saber que pasaban diariamente soldados rezagados, como sospechó que sucederia, por lo cual estaba en continua zozobra, temiendo siempre que se presentase alguno ó algunos á su



Otra cosa le inquietaba mucho más, el saber que pasaban diariamente soldados rezagados.

puerta, que mandó componer ante todo, y que con gran cuidado tenia atrancada; pero gracias á Dios, nunca se verificó. Lo peor fué que aún no habian cesado estos temores, cuando sobrevino otro nuevo desastre.

Pero aquí dejaremos á un lado al pobre hombre, para tratar de otra cosa muy distinta, y más dolorosa que sus aprensiones privadas, incomodidades de algunos pueblos, y una calamidad pasajera.

CAPÍTULO XXXI

La peste que el tribunal ó Junta de Sanidad temió que pudiese introducirse en el Milanesado con las tropas alemanas habia realmente invadido el país, y todos saben que no paró allí, sino que visitó y desoló una gran parte de la Italia. Para seguir el hilo de nuestra historia, referiremos los sucesos principales de tamaña calamidad en el Milanesado, ó por mejor decir, casi exclusivamente en Milan, porque casi exclusivamente hablan de esta ciudad las memorias de aquel tiempo, como suele suceder casi siempre por buenos ó malos motivos. Y á la verdad, nuestro objeto en esta relacion no es tanto presentar la situacion en que vendrán á encontrarse nuestros personajes, cuanto dar á conocer en compendio y hasta lo que alcanza nuestro talento, un rasgo de historia patria más famoso que conocido.

De las muchas relaciones contemporáneas que existen, ninguna hay que sea suficiente por sí sola para dar una idea concreta y ordenada de aquel suceso; pero tampoco ninguna hay que no pueda ayudar á formarla. En cada una, sin exceptuar la de Ripamonti, la cual, sin embargo, excede á las demas, tanto por el número y la coleccion de los hechos, como por el modo de verlos; en cada una se omiten acontecimientos esenciales que se encuentran en otras; en cada una hay errores materiales que pueden rectificarse con el auxilio de las demas ó de los pocos actos de la autoridad pública impresos ó inéditos que existen. En una á veces se encuentran las causas, cuyos efectos se refieren en otra como de paso: en todas, en fin, reina una extraña confusion de tiempos y cosas, y un continuo vacilar como á la ventura, sin designio general y sin designio en los pormenores, carácter por otra parte muy comun y sensible en los libros de aquella época, espe-

cialmente en los que se escribieron en idioma vulgar, á lo ménos por lo que toca á la Italia; que con respecto al resto de la Europa, lo sabrán los doctos, y nosotros lo sospechamos. Ningun escritor de época posterior se ha propuesto examinar y confrontar aquellas memorias, para sacar de ellas una serie no interrumpida de los acontecimientos, esto es, una historia de aquella peste: por manera que la idea que se tiene de ella debe precisamente ser muy inexacta y algo confusa: nociones indeterminadas de grandes males y grandes errores, pues á la verdad hubo de unos y otros más de lo que se puede imaginar, una idea por fin compuesta de juicios más que de hechos, y algunos casos aislados sin sus circunstancias más características, sin distincion de tiempo, esto es, sin causa ni efecto, ni orden ni progresion.

Examinando nosotros y confrontando con grande esmero todas las relaciones impresas, y más de una inédita, y muchos documentos llamados oficiales, hemos tratado de hacer, no ya lo que se quisiera, pero á lo ménos lo que aún no se ha hecho. No es nuestro ánimo referir todos los actos públicos, ni tampoco todos los sucesos dignos en algun modo de memoria; y mucho ménos pretendemos hacer que se tenga por inútil para los que quieran formar una idea más extensa de la cosa, la lectura de las memorias originales, porque conocemos demasiado la fuerza viva, y digámoslo así, incomunicable, que se encuentra en dichas obras, cualquiera que sea el modo con que están concebidas y desempeñadas. Nuestro objeto ha sido únicamente distinguir y comprobar los hechos más notables, disponerlos por su orden sucesivo en cuanto lo permita su naturaleza, y observar su reciproco enlace dando de esta manera, hasta que otros lo hagan mejor, una noticia sucinta, pero verídica y ordenada, de aquel desastre.

Por toda la línea del territorio por donde habia pasado el ejército, se habian encontrado uno ú otro cadáver en las casas, como igualmente en el camino; muy presto empezaron á enfermar y morir, ya en una, ya en otra parte del país,

várias personas y familias de enfermedades violentas y extrañas, con síntomas desconocidos de la mayor parte de los vivientes. Existía, no obstante, quien los había visto otras veces, y estos eran aquellos pocos que aún podían acordarse de la peste que cincuenta y tres años ántes desoló una gran parte de la Italia, y con especialidad el Milanésado, en donde se llamó y todavía se llama la peste de San Carlos. ¡Tan grande es el poder de la caridad! Esta, entre los recuerdos tan solemnes como varios de un infortunio general, puede hacer sobresalir el de un hombre por haberle inspirado sentimientos y acciones más memorables que los mismos males; puede grabar su nombre en los ánimos como una señal de todos aquellos acontecimientos, por haberle estimulado y dirigido como guía, auxilio, ejemplo y víctima voluntaria, y puede, en fin, hacer de una calamidad general una empresa para este mismo hombre, designándola como si fuera una conquista ó un descubrimiento suyo.

El proto-médico Settala, que no sólo había visto aquella peste, sino que también había sido, aunque joven en aquella época, uno de los más activos, intrépidos y acreditados profesores, y que ahora, temiendo con fundamento la que iba á manifestarse, estaba sobre aviso, dió cuenta el 20 de Octubre á la Junta de Sanidad de haberse declarado indudablemente el contagio en la tierra de Chiuso, la última del territorio de Lecco, limítrofe con el país de Bérgamo; sin embargo, ninguna providencia se tomó acerca del particular, según resulta de la relación de Tadino.

Pero no tardaron en llegar de Lecco y de Bellano otros avisos de la misma naturaleza. La Junta entonces se limitó á enviar un comisario, para que, asociándose en Como con un médico, pasase á reconocer los puntos indicados. Los dos, por ignorancia ó por otra razón, se dejaron engañar por un barbero viejo é ignorante de Bellano, el cual les hizo creer que aquella clase de males no era peste, sino en algunas partes efecto ordinario de las emanaciones que despedían en otoño los pantanos, y en todas las demas, resultados de las

incomodidades, tropelias y excesos cometidos por los alemanes en su tránsito. Semejante seguridad se comunicó á la Junta, que al parecer se dió por satisfecha.

Sin embargo, como se recibiesen de diversos puntos reiteradas noticias de muertos, se enviaron dos comisionados para que se impusiesen mejor y tomasen medidas, y estos fueron el mismo Tadino y un individuo de la Junta.

Cuando los dos llegaron, el mal se había extendido tanto, que las pruebas se ofrecían sin necesidad de buscarlas. Recorrieron el territorio de Lecco, la Valsasina, la orilla del lago de Como y otros distritos, y en todas partes hallaron pueblos cerrados, otros casi desiertos, y los habitantes prófugos y acampados ó diseminados, « de suerte que nos parecían salvajes, dice Tadino, llevando unos hierbabuena en la mano, otros ruda, otros romero, y otros frasquillos de vinagre. » Preguntaron los dos comisionados por el número de muertos, y le hallaron horroroso. Visitaron enfermos, reconocieron cadáveres, y en todos hallaron las asqueroras y terribles señales de la pestilencia. Comunicaron inmediatamente tan tristes noticias á la Junta de Sanidad, la cual al recibirlas, que fué el 30 de Octubre, dispuso, dice Tadino, que se estableciesen las boletas de sanidad, para excluir de la ciudad á todas las personas procedentes de los pueblos en que se había manifestado el contagio, y mientras se expidió el edicto correspondiente, dió por vía de anticipación algunas órdenes verbales á los guardas de las puertas.

Los comisionados entretanto dieron apresuradamente aquellas disposiciones que supieron y consideraron mejores, y volvieron con el sentimiento de conocer la insuficiencia de ellas para remediar y contener un mal ya tan adelantado y extendido.

Llegados á Milan el 14 de Noviembre, informaron de todo en voz y por escrito otra vez á la Junta de Sanidad, y esta los comisionó para que se presentasen al Gobernador general, dándole cuenta del estado de las cosas. Hiciéronlo en efecto, y contestaron, que afligían al Gobernador semejantes noti-

cias, y que al paso que habia manifestado no poco sentimiento, habia respondido que eran más urgentes los negocios de la guerra. *Sed velli, graviore esse curas.*

Así se expresa Ripamonti, el cual, además de haber reconocido los documentos de la Junta de Sanidad, tuvo conferencias con Tadino, uno de los encargados del mensaje, que, como se acordarán nuestros lectores, era el segundo por la misma causa, y con igual éxito. A los dos ó tres días, esto es, el 18 de Noviembre, expidió el Gobernador general un bando en que se mandaban regocijos públicos por el nacimiento del príncipe D. Carlos, hijo primogénito de Felipe IV, sin sospechar ni tomar en consideración el peligro que podría resultar de la mucha afluencia de gente en semejantes circunstancias, y todo esto del mismo modo que en los tiempos ordinarios, como si no le hubiesen hablado de cosa alguna. El Gobernador era á la sazón, como hemos dicho ántes, el célebre Ambrosio Espinola, enviado expresamente para animar aquella guerra, enmendar los errores de D. Gonzalo, y por incidencia gobernar el Ducado. Nosotros también por incidencia recordaremos que murió pocos meses después en aquella misma guerra que tan á pechos habia tomado, y no de heridas en el campo de batalla, sino en su propia cama, de pesares que le causaron las reconvenções que recibia continuamente de su Gobierno. La historia, que ha deplorado su suerte, censurando la ingratitud con que se le trató, y ha descrito con suma prolijidad sus empresas militares y políticas, y alabado su prevision, actividad y constancia, bien hubiera podido indicarnos qué fué lo que hizo cuando la peste amenazaba é invadía una población confiada á sus cuidados, ó por mejor decir, entregada á su discreción.

Pero lo que disminuye la admiración de semejante conducta, sin que dejen por eso de quedar en toda su fuerza los cargos que resultan contra él; lo que excita aún mayor asombro es la conducta de la misma población, quiero decir, de aquella que, libre del contagio, tenía tantos motivos para temerle. Con las noticias que llegaban de los pueblos que lo

padecían, y que forman al rededor de la ciudad casi una línea semicircular, sin más distancia en algunos puntos que seis ó siete leguas, ¿quién creyera que no habia de suscitarse una conmoción general, un movimiento de precauciones bien ó mal entendidas, ó al ménos una estéril inquietud? Sin embargo, si en algo están acordes las memorias de aquel tiempo, es en que nada de eso hubo. La carestía del año anterior, las vejaciones de la soldadesca, y las pasiones de ánimo, se consideraron como causa más que suficiente de aquella mortandad. El que en las tertulias, en las tiendas, en las casas se hubiese atrevido á hablar una palabra de peligro; el que hubiese pronunciado la voz *peste*, hubiera sufrido las mofas de la incredulidad, ó por mejor decir, la misma ceguedad y pertinacia reinaba en el Senado, en el *Consejo de los decuriones* (ayuntamiento) y en cada individuo de la magistratura.

Consta que el cardenal Federico Borromeo, en cuanto se tuvo noticia de los primeros casos de enfermedad contagiosa, dirigió una pastoral á los párrocos, encargándoles entre otras cosas que inculcasen á los pueblos la importancia y la obligación de revelar cualquier accidente de esta especie, y de entregar las ropas infestadas ó sospechosas, y esta disposición puede contarse entre sus acciones dignas de alabanza.

En vano reclamaba la Junta suprema de Sanidad cooperación y disposiciones, y el cuidado de la Junta misma estaba lejos de igualarse á la urgencia. Los dos médicos eran, como lo afirma varias veces Tadino, y aparece todavía mejor por todo el contexto de su narración, los que penetrados de la gravedad é inmediatez del peligro estimulaban á aquella corporación, á quien tocaba en seguida estimular á los demás.

Ya hemos visto la frialdad con que procedió la Junta á los primeros anuncios de la peste, no tan sólo en obrar, sino también en tomar informes: vamos á ver ahora otro acto de lentitud no ménos admirable, siempre que no la obligasen á él obstáculos opuestos por magistrados superiores. El edicto de las boletas que se acordó en 30 de Octubre, no se

concluyó hasta el 23 del mes siguiente, y no se publicó hasta el 29, cuando ya la peste se había introducido en Milan.

Tadino y Ripamonti han tratado de citar el nombre del primero que la introdujo, con otras circunstancias acerca de la persona y del hecho. Ambos historiadores dicen que fué un soldado italiano al servicio de España; pero en lo demás ni siquiera en el nombre están acordes. Según Tadino, fué cierto Pedro Antonio Lovato, de guarnicion en Lecco, al paso que Ripamonti asegura haber sido un Pedro Pablo Locati, de guarnicion en Chiavenna. Difieren igualmente en el día de su entrada en Milan, pues el primero supone haber sido el 22 de Octubre, y el segundo el mismo día del mes siguiente; pero ni al uno ni al otro se les puede dar crédito, porque las dos épocas están en contradiccion con otras mejor averiguadas. Sin embargo, escribiendo Ripamonti por orden del Consejo general de los decuriones, debió tener á su disposicion muchos medios para tomar los informes necesarios, y Tadino, en razon de su empleo, podía más que otro estar informado acerca de un hecho de esta naturaleza. Con todo, de la compulsas de otras fechas que nos parecen más seguras, resulta que fué ántes de la publicacion del bando de las boletas, y si el asunto lo mereciera, se pudiera probar ó casi probar que debió ser en los primeros días de aquel mes; pero el lector nos dispensará de tan fastidioso como inútil trabajo.

Como quiera que sea, entró aquel soldado infeliz y portador de desventuras, con un gran lio de ropas y vestidos comprados ó robados á los alemanes, fué á parar á casa de un pariente suyo, en el arrabal de la Puerta Oriental cerca de los capuchinos y al instante cayó enfermo. Llévaronle al hospital, en donde, habiéndose descubierto un bubon debajo del sobaco, los que le curaban entraron en sospecha de lo que podía ser, y más habiendo muerto á los cuatro días.

La Junta de Sanidad mandó aislar la casa y la familia, y se quemaron sus vestidos y la cama en que había muerto en el hospital. Á los pocos días cayeron enfermos de peste dos practicantes que le asistieron, y un buen religioso que le

auxilió. La sospecha que se tuvo desde el principio acerca de la naturaleza de su enfermedad, y las precauciones que en su consecuencia se tomaron, contribuyeron á que el mal no hiciese allí más progresos.

Pero el soldado había dejado fuera una semilla que no tardó en brotar. El primero en quien se cebó fué un cierto



El primero en quien se cebó fué un cierto Carlos Colona, tocador de flauta.

Carlos Colona, tocador de flauta, dueño de la casa en que se había hospedado el militar. Entónces todos los inquilinos de la misma casa fueron conducidos de orden de la Junta de Sanidad al Lazareto, en donde casi todos enfermaron, y en breve murieron algunos de peste sin género de duda.

En la ciudad, con lo que había contribuido á ello el trato

de estas gentes, los vestidos y ropas que los parientes, los roperos y criados sustrajeron al fuego prescrito por la Junta de Sanidad, y ademas con lo que entraba diariamente por defecto de las mismas órdenes, el descuido en su ejecucion y la astucia en eludirlas, fué minando el mal y tomando cuerpo lentamente en todo el resto del año y en los primeros meses del siguiente de 1630. De cuando en cuando, ya en uno, ya en otro barrio, era acometida alguna persona, alguna otra moria, y la misma escasez de los casos alejaba la sospecha de la peste, y confirmaba cada vez más á la muchedumbre en su infausta y estúpida confianza de que no habia peste, ni jamas la habia habido. Muchos médicos tambien, siendo meros ecos de la voz popular, que esta vez no era ciertamente la de Dios, se burlaban de los funestos vaticinios y de los avisos amenazadores de pocos, y tenian siempre prontos nombres de enfermedades comunes para calificar los casos de peste á cuya curacion eran llamados, cualesquiera que fuesen los síntomas y las señales que se manifestasen.

Los avisos de estos accidentes, si llegaban á oídos de la Junta de Sanidad, era siempre tarde, y las más veces con dudas. El miedo de verse aislado y del Lazareto aguzaban el ingenio, á fin de ocultar los enfermos, de sobornar á los sepultureros y á los comisionados de la Junta para reconocer los cadáveres, hasta conseguir, más de una vez por dinero, certificaciones falsas.

Y como siempre que la Junta de Sanidad lograba descubrir algun hecho, mandaba quemar la ropa, aislar las casas y enviar las familias al Lazareto, es fácil conocer cuán grande sería contra ella el encono y la murmuracion general de la nobleza, de los comerciantes y de la plebe, por estar persuadidos de que todas eran vejaciones sin causa ni provecho. El odio recaia principalmente sobre el citado Tadino, el senador de Settala, hijo del protomédico, ambos facultativos, y á tal punto llegaba la animosidad del público, que no podian pasar por calle ó plaza alguna sin ser recibidos con insultos, cuando no con piedras. Y á la verdad fué muy singular y digna

de memoria la situacion en que se hallaron por espacio de algunos meses estos dos hombres que, viendo aproximarse un azote terrible, y procurando contenerle, encontraban, sobre las dificultades del negocio, obstáculos de toda clase en la voluntad general, siendo blanco de los improprios de la muchedumbre, que los consideraba como enemigos de la patria.

Este odio se extendia tambien á los demas médicos, que, convencidos como ellos de la existencia del contagio, aconsejaban precauciones, procurando inspirar á otros su doloroso convencimiento. Los más moderados los tachaban de obstinacion; pero para la mayor parte era una impostura, una trama urdida con el objeto de sacar provecho del terror general.

El protomédico Luis Settala, casi octogenario, era verdaderamente uno de los hombres más respetables de su tiempo. Habia sido profesor de Medicina en la universidad de Pavía, y despues de Filosofía moral en la de Milan, autor de muchas obras apreciadas entónces, ilustre, no tanto por habersele brindado con cátedras de otras universidades, como la de Ingolstad, Pisa, Bolonia y Padua, cuanto por no haber admitido tan honrosos ofrecimientos. Á su reputacion como sabio se agregaba la de su vida, y á la admiracion la benevolencia general por su gran caridad en curar y socorrer á los pobres. Sin embargo, lo que en nosotros entibia en cierto modo la estimulacion que inspiran semejantes méritos, es el considerar que aquel bendito varon participaba de las preocupaciones más comunes y funestas de sus contemporáneos, y aunque realmente marchaba delante de ellos, no se separaba mucho de la turba, que es lo que á veces causa gran daño y disminuye el crédito adquirido por otro lado. Con efecto, el grandisimo de que gozaba no bastó para contrarrestar la opinion de la muchedumbre en el asunto del contagio, sino que no pudo librarle de la animosidad y de los insultos de aquella parte del público que pasa muy fácilmente de los juicios á las demostraciones y las obras.

Un día que iba en litera á visitar á sus enfermos, empezó á cercarle alguna gente llamándole jefe de los que por fuerza querian que hubiese la peste, aterrorizando á toda la ciudad con su ceño y su barbaza, con el objeto de dar ganancia á los médicos.

Aumentábanse por momentos la turba y la furia, y viendo los mozos que la cosa iba mal parada, metieron á su amo en casa de un amigo suyo, que oportunamente estaba inmediata. Sucedióle esto ahora por haber visto más claro que los demas y haber querido librar de la peste á millares de personas, al paso que con una deplorable consulta acababa de cooperar á que atenaceasen y quemasen como bruja á una infeliz criada, porque su amo padecía dolores extraordinarios de estómago, y anteriormente otro amo suyo habia estado enamorado perdido de ella; con lo cual sin duda adquiriria entónces en el pueblo nuevos encomios en su ciencia, y (lo que repugna el pensarlo) nuevos títulos de benemérito.

Á fines de Marzo empezaron, primero en el barrio de la Puerta Oriental, y luégo en todos los demas de la ciudad, á menudear las enfermedades y las muertes con accidentes extraños de espasmo, palpitaciones, letargo y delirio, y con las funestas señales de cardenales y bubones, siendo generalmente rápidas y violentas, y con frecuencia repentinas sin indicio precursor de enfermedad. Los médicos opuestos á la opinion del contagio, no queriendo aún confesar lo que habia sido para ellos objeto de burla, y viéndose precisados á calificar la nueva enfermedad, ya demasiado evidente y general para quedar sin nombre, adoptaron el de calenturas malignas y calenturas pestilenciales; transaccion despreciable, ó, por mejor decir, artera, trueque de palabras que no dejaba de ser perjudicial; porque manifestando los médicos que conocian la verdad, lograban que todavía no se creyera lo que más importaba creer y advertir, esto es, que el mal se contraia por contacto.

Los magistrados, á manera de quien despierta de un profundo sueño, empezaron á dar oídos á las reclamaciones y

propuestas de la Junta de Sanidad, á sostener sus edictos, y los embargos y cuarentenas prescritas por esta corporacion, la cual pedia sin cesar dinero para ocurrir á los gastos diarios del Lazareto y demas urgencias, que por momentos se aumentaban, y lo pedia al Ayuntamiento miéntras se decidiera (lo que jamas se verificó) si debia suministrarlo la ciudad ó el real erario. Instaba igualmente al Ayuntamiento el gran Canciller por orden del Gobernador general, que habia marchado de nuevo á poner sitio á Casal, y el Senado no dejaba de importunarle para que discurriese el modo, no sólo de abastecer la ciudad, para el caso en que extendiéndose el contagio cortasen las comunicaciones los demas pueblos, sino tambien para mantener una gran parte de la poblacion, á la cual faltaba el trabajo. Procuraba el Ayuntamiento juntar dinero por medio de préstamos y contribuciones, y de lo que recogia daba algo á la sanidad, algo distribuia á los pobres, y comprando algun grano, acudia del mejor modo posible á las necesidades momentáneas; pero aún no habian llegado los grandes apuros.

En el Lazareto, en donde la poblacion, aunque diezmada cada día, se aumentaba incesantemente, no era ménos ardua la empresa de asegurar el servicio y la subordinacion, de hacer guardar las separaciones prescritas, en una palabra, de mantener, ó, por mejor decir, de establecer allí el régimen dispuesto por la Junta de Sanidad, porque desde el momento de su formacion todo estaba en desórden, tanto por el desenfreno de los que estaban encerrados en él, como por el descuido y connivencia de los dependientes. No sabiendo la Junta de Sanidad ni el Ayuntamiento qué partido tomar, acordaron dirigirse á los capuchinos, y suplicaron al padre Comisario de la provincia, que hacia las veces del Provincial, muerto poco ántes, para que se sirviese darles un sujeto hábil y capaz de gobernar aquel reino en anarquía. Propúsoles el Comisario para jefe un cierto padre Félix Casati, hombre de edad madura, que gozaba de grande opinion de caridad, actividad y mansedumbre, unida á fortaleza

de ánimo; opinion bien merecida, por lo que se vió luégo, y para compañero suyo, segundo jefe, cierto padre Miguel Pozzobonelli, todavía jóven, pero grave y sereno, tanto en su aspecto como en sus ideas. Los dos fueron aceptados con gratitud, y el día 30 de Marzo entraron en el Lazareto. Condújolos el mismo presidente de la Junta de Sanidad por todo el sitio, como para darles posesion, y convocádos los criados y dependientes de todas clases, dió á reconocer como presidente de aquel establecimiento al padre Félix, en calidad de superior revestido de plena autoridad. Luégo, á medida que se fué multiplicando aquella desgraciada concurrencia, acudieron otros capuchinos con los cargos de sobrestantes, confesores, auxiliantes, enfermos, cocineros, lavanderos y todo lo demas que el caso requería. Siempre activo, aunque fatigado, recorría el padre Félix de día y de noche los portales, las salas y los aposentos, armado á veces de un baston, y otras de solo su cilicio. Alentaba y arreglaba las ocupaciones, sosegaba los tumultos, oía las quejas, amenazaba, castigaba, reconvenía, animaba, y vertía lágrimas. Al principio contrajo la peste, y curado, volvió con igual esmero y empeño á sus antiguas ocupaciones, al paso que sus cohermanos perdieron casi todos la vida con alegre conformidad.

Á la verdad semejante dictadura era un recurso tan extraordinario como la calamidad y los tiempos; y aunque no tuviéramos de ellos más noticia que esta, bastaría para darnos una idea de una sociedad bien ruda y mal organizada; pero el ánimo, los servicios y el sacrificio de aquellos frailes no son ménos dignos de que se haga mencion de ellos con aque respeto, ternura y especie de agradecimiento *solidum* que excitan los grandes servicios prestados por unos hombres á otros hombres. Morir por hacer bien es cosa heroica y sublime en todo tiempo y en calquier órden de cosas. « Á no haber sido por estos religiosos, dice Tadino, hubiera perecido sin duda alguna toda la ciudad, porque fué casi un milagro el haber hecho estos padres en tan poco tiempo tantas cosas en beneficio del público, pues sin haber recibido

de la ciudad auxilio alguno, ó al ménos muy cortos, con su industria y prudencia mantuvieron en el Lazareto á millares de pobres. »

Ya la obstinacion en negar la existencia de la peste iba naturalmente cediendo en el público á medida que la enfermedad se extendía á ojos vistas por el contacto y el trato, tanto más, cuando despues de haber acometido por algun tiempo sólo á los pobres, empezó á invadir á las personas más conocidas; y como entre estas fué entónces la más notable el protomédico Settala, merece tambien ahora que se haga mencion expresa de él. ¿ Quién sabe si con esto á lo ménos dirian: « el pobre viejo tenía razon? » Cayeron enfermos de la peste el mismo protomédico, su esposa, dos hijos y siete criados; y ménos el anciano y uno de los hijos, todos murieron. « Esos casos, dice el citado Tadino, sucedidos en las casas principales de la ciudad, dieron en qué pensar á la nobleza y al pueblo; y los médicos incrédulos y la plebe ignorante y temeraria empezaron á fruncir los labios, apretar los dientes y arquear las cejas. »

Pero los trastornos, los males y las venganzas, digámoslo así, de la terquedad convencida son tales en algunas ocasiones, que pueden justificar el deseo su triunfo contra la evidencia; y esta fué una de ellas. Los que habian negado tenazmente y por tanto tiempo que existía un gérmen de enfermedad capaz de propagarse y causar estragos por medios naturales, no pudiendo ya negar su propagacion, y no queriendo atribuir la á dichos medios, pues hubiera sido confesar á un mismo tiempo una torpe equivocacion y una gran culpa, se hallaban muy dispuestos á suponer cualquiera otra causa, y á dar por buena y sólida la primera que se propagase. Por desgracia, una existía en las ideas y tradiciones, comunes entónces, no sólo en Italia, sino en toda Europa; tales eran las artes venenosas y los maleficios, siendo general opinion de las gentes que la peste se introducía por medio de hechizos y envenenamientos. Ya estas cosas ú otras semejantes se habian creído en varios contagios y con especia-

ida en el que se verificó en Milan cincuenta años ántes. Añadian que desde el anterior había llegado un pliego del rey Felipe IV al Capitan general, en que, avisándole que se habían escapado de Madrid cuatro franceses, á quienes se trataba de prender por sospechas de que esparcian unguentos venenosos y pestíferos, se le encargaba que estuviese sobre aviso por si acaso llegasen á Milan; y que el Capitan general había comunicado el pliego al Senado y á la Junta de Sanidad. Sin embargo, por entónces no se hizo gran uso del aviso; desarrollada y confesada la peste, el recuerdo de aquel pliego pudo servir para confirmar ó adoptar la vaga sospecha de tal maldad, ó acaso ser la primera ocasion de excitarla.

Pero dos hechos, el uno de ciego y desaforado miedo, y el otro de no sé qué fatalidad, convirtieron aquella sospecha indeterminada, de un atentado posible, en una sospecha de un atentado positivo, y en muchos en la certeza de una real y verdadera maquinacion. Algunos, á quienes en la tarde del 17 de Mayo pareció haber visto que várias personas iban untando en la catedral ciertas tablas que servian para separar los bancos de los hombres de los de las mujeres, las hicieron sacar por la noche con muchos bancos encerrados en aquel recinto, á pesar de haber el presidente de la Sanidad dispuesto para aquietar imaginaciones exaltadas, *y más bien por exceso de precaucion que por necesidad*, que bastaba con que las tales tablas se lavasen. Es de advertir que previamente las habían reconocido, sin encontrar en ellas cosa alguna, el mismo presidente de la Sanidad con cuatro peritos, y tambien todos los bancos y hasta las pilas del agua bendita. Aquel amontonamiento de madera causó grande espanto en la muchedumbre, para la cual muchas veces el objeto más sencillo se convierte en un argumento. Con esto se dijo, y se creyó generalmente, que en la catedral se habían untado todos los bancos, las paredes y hasta las cuerdas de las campanas; y no solamente se dijo entónces, sino que todas las memorias de los contemporáneos, que hacen mencion de

este hecho, hablan de él como de una cosa cierta, y sería necesario adivinar la historia verdadera, á no encontrarla en una carta de la Junta de Sanidad dirigida al Capitan general, y que se conserva en el archivo llamado de San Fidel, de donde nosotros la hemos sacado siendo de la misma carta las palabras que hemos puesto en letra bastardilla.

La mañana siguiente hirió la vista y la imaginacion de los habitantes un espectáculo nuevo, más extraño y más significativo. Viéronse en muchos puntos de la ciudad las puertas de las casas y las paredes cubiertas con manchones de cierta inmundicia amarillenta y blanquizca, trazados como con esponja. Bien fuese el placer inhumano de generalizar el espanto tumultuoso, bien fuese el culpado designio de aumentar la consternacion pública, ó cualquiera otro motivo, el hecho se halla tan comprobado, que tendríamos por ménos racional atribuirlo á un sueño de la imaginacion que á una perversidad no nueva en cabeza de hombres, ni demasiado escasa de efectos semejantes en muchos países y en todos tiempos. Ripamonti, que muchas veces en el asunto de las manchas ridiculiza y muchísimas deplora la credulidad del pueblo, asegura haberlas visto, y las describe. En la carta citada, los individuos de la Junta de Sanidad refieren el hecho en los mismos términos, y hablan de reconocimientos y experiencias hechas en perros con la expresada inmundicia, sin resultado alguno dañoso; añaden que ellos creian que semejante burla era más bien objeto de una reprehensible ligereza que de perversidad, pensamiento que manifiesta en aquellas personas bastante sensatez para no ver lo que en realidad no habia.

Las demas memorias contemporáneas, despues de asegurar el hecho, dicen que al principio fué opinion de muchos que aquellas manchas se hicieron por mera diversion y burla, y ninguna habla de que hubiese quien lo negase, siendo bien cierto que si alguna hubiese habido, le hubieran citado, aunque no fuese más que para tacharle de extravagante. Hemos creido oportuno reunir y publicar estas particularidades de

un célebre delirio, poco conocidas por unos, é ignoradas del todo por otros, porque en los errores, y especialmente en los errores de muchos, lo que más interesa y es más útil de observar, me parece que es el camino que han seguido las apariencias, y de qué modo pudieron entrar en las cabezas y dominar la imaginación de las gentes.

La ciudad, que ya estaba agitada, se conmovió con esto. Los amos de las casas con paja encendida quemaban los parajes manchados, y los que pasaban se detenían á mirar, se horrorizaban y se enfurecían. Á los extranjeros, sospechosos ya por serlo, y muy fácil de distinguirse entónces por el traje, se les arrestaba en las calles por el pueblo y se encarcelaban. Se tomaron declaraciones, y se oyeron presos, prendedores y testigos, y no se halló reo alguno, porque las cabezas se ballaban aún en estado de poder dudar, comparar y oír. La Junta de Sanidad publicó un edicto en el cual ofrecía premio é impunidad al que descubriera el autor ó autores de aquel hecho, « no pareciéndonos conveniente, » dicen los individuos de la Junta en la citada carta, « que semejante delito quede impune, especialmente en tiempos de tanto riesgo y sospecha : para consuelo y tranquilidad de este vecindario, y para tener indicio del hecho, publicamos hoy este edicto, etc. » Sin embargo, en el mismo edicto nada decían, á lo ménos con claridad, de aquella racional y consoladora conjetura de que daban cuenta al Capitan general, reticencia que indica una fuerte preocupacion en el pueblo, y en ellos una condescendencia más culpable, cuanto podia ser sumamente perjudicial.

Miéntas la Junta hacía averiguaciones para descubrir la verdad, muchos en el público la habían ya encontrado á su manera. De los que creían que aquella untura era venenosa, unos la suponían una venganza de D. Gonzalo de Córdoba por los insultos que sufrió á su salida de Milan, y otros un pensamiento del cardenal de Richelieu, para despoblar aquella capital y apoderarse luégo de ella más fácilmente. Había quien tenía por autor, sin saber por qué, al conde de

Lollalto, á Wallenstein y á algun otro caballero milanés ; y no faltó, como dijimos, quien no viera en aquel hecho sino una reprehensible burla, atribuida á estudiantes, á jóvenes del pueblo y á oficiales fastidiados con el sitio de Casal.

Por fin, el no haber visto declararse, como se temió, el contagio y un estrago general, fué probablemente la causa de disiparse, por entónces, aquel primer terror, y olvidarse, á lo ménos al parecer, este asunto.

Habia sin embargo cierto número de personas que aún no estaban persuadidas de que hubiera peste ; y porque tanto en el Lazareto como en la ciudad curaban algunos, decia el populacho, y los médicos parciales (siempre interesa saber los últimos argumentos de una opinion desmentida por la evidencia) « que aquella enfermedad no era la verdadera peste, porque en este caso todos habrían muerto. » Para quitar toda duda, halló la Junta de Sanidad un medio análogo á la urgencia, á saber, un modo de hablar á los ojos, como podían requerirlo ó sugerirlo los tiempos. En una de las fiestas de Pascua de Pentecostes acostumbraban los habitantes concurrir al cementerio de San Gregorio, fuera de la Puerta Oriental, á rezar por los muertos del anterior contagio, cuyos cadáveres estaban allí enterrados, y tomando de la devoción oportunidad para diversion y fiesta, cada uno concurría con sus mejores galas. Había muerto de peste en aquel mismo día una familia entera. En la hora de mayor concurso, por medio de los coches y de la inmensa muchedumbre, se condujeron de orden de la Junta de Sanidad al mismo cementerio en un carro, desnudos, los cadáveres de la expresada familia para que todos pudiesen ver las asquerosas y positivas señales del contagio. Un grito de repugnancia y de terror se oía en todos los puntos por donde pasaba el carro : un largo murmullo quedaba por donde había pasado, y otro no ménos expresivo le precedía. Desde entónces se dió más crédito á la existencia de la peste, aunque ella misma se daba á conocer cada día más, y aquella misma reunion no debió contribuir poco á propagarla.

Al principio no sólo se decía que de modo alguno había peste, sino que estaba prohibido proferir semejante palabra: luego se llamaron calenturas pestilenciales, admitiendo al sesgo la idea por medio de un adjetivo; después no peste verdadera, sino cierta enfermedad á la cual no se sabía qué nombre aplicarle; por último peste positiva; pero ya se le había agregado otra idea, á saber, la del veneno y la del malficio, la cual confundía el significado expreso de la palabra que ya no era posible disfrazar.

Creo que no es necesario estar muy versado en la historia de las ideas y de las palabras para saber que muchas siguen esta progresion. Por fortuna, no es grande el número de las de esta especie, ni de tanta importancia, que adquieran á tanta costa su evidencia: sin embargo, se podría, tanto en los negocios grandes como en los pequeños, evitar en gran parte tan larga y tortuosa progresion, adoptando el método propuesto desde largo tiempo, á saber, el de observar, escuchar, comparar y pensar ántes de hablar; pero como el hablar es cosa más fácil y expedita que las demas reunidas, los hombres en general merecen alguna disculpa.

CAPÍTULO XXXII

Creciendo cada dia la dificultad de proveer á las tristes urgencias de la situacion, acordó el Ayuntamiento, en su sesion del 4 de Mayo, acudir al Capitan general por auxilios y socorros, y el 22 envió á dos de sus individuos al campamento, con encargo de hacer presente las calamidades y apuros de la ciudad, sus gastos inmensos, lo escaso y endeudado que estaba el erario, cuán empeñados se hallaban los productos del año siguiente; añadiendo que no se pagaban las contribuciones por la pobreza general, resultado de tantas causas y de lo que consumia el ejército en

especie. Debían tambien poner en su consideracion que, por leyes y costumbre no interrumpida, y por decreto especial de Carlos V, los gastos de la peste debían estar á cargo del fisco: que en la de 1576 había el Gobernador Capitan general marqués de Ayamonte, no sólo suspendido todas las contribuciones reales, sino tambien socorrido la ciudad con cuarenta mil escudos, y que últimamente pidiesen cuatro cosas, á saber: que se suspendiesen como entónces las contribuciones; que el erario franquease dinero; que el Capitan general diese parte al Rey de la miseria en que gemian la ciudad y la provincia, y que no cargase con nuevos alojamientos militares al Ducado, ya exhausto y aniquilado con los anteriores. Contestó el general Espinola con expresiones de pesar y nuevas exhortaciones, añadiendo que sentía mucho no poder hallarse en la ciudad, para poner todo su esmero en aliviarla; pero que esperaba que supliría á todo el celo de aquellos caballeros, y que esta era la ocasion en que se debía gastar sin escasez, y hacer cuantos sacrificios fuesen posibles. Y últimamente, que con respecto á las solicitudes, proveería del mejor modo que permitiesen el tiempo y las necesidades. Á esto se redujo todo: hubo sin embargo otras idas y venidas, otras reclamaciones y respuestas, pero no he encontrado que se consiguiese cosa alguna. Más adelante, cuando estaba la enfermedad en su mayor fuerza, el Capitan general tuvo por conveniente transmitir con despacho formal su autoridad al gran canciller Ferrer, por tener él, segun escribió, que dirigir su atencion á la guerra.

Á la resolucion de enviar comisionados al Cuartel general añadió el Ayuntamiento otra, reducida á pedir al Cardenal-arzobispo que se hiciese una procesion solemne, llevando en ella el cuerpo de San Carlos Borromeo.

Negóse á ello el buen prelado por muchas razones. No miraba con gusto aquella confianza, y temia que si el efecto no era correspondiente á los deseos, se cambiase la confianza en escándalo. Temia ademas que fuese la procesion una ocasion cómoda para el delito, si realmente existian los envene-

nadores, y que aún cuando no los hubiera, la misma afluencia del pueblo bastase para extender el contagio, *riesgo mucho más cierto*. Sin embargo, la sospecha adormecida de los untadores se había despertado con más fuerza y furor que antes.

Se vieron, ó por mejor decir, se creyó ver manchadas varias puertas de edificios públicos y privados, y aldabas. Las noticias de semejante descubrimiento volaban de boca en boca, y como sucede más que nunca en las grandes aprensiones, el oír hacía el mismo efecto que haría el ver. Los ánimos, cada día más angustiados por la presencia del mal, é irritados por la exigencia del peligro, abrazaban con más placer aquella ilusión, porque la ira estimula á castigar, y como observó sabiamente, al hablar de este mismo asunto, un varón distinguido, prefiere atribuir los males á la perfidia humana, contra la cual puede desahogar su turbulenta actividad, ántes que suponerlos efecto de una causa contra la cual no hay otro recurso más que el de resignarse. Un veneno eficaz, instantáneo y penetrantísimo eran palabras más que suficientes para explicar la violencia y todos los accidentes más oscuros y desordenados de la enfermedad. Decían que aquel veneno estaba compuesto con sapos, culebras, podre y babas de apestados, y con cuanto puede ocurrir atroz y asqueroso á una imaginación enferma y desarreglada. Agregáronle después los maleficios por los cuales todo se hacía posible; perdía con esto su fuerza cualquiera objeción, y toda dificultad se allanaba; y si se oponía que los efectos no habían seguido inmediatamente á las primeras unturas, encontraban la causa en que aquella había sido una tentativa de maleficios todavía imperfectos, pero que ya estaba perfeccionado el arte, y la voluntad más obstinada en el infernal designio. El que en aquella época hubiese sostenido que había sido una burla, el que hubiese negado que existía una trama, hubiera pasado por ciego, por terco, cuando no lo hubiesen tenido por hombre interesado en engañar la previsión pública, por cómplice en el atentado ó por *untador*, voz

que no tardó en hacerse común, solemne y fatal. Con la persuasión de que había *untadores* nadie dudaba que era fácil dar con ellos, con lo cual todos estaban sobre aviso: cualquiera acto podía excitar sospechas; estas con facilidad podían convertirse en certeza, y la certeza en furor.

Dos ejemplos refiere Ripamonti, advirtiendo haberlos esco-



En la iglesia de San Antonio.

gido, no porque fuesen los más horrorosos entre tantos como sucedían diariamente, sino porque de los dos había sido testigo de vista.

Un día de no sé qué festividad, un anciano más que octogenario, después de haber orado de rodillas en la Iglesia de San Antonio, quiso sentarse, para lo cual quitó ántes con la capa el polvo del banco. — « ¡Ese viejo está untando los bancos! » gritaron algunas mujeres que vieron el acto.

Arrojáronse al infeliz las gentes que se hallaban en la Iglesia, sin reparar en el sitio, y arrancándole las canas, le magullaron á puñetazos y patadas, arrastrándole fuera casi muerto para llevarle á la cárcel, delante del juez, y al fin al suplicio. « Yo le vi arrastrado de aquella manera, dice Ripamonti, y aunque no supe lo que sucedió despues, creo que el desgraciado, segun estaba, no viviria sino muy pocos minutos. » El segundo caso, que se verificó el dia siguiente, fué muy extraordinario, pero no tan funesto. Tres jóvenes franceses, á saber, un literato, un pintor y un maquinista, que habian pasado á Italia con objeto de verla y dedicarse al estudio de las antigüedades, y á buscar medios de ganar, estaban examinando con atencion, desde un punto en que se habian colocado, lo exterior de la catedral. De las gentes que al pasar se paraban tambien á mirar, se formó un corrillo, sin que ninguno perdiese de vista á los tres jóvenes, que por el traje, el peinado y las carteras ó estuches manifestaban ser extranjeros, y lo peor franceses. Estos, para asegurarse de que cierta parte de la pared era de mármol, alargaron la mano para tocarla. Bastó esto para que fuesen arrollados, maltratados, atados y conducidos á golpes á la cárcel. No fué poca fortuna para ellos el que el Palacio de justicia estuviese cerca de la catedral, y no lo fué ménos el que se les declarase inocentes y se les pusiese en libertad.

Semejantes desórdenes no sólo sucedian en la ciudad, sino que el frenesí se habia propagado lo mismo que el contagio. Al viajero á quien encontraban los aldeanos fuera del camino real, ó veian parado en él, discurriendo entre sí, ó tendido á descansar; al hombre desconocido en quien notaban alguna cosa extraña en el rostro ó en el traje, le calificaban al momento de untador, y á la primera voz de un cualquiera, ó al aviso de un muchacho, tocaban á rebato, todo el mundo acudia, y los infelices eran cruelmente apedreados ó presos, y conducidos con improperios y golpes á la cárcel, que entónces podia considerarse hasta cierto punto como puerto de salvacion.

El ayuntamiento entretanto, no desalentado por la negativa del sabio Arzobispo, repitió sus instancias, que el público tumultuosamente apoyaba. Persistió todavia algun tiempo el Arzobispo, procurando disuadir de aquel intento á las gentes, y esto fué todo lo que pudo hacer el buen sentido de aquel ilustre varon contra la razon de los tiempos y la insistencia de muchos. Atendido el estado de las opiniones de en-



El frenesí se habia propagado lo mismo que el contagio.

tonces, y la idea exagerada del peligro, muy léjos de la evidencia que alcanzamos en el dia nosotros, no es dificultoso comprender cómo sus buenas razones pudieron tambien ser sojuzgadas en su mente por los males de los demas; y si en el haber cedido tuvo ó no parte alguna debilidad, son misterios del corazon humano.

Á la verdad, si hay casos en que parece que se pueda atri-

buir en un todo el error al entendimiento, y disculpar la conciencia, es cuando se trata de las pocas personas (y del número de estas fué el Arzobispo) en que se ve en el discurso de vida una obediencia ciega á su conciencia, sin miramiento á intereses personales de especie alguna. Cedió, pues, á las repetidas instancias, consintiendo no sólo en que se hiciese la procesion, sino tambien en que la urna en que estaba depositado el cuerpo de San Carlos quedase expuesta por espacio de ocho dias á la veneracion pública, en el altar mayor de la catedral, conforme al voto y deseo de la muchedumbre.

No hallo que la Junta de Sanidad hiciese oposicion ni reclamacion alguna, limitándose solamente á tomar algunas precauciones que, sin apartar el peligro, indicaban los inconvenientes. Aumentó las disposiciones para que nadie entrase en la ciudad, mandando, á fin de asegurar su ejecucion, que estuviesen cerradas las puertas, y con el objeto de impedir la reunion de los apestados y sospechosos, dispuso que se clavasen las de las casas aisladas, las cuales, si en semejantes asuntos se puede dar crédito á la desnuda asercion de un escritor de aquel tiempo, eran unas quinientas.

Empleáronse tres dias en preparativos, y el 11 de Junio al amanecer salió de la catedral la procesion. Precedíala un numeroso pueblo, la mayor parte mujeres, cubiertas el rostro con grandes velos, y muchas de ellas descalzas y con hábito de penitencia. Seguian los gremios con sus estandartes, las cofradías con sus trajes de várias formas y colores, luégo las comunidades religiosas, y el clero secular, todos con velas encendidas. En el medio, entre el esplendor de mayor número de luces, y mayor y más alta armonía de cantos, y bajo de un riquísimo dosel, venía la urna que llevaban alternativamente cuatro canónigos con grande aparato. Por los costados de cristal se divisaba el venerado cadáver envuelto en magníficas vestiduras pontificales, y la cabeza con mitra, y entre las formas marchitadas y descompuestas, podia aún distinguirse algun vestigio de sus antiguas facciones, como le representan las estampas, y como algunos se acordaban de haberle visto

y reverenciado cuando vivia. Detras de los restos mortales del difunto pastor (dice Ripamonti, de quien principalmente tomamos esta descripcion), y próximo á él, tanto por méritos, como por dignidad y parentesco, iba el arzobispo Federico Borromeo. Seguia otra parte del clero, y luégo los ma-



Todas las calles estaban adoruadas.

gistrados en el paraje de mayor ceremonia, y despues la nobleza, parte con toda la pompa propia de una solemne funcion religiosa, y parte en señal de penitencia, con hábitos de duelo, descalzos, el cuerpo cubierto de sayal, y la capucha sobre el rostro, y todos con grandes hachas encendidas en la manó; últimamente cerraba la procesion una inmensa muchedumbre de toda clase de personas.

Todas las calles estaban adornadas con lujo y profusion de riquezas. Los poderosos habian sacado sus utensilios más preciosos, y las personas acomodadas y la ciudad habian adornado las casas pobres. En algunos parajes, en lugar de colgaduras, y en otros sobre ellas pendian riquísimos pabellones de finas telas; en todas partes se veian cuadros, inscripciones y empresas, ocupando la delantera de las ventanas vasos, antigüedades, con otros objetos de valor y mérito, y en todas partes inmensa cantidad de luces. Desde varias de aquellas ventanas miraban la pompa muchos enfermos in-comunicados, uniendo sus preces con las de la comitiva. En las demas calles, silencio y soledad, á excepcion de que algunos tambien desde las ventanas tendian el oído al murmullo lejano de la procesion, y otros habian subido á los tejados, contándose hasta las monjas, para ver si desde léjos podian divisar la urna, la comitiva ú otra cualquiera cosa de aquella solemne funcion.

Pasó la procesion por todos los cuarteles de la ciudad, haciendo en las plazuelas y encrucijadas un descanso, en que se colocaba la urna al lado de una cruz, que en cada una de dichas plazuelas y encrucijadas mandó plantar San Carlos en la epidemia anterior, y de las cuales algunas existen aún; por manera que la procesion no volvió á la catedral hasta mucho despues del mediodía.

Y hé aquí que el día siguiente, cuando aún renaba la presuntuosa confianza, y en muchos la fanática seguridad de que la procesion debía haber cortado la peste, creció el número de los muertos en cada clase y en cada barrio de la ciudad, tan excesiva y súbitamente, que pocos hubo que no encontrasen la causa de tan funesto aumento en la misma procesion: pero ¡cuán terrible es la fuerza de una preocupacion general! Léjos de atribuirse aquel efecto á la excesiva y prolongada aglomeracion del pueblo, y á la multiplicacion de los contactos eventuales, la mayor parte de la gente lo atribuia á la facilidad que debieron encontrar los *untadores* para realizar su inicuo designio. Se dijo que, confundidos en

la turba, habian infestado con su unguento á cuantas personas pudieron; pero como este no parecia medio suficiente para mortandad tan vasta y en todas las clases de la poblacion, y como, á lo que parece, no habia sido posible á la penetracion misma de la sospecha hallar mancha alguna, ni ninguna especie de unguento en toda la carrera, se acudió para la explicacion del hecho al medio antiguo, y recibido entónces en la ciencia comun de Europa, de los polvos venenosos y maléficos, y se dijo que semejantes polvos, esparcidos por toda la carrera, y principalmente en los parajes de las estaciones, se habian pegado á las larguísimas faldas de los vestidos, y mucho más á los piés, que gran número de personas llevaban en aquel día desnudos.

«Vióse, pues, dice un escritor contemporáneo, el mismo día de la procesion, la piedad luchar con la impiedad, la perfidia con la sencillez, la pérdida con la adquisicion.» Y realmente era el pobre entendimiento humano que luchaba con fantasmas fraguadas por su misma fantasia.

Desde aquel día se fué aumentando cada vez más el furor del mal; á poco tiempo no hubo casa libre; la poblacion del Lazareto subió, segun afirma Somaglia, de dos mil á doce mil enfermos, y progresivamente llegó, como todos aseguran, hasta diez y seis mil. El 4 de Julio, por lo que encuentro en una carta de la Junta de Sanidad al Capitan general, los muertos pasaban diariamente de quinientos: más adelante, en la mayor fuerza de la enfermedad, llegaron y continuaron, segun el cálculo más general, de mil doscientos á mil trescientos, y si hemos de dar crédito á Tadino, pasaron alguna vez de tres mil y quinientos.

Cualquiera podrá hacerse cargo de la angustia del Ayuntamiento, sobre el cual habia cargado el peso de proveer á las necesidades públicas, y acudir á lo que era indispensable en tamaña calamidad. Era preciso reponer cada día y aumentar dependientes de varias clases. En primer lugar, los sepultureros, que, por denominacion antigua y de origen oscuro, se llamaban *monatos*, y cuyo oficio era el duro y pe-

ligroso de sacar de las casas, calles y Lazareto los cadáveres, acarrearlos á la fosa y enterrarlos, conducir al Lazareto á los enfermos y quemar ó purgar las ropas infestadas ó sospechosas; en segundo lugar, ciertos sirvientes llamados descubridores, cuyo oficio era ir delante de los carros, avisando con una campanilla á los que pasaban para que se retirasen; luégo los *comisarios* que mandaban á unos y otros bajo las órdenes inmediatas de la Junta. Habia que tener provisto el Lazareto de médicos, cirujanos, medicinas, víveres y de cuanto se necesitase en una enfermería; y era igualmente indispensable buscar y aprontar nuevo alojamiento á los nuevos huéspedes. Con este motivo se mandaron construir casillas de madera y paja en el interior del Lazareto: otro nuevo se estableció tambien con casillas y cabañas, cerrado con tablas y capaz de contener cuatro mil personas; y no bastando estos, se acordó que se formasen otros dos, los cuales, aunque empezados, por falta de medios quedaron sin concluir. Los medios, las personas y el ánimo iban disminuyendo á medida que se aumentaban las necesidades.

Y no sólo la ejecucion quedaba siempre inferior á los proyectos y á las órdenes; no sólo á muchas necesidades reconocidas por urgentes se proveia escasamente hasta de palabra, sino que llegó á tal punto la impotencia y la desesperacion, que á várias de las más precisas no se acudia ni poco ni mucho.

Por ejemplo, moria por falta de asistencia una infinidad de niños, cuyas madres habian perecido en el contagio: la Junta propuso que se estableciese una casa de asilo para ellos y las mujeres pobres próximas á parir; pero nada pudo adelantar. Era justo, no obstante, dice Tadino, compadecer al Ayuntamiento, pues se hallaba en la mayor angustia, triste y acosado por la soldadesca, sin subordinacion ni respeto alguno, y mucho ménos en el infeliz Ducado, en razon á que ni otro auxilio ni otra contestacion se pudo conseguir del Capitan general, sino que, hallándose en tiempo de guerra, era indispensable tratar bien al soldado. ¿ Tanto importaba

tomar á Casal? ¿ Tan hermosa parecia la gloria de vencer, cualquiera que fuese la causa y el objeto por el cual se peleaba?

Hallándose ya atestada la inmensa, pero única fosa abierta cerca del Lazareto, y quedando de consiguiente en muchos puntos sin enterrar los nuevos y numerosos cadáveres que daba de sí cada dia, los magistrados, despues de haber buscado inútilmente brazos para esta faena, se vieron reducidos á confesar que no sabian ya de qué medios valerse. El presidente de la Junta de Sanidad hasta con lágrimas los imploró de los dos beneméritos religiosos que gobernaban el Lazareto. El padre Miguel se comprometió á darle en cuatro dias limpia de cadáveres la ciudad, y en ocho lo que bastase, no sólo para la urgencia presente, sino tambien para lo que la más triste prevision pudiese suponer para lo futuro. Con un fraile compañero y oficiales que le facilitó el Presidente, salió de la ciudad en busca de aldeanos, y parte con la autoridad de la Junta, parte con la de su hábito y sus palabras, reunió unos doscientos de ellos, que distribuyó para cavar en tres distintos puntos; despacho luégo del Lazareto sepultureros para recoger los muertos, por manera que en el dia señalado se vió cumplida su palabra.

En una ocasion quedó el Lazareto sin médicos, y con el ofrecimiento de crecidos sueldos y honores, apénas y no tan presto, se consiguieron algunos pero en número muy inferior al que se necesitaba. Con frecuencia se halló tambien el Lazareto tan escaso de víveres, que se temió que las gentes muriesen de hambre; más de una vez, miéntras se buscaban medios para adquirir comestibles ó dinero, esperando apénas encontrarlos, ó temiendo que no fuese á tiempo, llegaron oportunamente subsidios por donativo inesperado de compasion privada, porque en medio del estupor general y de la indiferencia con respecto á los demas, dimanada de tener cada uno que temer continuamente por sí, hubo almas siempre dispuestas á la caridad, otras hubo cuya caridad nació al cesar toda alegría terrenal, así como en el estrago y fuga de muchos, á quienes

tocaba vigilar y disponer, hubo siempre algunos que, gozando salud corporal, se mantuvieron con valor firmes en su puesto, y otros, en fin, que animados por la caridad, tomaron sobre sí y desempeñaron animosamente cargos á que por su oficio no estaban obligados.

Donde resplandeció más y con mayor generalidad el exacto cumplimiento de las difíciles obligaciones que imponian las circunstancias, fué en los eclesiásticos. Los Lazaretos y la ciudad jamas carecieron de su asistencia. En donde habia aflicciones, allí se hallaban; siempre se vieron mezclados con los enfermos y con los moribundos, estando muchas veces enfermos y moribundos ellos mismos. Con los auxilios espirituales, suministraban segun sus medios los temporales, haciendo todos los servicios que se exigió de ellos. Más de sesenta párrocos de la ciudad murieron de peste, esto es, de cada nueve, ocho.

Animábalos á todos con las palabras y el ejemplo el Arzobispo, como era de esperar de su generoso carácter. Habiendo perecido en torno suyo casi toda su familia, y estimulado por parientes y magistrados, y aún por príncipes vecinos, para que se retirase del riesgo á alguna quinta solitaria, desechó el consejo y las instancias con el mismo ánimo con que escribiendo á los párrocos les decia: « Estad prontos á abandonar esta vida mortal, más bien que esta familia, estos hijos nuestros; marchad gustosos contra la peste, como á una fiesta, como á un premio, cuando haya que ganar un alma á Jesucristo. » Al paso que no omitia ninguna de aquellas precauciones que no le impedian cumplir con su obligacion, sobre cuyo objeto dió tambien instrucciones y reglas al clero, no huyó ni hizo caso del peligro, cuando para hacer bien era necesario arrostrarle.

Sin hablar de los eclesiásticos con los cuales estaba siempre dispuesto á alabar y dirigir su celo, á estimular á los que andaban tibios, y á enviarlos á los puntos en que otros habian perecido, quiso que tuviesen fácil acceso á su persona todos los que lo necesitasen. Visitaba los Lazaretos para consolar á

los enfermos y animar á los que los asistían. Recorria la ciudad, socorriendo á los infelices reclusos en sus casas, parándose en sus puertas y debajo de sus ventanas á oír sus lamentos, darles palabras de consuelo y de aliento. Se metió y vivió en medio del contagio, admirándose él mismo al último de haber salido ileso.

De esta manera, en las calamidades públicas y en los largos trastornos de cualquier orden de cosas, se ve siempre un aumento, un exceso de virtud; pero por desgracia le acompaña de ordinario un aumento más general de perversidad, y esto tambien se notó en aquella ocasion. Los malvados á quienes no alcanzaba ó no aterraba la peste, no sólo hallaron en la confusion general y en la enervacion de la fuerza pública una nueva ocasion de actividad con mayor confianza de eludir el castigo, sino que el uso de la misma fuerza pública vino á parar en manos de los peores de entre ellos.

No aspiraban regularmente al destino de sepulturero, y de otros de igual clase, sino hombres en quienes tenia más fuerza al aliciente del robo y de la licencia que el temor del contagio y cierta repugnancia natural. Habíanseles dado reglas muy estrechas, intimado severisimas penas y puesto sobrestantes y comisarios, y para vigilar á estos y á aquellos dependientes, magistrados y caballeros en todos los barrios, con autoridad para providenciar sumariamente en toda ocurrencia de buen gobierno. Semejante sistema caminó bien y surtió buen efecto hasta cierto punto; pero con el aumento de los muertos, la dispersion y atolondramiento de los que sobrevivian, vino aquella gentualla á quedar como libre de todo freno, y principalmente los monatos. Entraban como dueños ó como enemigos en las casas, y sin hablar del saqueo y del modo como trataban á los infelices que por la peste tenian que pasar por aquellas inmundas manos, las ponian sobre los sanos, sobre los hijos, los parientes, las mujeres y los maridos, amenazándolos con que los arrastrarian al Lazareto,

si no se rescataban al precio que ellos mismos establecían. Otras veces vendían sus servicios, negándose á llevarse cadáveres ya corrompidos, á ménos que no se les diesen tantos escudos. Se dijo (y entre la credulidad de unos y la perversidad de otros, es igualmente aventurado creer y dejar de creer), se dijo, y Tadino lo asegura, que los monatos y sus acompañantes dejaban caer expresamente de los carros las ropas infestadas para propagar y prolongar la pestilencia, que para ellos era una India. Otros malvados, fingiéndose sepultureros con capanillas en los piés, que era el distintivo de estos, el cual ademàs servía para avisar de que se acercaban, se introducían en las casas, en donde cometían extorsiones de todo género. En algunas, que estaban abiertas sin habitantes, ó únicamente con algun moribundo, entraban ladrones, llevándose cuanto habia, y en otras se metían los esbirros, cometiéndolo igualmente vejaciones inauditas.

Con la perversidad creció tambien la demencia. Todos los errores dominantes adquirieron con la perturbacion y agitacion de las gentes una fuerza extraordinaria, y se extendió más precipitadamente su aplicacion, contribuyendo todos á engrandecer el delirio especial de los *untamientos*, el cual en sus efectos y desahogos era con frecuencia, como hemos visto, otra nueva perversidad. La idea de aquel supuesto peligro angustiaba los ánimos mucho más que el peligro real; « y miéntras, dice Ripamonti, los cadáveres, ó los montones de cadáveres, siempre presentes y entre los piés, hacían de toda la ciudad un inmenso féretro, presentaba todavía mayor y más funesta deformidad el reciproco encarnizamiento, el desenfreno y la monstruosidad de las sospechas...

No sólo se desconfiaba del vecino, del amigo, del huésped, sino que infundían terror hasta los vínculos y nombres más sagrados para el hombre en sociedad, como son los de marido y mujer, de padre é hijo, y de hermano y hermana, y, causa horror el decirlo, la mesa doméstica, y el tálamo nupcial se temían como sitios de asechanza, ó como escondrijos de veneno.

La imaginada extension y lo extraordinario de la trama turbaban los entendimientos, alterando todas las relaciones de reciproca confianza. Ademàs de la ambicion y la codicia, que al principio se supusieron el móvil de los *untadores*, se ideó y creyó despues que habia en el untar cierto placer diabólico, cierto aliciente que dominaba la voluntad. Los delirios de los enfermos que se acusaban á si mismos de lo que temieron de los demàs, se tenían por revelaciones, y hacían que á todos se les creyese capaces de todo. Y más que las palabras, debían causar efecto las acciones, si sucedía que enfermos delirantes ejecutaban aquellos actos que se suponía deber hacer los *untadores*; cosa tan probable como propia para explicar á un tiempo la persuasion general y las aserciones de muchos escritores. Del mismo modo, en el largo y funesto período de las inquisiciones religiosas y judiciarias contra las brujerías, las confesiones de los acusados, no siempre arrancadas por el tormento, contribuyeron no poco á promover y arraigar la opinion que reinaba sobre el particular; porque cuando una opinion extendida reina largo tiempo, se expresa de todos modos, busca todas las salidas, corre por todos los grados de la persuasion, y es difícil que todos ó los más crean que se ejecuta una cosa extraña, sin que aparezca alguno que se persuada que la hace él mismo.

Entre los cuentos á que dió origen aquel delirio de los *untamientos*, hay uno que merece referirse por el crédito que adquirió, y lo que se propagó por todas partes. Contábase, no por todos de un mismo modo (que entónces sería demasiado privilegio para una fábula) pero con corta diferencia, que una persona habia visto cierto dia pararse en la plaza de la catedral un coche con seis caballos, y en él con gran comitiva un personaje de noble aspecto, pero ceñudo y de color cobreño, los ojos encendidos, el caballo erizado y de man amenazador. Convidada la indicada persona á meterse en el coche, lo verificó, y despues de haber atravesado unas cuantas calles, se hizo alto á la puerta de un gran palacio. Allí bajó del coche, y habiendo entrado con los demàs en el

palacio, encontró amenidad y horrores, desiertos y jardines, calabozos y magníficos salones, y en ellos fantasmas sentadas en conferencia. Últimamente, le enseñaron grandísimos cajones de dinero, diciéndole que tomase la porcion que apeteciese, y al mismo tiempo si queria admitir un bote de unguento para ir untando por la ciudad, á lo que habiéndose



Últimamente, le enseñaron grandísimos cajones de dinero.

negado, se encontró de repente en el mismo paraje de donde le habian sacado.

Esta historia, creida en general, y no suficientemente puesta en ridiculo por algunos sabios, corrió por toda la Italia y fuera, y en Alemania se sacaron estampas de ella. Elelector arzobispo de Maguncia escribió al cardenal Boromeo preguntándole qué era lo que debia creerse de los portentos que se contaban de Milan, y la contestacion fué que todos eran delirios.

De igual valor, aunque no enteramente de igual naturaleza,

eran los sueños de los sabios; pero igualmente desastrosos sus efectos. Encontraba la mayor parte de ellos el anuncio y la causa de aquella calamidad en un cometa que apareció el año de 1628, y en la conjuncion de Saturno con Júpiter, « inclinando dicha conjuncion, dice Tadino, sobre el año de 1630, con tanta claridad, que cada uno podia comprenderla: *Mortales parat morbos, miranda videntur.* » Esta prediccion, fabricada no sé cuando ni de quién, estaba, como dice Ripamonti, en la boca de cuantos eran capaces de proferirla. Otro cometa que apareció en Junio del mismo año de la peste se tuvo, no sólo por un nuevo aviso, sino por una prueba manifiesta de los untamientos. Por desgracia no faltaban libros de que sacar muchos ejemplos de peste, segun decian, manufacturada: citaban á *Tito Livio*, á *Tácito*, á *Dion*; pero ¿qué digo? hasta á Homero y Ovidio, y otros muchos antiguos que han contado hechos semejantes. En cuanto á autores modernos harta abundancia habia. Citaban más de cien autores, que han tratado *expofeso*, ó hablado por incidencia, de venenos maléficis, untos, polvos, etc. Citaban á *Calepino*, á *Cardano*, á *Gavino*, á *Salio*, á *Pareo*, á *Eschechico*, á *Zachias*, y, para acabar, al fatal *del Rio*, el cual, si la nombradía de los autores estuviese en razon del bien y del mal que produjeron sus obras, deberia ser uno de los más afamados, á aquel *del Rio*, cuyas lucubraciones costaron la vida á más hombres que las hazañas de un conquistador, á aquel *del Rio* cuyas disquisiciones mágicas (la quinta esencia de cuantos desvarios se habian publicado hasta su tiempo sobre esta materia), habiendo llegado á ser el texto de más autoridad y más irrefragable de todos, fueron por espacio de más de un siglo la norma y el impulso poderoso de horribles y multiplicados asesinatos legales.

De las invenciones del vulgo ignorante tomaba la gente culta lo que podia acomodarse á sus ideas, y de las invenciones de la gente culta tomaba el vulgo lo que podia comprender á su modo, y de todo se formaba una masa indigesta de irritacion pública.

Pero lo que más admira es el ver á los médicos que desde el principio habian asegurado que habia peste, y especialmente á Tadino, que la habia pronosticado, y la habia visto entrar sin dejar de seguirla en sus progresos; que habia dicho y predicado que era peste, que con el contacto se contraia, y que si no se acudia presto al remedio, resultaria un contagio general, verle luégo deducir de estos mismos efectos un argumento en apoyo de la existencia de las unturas malélicas y venenosas; ver á este mismo Tadino, que miró como accidente de la enfermedad el delirio de Carlos Corona, que fué el segundo que murió de peste, como hemos visto. alegar en prueba de las unturas y de una conjuración diabólica el testimonio de dos personas, que aseguraban haber oido á un enfermo amigo suyo contar cómo una noche se habian introducido en su alcoba ciertas personas, ofreciéndole salud y dinero, con tal que se comprometiese á untar las casas de la vecindad, y que habiéndose negado tenazmente á cometer semejante delito, aquellas personas habian salido, quedando en su lugar un lobo debajo de la cama, y sobre ella tres gatazos, que permanecieron allí hasta el amanecer. Si semejante modo de raciocinar hubiera sido de un hombre solo, pudiera atribuirse á su estolidez particular, y no habria necesidad de hacer mencion del hecho; pero como fué de muchos, es preciso considerarla como parte de la historia del entendimiento humano, y de ella se puede inferir cómo una serie de ideas coordinada y racional puede ser trastornada por otra serie que se interponga. Conviene tener presente que el referido Tadino era uno de los hombres de más opinion de su tiempo.

Dos ilustres y beneméritos escritores, *Verrí* y *Muratori*, aseguran que el cardenal Federico dudaba del hecho de los *untamientos*. Quisiéramos nosotros extender más la alabanza de su gloriosa memoria, y presentar aquel buen prelado, tanto en esto como en otras no pocas cosas, muy diferente de la turba de sus contemporáneos; pero no podemos dejar de ver en él con harto pesar un nuevo ejemplo del poderosísimo

influjo que tienen las opiniones comunes áun en los entendimientos más despejados. Hemos visto, á lo ménos por el modo con que Ripamonti refiere sus pensamientos, cómo verdaderamente dudó al principio, y cómo luégo creyó siempre que en aquella opinion tenian gran parte la exageracion, la ignorancia, el miedo y el deseo de disculpar el descuido en prevenirse contra el contagio; pero al mismo tiempo opinó que habia alguna cosa de cierto. En la Biblioteca Ambrosiana se conserva un opúsculo escrito de su propia mano acerca de la peste, y hé aquí uno de los pasajes en que se manifiesta terminantemente esta opinion: « Acerca del modo de componer y esparcir semejantes unguentos, muchas y distintas cosas se decian, de las cuales unas tenemos por verdaderas, al paso que otras nos parecen enteramente imaginarias. »

Hubo, no obstante, algunos que hasta el fin y siempre opinaron que todo era imaginario, y esto no lo sabemos por ellos, porque ninguno se atrevió á publicar una opinion tan opuesta á la del público, sino por los escritores que la ridiculizaron y refutaron como una preocupacion, como un error, que, aunque no osaba manifestarse, no dejaba de existir; y lo sabemos tambien por quien consultó la tradicion.

« He hallado en Milan, dice el célebre *Muratori* en su escrito acerca del gobierno de la peste, personas ilustradas que por las sensatas relaciones de sus padres no creian cierto el hecho de las *unturas* venenosas. » En esto se ve que este era un desahogo secreto de la verdad, un razonamiento doméstico: se ve en suma que habia buen sentido; pero que se mantenía oculto por temor del sentido comun.

Los magistrados, disminuidos cada dia, aturdidos y confusos, empleaban aquella poca vigilancia y resolucion de que eran capaces en buscar á los *untadores*, y desgraciadamente creyeron haber encontrado algunos. Los procesos que en su consecuencia se formaron, á la verdad ni fueron los primeros de esta clase, ni se pueden considerar como una cosa rara en la historia de la jurisprudencia. Dejando aparte la antigüedad, nos ceñiremos á indicar algunos rasgos de tiempos más

inmediatos á la época de que tratamos. En Ginebra en 1530, 1545 y 1574: en Casal de Monferrato en 1536; en Pádua en 1553; en Turin en 1599; en Palermo en 1526, y otra vez en Turin en el mismo año de 1630, fueron juzgados y condenados á suplicios, en lo general atrocísimos, muchos individuos, en unas partes más, y en otras ménos, como reos de haber propagado la peste con polvos, ungüentos, maleficios, ó todas estas cosas juntas; pero como el asunto de los *untamientos* de Milan fué quizá el que tuvo más fama y duró más tiempo, es quizá el más digno de que se analice, por haber quedado documentos más extensos y circunstanciados. Y aunque el ya citado ilustre Verri ha tratado este punto en sus *Observaciones acerca del tormento*, como su objeto no ha sido escribir su historia, sino sacar razones para un asunto más noble é importante, nos ha parecido que dicha historia podría ser materia de un nuevo trabajo; pero esta no es cosa de pocas palabras, y el desempeñarla con la extension que merece nos llevaria demasiado léjos. Además de que despues de haber parado el lector su atencion en estos hechos, ciertamente no tendria grande empeño en saber los que quedan de nuestra relacion; y así reservándolos para otro escrito, volveremos á nuestros personajes para no separarnos ya de ellos hasta el fin de sus aventuras.

CAPÍTULO XXXIII

Una noche de las últimas de Agosto, cuando estaba la peste en su mayor fuerza, volvía D. Rodrigo á su casa de Milan con el fiel *Canoso*, uno de los tres ó cuatro que de toda la familia le habian quedado vivos. Venía de una concurrencia de amigos que solian reunirse para pasar en bulla la melancolia de la época, y cada vez concurrían algunos nuevos, y faltaban no pocos de los antiguos. Aquel dia fué D. Rodrigo uno de los

más alegres, habiendo hecho reir mucho á los concurrentes con una especie de oracion fúnebre que pronunció en elogio del conde Atilio, á quien dos días ántes habia arrebatado la peste.

Sin embargo, sentia caminando cierta desazon, abatimiento, debilidad de piernas, dificultad en la respiracion y un ardor interior, que queria atribuir en todo á la velada, al vino y á la estacion. Nada dijo en todo el camino, y al llegar á casa, la primera palabra fué la de mandar al *Canoso* que le alumbrase á su aposento. Hallándose en él, y notando el *Canoso* que la cara de su amo estaba alterada y encendida, y los ojos muy relucientes y saltones, se mantuvo distante, porque en aquellas circunstancias, cualquiera, en órden á la enfermedad, tenía la vista tan perspicaz como la de un médico.

— Bueno estoy, no te parezca, — dijo D. Rodrigo, que leyó en la accion del *Canoso* lo que pasaba por su pensamiento: — estoy bueno; pero he bebido algo más de lo regular. ¡Había una malvasía!... ¡qué malvasía!... pero con un buen sueño todo pasa. Tengo muchísima gana de dormir... Quitame de ahí esa luz, que me deslumbra... me incomoda.

— ¡Travesuras de la malvasía! — dijo el *Canoso* sin acercarse mucho; — pero acuéstese vuestra señoría presto, que el dormir le hará provecho.

— Tienes razon, como pueda dormir un poco... por otra parte, yo estoy bueno. Desde luégo ponme aquí cerca la campanilla, por si acaso necesitase de algo esta noche, y ten cuidado si oyes tocar; pero no creo tener que incomodarte... Llévate presto esa maldita luz.

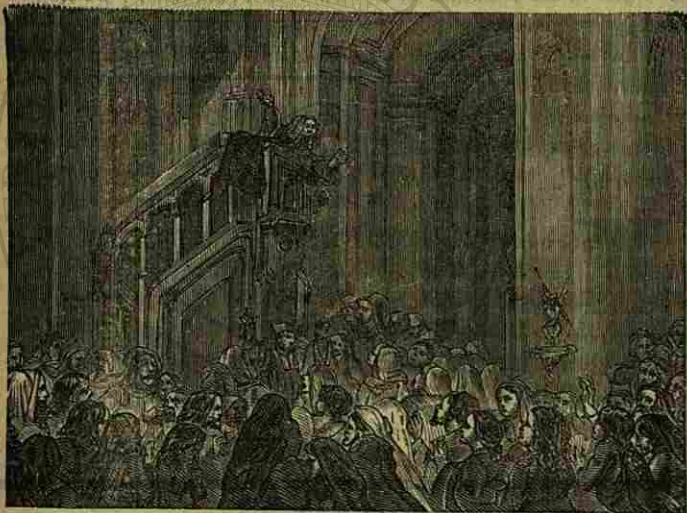
Y mientras el *Canoso* cumplía la órden, acercándose lo ménos posible, proseguía D. Rodrigo diciendo:

— ¡Qué diablo! Es mucho lo que me incomoda.

Quitó la luz el *Canoso*, y dadas las buenas noches á su amo, se marchó aprisa mientras este se metía en la cama.

Pero la colcha le pareció una montaña: echóla fuera y se recogió para dormir, porque efectivamente se moria de

sueño. Pero apenas cerraba los ojos, despertaba sobresaltado, como si algun impertinente le empujara de improviso, y al mismo tiempo sentia aumentarse el calor y la agitacion. Atribuialo todo al Agosto, á la malvasia y á la francachela; pero á esta idea venia siempre á suceder por sí misma la que entónces se agregaba á todas las demas, la que entraba, digámoslo así, por todos los sentidos, la que se entremetia en



Le pareció hallarse en una grande iglesia entre una inmensa muchedumbre.

todos los discursos de los libertinos, á saber, la de la peste, idea de que entónces era más fácil burlarse que desecharla.

Por fin, despues de batallar largo tiempo, se quedó dormido, y principió á tener los sueños más tétricos y funestos del mundo, y pasando de uno á otro, le pareció hallarse en una grande iglesia, muy adelante y entre una inmensa muchedumbre, sin saber él mismo cómo se había metido en ella, especialmente en aquel tiempo, de lo que estaba sobremanera pesaroso. Miraba á los concurrentes, y los veia á

todos con rostro macilento, ojos encandilados, labios caidos y ropas desgarradas á jirones, descubriéndose por las roturas manchas amoratadas y bubones. Pareciale que les gritaba: « ¡Atras, canalla, apartarse! » mirando al mismo tiempo la puerta, que se hallaba muy distante, y acompañando la voz con gestos de amenaza, pero sin moverse, al contrario, encogiéndose por no tocar aquellos asquerosos cuerpos que demasiado le tocaban ya por todas partes. Sin embargo, todas aquellas fantasmas, léjos de apartarse, no sólo no daban muestra de haberle oido, sino que se le echaban encima, y parecia que alguno con los codos ó con otra cosa le comprimía el lado izquierdo entre el corazon y el sobaco, donde sentia una aguda punzada, que tambien se dejaba sentir con más fuerza si forcejaba para evitar semejante molestia. Enfurecido quiso echar mano á la espada, pero le pareció que con la apretura la espada, se le había subido al cuerpo y que el pomo de ella era lo que le heria el lado del corazon. Metió la mano en aquella parte, y no encontró la espada, sino que al tocarse sintió una punzada mayor. Se enfurecia, sudaba y quería gritar más recio, cuando advirtió que todas aquellas caras se volvian á un ado. Miró él tambien, y vió un púlpito, y asomar no sé qué cosa convexa, lisa y relumbrante; luégo la corona de un leclesiástico, dos ojos, una cara con unas barbas blancas y muy largas, y últimamente un capuchino hasta la cintura, el mismo fray Cristóbal. El cual, echada alrédedor una mirada, le pareció á D. Rodrigo que clavaba en él la vista, levantando al propio tiempo la mano en el mismo ademan que tomó allá en la sala de su palacio. Él tambien levantó entónces la suya con furor, haciendo un esfuerzo para aferrar aquel brazo en el aire; pero la voz que bronca luchaba para salir de la garganta paró en un grito espantoso, y despertó D. Rodrigo.

Dejó caer el brazo que efectivamente tenia levantado, y no fué poco lo que le costó el acabar de volver en sí, y el abrir bien los ojos, porque la luz del día, ya muy avanzado, le

mortificaba no ménos que lo hizo la de la vela por la noche. Conoció su cama y su cuarto, se convenció de que todo habia sido sueño, y ya la iglesia, la turba, el capuchino habian desaparecido, á excepcion del dolor en el lado izquierdo. Palpitábale penosamente el corazon con fuerza no acostumbrada, le zumbaban los oídos, y sentia un ardor interior y gran pesadez en todos los miembros, peor que cuando se metió en la cama. Titubeó algun tiempo ántes de mirar la parte dolorida; la descubrió por fin; horrorizado puso en ella la vista, advirtió un asqueroso tumor amaratado.

Túvose en el acto por perdido: invadióle el terror de la muerte, y quizá más que el de la muerte el de caer en las manos de los monatos para ser conducido y arrojado al Lazareto. Y discurriendo acerca del modo de evitar tan horrible suerte, se confundia su imaginacion notando que por momentos se le perturbaba el sentido, y que pronto le quedaria á lo más el suficiente conocimiento para entregarse á la desesperacion. Echó mano arrebatadamente de la campanilla y la sacudió con violencia. Presentóse el *Canoso*, que ya estaba en acecho, se paró á corta distancia de la cama, y mirando con atencion á su amo, se confirmó en lo que la noche ántes habia conjeturado.

Incorporóse D. Rodrigo con trabajo, y sentándose con fatiga en la cama, le dijo:

— ¡*Canoso!* tú fuistes siempre el que más mereció mi confianza.

— Sí, señor.

— Siempre te he hecho mucho bien.

— Bondad que le debo á vuestra señoría.

— ¿Podré fiarme de ti?

— ¡Vaya, señor!

— ¡*Canoso*, estoy malo!

— Ya lo he conocido.

— Si me pones bueno, haré por ti más de lo que he hecho hasta ahora.

Nada contestó el *Canoso*, aguardando en qué iba á parar aquel preámbulo.

— De nadie quiero fiarme sino de ti, — prosiguió D. Rodrigo. — Hazme un favor, *Canoso*.

— Mande vuestra señoría, — dijo el *Canoso*, contestando con la fórmula acostumbrada á aquella no acostumbrada propuesta.

— ¿Sabes tú dónde vive el cirujano Chiodo?

— Sí, señor, mucho.

— Es hombre honrado, que pagándole bien, ocultará mi enfermedad. Véte á llamarlo: dile que le daré cuatro ó seis escudos por cada visita, y más si quiere; y que venga al momento. Haz bien la diligencia, de modo que nadie lo note.

— ¡Bien pensado! — dijo el *Canoso*. — Voy y vuelvo volando.

— Aguarda, *Canoso*: dáme ántes un poco de agua: tengo un ardor interior que me devora.

— No, señor, — contestó el *Canoso*; — nada sin que lo mande el facultativo. Estas enfermedades son endiabladas: no hay que perder tiempo. Estése vuestra señoría quieto, que en cuatro minutos estoy aquí con el cirujano.

Dicho esto, salió cerrando la puerta.

Acurrucado D. Rodrigo, le acompañaba con la imaginacion, contando los pasos y calculando el tiempo. Miraba de cuando en cuando el costado izquierdo; pero al punto apartaba la vista con horror. Pasado un rato, comenzó á estar con el oído atento, aguardando por instantes al cirujano, y este esfuerzo de atencion suspendia la sensacion del mal, y tenia á raya los pensamientos, cuando de repente oye un sonido de campanillas que, aunque lejano, no parecia venir de la calle, sino del interior de la casa. Aplica más el oído, y lo oye más fuerte y más á menudo, y al mismo tiempo ruido de muchas pisadas.

Le pasa por la mente una horrible sospecha; se sienta en la cama; pone más atencion, y oye en la pieza inmediata cierto golpe sordo como de cosa de peso que con cuidado se descarga en el suelo. Echa las piernas fuera de la cama

en acto de levantarse; mira á la puerta, la ve abrirse, y ve entrar y acercarse dos vestidos encarnados, asquerosos y rotos, dos caras de hereje; en una palabra, dos sepultureros, y ve la mitad del rostro del *Canoso*, que oculto detras de una puerta entornada, estaba en observacion.

— ¡ Ah traidor infame!... ¡ Fuera, canalla! ¿ Blondin?... ¿ Carlitos? ¡ Socorro! Que me asesinan, — grita D. Rodrigo.

Y metiendo la mano debajo de la cabecera, saca una pistola; pero ya al primer grito se habian arrojado á la cama los dos monatos, y el más listo que ya estaba sobre él, le arranca de las manos la pistola, la arroja, le obliga á tenderse, y sujetándole en aquella postura, grita con tono de rabia y escarnio:

— ¡ Ah bribon! ¡ contra los sepultureros!... ¡ Contra los ministros de la Junta! ¡ contra los que ejercen las obras de misericordia!

— Tenle bien firme hasta que nos le llevemos, — dijo el compañero, dirigiéndose á un armario.

Y en esto entró el *Canoso*, y se puso con él á forzar la cerradura.

— ¡ Malvado! — gritaba á más no poder D. Rodrigo, mirándole por debajo del que lo tenía sujeto, y forcejando entre aquellos robustos brazos. — Dejarme, — decia en seguida á los sepultureros, — dejarme que mate á ese malvado, á ese pérfido, y luégo á los demas criados: pero todo era inútil, pues el abominable *Canoso* los habia enviado muy léjos con supuestas órdenes del mismo amo, ántes de ir á proponer á los sepultureros aquella expedicion y el repartimiento de los despojos.

— ¡ Quieto! ¡ Quieto! — decia al malaventurado D. Rodrigo el sayon que le tenía clavado en la cama, y volviendo despues la cara á los que estaban saqueando: ¡ Cuidado! — les decia, — ¡ cuidado con hacer las cosas como hombres de bien!

¡ Tú! ¡ tú — decia enfurecido D. Rodrigo al *Canoso*, viéndole afanado en romperlo todo, y en sacar ropa y dinero, y

repartirlo. — ¡ Tú! Cuando... ¡ Ah monstruo del infierno! Acuérdate que puedo curar, sí, puedo ponerme bueno.

Sin resollar el *Canoso*, ni siquiera se volvía á mirar de dónde venian aquellas palabras.

— Tenle bien firme, — decia el sepulturero: — está frenético.

En efecto, el infeliz vino á estarlo del todo. Despues de un último y más violento esfuerzo de gritos y contorsiones, cayó sin fuerza y sin aliento, y como estúpido; sin embargo, miraba todavía como encantado, y de cuando en cuando hacia algun movimiento, con algunos lánguidos ayes.

Cogiéronle los monatos uno por los piés y otro por los hombros, y le trasladaron á una camilla que habian dejado en la pieza inmediata: el uno de ellos volvió luégo á recoger el botín y levantando despues al infeliz D. Rodrigo se lo llevaron.

De lo que habia quedado se detuvo el *Canoso* escogiendo lo que le pareció convenirle, hizo de todo un lío y tomó la puerta. Tuvo gran cuidado de no tocar á los sepultureros, y de que ellos no le tocasen; pero con el afan de hurgar y registrarlo todo, cogió del lado de la cama los vestidos del amo, y sin pensar en otra cosa, los sacudió para ver si habia dinero; mas al otro día pagó su merecido, pues mientras estaba comiendo y emborrachándose en una taberna, le acometieron fuertes calofríos, se le anublaron los ojos, le faltaron las fuerzas y cayó al suelo. Abandonado de todos, fué á parar á manos de los monatos, los cuales, despues de haberle quitado cuanto tenía de algun valor, lo echaron en un carro en que espiró ántes de llegar al Lazareto, donde habian llevado á su amo.

Dejando ahora á D. Rodrigo en aquella morada de dolor, conviene ir en busca de otro, cuya historia jamas habria tenido relacion alguna con la suya, á no haberse empeñado en ello á la fuerza; y áun se puede asegurar que no habria historia ni de uno ni de otro. Hablo de Lorenzo, á quien,

bajo el nombre de Antonio Révuelta, dejamos en su nueva fábrica de seda.

A los cinco ó seis meses, salvo error, de su permanencia en ella, habiéndose declarado enemigos la república de Venecia y la España, y habiendo cesado de consiguiente todo recelo de reclamaciones por parte de esta última potencia, se apresuró Bartolo á ir por él y á traerle otra vez consigo, tanto porque le queria, como porque siendo Lorenzo más inteligente y hábil en su oficio, era en una fábrica de grande utilidad y auxilio para el maestro principal, sin que pudiese jamas aspirar á este puesto por no saber escribir. Como esta razon entró alguntanto en el procedimiento de Bartolo, nos vemos precisados á indicarlo. Quizá nuestros lectores quisieran un Bartolo más ideal, esto es, distinto de lo que generalmente son los hombres: no sé qué decir á eso, sino que se lo fabriquen á su gusto. Aquel era como yo le describo.

Desde entónces quedó Lorenzo trabajando siempre con él. Más de una vez, y aún más de dos, especialmente despues de haber recibido algunas de las cartas de Ines, se le metió en la cabeza el sentar plaza y abandonarlo todo: las ocasiones no faltaron, porque justamente entónces la república tuvo várias veces necesidad de alistar gente, y la tentacion fué tanto más fuerte para Lorenzo, cuanto se habló de invadir el ducado de Milan, en cuyo caso no dejaria de parecerle una linda cosa volver á su casa como vencedor, ver de nuevo á Lucía, y entrar de una vez en explicaciones con ella; pero Bartolo supo siempre con buen modo disuadirle de se mejante resolucion.

— Si han de entrar, — le decia, — entrarán tambien sin ti, y tú podrás ir luégo con toda comodidad y cuando quieras: y si vuelven con la cabeza rota, ¿no será mejor no haberse metido en semejante danza? No faltarán desesperados que vayan á este viaje; pero ¿cuánto les costará meter allí los piés? Yo por mi parte soy incrédulo. Estos ladran; pero ¡vaya! El Estado de Milan no es una guinda para tragárselo así como quiera. Se trata de la España, amigo mio; ¿sabes tú lo que

es la España? San Márcos es fuerte en su casa; pero no basta. Ten paciencia. ¿No estás bien aquí? Yo bien comprendo lo que quieres decirme; pero si la cosa está de Dios, ella se hará, y mejor no haciendo desatinos. Algun santo te ayudará. Créeme, Lorenzo, ese oficio no es para ti. ¿Te parece que es lo mismo ir á matar gente que devanar seda? ¿Cómo te podrias avenir tú con los soldados? Para eso se necesitan hombres á propósito.

Otras veces pensaba Lorenzo ir á su país de oculto, disfrazado y con otro nombre; pero tambien de esta idea siempre supo distraerle Bartolo con razones muy fáciles de adivinar.

Declarada luégo la peste en el ducado de Milan, y cabalmente, como hemos dicho, en la parte limitrofe con el país de Bérgamo, no tardó mucho en introducirse allí tambien... y... No hay que asustarse, lectores míos, creyendo que yo me dispongo á referir igualmente la historia de esta. Para el que la quisiere leer la hay escrita. Lo que yo iba á decir era que tambien Lorenzo contrajo la enfermedad, y se curó por sí solo, que es lo mismo que decir que no hizo nada. De todos modos, estuvo á la muerte; pero su buena complexion resistió la fuerza del mal, y en pocos dias se halló fuera de peligro. Con haber recobrado la salud se renovaron con más vigor en su ánimo los antiguos cuidados de la vida, los deseos, las esperanzas, los recuerdos y los proyectos, que es como si dijéramos que pensó más que nunca en Lucía.

« ¿Qué será de ella, decia para sí, en un tiempo en que el vivir puede considerarse como una excepcion? ¡En tan corta distancia no saberse nada! ¡Y sabe Dios cuánto durará semejante incertidumbre! » Mas aún cuando esta se hubiese disipado, aún cuando pasado todo peligro hubiese sabido que Lucía estaba viva, quedaba siempre ese nudo que desatar, ese grave inconveniente del voto.

« Yo iré, decia para sí, yo iré á informarme de todo (y esto lo decia cuando aún no podia tenerse en pié) siempre que viva... ¡Ah! quiera el cielo que viva, que encontrarla, yo la

encontraré : de su propia boca oiré una vez qué es lo de esa promesa ; le demostraré que no puede ser, y me la traeré conmigo, y también á esa buena Ines, si no ha muerto. Pobrecilla ! ¡Y cómo me ha querido siempre ! Yo estoy seguro de que todavía me quiere... Pero ¿y la requisitoria ? Mal será que los que han quedado vivos tengan ahora gana... Otras cosas llamarán su atención : ¡aquí mismo andan sueltos tantos perillanes que tienen mayores motivos que temer !.... ¿Sólo para los bribones ha de haber salvoconducto?... Y en Milan, según dicen, la confusión llega á su colmo. Si deo escapar ocasion tan buena, no vuelvo á encontrar otra. » Esta ocasion tan buena era nada ménos que la peste, y aquí se ve de qué modo puede hacernos emplear las palabras el bendito instinto de contraerlo todo á nosotros mismos.

No pierdas la esperanza, amigo Lorenzo.

Apénas pudo andar y salir de su casa, se fué á buscar á Bartolo, el cual hasta entónces habia conseguido librarse de la peste, y vivia retirado. No quiso entrar en su casa, sino que dándole una voz desde la calle, le hizo asomar á la ventana.

— ¡Ah ! ¡Ah ! — dijo Bartolo. — ¡Qué bien has escapado ! ¡Cómo me alegro !

— Tengo todavía, como ves, bastante debilidad en las piernas, pero en cuanto al peligro, ya estamos libres.

— Quisiera yo hallarme como tú. Otras veces diciendo uno : estoy bueno, todo lo decia ; pero ahora de nada sirve. La buena palabra es decir : estoy mejor.

Lorenzo despues de haber animado á su primo con palabras de esperanza y buen vaticinio, le comunicó su resolución.

— Esta vez — contestó el primo — no me opongo á que te vayas. ¡Que Dios te acompañe y te bendiga ! Procura librate de la justicia, como yo procuraré librarme de la peste y si Dios quiere que los dos salgamos bien, nos volveremos á ver.

— Por lo que á mí toca, la vuelta es segura ; ¡así pudiera no volver solo ! Basta, veremos.

— Me alegraré que vuelvas acompañado ; que si Dios quiere, trabajaremos todos ; viviremos en amor y compañía : Falta que tú me encuentres vivo, y que haya pasado este infernal influjo.

— Sí, sí ; espero que no tendrás novedad. No dudes que nos volveremos á ver.

— ¡Dios lo haga ! repito. Adios, Lorenzo.

— Adios Bartolo.

Pasó Lorenzo varios dias haciendo mucho ejercicio para adquirir fuerzas ; y en cuanto le pareció que podia sopor- tar el viaje, se dispuso á emprenderlo. Se ciñó al cuerpo debajo del vestido un cinto con sus cincuenta escudos, que tenía intactos, y de los cuales á nadie habia dicho palabra, ni siquiera á Bartolo : agrególes otro dinerillo que habia ahorrado, viviendo con grande economía ; cogió debajo del brazo un lio con alguna ropa ; metió en el bolsillo un certificado de buena conducta, bajo el nombre de Antonio Revuelta, que le dió su segundo amo ; en el de los calzones metió su gran cuchillo, que era lo ménos que en aquel tiempo podia llevar un hombre de bien, y á últimos de Agosto se puso en camino, tres dias despues de haber sido llevado al Lazareto D. Rodrigo. Dirigióse desde luégo á Lecco, queriendo, ántes de aventurarse á ir á Milan, pasar á su pueblo, en donde esperaba encontrar á Ines viva, y empezar allí á tomar alguna noticia de las cosas que tanto anhelaba saber.

Los pocos que habian curado de la peste, en medio de la poblacion, se podian considerar como una clase privilegiada, y los que hasta entónces se habian preservado, vivian en continua zozobra, tristes, macilentos y recelosos, pues todo podia ser contra ellos arma de herida mortal.

Los primeros por el contráριο, sin ninguna especie de sobresalto (pues el tener dos veces la peste era caso, no raro, sino prodigioso), se paseaban con desembarazo y franqueza á manera de los caballeros de la Edad média, que armados de punta en blanco, y montados en caballos tam-

bien cubiertos de hierro, andaban (segun su denominacion de caballeros andantes) á tontas y á locas entre una pobre chusma pedestre de gente del pueblo, que sólo tenían andrajos para rechazar los golpes. ¡Famosa procesion para hacer el primer papel en un tratado de economia política!

Con igual seguridad, aunque acibarada á vista de tantas calamidades, caminaba Lorenzo hácia su casa bajo un cielo sereno y por un país hermoso, pero con el desconuelo de no encontrar, despues de largos trechos de una triste soledad, sino alguna sombra vagante en lugar de persona viva, ó cadáveres conducidos al hoyo sin las acostumbradas exequias ni el patético són de cantos fúnebres. Como á cosa de la mitad del camino, se paró en un bosquecillo á comer un poco de pan y fiambre de que iba provisto. De fruta tenía á su disposicion en todo lo largo del camino más de la necesaria: higos, albaricoques, ciruelas, sin más trabajo que entrar en un campo y tomarlas de las ramas, ó coger del suelo las más maduras caidas bajo el árbol; porque además de que el año era extraordinariamente abundante de peras y manzanas, no habia casi quien hiciese caso de ellas. Las uvas también eran tantas, que los racimos ocultaban las hojas, quedando á disposicion del primero que quisiese cogerlas.

Al caer el día divisó su pueblo. Aunque debia estar preparado á aquella vista, sintió no obstante un latido en su corazón. Acometjéronle de golpe mil recuerdos dolorosos y mil penosos presentimientos. Sonábale en los oídos aquel siniestro tocar á rebato que le acompañó y persiguió al huir de su país, y le afligia al mismo tiempo el mortal silencio que allí reinaba entónces. Turbóse sobremanera al desembocar en la plazuela de la iglesia; pero mayor debia ser la turbacion que experimentase al llegar al término de su viaje; pues se habia propuesto pasar á aquella casa que en tiempos más felices solia llamar de Lucía. Ahora todo lo más podia ser de Ines, y la única gracia que pedia al cielo era encontrarla viva y buena. En esa misma casa era donde tenía ánimo de hospedar-

darse, conjeturando con razon que ya la suya no sería sino morada de insectos y ratones.

Para llegar, pues, á su destino sin atravesar el pueblo, tomó una senda á su espalda, la misma por donde vino en tan buena compañía aquella noche de feliz memoria en que trató de sorprender al Cura. Á cosa de la mitad estaba por una parte la viña, y por la otra la casita de Lorenzo; así que de paso podia entrar en una y otra, para ver el estado de su hacienda.

Prosiguiendo su camino, no dejaba de mirar adelante, de-



¡Hola, Antoñuelo! — le dijo, parándose delante de él.

seoso á un tiempo y temeroso de encontrar á alguno. Á pocos pasos vió, con efecto, á un hombre en cuerpo de camisa, sentado en el suelo con las espaldas apoyadas en un seto de jazmines y con apariencia de insensato. Tanto por esta como por la cara le pareció que era aquel zote de Gervasio que hubo de ser segundo testigo en la desgraciada expedicion; pero acercándose vió que era en su lugar el despierto Antoñuelo que le habia llevado. Quitándole la enfermedad el vigor del cuerpo y del espíritu, habia dejado que desarrollase en su

rostró y todos sus actos un pequeño y oculto gérmen de semejanza que tenía con su desmemoriado hermano.

— ¡Hola, Antoñuelo! — le dijo, parándose delante de él; — ¿eres tú?

Clavóle Antoñuelo los ojos en la cara sin mover la cabeza.

— ¡Antoñuelo! ¿no me conoces?

— Al que le coge, le coge, — contestó Antoñuelo, quedando luégo con la boca abierta.

— ¿Conque la tienes encima? ¡Pobre Antoñuelo! ¿Ya no me conoces?

— Á quien le coge, le coge, — replicó el pobre insensato con una necia sonrisa.

Viendo Lorenzo que nada más sacaría, pasó adelante muy contristado; cuando al volver una esquina vió venir una cosa negra, que conoció inmediatamente ser don Abundo.

Caminaba paso á paso con su baston á modo de quien lleva y es recíprocamente llevado, y á medida que se acercaba se iba advirtiendo en la palidez y flaqueza de su rostro, y en todas sus facciones, que él también había corrido su borrasca. Miraba él igualmente; le parecía, y no le parecía; notaba en el traje alguna cosa de forastero, y efectivamente era el traje del país de Bérgamo.

« No hay duda en que es él, » dijo para sí, y levantó las manos al cielo en ademan de una admiracion nada grata; y quedando suspendido en el aire el baston que tenía en la mano derecha, se veían bailar en las mangas del vestido aquellos descarnados brazos que en otro tiempo las llenaban cumplidamente. Apresuróse Lorenzo á alcanzarle, y le hizo una reverencia; pues aunque se separaron la última vez, como saben nuestros lectores, le miraba siempre como su Cura párroco.

— ¡Conque estás aquí tú! — exclamó D. Abundo.

— Aquí estoy: ya usted lo ve. ¿Se sabe algo de Lucia?

— ¿Qué quieres que sepa yo? Nada se sabe: está en Milan, digo, si todavía está en este mundo. Pero tú...

— ¿Y su madre vive?

— Puede ser; pero ¿quién quieres tú que lo sepa? No está aquí; no obstante...

— ¿Dónde se halla?

— Ha ido á vivir á Valsasina, en casa de aquellos parientes suyos de Pasturo, ya sabes. Dicen que allá la peste no hace tantos estragos como por acá. Pero... digo...

— Lo siento á la verdad. ¿Y el padre Cristóbal?

— Hace poco tiempo que marchó. Pero...

— Ya lo sabía; me lo escribieron. Preguntaba si habia vuelto por acá.

— ¡Disparate! Ya no se ha sabido más de él; pero tú...

— También es cosa que siento en el alma.

— ¿Pero tú qué vienes á hacer por acá? ¡Válgame Dios! ¿Te has olvidado de la requisitoria?

— No importa. Ahora tienen otras cosas en que pensar. En fin, he querido venir á ver cómo está mi casa. ¿Y efectivamente no se sabe?...

— ¿Qué quieres ver? Ya casi no queda nadie, ni nada. Y digo, con aquella requisitoria encima, venirse aquí, venirse á meter en la boca del lobo. ¡Vaya! ¡Qué poco juicio! Haz lo que te aconseja un viejo que tiene más experiencia que tú, y que te habla porque te estima. Atate bien los zapatos, y ántes que álguien te vea, vuélvete adónde has estado hasta ahora, y si alguno te ha visto, vuélvete más aprisa. ¿Te parece que este es buen aire para ti? ¿No sabes que vinieron y revolviéron toda tu casa?

— Demasiado lo sé: ¡qué bribones!

— Pues bien...

— Si le digo á usted que no se me da cuidado. ¿Y aquel malvado vive? ¿Está aquí?

— Te digo que no hay nadie, te digo que no pienses en las cosas de aquí, te digo que...

— Pregunto si está aquí ese malvado.

— ¡Válgame Dios! Mira cómo hablas. ¿Es posible que despues de tanto como has sufrido no te hayas moderado?

— Pero ¿está ó no está?

— Vaya ; no está. Pero ¿ y la peste, hijo mio, y la peste ?
¿ Quién en estos tiempos anda por el mundo ?

— Sino hubiese más que la peste... digo para mí, que ya la he pasado, y estoy, y estoy horro.

— ¿ Pues luégo?... ¿ No son avisos estos ? Cuando se ha salido de una borrasca semejante, bien se pueden dar gracias á Dios.

— ¿ Y quién dice que yo no se las doy ?

— Y no meterse en otras. Haz, pues, lo que te digo.

— Y usted tambien, si no me engaño, la ha tenido.

— ¡ Sí, la he tenido, ¡ y muy fina. Estoy aquí por milagro. Basta decirte que me ha puesto como ves. Ahora era cuando necesitaba un poco de descanso para restablecerme. Ya empezaba á estar mejor... Por amor de Dios; ¿ qué es lo que vienes á hacer aquí ? Vuélvete...

— ¿ Qué empeño tiene usted en que me vuelva ? Para volverme, más valia no haberme venido. Dice usted : ¿ á qué vienes ? ¿ á qué vienes ?... Vengo á mi casa : ¿ tiene algo de extraño ?

— ¡ Tu casa !

— Dígame usted : ¿ ha muerto aquí mucha gente ?

— ¡ Ay ! ¡ Ay ! — exclamó D. Abundo.

Y empezando por Perpétua hizo una larga enumeracion de personas y familias enteras. Bien lo recelaba Lorenzo; pero al oír tantos nombres de conocidos, de amigos y de parientes (sus padres los habia perdido años hacia) estaba triste con la cara baja, y de cuando en cuando exclamaba :

— ¡ Pobrecillo !... ¡ pobrecilla !... ¡ pobrecillos !

— ¿ Qué te parece ? — continuó D. Abundo ; — y aún no se ha acabado. Si los que quedan no tienen juicio y no se dejan de locuras, hemos de ver el fin del mundo.

— Ya os entiendo. No tengáis cuidado, que no he de quedarme aquí.

— ¡ Gracias á Dios, ya te he convencido !

— Espero que no diga usted á nadie que me ha visto. Usted es mi párroco, yo una de sus ovejas, y no querrá venderme.

— Ya te entiendo, — dijo D. Abundo, suspirando con enfado ; — ya te entiendo ; tú te has perdido, y ahora quieres perderme á mí tambien ; ¿ no estás contento con lo que has pasado, ni te basta lo que he pasado yo ? Ya te entiendo.

Y barbotando continuó su camino.

Quedó allí Lorenzo triste y desconsolado, pensando en otro hospedaje. En la lista de los muertos que citó don Abundo, habia una familia de labradores que arrebató entera el contagio, á excepcion de un jóven de la edad de Lorenzo, y su compañero desde la niñez. La casa estaba á poca distancia fuera del pueblo, y allí determinó buscar posada.

Llegado cerca de su viña, infirió desde afuera el estado en que se hallaria. No salia por encima de la cerca ni un ramo, ni una hoja de las que él habia dejado, sino que todas eran hierbas crecidas en su ausencia. Acercóse á la entrada, que ya del portillo ni rastro siquiera habia, y echando una ojeada alrededor, exclamó : « ¡ Pobre viña ! » Durante dos inviernos consecutivos los vecinos del pueblo habian ido á hacer leña á ella. Cepas, moreras, frutales de toda especie, todo estaba arrancado, ó cortado desde el pié ; sin embargo, quedaban todavia los vestigios del antiguo cultivo : nuevos sarmientos en filas interrumpidas señalaban todavia las maltratadas ringleras, y aparecian de trecho en trecho retoños de moreras, albaricoques, perales, higueras y otros frutales ; pero ahogados y confundidos entre la espesa y enredada copia de ortigas, grama, zarzas y otras mil hierbas que los labriegos de todos los países han clasificado á su antojo con la denominacion de malas hierbas.

No se detuvo Lorenzo largo tiempo en mirar aquel destrozo, y como su casa estaba inmediata, no pudo resistirse al ansia de verla. Entró por el huerto, donde, como en la viña, crecian, en lugar de hortalizas y flores, plantas parásitas. Puso el pié en el umbral de uno de los dos cuartos bajos, y al asomarse, vió huir pavorosas con el ruido de sus pisadas, y cruzarse en varias direcciones, corpulentas ratas, notando al mismo tiempo un hedor insoportable que despedia una capa de paja

podrida y hedionda, la cual tendida por el suelo, había servido de cama á las tropas alemanas. Dió una mirada en redor á las paredes, y las vió desconchadas, ahumadas y sucias; levantó los ojos al techo, y le halló cubierto de espesas y polvorosas telarañas.

No había otra cosa. Salió echándose las manos al pelo, volvió por el huerto y por el mismo camino por donde había



Copia de ortigas, grama, zarzas.

entrado, y á los pocos pasos tomó una estrecha senda á la izquierda que conducía al campo, y sin encontrar alma viviente, llegó cerca de la casilla en donde pensaba parar. Iba anocheciendo; estaba su amigo sentado en un banquillo á la puerta de su casa, con los brazos cruzados sobre el pecho, y los ojos clavados en el cielo; á manera de un hombre abatido por las desgracias, y embrutecido por la soledad. Volviéndose aloír pisadas, miró quién era, y según lo que le pareció ver entre dos luces y las ramas, se puso de pié, y con las

manos levantadas, dijo en voz alta

— Aquí estoy solo: ¿no hice bastante ayer? Déjame en paz, que también en eso harás una obra de misericordia.

No sabiendo Lorenzo qué quería decir, le contestó llamándole por su nombre.

— ¡Lorenzo!... — dijo el amigo exclamando y preguntando á un tiempo.

— El mismo, — contestó Lorenzo.

Y los dos corrieron el uno hácia el otro.

— ¿Conque erestú? — dijo el amigo en cuanto estuvieron cerca. — ¡Ah! ¡cuánto me alegro de verte! ¿Quién lo creyera? Pensaba que era Pablito, el de los muertos, que no cesa de venir á molestarme para que vaya con él á enterrar. ¿Sabes que me he quedado sólo, solito como un ermitaño?

— Demasiado lo sé, — dijo Lorenzo.

Y de esta manera, trocando atropelladamente expresiones de afecto, preguntas y respuestas, fueron juntos á la casilla. Aquí, sin interrumpir el coloquio, se apresuró el amigo á obsequiar á Lorenzo del mejor modo posible en aquella sorpresa, y en aquel tiempo. Puso agua al fuego para hacer la polenta (1), y dejándosela encargada á Lorenzo, se marchó diciendo:

— ¡Amigo, estoy solo!

Volvió en breve con un cantarillo de leche, un poco de carne salada y un par de rábanos, con higos y melocotones. Dispuesto todo, y volcada la polenta sobre la mesa, se sentaron los dos á ella, dándose recíprocamente las gracias, el uno por la visita, y el otro por la acogida; y al cabo de dos años de no verse, advirtieron en un momento que eran más amigos de lo que creyeron serlo cuando se veían casi todos los días, porque á los dos les habían sucedido algunas de aquellas cosas que dan á conocer qué bálsamo tan precioso es la benevolencia, tanto la que se experimenta, como la que se encuentra en otros.

1. Gachas de harina de maíz bastante duras de que usan mucho los aldeanos y campesinos en la Lombardia.

Á la verdad, nadie podia ocupar en el ánimo de Lorenzo el lugar de Ines, ni consolarle por su ausencia, no sólo por el antiguo y particular afecto que le profesaba, sino tambien porque entre las cosas que deseaba aclarar, habia una de que ella sola tenia la clave. Estuvo algun tiempo dudando si ante todas cosas iria á buscarla, estando ya tan cerca; pero considerando que Ines nada podria saber de la salud de su hija, se confirmó en su primer propósito de ir en derechura á averiguarlo todo, arrostrando desde luego tan peligrosa empresa, para traer despues la noticia á su madre. Supo tambien de su amigo muchas cosas que ignoraba, y se impuso bien de otras de que no tenia noticias exactas, no ménos acerca de las aventuras de Lucia, que respecto de las persecuciones dirigidas contra él mismo, é igualmente cómo D. Rodrigo se habia marchado, rabo entre piernas, sin que hubiese vuelto á parecer en el país, y, en fin, todo aquel conjunto de sucesos. Aprendió tambien (y no era para él negocio de poca monta) á pronunciar claramente el apellido de D. Ferrante, que aunque Ines se lo hizo escribir por su secretario, estaba de tal modo escrito, y tal explicacion le dió su intérprete de Bérgamo, que si con aquella palabra hubiese ido á buscarle á Milan, probablemente no habria encontrado quien le comprendiese, y, sin embargo, aquel era el único rastro que podia dirigirle para saber de Lucia. Por lo que toca á la justicia, pudo cerciorarse de que no era peligro muy próximo para que pudiese darle cuidado. El señor Podestá habia muerto de la peste: no se sabia cuándo enviarian un sucesor: á casi todos los esbirros se los habia llevado igualmente la trampa, y los que quedaban no estaban para pensar en cosas añejas.

Tambien Lorenzo contó á su amigo sus aventuras, recibiendo en trueque mil historias del paso de las tropas, de la peste, de los untadores y de los maleficios.

— ¡ Qué cosas tan tristes ! — prosiguió el amigo, acompañando á Lorenzo á un cuartito en lo alto, que la peste habia dejado limpio de habitantes; — cosas que jamas hubiéramos pensado ver; cosas que nos dejarán desconsolados por

toda la vida; sin embargo, se encuentra algun alivio en hablar de ellas entre amigos.

Al ser de dia ya estaban abajo los dos, y Lorenzo en ademan y disposicion de viaje con su cinto debajo de la ropa, su gran cuchillo en la faltriguera de los calzones, y en lo demas ligero y desembarazado. El lio lo dejó en poder de su huésped, diciéndole :

— Si salgo bien, si la encuentro viva, si.. : basta; vuelvo por aquí, y corro á Pasturo á dar la buena noticia á la pobre Ines, y luego... Pero si por desgracia, que Dios no quiera... entónces... no sé lo que haré, no sé dónde iré; pero seguramente por estas partes no me volveréis á ver.

Y hablando de esta manera, de pié en la puerta que daba al campo, miraba en-rededor, con la cabeza levantada, la aurora de su país, que en tanto tiempo no habia visto. Anímole su amigo con vaticinios lisonjeros y palabras de esperanza. Quiso que tomase alguna provision para aquel dia, y despues de haberle acompañado largo trecho de camino, le despidió con nuevos presagios.

Tomó Lorenzo el camino poco á poco, pues sólo queria llegar aquella noche á las inmediaciones de Milan, para entrar la mañana siguiente y comenzar desde luego sus investigaciones. No hubo novedad alguna en el viaje, ni cosa que llamase particularmente su atencion, á no ser las acostumbradas miserias y calamidades. Paróse como el dia anterior en un bosquecillo á descansar un poco y tomar algun alimento. En Monza, pasando por una tienda en que vendian panes, pidió un par de ellos para en todo caso no hallarse desprevenido. Intimidándole el tendero para que no entrase, le acercó por medio de una paleta una cazuela con agua y vinagre, diciéndole que echase en ella el dinero, y hecho esto, le dió con unas tenazas los dos panes, de los cuales metió Lorenzo uno en cada bolsillo.

Al caer de la tarde llegó á Greco sin saber su nombre; sin embargo, entre lo que aún se acordaba de los sitios, á consecuencia del viaje pasado, y el cálculo del trecho andado

desde Monza, conjeturando que debía estar muy cerca de la ciudad, salió del camino real para buscar en el campo algun cortijo ó caserío en que pasar la noche, pues ya no queria nada con hosterías. Encontró más de lo que buscaba. Vió abierta la entrada de un seto que cercaba una casería, y habiendo entrado, advirtió que la casa estaba sin gente.

En un rincon de un gran pórtico había mucho heno amontonado y una escalera de manos. Miró varias veces alrededor,



Miró varias veces y se aventuró á subir.

y observando que nadie se presentaba, se aventuró á subir por la escalera al heno, sobre el cual, resuelto á pasar allí la noche, se quedó dormido para no despertarse hasta el alba. Al amanecer se acercó á gatas á la orilla de aquella gran cama, echó la cabeza fuera, y no viendo tampoco persona alguna, bajó por donde había subido, se metió por caminos excusados, tomando por norte la catedral, y despues de una brevísima caminita, vino á desembocar debajo de las murallas de Milan, entre la Puerta Oriental y la Puerta Nueva, muy próximo á esta.

CAPÍTULO XXXIV

Acerca del modo de entrar en la ciudad, Lorenzo había oído decir, así en confuso, que había una orden rigurosísima : que á nadie era permitida la entrada sin boleta de sanidad; pero que con todo entraba fácilmente el que sabía ayudarse algun poco, y aprovechar la ocasion oportuna. Esto era cierto, y aún dejando aparte las causas generales que contribuian á que en aquel tiempo toda orden fuese poco obedecida, y sin contar las particularidades que dificultaban la rigurosa ejecucion de esta, era tal el estado de Milan, que era difícil no ver que no había para qué guardarlas ni de quién, y que cualquiera que se aventurase á penetrar en la ciudad podia parecer más bien poco cuidadoso de su salud, que perjudicial á la de los habitantes.

Con estas noticias, el proyecto de Lorenzo era de intentar la entrada por la primera puerta á que llegase, y encontrando allí alguna dificultad, dar vuelta por afuera hasta dar con otra puerta por donde consiguiese introducirse, á sabe Dios cuántas puertas se figuraba que tendria Milan.

Llegado, pues, á vista de la muralla, se paró allí un poco, mirando en derredor, á manera del que no sabiendo adónde le convenga mejor dirigirse, parece que aguarda y pide á cualquier incidente algun indicio. Pero ni á su derecha ni á su izquierda veia otra cosa sino dos trozos de una calle torcida; al frente una parte de la muralla, y por ningun lado señal de alma viviente, sino que sólo en lo alto de un terraplen veia elevarse una densa columna de humo oscuro y craso, que saliendo se extendia formando grandes globos, y se disipaba luego por el aire, pardo y tranquilo. Eran camas, ropas y utensilios infectos que estaban quemando; y de estas hogueras había muchas, no sólo allí, sino en otras partes de la muralla.

El tiempo estaba cerrado, el aire grueso, y el cielo cubierto de una niebla igual y espesa que parecía negar el sol, sin prometer la lluvia. La campiña alrededor parte inculta, toda árida; la verdura descolorida, y ni siquiera una gota de rocío sobre las hojas lacias y caídas. Además aquella soledad y aquel silencio tan cerca de una inmensa masa de habitantes, añadian un nuevo motivo de consternación á las inquietudes de Lorenzo y contribuían á que fuesen más tétricos sus pensamientos.

Después de haber permanecido algunos instantes en este estado de incertidumbre, tomó á la derecha á la ventura hacia la Puerta Nueva, que, aunque inmediata, no podía descubrirla á causa de un baluarte que la ocultaba. Á los pocos pasos principió á llegar á sus oídos un retintín de campanillas que por intervalos cesaba, y volvía á empezar, y luego alguna voz humana. Caminó adelante, y al volver el ángulo del baluarte, la primera cosa que se le presentó en la explanada delante de la puerta, fué una casucha de madera, y á la puerta un centinela, apoyado en el mosquete con aire de cansancio y descuido. Tenía á la espalda una estacada con una gran puerta, esto es, dos pilastras que sostenían un tejadillo para preservar del agua la puerta de madera, que estaba de par en par abierta, igualmente que el postigo. Pero á la sazón delante de la puerta se hallaba justamente un triste impedimento, á saber, una parihuela en el suelo, en la cual dos sepultureros colocaban á un pobre para llevarse, y era el principal de los guardas, á quien había acometido poco antes la peste. Paróse Lorenzo en donde estaba, aguardando el fin de esta ceremonia. Acabada con la salida del cadáver, y no pareciendo nadie á cerrar el postigo, le pareció tiempo de hacer su ensayo. Dirigióse apresuradamente á él; pero el centinela con un mal gesto le dijo: « ¡ Eh! » Paróse Lorenzo en dos piés, y haciéndole del ojo, sacó una moneda, enseñándosela al descuido. El centinela, bien fuese por haber tenido ya la peste, ó bien porque tuviese más cariño á la plata que miedo al contagio, le hizo seña de que se la echase, y

viéndola caer á sus piés, dijo entre dientes: « Ea, pasa aprisa. » No aguardó Lorenzo á que se lo dijese dos veces; pasó la estacada, pasó la puerta, y marchó adelante sin que nadie lo advirtiese, ó hiciese caso de él; pero apenas había andado unos cuarenta pasos, cuando oyó detras otro grito de un guarda. Á éste hizo que no oía, y en lugar de volverse, aceleró el paso: « ¡ Eh! » gritó de nuevo el guarda con una voz que indicaba más bien coraje que gana de hacerse obedecer, y viendo que el otro no hacía caso, se encogió de hombros, y volvió á su covacha, como hombre que tenía más interés en no acercarse demasiado á los pasajeros, que en preguntarles quiénes eran.

La calle, entrando por aquella puerta, corría entónces, como ahora, derecha hasta el canal llamado el *Naviglio*, y sus orillas las formaban cercas de huertas, iglesias, conventos y pocas casas. Al remate de ella, y en medio de la que costea el canal, había una cruz llamada de San Eusebio, y por más que Lorenzo miraba adelante, no veía sino aquella cruz. Llegado á la encrucijada que cae casi en el medio de la calle y echando la vista á derecha é izquierda, vió á la derecha, en la gran calle que se llama de Santa Teresa, á un habitante que venía hacia él.

« ¡ Gracias á Dios! dijo para sí, que aquí viene un cristiano; » y entró inmediatamente en aquella calle con ánimo de tomar lengua del hombre que se aproximaba. Este también miraba de lejos como espantado al forastero, tanto más, cuanto advirtió que en vez de ir á sus negocios se le iba acercando. Cuando Lorenzo se halló á poca distancia, se quitó su sombrero, como serrano de buena crianza, y se dirigió más directamente al desconocido, el cual entónces, poniendo los ojos en blanco, dió un paso atrás, levantó un gran palo con punta de hierro que tenía en la mano, y poniéndoselo al pecho á Lorenzo empezó á gritar:

— ¡ Fuera! ¡ fuera! ¡ á un lado!

— ¡ Hola! ¿ qué es esto? — gritó también Lorenzo, apartándose al mismo tiempo y no teniendo de ningún modo

gana, como decia luégo al contar el lance, de entrar en disputas en aquel momento; volvió la espalda al descortes, siguió su camino, ó por mejor decir, la calle en donde estaba.

El suyo siguió tambien el hombre del palo, como furibundo y mirando atras con frecuencia, y llegado á su casa, contó cómo se le habia acercado un « untador » con modales de hipócrita cortesía, la cara de impostor y su botecito de unto, ó el cucurucho de los polvos, que en esto no estaba bien cierto, y que sin duda le hubiera hecho el tiro, á no haberle sabido apartar.

— Si llega á acercarse más aquel pícaro, — añadió, — le ensarto ántes que me tocase el bulto. La desgracia fué que estábamos en un paraje muy solitario; que si nos hubiésemos hallado en medio de Milan, llamo gente, y hago que se le echen encima; y no me queda duda de que se le hubiera hallado el infame tósigo en el sombrero; pero como allí estábamos solos, no hice poco en librarme sin buscar tres piés al gato, porque últimamente, unos pocos polvos se echan presto, y esos malvados tienen mucha habilidad, y ademas que el demonio los ayuda. Ya estará andando por Milan, y Dios sabe el destrozo que estará haciendo.

Este hombre miéntras vivió, que fueron muchos años, siempre que se hablaba de « untadores », repetía su caso y añadía : « Los que todavía sostienen que no es cierto no vendrán á decírmelo á mí; porque las cosas para hablar de ellas es necesario haberlas visto como yo. »

Léjos Lorenzo de figurarse el riesgo de que se habia escapado, y movido más de indignacion que de miedo, discurría en el camino acerca de aquella acogida, y suponía poco más ó ménos el concepto que aquel hombre habria formado de su persona; pero la cosa le parecia tan fuera de razon, que se persuadió de que aquél no podía ménos de ser un loco. « Sin embargo, decia para sí, la empresa empieza mal, muy mal : parece que hay una estrella fatal para mí en este Milan. Al entrar todo va perfectamente; pero así que estoy dentro,

se amontonan los contratiempos uno tras otro. Basta... Con la ayuda de Dios... Si encuentro... si llego á encontrar... todo lo daré por bien empleado. »

Llegado al puente, torció sin titubear á la izquierda por la calle llamada de San Márcos, pareciéndole que aquella debia conducir á lo interior de la ciudad; y prosiguiendo su camino volvía los ojos á todas partes, para ver si encontraba alguna alma viviente; pero sólo vió un cádaver desfigurado en el angosto foso que corre por algun trecho entre la calle y unas pocas casas, que entónces eran ménos. Pasado aquel trecho, oyó ciertas voces que al parecer le llamaban, y levantando los ojos hácia la parte de donde venian, vió á corta distancia, en un balcón de una casucha aislada, á una pobre mujer rodeada de unos cuantos niños, la cual, llamándole todavía, le hacía señas de que se acercase. Acudió Lorenzo al momento, y estando ya cerca :

— Joven honrado, — le dijo la mujer, — ¿querrá usted hacernos la caridad, ¡ así le ayude Dios! de avisar al Comisario de que hoy se han olvidado de nosotros? Nos han encerrado aquí como sospechosos, porque mi pobre marido ha muerto : han clavado la puerta, como usted ve, y desde ayer mañana ninguno ha venido á traerme de comer. Hasta ahora no ha pasado una alma que me haga esta caridad, y estos pobres inocentes se están muriendo de hambre.

¡De hambre! — exclamó Lorenzo, y echando mano á los bolsillos, sacó los dos panes diciendo : — Eche usted alguna cuerda para subirlos.

— Dios se lo pague : aguarde usted un momento, — dijo la mujer.

Y fué á buscar un canastillo y una cuerdecilla, como lo hizo. Acordóse entónces Lorenzo de los panes que encontró cerca de la cruz de San Dionisio, y decia para sí : « Esta es una restitucion, y quizá mejor que si yo hubiera hallado su propio dueño, porque esta es ademas una obra de misericordia. »

— En cuanto á lo que usted me dice, buena mujer, acerca

del Comisario, — prosiguió Lorenzo, — siento no poder servir á usted, porque soy forastero y no tengo conocimiento alguno de este país; pero como encuentre algun hombre



; De hambre! — exclamó Lorenzo, y echando mano á los bolsillos.

humano y bastante accesible para poderle hablar, se lo diré sin falta alguna.

Suplicóle la mujer que no dejase de hacerlo, y le dijo el nombre de la calle para que supiese indicarlo.

— Tambien usted — repuso Lorenzo — puede hacerme una caridad, sin que le sirva de molestia. ¿Sabrá usted darme razon de unos señores de Milan, la casa de ***?

— Yo bien sé — contestó la mujer — que hay estos señores en Milan; pero no sé la calle : siguiendo por allí, no

dejará usted de encontrar quién le dé noticias : cuidado no se olvide de nosotros.

— No tenga usted miedo, — dijo Lorenzo, y prosiguió su camino.

A cada paso oía aumentarse y acercarse un ruido que ya empezó á notar cuando estaba parado hablando con la mujer, ruido de ruedas, caballos y campanillas, y de cuando en cuando chasquidos de látigo y muchas voces.

Miraba adelante sin divisar cosa alguna, hasta que llegado al fin de aquella torcida calle, al desembocar en la plaza de San Márcos, la primera cosa que se presentó á su vista fueron dos vigas levantadas horizontalmente con unas cuantas garuchas colgando de ellas, y no tardó en conocer que era (cosa muy comun en aquel tiempo) el abominable tormento. Esta máquina de diabólica invencion, no sólo estaba puesta en aquel paraje, sino en todas las plazas y calles más espaciosas, para que los diputados de cada cuartel de la ciudad, autorizados ampliamente con las facultades más arbitrarias, pudiesen mandar aplicar á ella cualquiera que juzgasen merecer semejante castigo, con especialidad encerrados que quebrantasen la reclusion ó dependientes que faltasen á su deber. Era este uno de aquellos remedios excesivos é ineficaces que en aquel tiempo, y particularmente en circunstancias como aquellas, se empleaban con tanta profusion como abuso

Mientras estaba Lorenzo mirando aquel instrumento y oyendo acercarse aquel ruido, ve asomar por la esquina de la iglesia á un hombre tocando una campanilla, y detras dos caballos que alargando el cuello é hincando las patas, venian arrastrando fatigosamente un carro de muertos, al cual seguian otros tres, yendo al lado de los caballos varios monatos que los arreaban á latigazos, golpes y votos. Estaban los cadáveres la mayor parte en carnes, algunos mal envueltos en asquerosas sábanas, y todos amontonados y envueltos á manera de un grupo de culebras que lentamente se desarrollan al suave calor de la primavera. Á cada tropiezo, á cada

sacudimiento del carro, temblaban aquellas inanimadas masas, desarreglándose descompuestamente, y se veían cabezas quedar colgando, soltarse virginales cabelleras, y brazos pendientes ir golpeando sobre las ruedas, indicando á la vista, ya horrorizada, hasta qué punto podia aumentarse la repugnancia y fealdad de semejante espectáculo.

Entretanto, parado el jóven en aquel ángulo de la plaza, al lado de la barrera del canal, rezaba por aquellos muertos desconocidos, cuando de repente le ocurre un pensamiento terrible... « Si allí... si entre esos... ¡Ay Dios! no lo permitáis : borrad, Señor, de mi imaginacion semejante idea. »

En cuanto desapareció el fúnebre tren, echó á andar Lorenzo y atravesó la plaza, tomando la calle de la izquierda á la orilla del canal, sin otro motivo para elegirla que el haber tomado los carros el lado opuesto. Á los cuatro pasos tomó á la derecha el puente Marcelino, y por aquella tortuosa angostura fué á dar á la calle de Borgonovo; y mirando delante siempre con el objeto de hallar alguno de quien tomar lenguas, vió al otro extremo de la calle á un sacerdote en balandran, que con un baston en la mano estaba de pié arrimado á una puerta entornada, con la cabeza baja y el oído aplicado á la rendija, y poco despues le vió levantar la mano y dar la bendicion. Conjeturó que acababa de confesar á alguno, como en efecto era así, y dijo en su interior : « Este es mi hombre. Si un cura en sus funciones no tiene un poco de caridad y de buen modo, será menester decir que ya nada de eso queda en este mundo. »

El cura, entretanto, habiéndose separado de aquella puerta, venía hácia Lorenzo, caminando con mucha precaucion por el medio de la calle. Así que Lorenzo estuvo á cuatro ó cinco pasos de distancia, se quitó su sombrero, le indicó que deseaba hablarle, parándose al mismo tiempo en ademán de darle á entender que no trataba de acercársele indiscretamente. Paróse el sacerdote igualmente como para oír, plantando, sin embargo, su baston en el suelo delante de sí, para que en cierto modo le sirviese de baluarte. Hizo Lorenzo su

pregunta, á la cual satisfizo el cura no sólo nombrándole la calle donde estaba la casa por la cual preguntaba, sino que tambien, viendo que el pobre necesitaba de itinerario, se lo trazó con bastante claridad, indicándole, á fuerza de derechas é izquierdas, de iglesias y de cruces, las otras seis ú ocho calles que le faltaban para llegar á la que buscaba.

— Dios le conserve á usted la salud en estos tiempos, y siempre, — dijo Lorenzo.

Y ántes que el sacerdote se ausentase, le pidió otro acto de caridad en favor de la infeliz mujer olvidada en su casa. Dióle las gracias el caritativo eclesiástico, por haberle ofrecido la ocasion de proporcionar tan necesario auxilio á una desgraciada familia, y diciendo que iba inmediatamente á avisar á quien correspondia, prosiguió su camino.

Lorenzo tambien echó á andar despues de hacerle una reverencia, y en el camino iba repitiendo en su mente el itinerario para tener que preguntar lo ménos que fuese posible ; pero no es fácil figurarse cuán penosa era para él semejante operacion, no tanto por ser complicada, cuanto por una nueva agitacion que sobrevino en su ánimo. Conmoviéronle el nombre de la calle y las señas, sin embargo de que no sólo era la noticia que tanto deseaba, y sin la cual eran inútiles todas sus diligencias, sino que tampoco se le dijo cosa que fuese de malagüero, ni que pudiese hacerle sospechar alguna desgracia : ¿ pero qué ? la idea algo más distinta de un término inmediato en que iba á salir de una gran duda, y en que oíría decir : « Vive, ó ha muerto, » le acometió con tanta fuerza, que en aquel momento hubiera preferido estar á oscuras de todo, y áun al principio de su viaje, próximo á concluirse ; no obstante, cobró ánimo, diciendo entre sí : « ¿ Qué es esto ? si ahora empezamos á hacer niñerías, ¿ qué será en adelante ? » Animado, pues, algun tanto, siguió su camino internándose en la ciudad.

¡ Qué ciudad ! pero ¿ á qué traer á la memoria ahora lo que era el año anterior, cuando el hambre ?

Tenia justamenté que pasar Lorenzo por el paraje de más

afliccion, por el estrago de la enfermedad, esto es, por la enercujada llamada el *Carrobio* de puerta Nueva, donde entónces habia una cruz en la extremidad de la calle, y frente de ella, al lado del sitio en que se halla ahora San Francisco de Paula, una iglesia antigua con la denominacion de Santa Anastasia. Tal destrozo habia hecho en aquel punto la furia del contagio y la infeccion de los cadáveres, que los pocos habitantes que habian sobrevivido se vieron obligados á ausentarse; por manera que al paso que heria la vista del pasajero aquel aspecto de soledad y abandono, excitaban en su ánimo mil diferentes afectos las señales y las reliquias del pasado desastre. Apresuró Lorenzo el paso, consolándose con la idea de que no debía estar tan inmediato el paraje á que se dirigia, y con la esperanza de que ántes de llegar á él, encontraria cambiada á lo ménos en parte la escena. En efecto, á los pocos pasos llegó á un punto que podia llamarse ciudad de vivientes; pero tambien, ¡qué ciudad! y qué vivientes!

Cerradas por sospecha ó por temor todas las puertas, á excepcion de las que, por deshabitadas ó por invasion, estaban de par en par abiertas, otras clavadas y selladas por fuera por haber en la casa gente enferma ó muerta de la peste, otras marcadas con cruces, hechas con carbon, para indicar á los sepultureros que habia muertos que recoger, y todo allí más expuesto á la ventura que en otra parte, segun el humor del comisario de Sanidad, ú otro dependiente que, encontrándose allí, quisiese ejecutar las órdenes, ó cometer vejaciones. Tropezábase por todas partes con vendas purulentas, paja apestando, sábanas y andrajos asquerosos, no pocas veces con cadáveres de personas muertas repentinamente en la calle, ó dejados en ella para que los recogiera un carro, ó caidos de los carros mismos, ó arrojados por las ventanas. ¡Tal era el estado de embrutecimiento á que habia reducido los ánimos la perversidad é insistencia del contagio, extinguiendo en ellos todo estímulo de compasion y de respeto social! Cesado todo estrépito de talleres, todo ruido de coches,

todo pregon de vendedores, todo murmullo de gente, rara vez sucedia que interrumpiese aquel mortal silencio otra cosa sino el rechinar de los carros fúnebres, las quejas de los mendigos, los lamentos de los enfermos, los gritos de los frenéticos y las voces de los sepultureros. Al amanecer, al mediodía y al anochecer, daba una campana de la catedral el aviso para rezar ciertas oraciones dispuestas por el Arzobispo: respondian á aquella señal las campanas de las demas iglesias, y entónces era de ver asomarse las gentes á las ventanas y rezar en comun, y era de oír un susurro de voces y gemidos que, al paso que infundian tristeza, no dejaban de causar algun consuelo.

Muertas en aquella hora quizá las dos terceras partes de los vecinos, fugados, ó padeciendo una gran parte de los restantes, reducido á nada el concurso de afuera, de los pocos que andaban por las calles apenas se encontraba uno en quien no se manifestase algo de extraño, lo suficiente para indicar una funesta mudanza. Veíanse las personas más calificadas sin capa, parte esencialísima entónces de todo traje decente, sin sotana los eclesiásticos, sin hábito los frailes, en una palabra, desterrada toda forma de vestido que, extendiéndose con el aire, pudiese tocar alguna cosa, ó facilitar (que era lo que más se temia) su oficio á los *untadores*. Fuera de este cuidado de llevar la ropa muy ceñida al cuerpo, todos iban desaliñados y descompuestos, con las barbas muy largas los que las llevaban de ordinario, ó crecidísimas los que solian afeitarse, como tambien largo y desgredado el cabello, no sólo por aquel abandono que dimanaba de un continuado abatimiento, sino tambien porque se tenían por sospechosos los barberos, sobre todo desde que fué preso y condenado á muerte como *untador famoso* uno de ellos llamado Juan Jacobo Mora, nombre que conservó por largo tiempo gran celebridad de infamia, siendo así que la mereceria mucho mayor y más justa de lástima. Casi todos llevaban en la mano un palo, y algunos una pistola, como para amenazar á cualquiera que quisiese acercarse demasiado, y en la otra pas-

tillas de olor, ó bolas huecas de madera ó metal con esponjas dentro empapadas en vinagre medicinal, las cuales aplicaban de cuando en cuando á las narices. Otros llevaban al cuello un pomito con un poco de azogue que renovaban de tiempo en tiempo, persuadidos de que este metal tenía la virtud de absorber y retener todo efluviio pestilencial. Los caballeros mismos no sólo andaban por las calles sin su acostumbrado acompañamiento, sino que se les veía con su esportillo en el brazo ir comprando las cosas necesarias al sustento de la vida. Cuando dos amigos se encontraban en la calle, se saludaban de lejos por señas y de prisa. Tenían todos mucho que hacer para no tropezar en los asquerosos y mortíferos objetos de que estaba sembrado á veces enteramente el suelo. Cada uno procuraba ir por medio de la calle, temiendo siempre algun tropiezo, ó que cayese de las ventanas algun cadáver, ú otro peso funesto, como igualmente los polvos venenosos que, segun decian, á veces se habían dejado caer de allí sobre los pasajeros, ó recelando que las paredes pudiesen estar untadas. De esta manera la ignorancia cautelosa fuera de tiempo añadía ahora angustias á angustias, é infundía falsos temores en lugar de los racionales y saludables que desechó al principio.

Esto era lo ménos espantoso y ménos lastimero que cercaba á los sanos y á los que tenían alguna conveniencia.

Nosotros, despues de tantas imágenes de miseria, y pensando en otra aún más grave que tenemos que recorrer, no nos detendremos en describir el cuadro que presentaban los apestados que andaban arrastrando por las calles ó yacian en ellas, como eran los mendigos, los niños y las mujeres. Este cuadro era tal, que el que lo miraba podia considerar como una especie de doloroso consuelo lo que á los distantes y á nosotros se nos presenta á primera vista como el colmo de los males, esto es, el ver á qué corto número se redujeron los vivos.

Por entre esta desolacion habia ya andado Lorenzo una gran parte de su camino, cuando á pocos pasos de una

calle por donde debia torcer, oyó un confuso bullicio en el cual sobresalía aquel acostumbrado horrible campanileo.

Á la entrada de la calle, que era de las más espaciosas, vió en el medio de ella cuatro carros parados, y la misma baraunda que se advierte en un mercado de granos, de ir y venir gente, de llevar y cargar sacos : tal era la bulla en aquel punto. Los sepultureros que se metían en las casas, sepultureros que salían con una carga en el hombro que echaban sobre uno ú otro carro; algunos con traje encarnado; otros sin este distintivo, y muchos con otro más odioso de plumas y cintas de varios colores, que aquellos hombres soeces llevaban á modo de demostracion festiva en tanto luto. Salía de cuando en cuando de alguna ventana la voz lúgubre de : « Aquí, monato; y con voz todavía más siniestra, salía de aquel funesto enjambre la contestacion de « ahora, ahora; » ó en su lugar eran quejas de vecinos para que se apresurasen, á las cuales respondían los sepultureros con votos y blasfemias.

Entrando Lorenzo en la calle, aceleraba el paso, procurando no mirar aquellos estorbos, sino en cuanto era necesario para no dar en ellos, cuando su vista vagarosa tropezó en un objeto de una compasion que excitaba á contemplarle ; por lo cual se paró casi contra su voluntad. Bajaba del umbral de una de aquellas puertas y se dirigía á los carros una mujer, cuyo rostro, al paso que anunciaba juventud, ofrecía rastros de una hermosa suave, pero majestuosa, que brilla en el suelo de la Lombardía. Caminaba con fatiga, mas no con abandono : lágrimas no salían de sus ojos ; pero en ellos se veían las señales de haberlas derramado sin consuelo. Notábase en su dolor un no sé qué de sublime y de profundo, que indicaba un alma capaz de arrostrarle. Pero no era sólo su aspecto lo que en tanta suma de males excitaba tan particularmente la conmiseracion y reanimaba en su favor este sentimiento ya casi embotado en los torzones. Tenía en los brazos una niña

de unos nueve años de edad, muerta, pero compuesta con esmero, el cabello dividido en la frente, el traje blanco, cual si estuviera ataviada para una fiesta de largo tiempo prometida como premio.

Teníala, no tendida, sino sentada en el brazo izquierdo, arrimada á su pecho, como si estuviese viva, sino que sólo una manecita blanca como la cera colgaba de un lado sin



Se acerca un zafio sepulturero en acto de quitarle aquel peso querido.

movimiento, descansando la cabeza sobre el hombro de la madre con un abandono distinto del sueño: he dicho de la madre, pues aún cuando la semejanza de los rostros no hubiese acreditado que lo era, lo habría dado á conocer el dolor que expresaba en el suyo.

Se acerca á la mujer un zafio sepulturero en acto de quitarle de los brazos aquel peso querido, con una especie de involuntaria irresolución y desacostumbrado respeto; pero retirándose la mujer algun tanto, sin manifestar sin embargo ni desprecio ni enfado: « No, dijo: no la toquéis ahora,

quiero colocarla en el carro yo misma: tomad: » diciendo esto, abrió la mano, enseñó un bolsillo, y lo dejó caer en la que le alargó el monato, prosiguiendo en estos términos: « Prometedme que ni una hilacha le quitaréis de lo que tiene encima, ni permitiréis que otro la toque, enterrándola así como se halla. »

Púsose el monato la mano al pecho, y luégo apresurado y casi obsequioso, no tanto por la inesperada propina, como por un sentimiento de conmiseracion para él nuevo, se esmeró en hacer un poco de lugar en un carro, donde poner á la niña difunta. Despues de dar á esta la mujer un beso en la frente, la colocó en aquel sitio como en una cama; compuso bien su ropilla, tendió sobre ella un lienzo blanco, y dijo: « ¡ Adios, Cecilia! ¡ Descansa en paz! Tambien nosotros iremos esta noche para no separarnos nunca. Ruega, en tanto, por nosotros, que yo rogaré por tí y por los demas; » y vuelta luégo al sepulturero, añadió: « Cuando esta tarde volváis á pasar por aquí, subiréis por mí, y no por mí sola. »

Dicho esto, se metió en su casa, y casi al momento se presentó en el balcon teniendo en sus brazos otra niña más tierna, y que aunque viva, mostraba en el rostro todas las señales de la muerte. Allí se mantuvo contemplando las deplorables exequias de la mayor, hasta que echando á andar el carro, la perdió de vista y se retiró luégo. En aquel estado, ¿ qué le quedaria ya que hacer á la infeliz, sino colocar en la cama la única hija que le quedaba, echarse con ella, y morir á su lado, como la flor abierta cae con su boton al pasar la guadaña que iguala todas las hierbas del valle?

— ¡ Señor, — exclamó Lorenzo, — escuchad su súplica! ¡ llevadla á vuestro seno con esa criatura! ¡ Harto han sufrido!

Recobrado de aquella conmocion, y mientras discurría para traer á la memoria su itinerario, y saber si debía tomar la primera calle que encontrase, ó si torceria á la derecha ó á la izquierda, oye otro estrépito distinto que venía de aquel lado, formándole un conjunto confuso de voces im-

periosas, de débiles lamentos, largos gemidos, femeniles sollozos y chillidos de niños.

Siguió caminando con el corazón oprimido, y siempre temeroso, y al llegar á la encrucijada, viendo venir por un lado una turba confusa que se acercaba, se paró hasta que pasase. Era una multitud de enfermos conducidos al Lazareto; algunos echados á la fuerza se resistían, é inútilmente gritaban que querían morir en su propia cama, respondiendo con imprecaciones á los votos y blasfemias de los sepultureros que los conducían. Otros caminaban sin hablar ni dar muestras de dolor, como insensatos. Mujeres con sus niños en brazos, y niños que, más espantados al oír aquellas voces y al ver aquella comitiva, que de la idea confusa de la muerte, llamaban á sus madres, pedían sus brazos y volver á sus casas. ¡Ay desgraciados! Quizá la madre que creían haber dejado en la cama durmiendo, se había echado en ella acometida por el mal y sin sentido, para ser trasladada al Lazareto ó al hoyo, si el carro llegaba tarde. Quizá la madre (desgracia más digna de lágrimas) ocupada sólo en sus padecimientos, todo lo tenía olvidado, y hasta sus hijos, sin otro pensamiento más que el de morir tranquila. Sin embargo, en tanta confusión se veía aún algún ejemplo de constancia y piedad. Padres, hermanos, hijos, esposas, que sostenían á tan amados objetos, acompañándolos con palabras de cariño y consuelo: no adultos solos, sino niños y niñas que guiaban á sus hermanitos más tiernos, y con juicio y compasión varonil los animaban á ser obedientes, asegurándoles que los conducían adonde habría quien cuidase de ellos y los curase.

En tanta desolación, y á vista de tantos objetos de lástima y ternura, ocupaba con más fuerza y tenía suspenso el ánimo de Lorenzo un cuidado de muy distinta naturaleza. La casa debía estar muy inmediata, y ¿quién sabe si entre aquella muchedumbre?... Pasada por fin toda, y disipada la duda, se volvió Lorenzo á un monato que venía detras, y le preguntó por la calle y la casa de D. Ferrante.

« ¡Vaya en hora mala el payo! » fué la respuesta. No pensó sin embargo en replicar; pero viendo á dos pasos á un comisario que cerraba la comitiva, y tenía la cara algo más de cristiano, le hizo la misma pregunta. Indicándole el comisario con el bastón la parte de donde venía, le dijo: « La primera calle á la derecha, y la última casa grande á la izquierda. »

Con nueva y más fuerte agitación se dirige Lorenzo á aquel punto, y llegado á la calle, descubre desde luego la casa entre otras más humildes y de mezquino aspecto. Llega, se acerca á la puerta, que ve cerrada, y echa mano á la aldaba sin atreverse á moverla, como lo haría en una urna antes de sacar la cédula de que dependiese su vida ó su muerte. Resuélvese por fin, y da un fuerte aldabazo.

Al cabo de un corto intervalo, se abre un poco una ventana, y se asoma una mujer mirando á la puerta con un ceño que, al parecer, quería decir: ¿Enterradores? ¿Sayones? ¿Comisarios? ¡Untadores! ¡Demonios!

— Señora, — dijo Lorenzo mirando arriba y con voz tremula: — ¿está aquí sirviendo una muchacha forastera, que se llama Lucía?

— Ya no está, — respondió la mujer en acto de cerrar la ventana.

— Señora, ¡un momento por caridad! ¿Conque no está? ¿y dónde ha ido?

— Al Lazareto.

Y de nuevo iba la mujer á cerrar.

— Señora, ¡un instante por amor de Dios! ¿Con la peste?

— Ya, ¡miren qué novedad! ¡Eh! ¡vaya usted con Dios!

— Óigame usted un momento. ¿Estaba muy mala? ¿Hace mucho?

En esto cerró de véras la ventana.

— ¡Señora! ¡señora! ¡Una palabra en caridad! ¡Por el alma de sus difuntos!...

Pero todo era hablar á la pared.

No ménos afligido Lorenzo por el anuncio, que indignado

por el modo, agarró de nuevo la aldaba levantándola para llamar otra vez desesperadamente, y luego quedaba suspenso. Con semejante agitacion se volvía á ver si parecía alguno de la vecindad de quien pudiese tomar más informes, y adquirir mejores noticias; pero la primera y única persona que se le presentó fué otra mujer á la distancia de unos veinte pasos, la cual con cara que expresaba terror, odio, impaciencia y malicia, con ojos torcidos, como para mirar á dos partes, con la boca abierta, como para dar voces, sin atreverse á echar el aliento, y con levantar sus brazos descarnados, alargar y retirar sus manos arrugadas, y los dedos encorvados, como si quisiese atraer hácia sí alguna cosa, manifestaba querer llamar gente. Al encontrar su vista con la de Lorenzo, se puso más horrenda, estremeciéndose como persona cogida infraganti.

— ¿Qué diablos?... — dijo Lorenzo levantando tambien la mano hácia la mujer.

Pero esta, perdida la esperanza de que la prendiesen al descuido, dejó libre la voz, comprimida hasta entónces, gritando desaforadamente :

— ¡Un untador! ¡Un untador! ¡Á él, á él! ¡Un untador!

— ¿Quién? ¿Yo? ¡Ah, bruja embustera! Calla, — gritó Lorenzo, y dió un brinco hácia ella para intimidarla y hacerla callar.

Pero en aquel instante se acordó que más cuenta le tenía pensar en sus cosas. Á los chillidos de la mujer empezó á acudir gente de las dos partes, no tanta como en igual caso hubiera acudido en otro tiempo, pero sobrada para acogotar á un hombre. Abrióse en el mismo instante la ventana, y aquella misma mujer, poco ántes tan desatenta, se asomó ahora del todo gritando tambien ella :

— ¡Á él! ¡Á él! cogedle, que sin duda es uno de los bribones que van *untando* las puertas de las gentes honradas.

Decidió Lorenzo en un soplo que sería más acertado zafarse de aquella gente, que pensar en justificaciones; de consiguiente echó una mirada á una y otra parte para ver dónde

había ménos pueblo, y por allí picó de soleta. De un empujón apartó á uno que le impedía el paso; de un puñetazo en el pecho echó á rodar á otro que venía contra él, y de esta manera siguió galopando con el puño en el aire y bien apretado, para recibir á cualquiera que hubiese venido á metérselo entre los piés... Más adelante ya el camino estaba desembarazado; pero detras sonaban más fuertes y más repetidos los desagradables gritos : « ¡Un untador! ¡Á él!! Á él! » sintiendo Lorenzo al mismo tiempo acercarse las pisadas de los que más ligeros le perseguían. Con esto se convirtió la ira en rabia, y la angustia en desesperacion : púsosele una venda delante de los ojos, echó mano de su gran cuchillo, le desenvainó, paróse, tomó una postura de valentón, volvió la cara más ceñuda y más fiera que nunca y con el brazo tieso, blandiendo en el aire el reluciente acero, gritó con voz ronca, diciendo :

— El que sea guapo, que se acerque, ¡canalla! que yo le untaré de véras con este hisopo.

Pero vió con admiracion, y no sin placer, que ya sus perseguidores se habian parado á cierta distancia, y que gritando todavía, hacian con las manos levantadas señas á gente ajena detras de él. Volvióse y vió delante de sí, y no muy distante, lo que la turbacion no le habia permitido ver un momento ántes, á saber, un carro que venía hácia él, ó por mejor decir, una hilera de aquellos carros fúnebres bien conocidos con su acostumbrada comitiva, y más allá otro grupo de gente, que tambien deseaba echarse encima del untador y cogerle en medio, en cuanto dejase de impedírselo el mismo estorbo. Viéndose de esta manera entre la espada y la pared, le ocurrió que lo que para aquella gente era un objeto de terror, pudiera ser para él un medio de salvamento : pensó que no era tiempo de andarse en delicadezas; envainó su cuchillo, se retiró á un lado, tomó carrera hácia los carros, pasó el primero, advirtió en el segundo un buen espacio desocupado, midió el tiempo, pegó un brinco, y se quedó arriba plantado sobre el pié derecho, el izquierdo en el aire, y los brazos en alto

— ¡Bravo! ¡bravísimo! exclamaron á una voz los sepulcros, de los cuales unos seguían á pié el convoy, otros iban en los carros, y otros (¡cosa horrible!) sentados sobre los mismos cadáveres, chillaban con un gran frasco que daba la vuelta á la redonda. — ¡Hermoso salto!

— ¿Has venido á guarecerte bajo la protección de los monatos? — le dijo uno de los que iban en el carro. — Cuenta que estás tan seguro como en la iglesia.

Al acercarse el tren, la mayor parte de los enemigos volvió las espaldas, y se marchaban sin dejar no obstante de gritar: « ¡Al untador! ¡cogerle! » Algunos, sin embargo, se retiraban con más lentitud, y de cuando en cuando se detenían apretando los dientes y amenazando con gestos á Lorenzo, el cual por su parte contestaba meneando los puños en el aire.

— Déjame á mí, verás ahora, — le dijo uno de los enteradores.

Y arrancando de encima de un cadáver un pedazo de trapo asqueroso, le hizo un nudo aprisa en una de las puntas, y agarrándole por la otra á manera de honda, aparentó quererle arrojar contra aquellos obstinados, diciendo á gritos:

— ¡Aguarda, canalla, aguarda!

Horrorizados con esta amenaza, dieron todos la vuelta corriendo á punto el postre, de modo que Lorenzo no vió ya menearse sino talones y pantorrillas.

Celebraron los monatos con algazara y risotadas el triunfo, y acompañaron con voces de escarnio á los fugitivos.

— Ya ves tú, — dijo á Lorenzo el mismo sepulturero, — cómo nosotros sabemos defender á los hombres honrados. Uno de nosotros vale por ciento de esos cobardes.

— Cierto, te puedo decir que os debo la vida, y os doy las gracias.

— Nada, amigo, — replicó el sepulturero: — tú lo mereces, se ve que eres un guapo mozo. Haces bien en untar á esa canalla: úntalos bien, y acaba con ellos; que nada valen

sino cuando están muertos: en premio de la vida que hacemos, nos maldicen á todas horas, y están diciendo que acabada la peste, nos han de ahorcar á todos. Han de morir ellos ántes que la mortandad, y los sepulcros han de quedarse solos para cantar la victoria, y pasar buena vida en Milan.

— ¡Viva la mortandad, y muera la canalla! exclamó el otro.

Con este hermoso brindis, se echó á la boca el frasco, y teniéndolo con las dos manos, entre los traqueos del carro, se humedeció bien el gáznate; se le ofreció luego á Lorenzo, diciendo:

— Toma, bebe á nuestra salud.

— Os la deseo de corazón, — dijo Lorenzo; — pero muchas gracias: no tengo ganas de beber en este momento.

— ¡Bravo miedo has tenido, según parece! — dijo el monato. — Se me figura que eres un poco hombre: es menester otro desparpajo para ser untador.

— Cada uno se ingenia como puede, — dijo el otro sepulturero.

— Dámelo aquí á mí, — dijo uno de los que iban á pié al costado del carro, — que quiero echar otro trago á la salud de su dueño, que se halla aquí en esta hermosa compañía: allí, allí me parece que va, en ese otro hermoso coche.

Y con una atroz y maligna sonrisa señalaba el carro que iba delante de aquel en que estaba el triste Lorenzo. Acomodando luego el rostro á un acto de seriedad todavía más grotesco, bajó la cabeza hácia aquella parte, y dijo:

— Permita vuestra señoría que un pobre sepulturero disfrute algo de su bodega. Ya ve vuestra señoría la vida que hacemos: nosotros somos los que le hemos colocado en ese suntuoso coche para llevarle á que se pasee un poco: luego á los señores les hace daño el vino, pero nosotros tenemos buen estómago.

Y entre las carcajadas de los compañeros, agarró el frasco, le levantó; pero ántes de beber se volvió á Lorenzo, con tono de compasión envuelto en desprecio, le dijo:

— Sin duda el diablo con quien has hecho pacto debe ser bien jóven, porque á no haber sido por nosotros, hoy te la habías hallado.

Y entre risotadas y burlas se echó el frasco á pechos.

— ¿ Y á nosotros ? ¡ Ea ? ¿ á nosotros ? — dijeron gritando los del carro que iba delante.

Así que el pícaro bebió cuanto quiso, dió con las dos manos el frasco á los demas compañeros, los cuales lo pasaron de unos á otros, hasta que llegó á uno que después de apurarle, lo agarró del cuello, y dándole un par de vueltas, le tiró á que se estrellase sobre las losas, gritando :

— ¡ Viva la mortandad !

Después de estas palabras entonó una cancion de las suyas, y al momento acompañaron su voz todos los demas de aquel torpe coro. Resonaban en la silenciosa soledad de las calles la infernal cantinela, el sonido de las campanillas, el chillar de los carros, y las ruidosas pisadas de hombres y caballos, y retumbando en el interior de las casas, angustiaban el corazon de sus habitantes.

¿ Qué cosa habrá que en ciertas ocasiones no pueda servir de algo ? El apuro de un momento hizo para Lorenzo más que tolerable la compañía de apuellos muertos y de aquellos vivos, y era música casi agradable á sus oídos la que le evitaba el embarazo de conversar con gente tan abominable. davjoTa, entre azorado y revuelto, daba gracias á la Providencia por haberle sacado de aquel conflicto sin haber recibido ni haber hecho daño alguno, y le pedía que le ayudase ahora á librarse de sus mismos libertadores. Por su parte, estaba en acecho, ya volviendo la vista hácia aquellos desalmados, ya mirando la calle para encontrar la ocasion de escurrirse á la sordina sin darles márgen á meter bulla, ó armar algun escándalo que diese en qué sospechar á los que pasasen.

Cuando hé aquí que al volver de una esquina, le pareció conocer el paraje en que se hallaba, y examinándole con más atencion, le reconoció por más de una seña. Era justamente

el coso de Puerta Oriental, el mismo por donde unos veinte meses ántes habia entrado muy despacio, y habia salido luégo más que de prisa. Acordóse al momento que por allí iba en derechura al Lazareto, y el hallarse casualmente en el camino que buscaba, sin haber practicado diligencia alguna por su parte, lo tuvo por un beneficio especial de la Providencia, y un presagio feliz para lo restante.

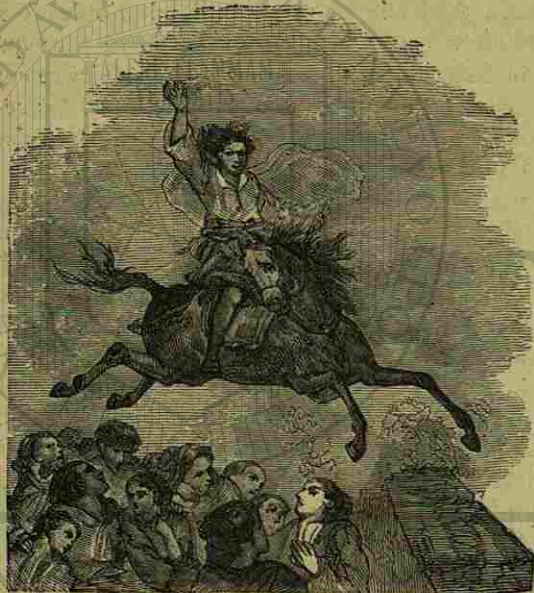
En esto venía hácia los carros un comisario dando voces á los sepultureros para que parasen, y no sé para qué otra cosa. Lo cierto es que hicieron alto, y la música se convitió en una confusa algazara. Ya uno de los monatos se habia bajado del carro en que estaba Lorenzo, y este diciendo al otro : « Os doy gracias por vuestra caridad, Dios os lo pague, » se deslizó por el otro lado.

— Anda, anda, pobre untadorcillo, — contestó aquél ; — no seras tú el que despuebles á Milan.

Por fortuna, nadie habia que pudiese oirlo. Como el convoy se habia parado en la acera izquierda del coso, tomó Lorenzo la derecha, y cosiéndose á la pared, siguió trotando hácia el puente ; pasóle, siguió la calle del Borgo, conoció el convento de los Capuchinos : cerca de la puerta vió sobresalir el ángulo del Lazareto, y al salir por el postigo se presentó á su vista la escena exterior de aquel recinto que, siendo ántes un pequeño indicio del paraje, se habia trasformado ya en un cuadro inmenso, variado é imponderable.

Por toda la extension de los dos costados que se descubren mirando desde aquel punto, todo era un enjambre, un flujo y reflujo, un continuo tropel. Enfermos que á bandadas eran conducidos al Lazareto ; muchos estaban sentados ó tendidos en las dos orillas del foso que corre por ambos lados del camino, unos por faltarles las fuerzas para entrar en el recinto, y otros por haber salido desesperados, y no haber tenido aliento para pasar más adelante. Otros enfermos vagaban á la desbandada como estólidos, y no pocos enteramente faltos de razon. Quién enfervorizado estaba contando sus cuitas á otro, que oprimido por el mal, apenas le escuchaba ; quien

desvariaba irriso, y quién risueño en apariencia, estaba como quien asiste á una diversion ; pero la especie más extraña y ruidosa de aquella triste algazara era un cantar alto y continuado que, aunque parecía partir del bullicioso concurso, sobresalía, sin embargo, de todas las demas voces, una cancion popular de amor festivo y jocoso de las llamadas



Era un frenético que, viendo aquel animal suelto.

pastorelas. Y siguiendo al sonido para saber quien en tanta afliccion podia estar alegre, se veia á un infeliz, que sentado tranquilamente en el foso que lame la cerca del Lazareto, cantaba á voz en grito mirando hácia arriba.

Apénas habia dado Lorenzo algunos pasos por el lado meridional del edificio, cuando se levantó una gritería extraordinaria con las voces lejanas de : » Cuidado ; tenedle, tened-

le. » Pónese Lorenzo de puntillas, atisba adelante y ve venir á escape un mal rocin, montado por un jinete de peor traza. Era un frenético que, viendo aquel animal suelto cerca de un carro, sin que nadie le guardase, le montó arrebatadamente en pelo, y golpeándole el cuello á puñetazos, y los ijares con los talones, le arreaba con furia. Seguíanle algunos monatos dándole voces, y oscurecía el cielo el polvo que levantaba.

De esta manera aturdido Lorenzo y cansado ya de ver tantas lástimas, llegó á aquel recinto, en donde eran quizá en mayor número las que habia reunidas, que cuantas encontró diseminadas en todo el espacio que tuvo que andar. Asomóse á la puerta, se metió debajo del pórtico, y quedó allí algunos instantes inmóvil.

CAPÍTULO XXXV

Figúrese el lector en el Lazareto, la reunion de diez y seis mil apestados; toda su área ocupada, aquí con cabañas, allí con tinglados, en una parte con carros, en otra con gente : sus dos crujías de portales á derecha é izquierda cubiertas de enfermos, moribundos y cadáveres, sobre colchones ; paja ó el suelo desnudo ; en ambos tramos un bullir, un movimiento á manera de marea, y en el centro un ir y venir, un pararse, un correr, un bajarse, un levantarse de convalecientes, frenéticos y sirvientes. Este fué el cuadro que se presentó á la vista de Lorenzo, y le tuvo allí perplejo, asombrado y compungido. No nos proponemos describirlo por partes, ni tampoco lo agradecerian nuestros lectores : sólo siguiendo á nuestro serrano en su penoso reconocimiento, nos pararemos cuando él se pare, y de lo que le tocó ver, diremos lo necesario para referir exactamente lo que hizo y las aventuras que le sucedieron.

Desde la puerta en donde se habia parado hasta la capilla

del medio, y desde allí á la otra puerta de enfrente, había como una calle sin cabañas ni otro impedimento estable. Al dirigir la vista á aquella parte, notó que mucha gente andaba afanada en apartar carros y desembarazar el sitio, dirigiendo la operacion dependientes y capuchinos, los cuales echaban de allí á todos los que nada tenían que hacer en aquel punto. Y temiendo que á él también del mismo modo le echasen fuera, se metió en derechura entre las cabañas por el lado á que casualmente estaba vuelto, que era la derecha.

Iba marchando adelante, segun le permitia poner el pié el espacio de cabaña y cabaña, metiendo la cabeza en cada una de ellas, echando la vista á todos los rincones, mirando con atencion todos los rostros, tanto los abatidos, macilentos ó contraídos de los enfermos, como los de los muertos, para ver si acaso conseguia dar con aquel que por otra parte temia tanto encontrar. Pero ya había andado buen trecho y repetido várias veces aquel doloroso exámen, sin haber visto mujer alguna, de donde infirió que estarían en paraje separado. Acertó en esto; pero del sitio no tenía indicio ni podia formar conjetura.

Encontraba de cuando en cuando empleados y dependientes tan diversos en aspecto, modales y traje, cuanto lo era el principio que daba á unos y á otros igual fuerza para ejercer semejantes oficios; principio que en unos era la extincion de todo género de compasion y de sentimientos de humanidad, y en otros una piedad sobrehumana : sin embargo, ni de unos ni de otros se atrevia á tomar lenguas por miedo de encontrar algun nuevo estorbo; de consiguiente, resolvió continuar andando hasta dar con las mujeres. Sin embargo, aún con este propósito no podia ménos de ir ojeando, aunque de tiempo en tiempo tenía que retraer la vista, horrorizado con tantas lástimas; pero ¿adónde volverla? ¿adónde dirigirla, sino á lástimas de igual naturaleza?

Aumentaban su horror el aire y el tiempo mismo, si algo fuera capaz de aumentarlo. Habíase levantado la niebla, reuniéndose en grandes nubarrones que, poniéndose cada vez

más oscuros y compactos, daban al cielo el aspecto de un anochecer tempestuoso; además, en medio de aquel cielo opaco, aparecía como detras de un denso velo el disco del sol, que descolorido esparcía en torno una débil vislumbre; dejándose caer al mismo tiempo un congojoso hocorno. De cuando en cuando, entre un confuso zumbido, se oia por intervalos bramar á lo léjos el trueno, á manera de un carro que corre y de repente se para. No se veia en el campo doblarse una rama, ni un pájaro volar á los árboles, ni salir de ellos : sólo la golondrina presentándose improvisadamente sobre el tejado del edificio, bajaba con las alas tendidas, como para explorar el terreno; pero aterrada á vista de aquel espantoso conjunto de cosas, se remontaba con rapidez y huia. En fin, era uno de aquellos tiempos en que en una cuadrilla de caminantes ninguno hay que rompa el silencio, en que el cazador camina pensativo, mirando al suelo, y la aldeana suspende su canto, sin advertirlo; de aquellos tiempos precursores de tormenta, en que la naturaleza, como inmóvil en lo exterior, é interiormente agitada, parece que oprime á los mortales, añadiendo cierto entorpecimiento á todo trabajo, á la ociosidad y á la misma existencia. Pero con especialidad en aquel sitio, destinado expresamente á los padecimientos y á la muerte, se veia el hombre luchando con el mal ceder á este nuevo género de opresion. Á ojos vistas empeoraban los enfermos á millares : la última lucha era más penosa, y con el aumento de los dolores salían más agudos los gemidos, por manera que quizá en aquel recinto no había pasado otra hora tan amarga como esta.

Hacia ya bastante tiempo que infructuosamente recorria Lorenzo los tortuosos callejones que formaban las cabañas, cuando entre la variedad de los lamentos y la confusion de aquel murmullo, empezó á distinguir una mezcla de balidos de cabrasyllantos de niños, que al parecer salían de un recinto cercado de tablones.

Acercóse á mirar por una larga rendija, y vió en lo interior diferentes cabañas; y tanto en ellas como en el espacio des-

ocupado, en lugar de la acostumbrada enfermería, niños tendidos sobre sábanas, cobertores ó almohadas, y amas de leche y otras mujeres ocupadas en asistirlos; pero sobre todo llamaban la atención varias cabras que, mezcladas con las mujeres, las ayudaban en aquel ejercicio: en fin, era un hospital para inocentes, cual el tiempo y las circunstancias podían proporcionar. Era de ver cómo algunos de aquellos animales, tendidos y quietos sobre otros tantos niños, les daban de mamar, y otros acudiendo al vagido como por instinto materno, se paraban cerca de la inocente criatura, y procurando acomodarse sobre ella, balaban como pidiendo que alguno acudiese á ayudar á los dos en su intento.

Veíanse sentadas en diferentes partes nodrizas con niños al pecho, y algunas con tales demostraciones de cariño, que no era fácil distinguir si allí las había traído el estipendio, ó aquella espontánea caridad que va en busca de necesidades y penas para socorrerlas ó aliviarlas. Una de ellas, toda afanosa, quitaba de su pecho agotado á una cuitada criatura, é iba á buscar una cabra que hiciese sus veces: otra miraba con complacencia al que se le había quedado dormido sobre el pecho, y besándole suavemente, iba á acostarle á su barracilla, y otra abandonando el pecho á un niño extraño, no por distracción, sino con ánimo devoto, tenía los ojos levantados al cielo. ¿Y qué otra cosa podrían indicar aquella actitud y tiernas miradas, sino que otro niño nacido de sus entrañas había quizá poco ántes mamado aquel pecho, y tal voz espirado sobre él?

Otras mujeres de más edad y diferentes disposiciones estaban ocupadas en otras faenas. Una acudía á los vagidos de un niño hambriento, lo llevaba adonde había una cabra cerca de un monton de hierba fresca, y se le aproximaba, procurando con la voz y los actos que el inexperto animal se prestase fácilmente al necesario oficio de alimentarlo. Otra corría á sosegar una cabra que desechaba á un inocente, ocupada en dar de mamar al que se había ya aficionado; y otra paseaba el suyo, y meciéndole en sus brazos, ya procuraba

dormirle con arrullos, ya intentaba acallararlo con cariñosas palabras, llamándole con un nombre que ella misma le había aplicado. En esto llegó un capuchino con la barba muy blanca, el cual traía en cada brazo á un niño llorando que acababa de retirar del lado de sus difuntas madres. Corrió á recogerlos una mujer, buscando con la vista entre las amas y las cabras las que pudieran servirles de nodrizas.

Preocupado Lorenzo con su asunto, se separó más de una vez de la rendija para marcharse, y luego se volvió otra vez á aplicarla por un momento.

Quitóse por fin de aquel punto, y fué siguiendo el cercado, hasta que un monton de cabañas le obligaron á separarse. Prosiguió entonces caminando al lado de las mismas cabañas, con ánimo de alcanzar otra vez el cercado, y dando la vuelta descubrir nuevo terreno. Mientras miraba adelante para continuar el camino, hirió su vista un objeto pasajero y momentáneo, que excitó en él una alteración extraordinaria. Vió á unos cien pasos de distancia pasar y perderse entre las cabañas un capuchino que, aunque distante y de paso, se parecía en el modo de andar, en el aire y en el porte al padre Cristóbal. Con el afán que es fácil imaginar, corrió hácia aquella parte, dando mil vueltas, buscando por todos lados, y recorriendo todos aquellos callejones, tanto, que volvió á ver con otro tanto gozo aquel mismo fraile con la misma semejanza: le vió algo más de cerca, y que separándose de un gran caldero, iba con una cazuela en la mano hácia una barraca: le vió luego sentarse á la puerta, hacer una señal de cruz sobre la cazuela y ponerse á comer despues de haber mirado alrededor, por si álguien con urgencia le buscaba. Efectivamente, era el padre Cristóbal.

Su historia desde que le perdimos de vista hasta este encuentro, la refereremos en dos palabras. No se había movido de Rimini, ni pensado en moverse, hasta que declarada la peste en Milan, le ofreció la ocasión de sacrificar su vida por el prójimo, que era lo que siempre había deseado. Pidió con grande instancia asistir y servir á los apestados. El tío conde

había muerto, y como por otra parte era mayor la necesidad de enfermeros que de políticos, se le concedió sin dificultad lo que solicitaba. Con esto vino á Milan, y entró inmediatamente en el Lazareto, en donde habia ya tres meses que permanecía.

Pero el placer de encontrar al buen religioso no fué para Lorenzo sin espinas, pues le encontró sumamente acabado, flaco, y con tan pocas fuerzas, que sólo su amor al prójimo podía sostenerle en aquel penoso ejercicio.

Miraba él tambien al jóven que se le acercaba, y que con gestos, no atreviéndose á levantar la voz, procuraba darse á conocer.

— ¡ Ah, padre Cristóbal! — exclamó, estando ya tan cerca que pudiese ser oído sin gritar.

— ¡ Tu por acá! dijo el Capuchino poniendo en el suelo la cazuela y levantándose de su asiento.

— ¿ Cómo está usted, Padre? ¿ cómo está usted? — dijo Lorenzo.

— Mejor que tantos pobres como habrás visto aquí, — contestó el fraile con voz débil, oscura y mudada como todo el resto : sólo los ojos eran tan vivos, y si cabe, algo más que ántes, como si la caridad más ardiente al concluirse la obra, y más gozosa por verse inmediata á su principio le restituyese un fuego más activo y más puro que el que la enfermedad poco á poco apagando. — Pero ¿ tú, — prosiguió, — cómo has venido aquí? ¿ Y por qué vienes de esa manera á arrostrar la peste?

— Ya, gracias á Dios, la he pasado... Vengo á saber de Lucía.

— ¿ Está aquí Lucía?

— Aquí está; ó á lo ménos espero en Dios que está aquí todavía.

— ¿ Y te casaste con ella?

— ¡ Ah! no, padre Cristóbal. ¿ Nada sabe usted de lo que ha pasado?

— No, hijo mio. Desde que Dios me separó de vosotros,

nada he vuelto á saber; pero ahora que el cielo te envía, digo la verdad, deseo mucho saber lo que ha sucedido... Pero ¿ y la requisitoria?

— ¿ Conque ya sabe usted mis desgracias?

— Pero ¿ tú qué hiciste?

— Oiga usted, Padre. Si quisiera decir que tuve juicio aquel dia en Milan, diria una mentira; pero acciones malas, no, señor, ninguna hice.

— Te lo creo, y lo creía ántes.

— Ahora, pues, le podré contar todo.

— Aguarda, dijo el Capuchino.

Y dando algunos pasos fuera de la cabaña, llamó : « ¡ Padre Víctor! » Se presentó entónces un capuchino bastante jóven, al cual fray Cristóbal le dijo :

— Hágame usted la caridad, padre Víctor, de cuidar tambien por mí á esos pobrecillos miéntras estoy recogido; pero si alguno me buscase, llámeme usted, especialmente el que usted sabe; si acaso volviese en sí, avíseme al momento.

El capuchino jóven contestó que así lo haria; y vuelto el viejo adonde estaba Lorenzo :

— Entremos aquí, — le dijo; mas parándose luégo, prosiguió : — Me parece que estás muy decaído : debes precisamente tener necesidad de comer.

— Si, señor, — contestó Lorenzo. — Ahora que me hace usted pensar en ello, me acuerdo que todavía no me he desayunado.

— Aguárdate aquí, — dijo el fraile.

Y tomando otra cazuela, fué á llenarla al caldero : vuelto al momento, se la presentó con una cuchara : le hizo sentar sobre un gran saco, que le servia de cama, y llegando luégo á un barrilito que estaba en un rincon, sacó un vaso de vino, le puso en una mesita cerca de su huésped, tomó de nuevo la cazuela suya, y se sentó al lado de aquél.

— ¡ Oh! padre Cristóbal, sólo usted hace estas cosas : se

ve que usted siempre es el mismo. Yo le doy las gracias de todo corazón.

— No me des las gracias, — contestó el religioso : — este es el caudal de los pobres ; y tú también eres pobre en este momento. Ahora dime lo que no sé ; pero no gastes muchas palabras, porque el tiempo es corto, y hay mucho que hacer, como ves.

Principió Lorenzo, entre cucharada y cucharada, la historia de Lucía : cómo fué recogida en el convento de Monza, cómo robada... Al oír el Padre sus padecimientos y peligros, y al pensar que él había sido el que la había enviado á aquel paraje, se estremeció ; pero cobró aliento al saber cómo fué milagrosamente librada, restituida á su madre, y acomodada en casa de doña Práxedes.

— Ahora le diré mis aventuras, — prosiguió Lorenzo.

Y contó en resúmen la jornada de Milan, la fuga ; cómo siempre estuvo fuera de su casa ; cómo hallándose entonces todo revuelto, se había animado á ir á su pueblo ; cómo allí no había encontrado á Ines, y cómo había sabido que Lucía estaba en el Lazareto.

— Aquí estoy, pues, concluyó ; — aquí estoy, ansioso de hallarla, de saber si vive, y si tiene todavía la misma intención... porque... á veces...

— Pero ¿ cómo ha sido el dirigirte aquí ? — preguntó el Capuchino. — ¿ Tienes algùn indicio del paraje donde la han colocado ? ¿ cuándo ha venido ?

— Nada, Padre mio, nada ; — contestó Lorenzo, — sino que aquí está, si es que está, ¡ que Dios lo quiera !

— ¡ Pobrecillo ! ¿ Y hasta ahora qué diligencia has practicado ?

— He dado vueltas y vueltas ; pero hasta ahora no he visto sino hombres. Bien me he figurado que las mujeres estarían en otra parte separada ; pero no he podido encontrarla ; y si es así, ahora podrá usted enseñármela.

— ¿ No sabes tú, hijo mio, que está prohibido que entre allá persona alguna que no tenga algùn encargo ?

— ¿ Y qué podrá sucederme ?

— La disposición, amigo mio, es justa y santa ; y si la gravedad y multitud de los males no permite que se pueda hacer observar con todo el rigor, ¿ es esta por ventura una razón para que un hombre de bien la quebrante ?

— Pero, padre Cristóbal, — dijo Lorenzo, — Lucía debía ser mi esposa : usted sabe de qué modo hemos sido separados. Hace veinte meses que padezco, y tengo paciencia. He venido hasta aquí, exponiéndome á mil contingencias á cuál peor, y ahora pues...

— No sé qué decirte, — replicó el religioso, contestando más bien á la intención que á las palabras de Lorenzo. — Tú vas con buen fin ; y ¡ ojalá que todos los que tienen franca la entrada en este sitio se comportasen como estoy seguro que lo harás tú ! Dios, que sin duda bendice esa perseverancia tuya, y tu fidelidad en querer y buscar la que te destinó ; Dios, que es más riguroso que los hombres, pero también más indulgente, no mirará á lo que hay de irregular en ese modo tuyo de buscarla. Acuérdate sólo que de la conducta que observes allí, tendremos que dar cuenta los dos probablemente, no á los hombres, pero á Dios de seguro. Ven acá.

Diciendo esto se levantó, y también Lorenzo, el cual, no dejando de hacerse cargo de sus palabras, había entrado en cuentas consigo mismo, y estaba resuelto á no hablar de aquella promesa de Lucía, como ántes lo había pensado, pues decía allá en su interior : « Si sabe esto, mayores dificultades me va á poner, y de todos modos, ó la encuentro, y siempre habrá tiempo para hablar de ello, ó... y entónces, ¿ de qué sirve ?

Trájolo el Capuchino á la puerta de la cabaña que caía al Norte, y prosiguió :

— Escucha ; nuestro padre Félix, que es el presidente del Lazareto, conduce hoy los pocos que han curado á hacer la cuarentena á otra parte. Ya ves aquella iglesia allí en el medio... — y levantando la mano descarnada y trémula, señaló á la izquierda, entre el aire opaco y cargado, la

cúpula de la capilla que dominaba las miserables barracas, y continuó: — allí se van reuniendo ahora para salir en procesion por la puerta por donde tú has entrado.

— ¡Ah! Sería por eso el estar desembarazando aquel paraje.

— Cierto. ¿Y también habrás oído tocar la campana?

— Una vez.

— Pues era el segundo toque: al tercero todos deben estar reunidos. El padre Félix les dirá cuatro palabras, y luego irá con ellos. A este último toque procurarás estar allí, y colocarte detrás de todos, en donde sin estorbar ni llamar la atención puedas verlos pasar, mirando con cuidado por si estuviere entre ellos. Caso que no quiera Dios que allí la encuentres, aquella parte... (y levantó otra vez la mano, señalando el lado del edificio que tenía al frente) aquella parte y la del campo que hay delante están destinadas para las mujeres. Verás una estacada que separa aquel cuartel del nuestro; pero como en unos parajes está rota, en otras derribada, no hallarás dificultad en entrar. Luego dentro, no haciendo cosa que dé motivo á sospechar, nadie probablemente te pondrá estorbo; mas si por acaso te dijeren algo, contestarás que eres conocido del padre Cristóbal de***, y que él responderá por tí. Allí podrás buscarla con confianza en Dios y resignación, porque no debes desentenderte de que es mucho lo que has venido á buscar en este sitio. ¡Buscar una persona viva en el Lazareto! ¿Sabes tú cuántas veces he visto renovarse este mi pobre pueblo? ¿cuántos he visto llevarse? ¿y qué pocos salir? Véte preparado á hacer un sacrificio...

— Ya, ya lo entiendo, — interrumpió Lorenzo inmutándose, lo entiendo. Iré, miraré, buscaré en todas partes de arriba abajo, en todos los parajes más ocultos del Lazareto, y si no la encuentro!...

— ¿Si no la encuentras, qué harás? — preguntó el Capuchino con tono de gravedad y ademán de amonestación.

Pero Lorenzo, á quien la cólera quitándole ya la razón le hacía olvidar todo respeto, repitió y prosiguió:

— Si no la encuentro, haré por encontrar á algun otro, ó en Milan ó en su infame palacio, ó al cabo del mundo, ó en los infiernos. ¡Si encontrara á aquel bribon que nos ha separado!... Á no haber sido por él, hace ya más de veinte meses que Lucía fuera mi mujer; y si nuestra suerte era la de haber muerto, á lo ménos hubiéramos muerto juntos. Sí; como no se le hayan llevado los demonios, yo le encontraré.

— ¡Lorenzo! — dijo el fraile cogiéndole de un brazo, y mirándole todavía con más severidad.

— Y si le encuentro, — dijo el joven, ciego enteramente de cólera, — si la peste no ha hecho ya el oficio de la justicia... ya no estamos en tiempo en que un cobarde pueda, rodeado de sus satélites, reducir las gentes á la desesperación, y burlarse de todos. Ya ha llegado el tiempo en que los hombres se encuentren cara á cara... Yo sabré hacerme justicia.

— ¡Desgraciado! — exclamó el padre Cristóbal, con voz que había adquirido toda su antigua energía. — ¡Desgraciado! — repitió con la cabeza erguida, que ántes tenía inclinada sobre el pecho, recobrando al mismo tiempo sus mejillas el antiguo color de la juventud, y teniendo no sé qué de terrible el movimiento de sus ojos. — ¡Mira, infeliz! — proseguía, al paso que con una mano apretaba y sacudía el brazo de Lorenzo, y señalaba alrededor con la otra la dolorosa escena que le cercaba. — Observa quién es el que castiga, el que aflige y perdona; pero ¡tú, gusano de la tierra, quieres ejercer la justicia! Véte, infeliz, véte. Yo esperaba, sí, lo esperé, que ántes de mi muerte, Dios me hubiera concedido el consuelo de oír que mi pobre Lucía era viva, y quizá él de verla, y oír la prometerme que en sus oraciones no olvidaría el hoyo que ha de recibirme. Véte: tú me has privado de esta lisonjera esperanza. No, Dios no la ha dejado en este mundo para tí, y tú, por cierto, no tendrás la osadía de creerte digno de que Dios te consuele. Á ella la habrá atendido el Señor, porque es de aquellas almas para

quienes están reservados los consuelos eternos. Véte, que ya no tengo tiempo de escucharte.

Diciendo esto, apartó de sí el brazo de Lorenzo, y se dirigió hácia una cabaña de enfermos.

— ¡ Ah, Padre ! — dijo Lorenzo, siguiéndole con demostraciones de súplica ; — ¿ querrá usted echarme de esta manera ?

— ¡ Cómo ! — repuso el Capuchino con voz no ménos severa : — ¿ podrás pretender que yo robe el tiempo á esos desgraciados, los cuales me aguardan para que les hable del perdón de Dios, á fin de oír tus voces de encono y tus proyectos de venganza ? Te escuché cuando me pedías consuelo y direccion ; dejé la caridad en favor de la caridad ; pero ahora, con la venganza en el corazón, ¿ qué quieres de mí ? Véte : he visto morir aquí muchos ofendidos que perdonaron, y muchos ofensores que se afligian por no poder postrarse delante del ofendido : con unos y otros he llorado ; pero ¿ qué he de hacer contigo ?

— ¡ Ah ! ¡ le perdono ! ¡ le perdono de corazón y para siempre ! — exclamó el jóven.

— ¡ Lorenzo ! — dijo con ménos severidad el Capuchino, — acuérdate de que no es esta la primera vez que le has perdonado.

Algun tiempo estuvo sin recibir contestacion, cuando inclinó de pronto la cabeza, y con voz humilde prosiguió :

— ¿ Sabes tú por qué llevo yo este hábito ?

Lorenzo estaba perplejo.

— ¿ Lo sabes tú ? — repuso el anciano.

— Lo sé, — contestó Lorenzo.

— Yo tambien aborrecí : yo, que te he reconvenido por un pensamiento, por una palabra, aborrecí á un hombre de todo corazón, le aborrecí por largo tiempo y le quité la vida.

— Si ; pero un prepotente, — contestó Lorenzo, — uno de aquellos...

— Calla, — interrumpió el religioso. — ¿ Crees tú que si hubiera una buena razon no la hubiera encontrado yo en

treinta años ? ¡ Ah ! ¡ si yo pudiera introducir en tu corazón el afecto que luégo he profesado y profeso al hombre á quien odiaba !... Si pudiera yo... pero, ¿ yo ? Dios es quien lo puede, y ¡ Dios lo haga ! Escucha, Lorenzo : Dios te ama más que tú á ti mismo : tú pudiste pensar en tu venganza, pero él tiene bastante fuerza, bastante misericordia para impedirlo : te hace en esto una gracia. Tú sabes, y muchas veces lo dijiste, que él puede detener la mano de un prepotente ; pero sabe tambien que puede desarmar la de un vengativo. Y porque eres pobre y estás ofendido, ¿ crees tú que Dios no puede defender contra ti á un hombre que creó á su imagen y semejanza ? ¿ Piensas tú que te hubiera dejado hacer lo que quisieras ? No. En fin, como quiera que salgan tus proyectos, cualquiera que sea la fortuna que logres, ten por seguro que todo será para tu castigo, mientras no le perdones de un modo que ya no tengas que decir otra vez : yo le perdono.

— Sí, sí — dijo Lorenzo muy conmovido, — conozco que nunca le perdoné de veras ; conozco que hablé como una bestia, y no como cristiano, y ahora, por la gracia del Señor, le perdono, y le perdono de todo corazón.

— ¿ Y si lo vieras ?

— Pediria al Señor que me diese paciencia, y que á él le tocara el corazón.

— ¿ Te acordarias que el Señor no nos dijo solo, que perdonemos á nuestros enemigos, sino tambien que los amemos ?

— Sí, con su auxilio.

— Ea, pues, ven á verle. Dijiste le encontraré, y le encontrarás. Ven, y verás contra quién podías mantener odio, á quién osabas desear mal y querer hacersele.

Y tomando á Lorenzo de la mano, y estrechándosele como pudiera hacer un jóven, echó á andar. Siguióle Lorenzo sin atreverse á preguntar otra cosa.

Á no mucha distancia se paró el religioso cerca de la entrada de una cabaña, y fijando los ojos en la cara de Lo-

renzo con cierta gravedad acompañada de ternura, le tomó del brazo y le introdujo en ella.

El primer objeto que se divisaba al entrar era un enfermo sentado sobre paja, no sólo fuera de peligro, sino que parecía casi convaleciente, el cual viendo al Padre, meneó la cabeza, como diciendo que no. Bajó fray Cristóbal la suya con señal de tristeza y de resignación.

Dirigiendo entretanto Lorenzo la vista con inquieta curiosidad á los demas objetos, vió á tres ó cuatro enfermos, y en un lado á uno sobre una cama, envuelto en una sábana, y encima, á manera de colcha, una capa de persona distinguida. Le miró bien, y al conocer que era D. Rodrigo, iba á retroceder; pero el Capuchino, haciéndole sentir bien la mano con que le tenía aferrado, le aproximó á los piés de aquella tarima, y extendida la otra, señalaba con el dedo al hombre postrado en ella. Estaba el infeliz sin movimiento, con los ojos muy abiertos sin ver el rostro descolorido con manchas negras, negros igualmente é hinchados los labios. Su cara hubiera indicado un cadáver, si cierta contraccion violenta no hubiese dado muestras de que una vida tenaz animaba todavía aquel cuerpo. Levantábase el pecho de cuando en cuando á consecuencia de una penosa respiracion. Con la mano derecha que tenia fuera de la capa se comprimía el costado cerca del corazon, hincando en él los corvos dedos todos amoratados, y negros por la punta.

— ¿Le ves? — dijo el Capuchino con voz baja : — puede ser castigo, puede ser misericordia. El sentimiento que experimentas ahora por ese hombre que tanto te ha ofendido, prá el mismo con que Dios te mire en el tremendo dia. Bendicele, y serás bendecido. Hace cuatro dias que ha entrado aquí como lo ves, sin dar indicio de razon. Quizá el Señor está dispuesto á concederle una hora de arrepentimiento, pero querrá que tú se lo ruegues; quizá querrá que tú con la inocente Lucía intercedas por él; quizá quiere conceder la gracia á tus oraciones, á las oraciones de un corazon afligido y resignado. Quizá depende de ti la salva-

cion de ese hombre, y la tuya; de una muestra sincera de tu perdon, de compasion, y... de amor.

Calló, y juntando las manos, bajó sobre ellas la cabeza, como para rezar : lo mismo hizo Lorenzo. Á poco de estar en aquella postura, se oyó el tercer toque de la campana. Recobraronse ambos, y segun lo acordado, salieron. Ni el



Véte ahora, dijo el fraile.

uno hizo preguntas, ni el otro protestas; sus rostros hablaban.

— Véte ahora, — dijo el fraile, — y véte preparado para cualquier sacrificio, y á alabar al Señor, cualquiera que sea el resultado de tus indagaciones. Sea el que fuere, no dejes de venir á comunicármelo, que juntos lo alabaremos.

Aquí sin decir más se separaron; el uno volvió al sitio de donde habia venido, y el otro se dirigió á la capilla, la cual sólo distaba un tiro de piedra.

CAPÍTULO XXXVI

¿Quién hubiera dicho á Lorenzo pocas horas ántes que, en lo más fuerte de sus averiguaciones y en los momentos decisivos y de más duda, su corazón andaría dividido entre Lucía y D. Rodrigo? Sin embargo la cosa era así. No dejaba aquel aspecto de asociarse á todas las imágenes, ya agrada-



No dejaba aquel aspecto de asociarse á todas las imágenes, ya agradables, ya tristes.

bles, ya tristes, que en aquel tránsito le presentaban sucesivamente el temor y la esperanza. Las palabras que oyó á los piés de la tarima de D. Rodrigo se introducían en la penosa disyuntiva en que luchaba su mente, y no podía concluir una súplica al cielo por el feliz resultado de su empresa, sin que tuviese relación con la que empezó en aquel sitio, y que el toque de la campana dejó pendiente.

La capilla octógona que sobre gradas se eleva en medio del Lazareto, en su primera construcción estaba abierta por todos lados, y se sostenía únicamente sobre columnas y pilares, formando cada frente un arco entre dos intercolumnios. Por adentro corría un pórtico que daba vuelta á todo el edificio, que propiamente podía considerarse como una iglesia compuesta sólo de ocho arcos sostenidos por pilastras correspondientes á las exteriores, cubriendo el todo una cúpula, por manera que el altar colocado en el medio podía verse desde todas las ventanas interiores del recinto, y aún de todos los puntos del área.

Apénas echó á andar Lorenzo, cuando divisó en el pórtico al padre Félix puesto bajo el arco del medio que mira á la ciudad, delante del cual estaba reunida, al pié de las gradas, toda la gente; y por los ademanes del religioso conoció que había empezado el sermón.

Dió vuelta por aquellos callejones para llegar á la cola del auditorio, como se le había prevenido, y habiéndole alcanzado, se paró para recorrerle con los ojos, sin ver más que cabezas, de las cuales había en el medio cierto número con pañuelos y velos. Allí fijó la vista con más atención; pero no encontrando otra cosa, la dirigió adónde todos los demás tenían puesta la suya. Dejóle admirado y conmovido el venerable aspecto del orador, y con la parte de atención que aún podía aplicar á este punto, estuvo escuchando el trozo siguiente de aquella plática:

« Consagremos un pensamiento á mil y mil individuos que han salido por esa puerta, — decía el padre Félix señalando con el dedo á la espalda la que conduce al cementerio llamado de San Gregorio, que entónces estaba reducido á una inmensa zanja; — echemos una mirada á los mil y mil que aún quedan aquí sin saber por dónde saldrán, y echemos otra á nosotros que, tan pocos como somos, salimos á salvo. ¡Bendito y alabado sea el Señor! ¡Bendito en su justicia! ¡bendito en su misericordia! ¡bendito en la muerte! ¡bendito en la salud! y ¡bendito por la elección que se ha dignado

hacer de nosotros ! ¡ Ah ! ¿ con qué otro fin lo habrá querido, hijos míos, sino para conservarse un pequeño pueblo, corregido en la aflicción, y enfervorizado con el agradecimiento ? para que penetrándonos mejor de que la vida es un beneficio suyo, hagamos de ella el aprecio que merece un don que debemos á su bondad infinita, y le empleemos en obras que podamos ofrecerle ; y, últimamente, para que la memoria de nuestros padecimientos nos haga más compasivos y benéficos para con nuestro prójimo. Edifiquemos entretanto con nuestro porte á estos en cuya compañía hemos padecido, temido y esperado, y entré los cuales dejamos amigos y parientes, y que todos al cabo son hermanos nuestros : entre estos, aquellos especialmente que nos verán pasar, y á quienes acaso servirá de consuelo el pensar que algunos salen vivos y sanos ? ¡ No permita Dios que descubran en nosotros un gozo desmedido por haber evitado una muerte contra la cual ellos luchan todavía !

» Hagámosles ver que nos marchamos dando gracias por nosotros, y rogando por ellos ; y ofrezcámosles motivo para que puedan decir : estos, áun fuera de aquí, se acordarán de nosotros, é implorarán la clemencia del cielo para estos pobres desgraciados. Empecemos desde este viaje, desde estos primeros pasos, una vida toda de caridad. Los que habéis adquirido vuestro antiguo vigor, ofreced un brazo fraternal á los débiles : jóvenes, sostened á los ancianos ; los que habéis quedado sin hijos, ved al rededor de vosotros cuántos hijos han quedado sin padres : sedlo para ellos, y esta caridad, al paso que cubra vuestros pecados, mitigará también vuestros dolores. »

Aquí un sordo murmullo de gemidos y sollozos, que se iba extendiendo en la concurrencia, quedó un momento suspenso al ver al predicador echarse una soga al cuello, y arrodillarse ; y todos con gran silencio estaban aguardando lo que decía.

« Por mí dijo, — y por todos mis compañeros, los que tuvimos sin merecerlo la suma dicha de ser escogidos para gozar del privilegio de servir á Dios en vuestras perso-

nas, os pido humildemente perdon por si no hubiésemos llenado dignamente tan alto ministerio.

» Si por pereza, si por indocilidad de la carne, no hemos acudido como debíamos á vuestras necesidades ; si por una injusta impaciencia ó un culpado fastidio os hemos mostrado un rostro desdeñoso y severo ; si tal vez la despreciable idea de que nos necesitabais, nos ha inducido á no trataros con toda humildad ; si por nuestra fragilidad hemos cometido alguna accion que os haya causado escándalo, perdonadnos, y así Dios os perdone vuestras faltas y os bendiga. »

Y haciendo la señal de la cruz sobre el auditorio, se levantó.

Nosotros no hemos podido referir sino las palabras formales, á lo ménos el sentido de ellas ; pero el modo como las pronunció no es posible describirlo. Era el de un hombre que llamaba privilegio el de servir á los apestados, porque tal lo creía ; que confesaba no haber correspondido dignamente, porque así le parecia ; que pedia perdon, porque pensaba necesitarlo ; pero las gentes que habian visto al rededor de sí á aquellos capuchinos ocupados únicamente en servirlos y socorrerlos, que habian visto morir á tantos, y al que hablaba por todos ser el primero en el trabajo como en autoridad, ménos cuando estuvo acometido por el mal, no podian ménos de sollozar, de verter lágrimas en contestacion á semejantes protestas. Cogió luego el venerable religioso una cruz apoyada á una pilastra, la levantó delante de sí, dejó las sandalias en la orilla del pórtico exterior, bajó los escalones de la capilla, y entre la muchedumbre que reverente le abría el paso, fué á ponerse á la cabeza de ella.

Lorenzo con los ojos arrasados en lágrimas, ni más ni ménos que si hubiese sido uno de aquellos á quienes se dirigia el capuchino, se retiró también, poniéndose al lado de una barraca, donde se mantuvo escondiendo el cuerpo, alargando la cabeza y abriendo los ojos, al mismo tiempo que le daba el corazon fuertes latidos. Sentia sin embargo cierta confianza por efecto de la conmocion que causaron

en él la plática del religioso y la ternura de sus oyentes.

Llegó entretanto el padre Félix á pasos lentos pero firmes, descalzo, levantada la pesada cruz, y el rostro pálido y consumido. Seguíanle inmediatamente los niños más grandecitos, la mayor parte tambien descalzos, aunque pocos enteramente vestidos, y algunos en camisa. Venian luégo las mujeres, trayendo casi todas de la mano á una niña, y cantando alternativamente el *Miserere*.

El débil metal de sus voces, y la palidez y decaimiento de sus rostros eran tales, que hubieran movido á compasion á cualquiera que como mero espectador se hubiese hallado presente. Pero Lorenzo miraba, volvía á mirar, examinaba de fila en fila, de cara en cara, sin pasar una sola por alto; que la lentitud con que andaba la procesion le ofrecia bastante proporcion para hacerlo. Pero por más que mirase, por más que pasase ligeramente la vista sobre las que venian detras, no encontró sino caras desconocidas. Con los brazos caidos y la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, siguió con los ojos aquella turba miéntras pasaban los hombres.

Fijó de nuevo la atencion, y concibió nuevas esperanzas al ver venir despues de estos algunos carros que traian á los convalecientes que aún no podian andar. Aquí las mujeres eran las últimas, y el tren venia tan despacio, que Lorenzo pudo cómodamente reconocerlas á todas sin que ninguna se escapase de su registro. Pero ¿qué? Examinó el primer carro, el segundo, el tercero, y así consecutivamente, y siempre con igual resultado hasta el último, detras del cual sólo venia un capuchino con aspecto serio y un baston en la mano, como director del convoy. Este era el padre Miguel, que, como hemos visto, fué nombrado por coadjutor del padre Félix.

Disipáronse de esta manera las dulces esperanzas de Lorenzo, y disipándose, no sólo le privaron de todo consuelo, sino que, como siempre sucede, le dejaron en peor estado que ántes. Ya para él la contingencia más feliz era hallar á Lucia enferma; por manera que ocupando su ánimo, en lugar de la esperanza presente, el temor aumentado, se asió Lorenzo

de aquel débil hilo, salió de la crujía y se dirigió hácia el paraje de donde venia la procesion. Llegado á la capilla, se puso de rodillas en el último escalon, y aquí dirigió á Dios una súplica ó por mejor decir, un baturrillo de palabras inconexas, frases interrumpidas, exclamaciones, quejas y promesas, y por fin, uno de aquellos discursos que no se emplean con los hombres, porque estos no tienen bastante penetracion para comprenderlos, ni sufrimiento para escucharlos, ni son bastante generosos para moverse á compasion sin mezcla de menosprecio.

Levantóse de allí algo más animado, dió vuelta á la capilla y se halló en la otra crujía, que aún no habia recorrido, y á cuyo frente caia la otra puerta. Á los pocos pasos vió á derecha é izquierda la estacada de que le habia hablado el padre Cristóbal; pero medio derribada, y de consiguiente con muchas aberturas. Metiéndose Lorenzo por una de ellas, se halló en el cuartel de las mujeres. Á poco vió casualmente en el suelo una de aquellas campanillas que llevaban atadas á los piés los monatos con sus correspondientes cintas; y ocurriéndole la idea de que aquel istrumento podia servirle de salvo conducto en aquel recinto, le recogió, miró al rededor por si álguien le veia, se la ató al pié y dió inmediatamente principio á sus indagaciones. Empezó á recorrer con la vista, ó por mejor decir, á contemplar otros objetos lástimosos, en parte parecidos, y en parte diferentes de los que ya habia contemplado.

Llevaba recorrido ya sin fruto ni contingencia alguna bastante trecho cuando oyó detras de sí un *hola* como de persona que le llamaba. Volvió la cabeza y vió á cierta distancia á un comisario que levantó las manos señalándole á él, y diciendo á gritos:

— Allá en los cuartos hay necesidad de gente; aquí se acaba de barrer en este momento.

Conoció Lorenzo inmediatamente la equivocacion, y que con la campanilla habia dado márgen á ella: se trató á sí mismo de bestia por haber pensado sólo en los estorbos que

con aquella insignia podía evitar, sin hacerse cargo de los que podía acarrearle. En efecto, le hizo repetida y apresuradamente seña con la cabeza que había comprendido y que iba á obedecer; y al punto se quitó de su vista, retirándose á un lado entre las barracas.

Cuando le pareció haberse apartado lo bastante, trató de quitarse de encima la causa de aquel compromiso, y para hacer esta operacion sin que nadie le viese, se metió entre dos barracas que estaban situadas de espaldas una á otra. Bajóse á desatar las cintas, y estando con la cabeza apoyada en la pared de paja de una de dichas barracas, llegó á sus oídos una voz... ¡Dios mio! ¿será posible? Puso toda su alma en el oído, suspendió el aliento. Sí, sí, es su propia voz... « ¿Miedo de qué? » decía aquella voz suave. « ¡Cuántas cosas hemos pasado peores que esta tormenta! Quien nos ha preservado hasta aquí, nos preservará tambien ahora. »

Si Lorenzo no dió un grito, no fué por temor de ser descubierto, sino porque le faltó el aliento. Dobláronsele de pronto las rodillas, y se le turbó la vista; pero al momento se puso en pié más animoso y más fuerte que ántes: en tres brincos dió vuelta á la cabaña, y puesto en la puerta, vió á la que había hablado, y la vió vestida y reclinada sobre una mala cama. Volvióse ella; miró, creyó sueño, ilusion lo que estaba viendo; miró con más atencion, y exclamó gritando:

— ¡Bendito sea el Señor!

— ¡Ah, Lucía! por fin te encuentro. ¡Sí, eres tú! ¡vives! ¡eres la misma! — exclamó Lorenzo, adelantándose todo trémulo.

— ¡Bendito sea el Señor! — replicó todavía más trémula Lucía. — ¿Y tú?... ¿qué es esto?... ¿de qué manera?... ¿por qué?... ¡La peste!

— La he pasado. ¿y tú?

— Yo tambien. ¿Y mi madre?

— No la he visto porque está en Pasturo; pero creo que está buena: mas tú... ¡Qué descolorida estás todavía! ¡Qué débil! Lo que es buena ya lo estás, ¿es verdad?

— El señor ha querido dejarme todavía por acá. ¡Ay Lorenzo! ¿por qué has venido aquí?

— ¿Por qué? — dijo Lorenzo acercándose más. — ¿Y me lo preguntas? ¿Es necesario que yo te lo diga? ¿Á quién he de dirigir yo mis pensamientos? ¿No soy yo Lorenzo? ¿No eres tú Lucía?

— ¡Ay! ¿Qué es lo que dices?... ¿No hizo mi madre que te escribiesen?

— Sí, demasiado. ¡Buenas cosas para escribirlas á un infeliz fugitivo, angustiado! ¡á un jóven que jamas te había dado un disgusto!

— Pero ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! puesto que sabías... ¿Por qué has venido? ¿por qué?

— ¿Por qué he venido? ¡Ay Lucía! ¿por qué he venido, me preguntas? ¿No somos nosotros ya los mismos? ¿No te acuerdas?... ¿qué es lo que faltaba?

— ¡Ah, Señor! — exclamó con voz lastimera Lucía juntando apretadamente las manos: — ¿por qué no me hicisteis la gracia de llevarme del mundo? ¡Ah, Lorenzo! ¿Qué es lo que has hecho? Ya empezaba yo á esperar... que... con el tiempo... me hubieras olvidado.

— ¡Qué buena esperanza! ¡qué buenas cosas para decirme en mi propia cara!

— ¿Qué es lo que has hecho? ¡En este sitio! ¡Entre estas aflicciones! Aquí, en donde no se hace sino morir, has podido...

— En cuanto á los que mueren, es necesario rezar por ellos, y esperar que irán donde Dios los llame; pero no es justo por eso que los que viven hayan de vivir desesperados.

— ¡Ah, Lorenzo! Tú no sabes lo que estás diciendo... ¡Una promesa á la Virgen! ¡un voto!

— Yo te digo que esas promesas no valen.

— ¡Válgame Dios! ¿qué es lo que dices? ¿Dónde has estado todo ese tiempo? ¿Con quién has tratado? ¿Cómo hablas de esta manera?

— Hablo como buen cristiano; y de la Virgen pienso mejor que tú, porque creo que no puede querer promesas en perjuicio del prójimo. Si la Virgen hubiese hablado, entonces sí, pero todo ha sido una idea tuya... ¿Sabes tú lo que debes prometer á la Virgen? Lo que debes prometerle es que á la primera niña que tengamos le pongamos el nombre de María, y esto yo tambien estoy pronto á ofrecerlo. Estas cosas honran más á la Virgen: son devociones de más ventaja, y que á nadie perjudican.

— No, no hables así: no sabes lo que te dices: tú no sabes lo que es hacer un voto. ¡Ah! ¡si tú te hubieras hallado en aquel conflicto! tú no sabes... ¡Déjame, déjame por Dios!

Y se apartó arrebatadamente, volviéndose hácia su cama.

— ¡Lucía! — dijo Lorenzo sin moverse, — dime al ménos, dime: ¿si no fuera por este motivo, serías tú la misma para conmigo?

— ¡Hombre sin caridad! — contestó Lucía volviéndose y conteniendo apenas las lágrimas, — ¿qué ganarías con hacerme decir palabras inútiles? ¿palabras que me afligirian? ¿palabras que quizá serian pecado? ¿Qué ganarías? ¡Ah! véte, véte, olvídate de mí: no estaba de Dios que nos casásemos. Nos juntaremos en el cielo; ya poco tiempo se vive en este mundo: véte; procura hacer saber á mi madre que he sanado, que Dios me ha asistido siempre; que he encontrado una buena alma, esta buena señora que hace conmigo las veces de madre: dile que espero que se librará de este mal, y que nos veremos cuando Dios quiera y como quiera. Véte por amor de Dios y no te acuerdes ya de mí... sino en tus oraciones.

Y como quien nada más tiene que decir, ni quiere oír; como quien huye de un peligro, se acercó más á la cama en que estaba acostada la mujer de quien acababa de hablar.

— Oye, Lucía, oye, — dijo Lorenzo sin acercarse tampoco más.

— No; véte en caridad de Dios.

— Oye, el padre Cristóbal...

— ¿Qué?

— Está aquí.

— ¡Aquí! ¿Dónde? ¿y cómo lo sabes?

— Le he hablado hace poco: he platicado largo tiempo con él; y un religioso de su clase me parece...

— ¡Está aquí! será sin duda para asistir á los pobres enfermos: ¿pero él? ¿Ha pasado la peste?

— ¡Ah, Lucía! me temo; harto me temo... (y mientras Lorenzo titubeaba para pronunciar una palabra amarga para él, y que tanto debia serlo para Lucía, esta se separó de nuevo de la cama, y se acercó á él) me temo que la tenga encima.

— ¡Ay, pobre padre Cristóbal! Es un santo; pero ¿qué digo? ¡pobres de nosotros! ¿Y cómo se halla? ¿está en cama? ¿está bien asistido?

— Está levantado: anda por todas partes, asiste á los demás; ¡pero si lo vieras!... ¡Qué cara! ¡Con qué trabajo se mantiene de pié! El que ha visto tantos y tantos, por desgracia no se equivoca.

— ¿Conque está aquí?

— Aquí está y muy cerca. No hay más distancia que de tu casa á la mia... ¿Te acuerdas?

— ¡Virgen bendita!

— Seguramente poco más. Figúrate si hemos hablado de ti. ¡Qué cosas me ha dicho! ¡Y si supieras lo que he visto! pero ántes te diré lo que me ha dicho con su propia boca. Me ha dicho que hacia muy bien en venir á buscarte; y que al Señor le agrada que un jóven se conduzca de esta manera, y que me ayudaria para que te encontrara, como efectivamente lo ha hecho; y es un santo; conque ya ves.

— Si ha dicho esto, es porque no sabrá...

— ¿Qué quieres que sepa de las cosas que hiciste de tu cabeza sin tomar consejo de nadie? Un hombre sabio, un

hombre de juicio como él, no puede imaginar cosas de esta naturaleza... Pero ¡á quién me llevó á ver!...

Y aquí contó la visita de la cabaña. Sin embargo de que el haber permanecido Lucía en aquella morada debía haberla acostumbrado á las impresiones más fuertes, no pudo dejar de estremecerse de lástima y de dolor.

— Y también allí, — prosiguió Lorenzo, — ha hablado como un santo. Ha dicho que el Señor quizá quería salvar aquel desgraciado... no puedo ahora darle otro nombre, que aguarda para cogerle en buena hora; pero quiere que nosotros se lo supliquemos juntos; juntos, ¿me entiendes?

— Sí, sí, rezaremos cada uno donde Dios querrá que nos hallemos. El sabrá juntar las oraciones.

— Yo te digo sus propias palabras.

— Pero, Lorenzo, el Padre no sabe...

— Mas tú no quieres entender que cuando es un santo el que habla, es Dios quien le inspira y le hace hablar, y si la cosa no fuera verdaderamente así, no hubiera hablado de aquella manera... ¿Y el alma de aquel desdichado? Yo bien he rezado por él, y rezaré todavía como si fuera un hermano mio; pero ¿cómo quieres tú que le vaya en el otro mundo, si en este no se arreglan las cosas, y no se deshace el mal que él hizo? Poniéndote tú en la razón, entónces todo queda como ántes; lo hecho hecho, y él sufrió su pena por acá.

— No, Lorenzo, no : Dios no quiere que se haga el mal, para usar luego su Divina Majestad de misericordia : por esta parte deja que obre el Señor ; nosotros no tenemos más que hacer sino suplicarle. Si yo me hubiera muerto en aquella fatal noche, ¿hubiera por esto dejado de perdonarle? Si yo al contrario me vi milagrosamente libre...

— ¿Y tu madre, esa buena Ines, que siempre me ha querido tanto, y que anhelaba con tantas véras vernos casados... ¿No te lo ha dicho ella también, que la tuya era una idea torcida? Bien sabes que en otras cosas te ha hecho conocer la razón, porque ella piensa con más juicio que tú.

— ¡ Mi madre! ¿Cómo crees tú que mi madre pudiera aconsejarme que faltase yo á una promesa? Lorenzo, tú has perdido el juicio.

— ¿Quieres que te lo diga como lo pienso? Vosotras las mujeres nada entendéis de estas cosas. El padre Cristóbal me ha dicho que en encontrándote, vuelva á verme con él. Vov á eso. Lo oiremos ; oiremos lo que dice...

— Sí; véte á ver á ese santo varon. Dile que yo ruego á Dios por él, y que él le ruegue por mí, que tanto, tanto lo necesito. Pero por amor de Dios, por tu alma misma, no vuelvas por acá á afligirme ni á tentarme. El padre Cristóbal sabrá explicarte las cosas bien, hacerte conocer la razón y tranquilizarte.

— ¡ Tranquilizarme! ¡ Ay! no lo creas. Tú hiciste me escribieran esa nueva mortal, y yo sé lo que sufrí entónces; ¡ y ahora tienes valor de repetirmela en mi misma cara! Mas yo te digo terminantemente que nunca jamás me tranquilizaré. Tú quieres olvidarme; pero yo no quiero olvidarme de ti; y te aseguro que si llego á perder el juicio, se acabó para siempre; echó al diablo el oficio, la buena conducta, y... En fin, te has empeñado en que yo viva rabiando toda mi vida, y rabiando viviré. ¡ Lucía! me has dicho que te olvide, ¡ que yo te olvide! ¿Y cómo se logrará eso? ¿En quién crees tú que he pensado en todo este tiempo que pasó? ¡ Despues de tantas cosas! ¡ Despues de tantas promesas! ¿Qué te he hecho desde que nos separámos? ¿Conque me tratas así por haber padecido tanto? ¿por haber sufrido tantas desgracias? ¿por haber sido perseguido? ¿por haber vivido fuera de mi casa triste, desconsolado, lejos de ti? ¿por haberte venido á buscar en cuanto he podido?

Quando el llanto permitió á Lucia articular palabras, exclamó juntando las manos y levantando al cielo los ojos bañados en lágrimas :

— ¡ Virgen bendita, asistidme! Vos sabéis que desde aquella triste noche nunca he tenido un rato como este. ¡ Me socorristeis entónces, socorredme ahora!

— Sí, Lucía, haces muy bien en invocar á la Virgen ; pero ¿ puedes creer que siendo tan buena, siendo Madre de misericordia, pueda complacerse en hacernos padecer ? Yo á lo ménos no lo creo... Y por una palabra soltada en un conflicto en que no sabias lo que estabas diciendo, ¿ puedes imaginar que te socorriese entónces para dejarnos embrollados despues?... Pero si esta por desgracia fuese una disculpa, porque ya me aborreces, dímelo claro, háblame con franqueza.

— En caridad, Lorenzo, en caridad de Dios, acaba de una



Lucia se dejó caer al lado de su cama.

vez ; no me hagas morir. Véte á ver al padre Cristóbal, recomiéndame á él, y no vuelvas más aquí.

— Me voy, sí, me voy ; pero no pienses que deje de volver. He de volver, aunque fuera al cabo del mundo.

Así dijo, y ausentóse.

Lucía fué á sentarse, ó, por mejor decir, se dejó caer al lado de su cama, y con la cabeza apoyada en ella, continuó llorando amargamente. La mujer, que hasta entónces habia estado con ojos y oídos muy abiertos sin resollar siquiera,

preguntó qué significaba la presencia de aquel hombre, aquella contienda y aquel llanto. Nuestros lectores por su parte quizá nos preguntarán tambien quién era aquella mujer : para contestarles, tampoco aquí necesitamos de muchas palabras.

Era la viuda de un mercader bastante acomodado, y de unos treinta años de edad. En pocos dias habia visto desaparecer á su esposo y á todos sus hijos. Poco despues, acometida ella misma por la enfermedad general, fué llevada al Lazareto y puesta en aquella cabaña, cuando Lucía, despues de haber superado sin sentirlo la furia del mal, y haber cambiado tambien sin sentirlo muchas compañeras, principiaba á restablecerse y á recobrar su sentido, que perdió desde el primer acceso de la enfermedad en casa de D. Ferrante. La cabaña sólo podia contener dos huéspedes, y estas dos afligidas, solas entre tanta muchedumbre, trabaron muy presto una amistad tan estrecha, que apenas hubiera podido ser el resultado de un largo trato. No tardó Lucía en hallarse en disposicion de poder asistir á la otra, que se halló muy agravada. En cuanto esta estuvo igualmente fuera de peligro, las dos se acompañaban, se consolaban y servian reciprocamente, y no sólo se prometieron salir juntas del Lazareto, sino que tambien tomaron medidas para no separarse tampoco despues. La viuda que, habiendo puesto al cuidado de un hermano suyo, comisario de Sanidad, su casa, su tienda y todo su capital, iba á encontrarse sola, y con medios sobrados para vivir con comodidad, trató de tener consigo á Lucía en calidad de hija ó de hermana, en lo cual esta consintió con la mayor gratitud á ella y á la Providencia, pero sólo hasta que tuviese razon de su madre y explorase su voluntad.

Sin embargo, como era tan reservada, jamas le habló ni del casamiento, ni de sus extraordinarias aventuras. Pero ahora, en semejante tumulto de afectos, tanta necesidad tenia ella de desahogar su corazon, como la otra deseos de oir : de consiguiente, estrechando Lucía las manos de sá

compañera, se dispuso inmediatamente á satisfacer su pregunta sin más retardo que el que á las palabras ponian los sollozos.

Caminaba Lorenzo entretanto apresuradamente hácia el cuartel del buen religioso. Con un poco de reflexion, y no sin pérdida de algunos pasos, consiguió alcanzarle. Halló la cabaña, pero sin fraile: no obstante, dando vueltas y atisbando, le vió en otra, en donde inclinado hasta el suelo, y casi tendido, estaba auxiliando á un moribundo. Paróse



Le vió... estaba auxiliando á un moribundo.

Lorenzo guardando un profundo silencio, y al cabo de un rato le vió cerrar los ojos á aquel infeliz, ponerse luego de rodillas, rezar un momento y levantarse. Acercóse entonces y se dirigió á él.

- Hola, — dijo el Capuchino, viéndole venir. — ¿Y bien?
- Aquí está: por fin quiso Dios que la encontrase.
- ¿En qué estado?
- Buena, á lo ménos levantada.
- ¡Alabado sea el Señor!
- Però... — dijo Lorenzo, cuando estuvo tan cerca para poderle hablar en voz baja, — hay otro embrollo.
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que... Ya sabe usted cuán buena es esa

pobre muchacha; pero algunas veces es algo tenaz en sus aprensiones. Despues de tantas promesas, despues de todo lo que usted sabe, ahora dice, ¿qué sé yo? que en aquella noche del miedo se le calentó la cabeza, y en cierto modo se consagró á la Virgen; cosa inútil, ¿no es verdad? Cosas muy buenas para los que saben lo que se hacen; pero para



Y sin más echarou á andar entrambos.

- nosotros, gente ignorante y ordinaria, que nada sabemos de eso... ¿no es verdad que son cosas que no valen?
- ¿Está muy lejos de aquí?
- No, señor: algo más allá de la capilla.
- Aguárdame un poco, y luego iremos allá juntos.
- ¿Quiere decir que usted la convencerá?
- Nada sé, hijo; es necesario que yo la oiga.
- Ya estoy, — dijo Lorenzo.

Y se quedó con los ojos clavados en el suelo, y los brazos sobre el pecho, rumiando su incertidumbre, que en nada se había disminuido. Fray Cristóbal fué de nuevo en busca del padre Víctor, y le suplicó que otra vez supliese por él; entró luego en su cabaña, salió con su esportillo en el brazo, llegó á Lorenzo y le dijo: « Vamos; » y marchó delante dirigiéndose á la cabaña donde ántes habian entrado juntos.

Esta vez entró solo, y despues de pocos minutos salió diciendo: « ¡ Nada! continuemos rezando. » Luego añadió: « Ahora guíame tú; » y sin más echaron á andar entrambos.

El cielo se habia ido oscureciendo cada vez más, y anunciaba próxima tormenta. Rompian la oscuridad repetidos relámpagos: aclaraba un fulgor instantáneo los extendidos techos, los arcos del pórtico, la média naranja de la capilla, y los humildes remates de las cabañas: los truenos que con estrépito repentino sonaban, corrían con continuado ruido de una á otra region del cielo. Seguía el jóven atentamente su camino, y con el ánimo lleno de inquieta expectacion, retardando con violencia el paso para acomodarle á las débiles fuerzas de su compañero, que cansado con los trabajos, agravado con el mal, y oprimido el pecho con el ansia, caminaba fatigosamente levantando de tiempo en tiempo al cielo el macilento rostro como para buscar una respiracion más libre.

Al llegar á la cabaña, se paró Lorenzo, volviöse, y con voz trémula dijo:

— Aquí está.

Entraron... « Ellos son, » dice la mujer de la cama; se vuelve Lucia, se levanta con precipitacion, corre á recibir al anciano, exclamando:

— ¡ Dios mio! ¿ A quién veo? ¡ Ah, padre Cristóbal!

— ¿ Y bien, Lucia? ¡ De cuántas angustias te ha librado el Señor! Debes estar bien contenta de haber siempre confiado en él.

— ¡ Ah, sí, señor! ¿ Pero usted, Padre?... ¡ Válgame Dios!

¡ Y qué cambiado está usted! ¿ Cómo se halla, dígame usted, cómo se halla?

— Como Dios quiere, y como con su gracia quiero yo tambien, — contestó el Padre á Lucia con rostro sereno; y llamándola aparte, añadió: — Escucha; yo no puedo quedarme aquí sino pocos momentos. ¿ Estás dispuesta á confiar en mí como ántes?

— ¡ Ah! ¿ no es usted siempre mi padre Cristóbal?

— Hija, ¿ á qué se reduce, pues, ese voto de que me ha hablado Lorenzo?

— Es una promesa que he hecho á la Virgen Santísima de no casarme.

— Pero ¿ te acordaste entónces que estabas comprometida de antemano con otra promesa?

— Tratándose del Señor y de la Virgen, no pensé en ello.

— Hija, el Señor agradece los sacrificios y los ofrecimientos, cuando los hacemos de lo que nos pertenece. Lo que el Señor quiere es el corazon y la voluntad; pero tú no podias ofrecerle la voluntad de otro con quien estabas comprometida.

— ¿ Y he hecho mal?

— No, hija mia, no te aflijas por esto, porque yo creo que la Virgen habrá agradecido la intencion de tu corazon afligido, y lo habrá ofrecido á Dios por tí. Pero dime, ¿ no te has aconsejado con nadie acerca de este punto?

— Yo nunca creí que fuese cosa de que hubiera de confesarme, pues se sabe que el poco bien que se puede hacer no hay necesidad de contarlo.

— ¿ No tienes ningun motivo que te impida cumplir la promesa que hiciste á Lorenzo?

— En cuanto á esto... yo por mí... ¿ qué motivo?... no sé... me parece que ningun otro, — contestó Lucia con cierta perplejidad, que todo podia anunciar ménos la incertidumbre de su pensamiento, y su rostro, todavía descolorido de la enfermedad, se encendió, cubriéndose de improviso rubor.

— ¿Crees tú, — dijo el anciano, — que Dios ha dado á su Iglesia la autoridad de dispensar, ó confirmar, segun convenga para el mayor bien, las deudas y obligaciones que los hombres hayan contraido con él?

— Sí, señor, que lo creo.

— Sabe, pues, que nosotros, destinados á la cura de las almas en este recinto, tenemos las más amplias facultades de la Iglesia para todos los que acuden á nosotros, y que, por consiguiente, yo puedo, como tú lo pidas, dispensarte de la obligacion, cualquiera que sea la que hayas podido contraer con ese voto.

— Pero ¿no será pecado volverse atras, arrepentirse de una promesa hecha á la Virgen? Yo entónces la hice de todo corazon, — dijo Lucía, extraordinariamente agitada al embate (confesémoslo) de tan inesperada esperanza, contrariada por un temor que fortificaron todos sus pensamientos en que hacía tanto tiempo que exclusivamente se ocupaba.

— ¿Pecado, hija mia? — dijo el Padre; — ¿pecado recurrir á la Iglesia, y pedir á uno de sus ministros que emplee la autoridad que recibió de la misma Iglesia, y que esta ha recibido de Dios? Yo he visto cómo los dos estabais destinados á uniros: y si alguna vez me ha parecido que Dios había criado á dos personas para unir las con un vínculo santo, erais y sois vosotros: ahora, pues, no veo razon alguna para que Dios os quiera separar, y le bendigo, y le doy gracias, por haberme dado, aunque indigno ministro suyo, la facultad de hablar en su nombre, y dispensarte de tú ofrecimiento. En fin, si tú pides que te declare libre de este voto, no sólo no titubearé en hacerlo, sino que deseo que lo pidas.

— Entónces... entónces... yo lo pido, — dijo Lucía con rostro turbado únicamente por el pudor.

Llamó entónces el religioso á Lorenzo, que se mantenía en el rincón más apartado, oyendo con grande atencion aquel diálogo en que tenía tanto interes; y teniéndole cerca, dijo con voz clara y sonora:

— Lucía, con la autoridad que tengo de la Iglesia te

declaro dispensada del voto de virginidad, anulando todo cuanto pudiera haber en él de consideracion, y absolviéndote de toda obligacion que pudieras haber contraido.

Figúrese el lector cómo sonarian en los oídos de Lorenzo estas palabras. Dió las más expresivas gracias con los ojos al que las había proferido, y buscó inmediatamente, pero en vano, los de Lucía.

— Entrégate con toda seguridad, y en paz, — prosiguió diciendo el Capuchino, — á los pensamientos de ántes. Pídele de nuevo al Señor las gracias que le pedias para ser



Le bendigo por haberme dado la facultad de hablar en su nombre.

una mujer santa, y ten confianza en que te las concederá mayores despues de tantas penalidades. Y tú, — dijo volviéndose á Lorenzo, — acuérdate, hijo mio, que si la Iglesia te restituye esta compañera, no lo hace para proporcionarte un consuelo temporal y mundano, que aún suponiéndolo completo y sin ninguna clase de disgustos, acabaria en un gran dolor en el momento de separaros para siempre; pero lo hace para poneros á los dos en el camino de un consuelo que no tendrá término. Amaos como compañeros de viaje, con el pensamiento de teneros que separar algun dia, y con la esperanza de volveros á unir para siempre. Dad gracias al icelo por haberos traído á este estado, no por medio de

alegrías turbulentas y pasajeras, sino por trabajos, y entre miserias, para prepararos á una alegría pura y tranquila. Si Dios os concediere hijos, cuidado de criarlos para él, y de inspirarles su amor y el del prójimo. Lucía, ¿ nada te ha dicho este (señalando á Lorenzo) de lo que ha visto aquí ?

— ¡ Ay, Padre ! me lo ha dicho todo.

— Rezad por él y por mí... Hijos míos, quiero que tengáis una memoria del pobre Capuchino.

Ya aquí sacó del esportillo una caja de madera ordinaria, pero muy bien trabajada, á la manera que los capuchinos lo hacían entónces, y prosiguió :

— Aquí dentro está el resto de aquel pan... el primero que pedí de limosna, de aquel pan de que habréis oído hablar. Os lo dejo á vosotros ; conservadle, enseñadle á vuestros hijos. Vendrán á un mundo triste en un siglo de dolores, entre orgullosos y provocativos : inculcadles que perdonen siempre, y que rueguen á Dios por el pobre fraile.

Entregó la caja á Lucía, quien la recibió con el respeto y veneracion con que recibiría una reliquia. Luégo con voz más pacata continuó :

— Ahora, dime : ¿ qué recursos tienes en Milan ? ¿ adónde piensas ir en saliendo de aquí ? ¿ Y quién te llevará donde está tu madre ? ¿ que Dios quiera haber conservado en buena salud !

— Esta buena señora me sirve entretanto de madre : saldremos de aquí juntas, y ella luégo cuidará de todo.

— ¡ Dios la bendiga ! — dijo el padre Cristóbal, acercándose á la cama.

— Yo tambien doy á usted las gracias — dijo la viuda — por el consuelo que ha proporcionado á estas pobres criaturas, aunque yo contaba tener siempre conmigo á Lucía ; pero se quedará entretanto. Yo me encargo de llevarla á su pueblo ; la entregaré á su madre, y (añadió de quedo) tomo á mi cargo el ajuar. Bienes tengo sobrados, y por desgracia nadie de los que debían disfrutarlos.

— Así podrá usted — contestó el Capuchino — hacer un gran sacrificio al Señor, y mucho bien al prójimo.

Volviéndose luégo á Lorenzo, y tomándole de la mano, le dijo :

— Ea, pues ; nosotros nada tenemos ya que hacer aquí ; demasiado nos hemos detenido : vámonos.

— ¡ Ah, Padre ! — dijo Lucía ; — ¿ no tendré yo el gusto de volver á ver á usted ? Yo he recobrado la salud, yo que de nada sirvo en este mundo, y usted...

— Hace mucho tiempo — respondió el anciano con seriedad y dulzura — que pido al Señor la gracia de acabar mis días en beneficio del prójimo. Si ahora se dignase otorgármela, necesito que todos los que tienen caridad de mí me ayuden á darle gracias. Ea, dále á Lorenzo los encargos que quieras para tu madre.

— Cuéntale lo que has visto, — dijo Lucía á Lorenzo : — que he encontrado aquí otra madre ; que iré con ella lo más presto que pueda, y que espero encontrarla buena.

— Si necesitas dinero, — contestó Lorenzo, — yo tengo aquí todo lo que tú me enviaste...

— No, no, — repuso la viuda : — nada le faltará : yo, gracias á Dios, tengo más de lo que necesito.

— Vamos, — replicó el religioso.

— Adios, Lucía ; dentro de poco nos veremos : lo mismo digo á usted, buena señora, — dijo Lorenzo, no encontrando palabras para explicar lo que sentía su corazón.

— ¿ Quién sabe — exclamó Lucía — si el Señor nos hará la gracia de que nos veamos otra vez todos juntos ?

— Quede él siempre con vosotros, y os bendiga, — dijo á las dos compañeras fray Cristóbal, y con Lorenzo salió de la cabaña.

Era la caída de la tarde, y la crisis del tiempo parecía aún más inminente. El Capuchino ofreció de nuevo al desahogado Lorenzo su pobre albergue por aquella noche.

— Compañía, — añadió, — no podré hacértela, pero estarás á cubierto.

Lorenzo, sin embargo, anhelaba por marcharse, y no apetecía mucho quedarse por más tiempo en semejante sitio, cuando no podía ver otra vez á Lucía, ni gozar de la compañía del buen religioso. Por lo que toca á la hora y al temporal, se puede decir que el día y la noche, el sol y la lluvia, el céfiro y el vendaval, eran para él en aquella ocasión una misma cosa : por lo tanto, dió muchas gracias al Capuchino,



Padre mio! ¿ Nos volveremos á ver?...
G. 27

y se despidió, diciendo que queria ir á ver á Ines lo más presto que fuese posible.

Así que llegaron á la cruzía, el Padre le apretó la mano y le dijo :

— Cuando veas á esa buena Ines, que Dios lo haga, y yo lo espero, saludala tambien de mi parte á ella y á cuantos por allá se acuerden de fray Cristóbal : diles que rueguen por él. Dios te acompañe y te bendiga para siempre.

— ¡ Ah, padre Cristóbal ! ¡ Padre mio ! ¿ Nos volveremos á ver ?... ¿ Nos volveremos á ver ?

— En el cielo, lo espero.

Y con estas palabras se desprendió de Lorenzo, el cual se quedó mirándole, hasta que le perdió de vista. En seguida se dirigió aprisa hácia la puerta, echando á derecha é izquierda las últimas miradas á aquel lamentable sitio, en donde se advertía un movimiento extraordinario en todas direcciones : sepultureros corriendo ; cabañas que se arreglaban, y convalecientes que trabajosamente se retraian á ellas y á los portales para guarecerse contra la tormenta que se iba acercando.

CAPÍTULO XXXVII

En efecto, apenas salió Lorenzo de los umbrales del Lazareto, y tomó la calle, entónces derecha, para encontrar el sendero de donde habia desembocado por la mañana frente la muralla, cuando empezaron á caer unas gotas muy gordas y raras, que salpicando los áridos caminos levantaban otras tantas nubecillas de menudo polvo ; pero no tardaron en convertirse en lluvia ; y ántes que Lorenzo llegase al sendero que buscaba, caía á cántaros al agua. Léjos de incomodarse con esto, la recogió con gusto, gozándose en aquel bullicio que causaban las hierbas y las hojas movidas y goteando, reverdecidas y relucientes. Respiraba de cuando en cuando más recio y desahogadamente, y en aquella revolucion de la naturaleza le parecia sentir mejor la que se habia verificado en su destino.

Pero ; cuánto más viva y completa hubiera sido esta sensación, si hubiera podido adivinar lo que se vió pocos dias despues, á saber : que aquella agua se llevaba y barria, digámoslo así, el contagio ; tanto que si el Lazareto no restituía al mundo desde entónces todos los vivos que encerraba, al ménos no tragaria otros ; que al cabo de una semana se verian abiertas otra vez las puertas y las tiendas... que ya

sólo se hablaría de cuarentenas, y que no quedaria de la peste sino algunas señales diseminadas, esto es, aquellos rastros que cada epidemia deja tras sí por algun tiempo!

Caminaba, pues, nuestro viajero con bastante prisa, sin haber aún determinado ni cuándo ni dónde pasaria la noche, ocupado sólo en ir adelante y llegar presto al país, para encontrar con quien hablar, á quien contar, y sobre todo para pasar inmediatamente á Pasturo en busca de Ines. Andaba revolviendo en su mente todas las cosas de aquel dia, y á vuelta de las miserias, horrores y peligros, siempre le ocurría el pensamiento de haber encontrado á Lucía viva y sana, y de que era suya; y entónces pegaba un brinquito con el cual hacia saltar el agua y el barro alrededor, á manera de un perro de lanas al salir del agua. Otras veces se contentaba con un estregon de manos, y proseguia su camino con más ahinco. Mirando al suelo, recapacitaba todo lo que le habia pasado en aquel dia, la aldaba, la respuesta descortes de la mujer que se asomó á la ventana, los gritos de aquella furia que queria hacerlo pasar por untador, los bribones que trataban de acabar con él, los carros de los sepultureros, la entrada en el Lazareto, el encuentro del padre Cristóbal, la procesion de los convalecientes, el cuartel de las mujeres, la casualidad de encontrar á Lucía, y la dispensa del voto, que era el punto á que siempre venía á parar para considerarse feliz; por manera que era imposible imaginar un estado de más satisfaccion, á no acibararlo en parte la incertidumbre acerca de Ines, la quebrantada salud del padre Cristóbal, y el hallarse todavía en medio de la peste.

Con estos pensamientos entró en Sexti al anochecer, y el agua no daba aún indicio de cesar; pero sintiéndose con piernas más que nunca ligeras, y considerando las muchas dificultades que encontraria para hallar hospedaje, así empapado en agua como estaba, ni siquiera pensó en buscar albergue. Lo que sí sentia eran unas fuertes ganas de comer, á las cuales despues de lo ocurrido, seguramente no

habria podido bastar la escasa sopa del Capuchino. Trató de buscar una panadería, y encontrada, compró dos panes, que le entregaron con la formalidad de las tenazas y demas ceremonias. Echóse uno en el bolsillo, y el otro á los dientes, y adelante.

Ya era enteramente de noche cuando pasó por Monza; sin embargo, consiguió salir por la parte que justamente correspondia al camino que debia seguir; pero ademas de esto, que no era entónces poco mérito, es necesario saber cómo estaba á la sazón aquel camino, y cómo se iba poniendo á cada instante. Hundido como todos, entre dos orillas, á manera de un arroyo, podia llamarse en aquella hora, sino un rio, por lo ménos un torrente, con tantos hoyos y charcos á cada paso, que podia tenerse á dicha el sacar los zapatos, y aún los piés, si se me apura. Pero Lorenzo iba saliendo lo mejor que podia, sin impaciencia, sin malas palabras, sin arrepentimiento, haciéndose cargo de que por más que costase cada paso, siempre era adelantar, que el agua cesaria cuando Dios quisiera, que á su tiempo amanecería, y que el camino que andaba entónces ya estaria andado.

Y á decir verdad, tampoco pensaba en ello sino en los momentos de más apuro. Servíanle de distraccion los recuerdos é ideas que ocupaban su mente. Recreábase ora en recorrer la historia de los tristes años pasados, de tantos enredos, tantas contradicciones, y tantos momentos en que casi tenía perdida la esperanza, y en contraponer á estas ideas las de un porvenir tan diferente, las de la llegada de Lucía, de su boda, de la formacion de su casa, del placer de contarse reciprocamente sus aventuras, y de no separarse en toda la vida.

Cómo se compusiese cuando se dividia el camino, lo que no dejaba de suceder á menudo, esto es, si con la poca práctica que tenía, y un mediano discurso, encontraba siempre el verdadero, ó si se metía por cualquiera ventura, no es fácil decirlo, porque él mismo, cuando contaba su historia, que siempre era con más palabras de las nece-

sarias, al llegar á los sucesos de aquella noche, sólo se acordaba de ella como si la hubiese pasado en su cama soñando; lo cierto es que al amanecer se halló á vista del Ada.

Nunca había dejado enteramente de llover; pero hubo un corto espacio en que el diluvio se convirtió en lluvia, y luégo en llovizna. Las nubes altas y ralas formaban un velo dilatado, pero ligero y diáfano, y la luz del crepúsculo permitió á Lorenzo ver todo el país á la redonda. Allí estaba su pueblo, y lo que él experimentó en aquel momento no es fácil describirlo: sólo podemos decir que le parecía que aquellas montañas, el inmediato *Resegono* y el territorio de Lecco, todo era suyo. Echó la vista también sobre sí, y se encontró algo extraño, y tal, según lo que sentía, como se imaginaba debía ser. Arrugada la ropa y pegada al cuerpo, desde el cogote hasta la cintura hecho una sopa y cayéndole á chorros el agua, y desde la cintura á los talones gachas y barro; y si se hubiera mirado en un espejo, más eco le hubiera hecho el verse con las alas del sombrero caídas, y el pelo lacio y pegado á la cara. En cuanto á cansado, bien podía estarlo, pero no lo advertía, y el fresquecito de la mañana con el de la noche y aquel corto baño, no hacían sino aumentar su energía y su gana de andar más aprisa.

Llega á Pescate, costea el último trecho del Ada, echando una mirada melancólica á Pescarénico, pasa el puente, y por atajos y campos llega en breve á la casa de su antiguo huésped. Este, que acabando de levantarse estaba á la puerta mirando el tiempo, vuelve los ojos hácia aquella figura tan empapada en agua, tan cubierta de lodo, tan sucia, y al mismo tiempo tan lista y desenfadada, por manera que en su vida había visto á un hombre tan mal parado y tan contento.

— ¡Hola! — dijo, — ¡tan presto! ¡con este tiempo! ¿cómo ha ido?

— La encontré, la encontré, — contestó Lorenzo.

— ¿Buena?

— Restablecida ya, que es mejor. Muchos motivos tengo para dar gracias al Señor y á su Santísima Madre, pues vivo. ¡Cosas grandes, amigo! ya te contaré: ¡qué cosas!

— Pero; cómo estás!

— Estoy guapo, ¿eh?

— Á la verdad que el agua que te chorrea de medio cuerpo arriba pudiera lavarte de medio cuerpo abajo. Aguarda, aguarda, que voy á hacerte una buena fogata.

— Te lo agradezco. ¿Sabes dónde me cogió? justamente á la puerta del Lazareto: pero esto no es nada; el tiempo hace su oficio, y yo hago el mio.

El amigo se fué, y volvió con dos brazadas de leña; puso una en el suelo y echó la otra en la chimenea, y á beneficio de unas cuantas ascuas que quedaron por la noche, no tardó en levantarse una gran llama. Quitóse Lorenzo el sombrero, le sacudió dos ó tres veces y le tiró al suelo; pero no pudo quitarse tan presto el gaban. Sacó también de la faltriquera de los calzones su cuchillo, con la vaina tan esponjada que parecía de tripas, y le puso sobre una mesita, diciendo:

— ¡Qué bueno está también este! pero, en fin, gracias á Dios, que no es más que agua. Mi vida, amigo, ha estado en un tris; ya te diré (y se estregaba las manos). Ahora hazme otro favor, — añadió; tráeme aquel lio que te dejé porque ántes que esta ropa se seque va largo.

Vuelto con el lio el amigo, le dijo:

— Creo que no dejarás de tener ganas; qué beber no te habrá faltado en el camino, pero comer...

— Ayer por la tarde encontré donde comprar dos panes; pero á la verdad, no me han llegado á un diente.

— Deja, — dijo el amigo, y echó agua en un perolito, la puso á la lumbre, y añadió: — voy por leche: cuando vuelva, el agua estará caliente, y haremos una buena polenta: tú entretanto componte á tu gusto.

Quedando Lorenzo solo, se quitó de encima, no sin trabajo,

el resto de la ropa, que estaba como encolada á la carne, se secó bien y se volvió á vestir de piés á cabeza. Volvió el amigo, emprendió la faena de la polenta, y entretanto Lorenzo se quedó sentado aguardando.

— Ahora — dijo — voy sintiendo que estoy cansado. La tirada es buena; pero no es nada : tengo que contarte para todo el día. ¡Cómo está Milan! ; Es preciso verlo y tocarlo! Cosas para tener luégo asco de sí mismo. Estoy por decirte que necesitaba yo de este enjabonado. ¡ Lo que quisieron hacer conmigo aquellos señores! Ya oirás, ya oirás. ¡Ah! ; si vieras el Lazareto! Entre tantos horrores es cosa de perderse y perder el juicio : ya te lo contaré todo... Allá está, y vendrá pronto aquí, y será mi mujer, y tú has de ser uno de los testigos; y, peste, ó no peste, quiero que tengamos á lo ménos algunas horas de diversion y alegría.

Cumplió con efecto la palabra que dió á su amigo de emplear aquel día en contárselo todo, tanto más que no habiendo cesado de lloviznar, lo pasó debajo de techado, ya en conversacion con su amigo, ya trabajando con él en una tina y una bola, y en otros preparativos para la vendimia, porque, como él decia, era uno de aquellos que se cansaban más en no hacer nada que en trabajar. No pudo sin embargo dejar de hacer una escapadita hasta la casa de Ines para ver cierta ventanita, y darse tambien allí otro estregoncito de manos. Fué y volvió á hurtadillas, y se acostó temprano. Temprano tambien se levantó el día siguiente; y viendo que aunque no estaba sentado el tiempo, habia cesado el agua, se puso en camino para Pasturo.

Era todavía temprano cuando llegó; que no tenía ménos prisa ni ménos gana de acabar, que la que pueden tener nuestros lectores. Preguntó por Ines; supo que estaba viva y sana, y le enseñaron una casita aislada donde vivia. Allí se fué en derechura, y la llamó por su nombre desde la calle. Á esta voz se asomó Ines apresuradamente á la ventana, y mientras estaba con la boca abierta, queriendo proferir no sé qué palabras, la previno Lorenzo diciendo :

— Lucia se puso buena; la he visto anteayer; saluda á usted, y vendrá presto, ¡ y cuánto tengo que contar á usted!

Entre la sorpresa, el placer de la noticia y el afan por saber más, empezaba Ines ya una exclamacion, ya una pregunta, sin acabar nada, y olvidando luégo las precauciones que acostumbraba tomar desde largo tiempo, dijo:

— Ya bajo á abrir.



Á esta voz se asomó Ines apresuradamente á la ventana.

— Aguarde usted. ¿Y la peste? — preguntó Lorenzo. — Creo que usted no la ha pasado.

— Yo no : ¿ y tú?

— Yo sí; pero es menester precaucion; vengo de Milan, y he estado metido en el contagio hasta los ojos. Es verdad que me he mudado de piés á cabeza, pero es cosa que á veces se pega como un maleficio, y puesto que el Señor ha librado á usted hasta ahora, quiero que usted se cuide hasta que se

acabe este maldito influjo, porque es usted nuestra mamá, y quiero que vivamos todos juntos por largo tiempo y alegremente, en desquite de lo mucho que hemos sufrido, al ménos yo...

— Pero... comenzó á decir Ines.

— No hay pero ni pera, — interrumpió Lorenzo. — Sé lo que usted quiere decir. Ya verá usted cómo no hay pero. Vamos á algun paraje bien ventilado donde se pueda hablar con comodidad y sin riesgo.

Indicóle Ines un huerto que caía á espaldas de la casa, diciéndole que entrase allí, y se sentase en uno de dos banquillos que estaban frente á frente, que ella bajaria luégo, y se sentaria en el otro. Así se hizo, y estoy seguro de que si el lector, como impuesto en los antecedentes, hubiese podido hallarse presente, y ver y oír aquellos relatos, aquellas preguntas, aquellas explicaciones, aquellas quejas, aquellas exclamaciones, aquel hablar de D. Rodrigo y del padre Cristóbal, y todo lo demas con aquellas descripciones de lo futuro tan positivas y claras como las de lo pasado, estoy seguro, digo, de que hubiera tenido gran gusto en ello, y hubiera sido el último en separarse; pero para tener en el papel toda aquella conversacion con palabras mudas, de tinta y sin ningun hecho nuevo, soy de parecer que no sentirá perderla, y que preferirá que se las dejemos adivinar. La conclusion fué que irian á vivir juntos al país de Bérgamo, donde ya Lorenzo tenía un buen acomodo; pero en cuanto al tiempo, nada se pudo determinar, porque dependia de la peste y de otras circunstancias, y sólo se acordó que apénas pasado el peligro, volviera Ines á su casa, aguardando allí á Lucía, ó Lucía la aguardaria á ella; y Lorenzo entretanto haria otras escapadas á Pasturo á ver á su mamá, y tenerla al corriente de todo cuanto ocurriese.

Ántes de irse le ofreció tambien dinero, diciendo :

— Vea usted, todo está intacto, pues hice aquí voto de no tocarlo hasta que se hubiesen aclarado las cosas. Ahora, pues, si usted lo necesita, baje usted una cazuela con agua

y vinagre, y meteré allí los cincuenta escudos flamantes.

— No, no, — contestó Ines; — tengo más de lo que para mí necesito; guárdalos, que te servirán para poner casa.

Retiróse Lorenzo con este nuevo motivo de consuelo, cual era el de haber encontrado en buena salud á una persona á quien tanto amaba : permaneció el resto de aquel dia y la noche en casa de su amigo, y el dia siguiente se puso de nuevo en camino, pero con otra direccion; á saber, la de su país adoptivo.

Allí encontró tambien con buena salud á su primo Bartolo, y con ménos temor de perderla, porque en aquellos pocos dias las cosas habian tomado rápidamente muy buen aspecto. Las invasiones eran mucho ménos frecuentes, la enfermedad ya no era la misma; ya no se presentaba aquel amaratado mortal, ni aquella violencia de síntomas, sino unas calenturillas, la mayor parte intermitentes, y alguna vez un tumorcillo descolorido, que se curaba como un divieso ordinario. Era otro ya el aspecto del país : los que habian sobrevivido empezaban á salir de sus escondrijos, dándose recíprocamente el pésame ó el parabien. Se hablaba ya de volver á poner corrientes las fábricas; y los dueños pensaban en buscar y apalabrar artesanos, especialmente en aquellas artes en que el número de ellos escaseaba tambien ántes del contagio, como era la de la seda. Lorenzo, sin hacerse de rogar, prometió (salva siempre la debida aprobacion) á su primo, que volveria á trabajar en cuanto fuese á establecerse con su familia en el país. Dispuso entretanto los preparativos más precisos; buscó una casa mejor, cosa entónces harto fácil, y poco costosa; la proveyó del ajuar y muebles necesarios, echando mano otra vez del tesoro reservado; pero sin abrir en él gran brecha, porque de todo habia desgraciadamente grande abundancia y baratura.

Á los pocos dias regresó á su país nativo, que halló extraordinariamente mejorado, y marchó inmediatamente á Pasturo, donde halló á Ines más animada, y tan dispuesta á volver á su casa, que él mismo la trajo. Creemos excusado

decir aquí cuáles fueron sus sentimientos y sus palabras al verse juntos en aquel pueblo; cualquiera podrá figurárselo.

Ines lo encontró todo como lo había dejado; por manera que solía decir que esta vez, tratándose de una pobre viuda y de una pobre muchacha, los ángeles habían estado allí de guardia.

— Y la otra vez, — añadía, — cuando cualquiera hubiera creído que el Señor cuidaba de otros, y á nosotras nos abandonaba, permitiendo que nos llevasen nuestra hacienda, manifestó todo lo contrario, porque me envió por otra parte dinero con que poder reponerlo todo: digo todo, y no digo bien, porque faltaba el ajuar de Lucía que los pícaros se llevaron enterito; mas héte aquí que nos viene por otra parte. Quién me hubiera dicho, cuando estaba trabajando en poner listo aquel, ¿crees tú trabajar para Lucía? ¡Pobre mujer! trabajas para quien no conoces. ¡Sabe Dios quién se llevará esas camisas, esas enaguas, esos jubones! Del ajuar de Lucía, del que verdaderamente ha de servirle, cuidará otra buena alma, que ni siquiera sabes si existe.

El primer cuidado de Ines fué el preparar en su casita el alojamiento más decente que pudo para aquella buena alma: luégo buscó seda que devanar, y con su aspa procuraba engañar la tardanza.

Lorenzo, por su parte, no pasó en la ociosidad aquellos dias para él tan largos. Como por fortuna sabía dos oficios, se dedicó al de labrador. Empleaba parte del tiempo en ayudar á su huésped, para el cual no era poca suerte tener á su disposicion un labriego, y un labriego de tanta habilidad: otra parte la dedicaba á cultivar y arreglar el huertecillo de Ines, abandonado enteramente durante su ausencia. Por lo que toca á su pequeña hacienda, no se cuidaba de ella, diciendo que era peluca demasiado enmarañada, y de nada servían dos brazos para desenredarla. Tampoco ponía los piés en ella, ni en su casa, porque era para él un dolor el ver aquella desolacion, habiendo ya tomado el partido de deshacerse de todo, da cualquiera manera que fuese, y emplear en su nueva patria lo que sacase.

Si los que habían quedado vivos eran unos para otros como resucitados, Lorenzo lo era para los de su pueblo como dos veces. Todos le felicitaban, le agasajaban, y deseaban oír su historia. Algunos quizá preguntarán: ¿y cómo endaba la cosa respecto á la requisitoria? Perfectamente. Apenas se acordaba de ella, suponiendo que los que debían ejecutarla tampoco se acordarian, y no se equivocaba. Y esto no dimanaba sólo de la peste, que todo lo había barajado, sino tambien (cosa muy comun en aquellos tiempos, como lo hemos visto en más de una parte de esta historia) de que las órdenes, tanto generales como particulares, contra las personas, como no hubiese alguna animosidad privada ó poderosa que promoviese su ejecucion, quedaban sin efecto, á no ser que se ejecutasen en los primeros momentos, á manera de las balas de fusil, que si no causan daño al golpe, caen al suelo, en donde á nadie molestan, consecuencia necesaria de la excesiva facilidad con que á roso y veloso se expedian dichas órdenes. La actividad del hombre es limitada, y lo que va de más en ordenar, debe ir de ménos en la ejecucion.

Si alguno asimismo quisiese saber cómo se conducía Lorenzo con D. Abundo, mientras permanecía en su pueblo aguardando que se dispusiesen las cosas para su boda, diré que no tenían relacion entre sí: este último, por temor de oír hablar del casamiento, cuya palabra le traía á la memoria los bravos de D. Rodrigo y las reconvenciones del Cardenal; y el primero porque había determinado no hablar del asunto hasta el momento preciso de su ejecucion, no queriendo escamarle ántes de tiempo, no fuera que pusiese nuevos impedimentos. De esto hablaba frecuentemente con Ines, á quien solía preguntar:

— ¿Cree usted que vendrá presto?

— Creo que sí, — respondía Ines.

Y muchas veces hacía esta la misma pregunta, con lo cual procuraban los dos entretener el tiempo, que les parecía cada día más largo.

Para nuestros lectores haremos que pase más pronto,

diciendo en resumen que á los pocos dias de haber estado Lorenzo en el Lazareto, salió Lucia con la buena viuda, y habiéndose dispuesto una cuarentena general, la pasaron las dos juntas en casa de la última, donde una parte del tiempo se empleó en el ajuar de Lucia, quien, despues de algunos cumplimientos, tuvo tambien que trábajar en él. Concluida la cuarentena, confió la viuda á su hermano el comisario la tienda y la casa, y se hicieron los preparativos para el viaje. Podremos tambien añadir de seguida, para acabar pronto, que se pusieron en camino, que llegaron, y lo demas ; pero á pesar de toda la prisa del lector y la nuestra, hay tres cosas correspondientes á aquel periodo que no queremos pasar en silencio, y á lo ménos por lo que toca á dos, el mismo lector convendria en que hubiéramos hecho mal omitiéndolas.

La primera es que cuando Lucia volvió á hablar con la viuda de sus aventuras con más particularidad y más órden que el que pudo emplear en la agitacion de la primera confianza, é hizo mencion más expresa de la Señora que la habia acogido en el convento de Monza, llegó á saber cosas de ella que excitaron en su ánimo la más triste y terrible admiracion. Supo por la viuda que habiendo la desgraciada monja dado márgen á sospechas de hechos atroces, fué trasladada de órden del Cardenal á un convento de Milan, y que allí, despues de muchos desórdenes se arrepintió, y vuelta sobre sí, su vida actual era un suplicio voluntario tan duro, que nadie pudiera inventar otro más severo. El que quisiere tener noticias más circunstanciadas de este lamentable incidente, las hallará en la historia patria de Ripamonti, década v, libro vi, capítulo iii.

Se reduce la otra á que preguntando Lucia por el padre Cristóbal á todos los capuchinos que pudo ver en el Lazareto, supo con más pena que admiracion que habia muerto de la peste.

Finalmente, ántes de salir de Milan, deseaba tener alguna noticia de sus antiguos amos para cumplir con ellos, si alguno era vivo, como lo exigia la gratitud y la buena crianza.

Acompañóla la misma viuda á la casa, donde supieron que uno y otro se habian ido con los más al otro mundo. Por lo que toca á doña Práxedes, diciendo que murió, se dice todo lo que hay que decir, pero con respecto á don Ferrante, tratándose de un sabio de aquella época, el anónimo que varias veces hemos citado, creyó conveniente extenderse algo más ;



Despues de muchos desórdenes se arrepintió.

y nosotros de nuestra cuenta y riesgo trasladamos en compendio lo que él dejó escrito.

Dice, pues, que en cuanto se empezó á hablar del contagio, D. Ferrante fué uno de los más acérrimos y constantes en negar su existencia, no con alboroto como el pueblo, sino con racionios, cuyo enlace por lo ménos nadie podia desconocer.

— *In rerum natura* — decia — no hay sino dos géneros de cosas, á saber, sustancia y accidentes ; y si yo pruebo que el contagio no puede ser ni lo uno ni lo otro, habré probado que no existe, y que es una quimera. Vamos á probarlo. Las

sustancias son ó espirituales ó materiales. Que el contagio sea una sustancia espiritual, es un dislate de tal naturaleza que nadie habrá que lo sostenga, de consiguiente es inútil hablar de él.

Las sustancias materiales son simples ó compuestas. Ahora bien, el contagio no es sustancia simple, y lo demuestro en cuatro palabras. No es sustancia aérea, porque si lo fuera, en lugar de pasar de un cuerpo á otro, volaria más bien á su esfera: no es ácuea, porque humedecería y la secarían los vientos: no es ígnea, porque quemaría; y no es térrea, porque entónces sería visible. Tampoco es sustancia compuesta, porque de todos modos se vería y se tocaría; y este contagio ¿quién lo ha visto? ¿quién lo ha tocado? Queda ahora por ver si es accidente. ¡Peor que peor! Nos dicen los señores médicos que el contagio se comunica de un cuerpo á otro, y este es su argumento, su pretexto para tantas órdenes sin utilidad. Ahora suponiéndolo accidente, vendría á ser accidente transportado, dos palabras opuestas, no habiendo en toda la filosofía cosa más clara que la de que un accidente no puede pasar de un sujeto á otro. Y si para evitar este Escila, dicen que es accidente producido, huyen de él, y dan en Caribdis, porque si es producido, no se comunica ni propaga como van cacareando. Supuestos estos principios, ¿de qué sirve venir á hablarnos de víbicos, exantemas, antraces, etc.?

— ¡Todas majaderías! le contestó uno en cierta ocasion.
— No, no, — replicó D. Ferrante; — no digo yo eso. La ciencia es ciencia; pere conviene saberla emplear... Víbicos, exantemas, antraces, parótidas, bubones amoratados, diviesos nigricantes, son todas palabras respetables que tienen su sentido; pero digo que no vienen al caso en esta cuestion. ¿Quién niega que haya de estas cosas? El punto está en ver de dónde vienen.

Aquí empezaban tambien los apuros de D. Ferrante, porque miéntras se limitó á refutar la opinion del contagio, hallaba por todas partes quien le escuchase, porque seguramente es muy grande la autoridad de un sabio de profesion cuando

trata de probar á los demas cosas de que ya están persuadidos; pero cuando queria distinguir y demostrar que el error de aquellos médicos no consistia en afirmar que existia un mal terrible, sino en señalar sus causas y modos, entónces (esto es, al principio, cuando no se queria oír hablar del morbo), entónces todos estaban contra él, y ya no podia emitir su doctrina sino á retazos.

— Existe, sin embargo, esta verdadera causa, — solia decir, — y se ven obligados á reconocerla, aun aquellos que sostienen la otra así en el aire... Que nieguen, si pueden, esa



No tomó precaucion alguna contra la peste. Esta le acometió y murió como un héroe de tragedia.

fatal conjuncion de Saturno con Júpiter. ¿Y cuándo se ha oido decir jamas que las influencias se propagan?... ¿Y habrá quién niegue las influencias? ¿Me negarán que hay astros? ¿Y querrán suponer que están allá arriba ociosos, como otras tantas cabezas de alfileres clavadas en una almohadilla? Lo que no puedo comprender de estos médicos, es que confiesan que nos hallamos bajo una conjuncion tan maligna, y luégo ivinen diciendo: «no toquéis allí y os libertaréis,» como si el evitar el contacto material de los cuerpos terrestres pudiese impedir el efecto virtual de los cuerpos celestes, y ademas tanto

quemar andrajos. ¡Pobre gente! ¿Quemaréis á Júpiter?
¿Quemaréis á Saturno?

Fundado en estos desatinos, no tomó precaucion alguna contra la peste. Esta le acometió : D. Ferrante se metió en la cama, y murió como un héroe de tragedia, tomándola con el cielo y las estrellas.

¿Y su famosa biblioteca? Anda quizá dispersa todavía por los puestos de los que venden comedias y romances.

CAPÍTULO XXXVIII

Una tardecita oye Ines parar un carruaje á la puerta de su casa. « ¡Ella es! » exclama, y efectivamente era Lucía con la buena viuda. La acogida por una y otra parte, y las recíprocas demostraciones de afecto, dejó que el lector se las figure.

La mañana siguiente llega Lorenzo sin saber lo que habia sucedido, y sin otro objeto que el de quejarse de la tardanza de Lucía. Se deja tambien á la imaginacion del lector lo que hizo, y lo que dijo al verla. Las demostraciones de Lucía fueron tales, que no se necesitan muchas palabras para referirlas.

— ¡Dios te guarde! ¿Cómo estás? — fué lo único que le dijo con los ojos bajos y sin agitacion.

Ni se crea que á Lorenzo este modo le pareciese frio y le incomodase. Supo entender la cosa; y así como entre gentes de educacion se sabe dar su verdadero valor á los cumplimientos, del mismo modo comprendia Lorenzo cómo debian entenderse aquellas palabras. Por otra parte, es fácil conocer que Lucía tenia dos modos de proferirlas : uno para Lorenzo y otro para los demas conocidos.

— Yo estoy siempre bien cuando te veo, — contestó el jóven con una expresion que venia de molde.

— Nuestro pobre padre Cristóbal... reza por su alma, á

pesar de que se puede asegurar que él es quien ruega por nosotros allá arriba.

— Bien me lo temia yo, — dijo Lorenzo.

Y no fué esta la sola tecla desagradable que se tocó en aquel coloquio; pero cualquiera que fuese la materia de que se tratase, el diálogo siempre le pareció delicioso. Como aquellos caballos resabiados que se obstinan y plantan sin querer ir adelante, levantando un pié, luégo otro, y volviendo á plantar los dos en el mismo paraje, y hacen mil ceremonias ántes de dar un paso, hasta que de repente toman carrera, y corren parejas con el viento, así era el tiempo para Lorenzo; de manera que ántes los minutos le parecian horas, y aqui las horas le parecian minutos.

La viuda, por su parte, no sólo no echaba á perder la conversacion, sino que la sazónaba. Ni Lorenzo, cuando la vió en la mala cama del Lazareto, pudo figurarse que seria mujer de tan buen humor y tan sociable; pero el Lazareto y el campo, la muerte y las bodas eran cosas muy distintas.

Por último, dijo Lorenzo que iba á buscar á D. Abundo para arreglar las cosas del casamiento. Con efecto, así lo hizo, y encontrándole en su casa, con tono algo socarron, le dijo :

— ¿Se le ha pasado á usted, señor Cura, aquel dolor de cabeza que le estorbaba casarme? Ahora estamos en tiempo. La novia está pronta, y yo vengo á saber cuándo se hallará usted en disposicion de verificarlo : sólo le pido esta vez que no tarde mucho.

No es que D. Abundo se negase absolutamente; pero empezó á titubear, á poner excusas y adelantar ciertas insinuaciones, diciendo que por qué dar un cuarto al pregonero con aquella requisitoria encima; que la cosa pudiera hacerse en otra parte; que esto, que esotro, *et cetera*.

— Ya veo — dijo Lorenzo — que no se le ha pasado á usted enteramente el dolor de cabeza; pero oiga usted.

Y aqui le hizo una patética descripcion del estado en que vió á D. Rodrigo, quien á esas horas debia ya haberlas liado, y concluyó diciendo :

— Esperamos que el Señor le habrá mirado con misericordia.

— Eso nada tiene que ver con lo que tratamos, — contestó D. Abundo. — ¿Por ventura te he dicho yo que no? Yo no me niego; sólo hablo... por buenos motivos... Ya ves, mientras el hombre respira... Mirame á mí : estoy hecho un cascajo ; tuve ya un pié en el hoyo... y sin embargo, como no tengo disgustos, puedo tirar todavía... Luégo hay ciertos temperamentos... pero, como digo, esto nada tiene que ver.

Después de otro diálogo ni más ni ménos decisivo, hizo Lorenzo una reverencia, y volvió á sa casa, en donde refirió lo que acababa de pasar, concluyendo con decir :

— Me he venido, porque ya estaba harto, y á pique de perder la paciencia y desmandarme. Momentos hubo en que me parecia el mismo que ántes; el mismo gesto, las mismas palabras, y si dura algo más la conversacion, no dudo que me echase los mismos latines. Preveo que trata de dar largas; así me parece que lo mejor será irnos á casar en donde hemos de vivir.

— ¿Sabéis qué hemos de hacer? — dijo la viuda. — Quiero que vayamos nosotras las mujeres á hacer un ensayo, y ver si damos con el cabo de esta madeja. Hemos de ir en cuanto acabemos de comer. Ahora quiero que usted, señor novio, me lleve á dar un paseo con Lucía, pues deseo ver esas montañas y ese lago de que tanto he oído hablar.

Desde luégo las condujo Lorenzo á casa de su huésped, donde hubo nueva acogida, nuevos ofrecimientos y nuevas declaraciones de fina amistad, haciéndole prometer que no sólo aquel día, sino que todos iria á comer con ellos.

Después de haber paseado y haber comido, se marchó Lorenzo sin decir adónde, y las mujeres quedaron algun tiempo conversando y discurriendo el modo de pillar á D. Abundo, como lo ejecutaron.

« ¡Aquí están ellas! » dijo para sí al verlas; pero puso buena cara, se congratuló con Lucía, saludó á Ines y gastó cumplimientos con la forastera.

Hízolas sentar, y empezó á hablar de la peste. Quiso oír de boca de Lucía cómo le habia ido en tantas desgracias; y el Lazareto dió márgen á que tambien hablase su compañera de habitacion. Habló luégo D. Abundo, como era justo, de su borrasca, dando la enhorabuena á Ines por no haberla pasado. De esta manera la conversacion se iba prolongando sin llegar al cabo. Ines y la viuda desde el principio estaban aguardando la ocasion de poder tratar del negocio que más interesaba, y no sé quién de las dos fué la primera en romper la valla. Pero ¿para qué? si D. Abundo no oía de aquel lado. Á buen seguro que no dijese terminantemente que no; pero continuaba en sus trece con tergiversaciones y rodeos, diciendo siempre que convenia hacer anular la requisitoria, pues era muy expuesto publicar en la iglesia el nombre de Lorenzo Tramallino; y que puesto que todos estaban resueltos á expatriarse, no habiendo más patria que aquella en donde se está bien, era de opinion que lo más acertado seria hacerlo todo en donde la requisitoria tenía la misma fuerza que un papel de estraza, y concluyó en estos términos :

— Yo por mi parte lo haré muy gustoso; pero temo que la publicacion de su nombre pueda acarrearle algun disgusto. No dejaban Ines y la viuda de rebatir sus razones y de reproducirlas D. Abundo, cuando entró Lorenzo con paso firme, y un rostro que anunciaba alguna noticia favorable.

— Ha llegado — dijo — el señor Marqués de ***

— ¿Qué es eso? — interrumpió D. Abundo, levantándose. — ¿Ha llegado dónde?

— Á su palacio, que era el de D. Rodrigo, porque este señor Marqués es su heredero por fideicomiso, como dicen los abogados, por lo cual ya no queda duda. Por mi parte, me alegraria, si supiera que aquel infeliz habia muerto bien. Á buena cuenta, hasta ahora, he rezado por él muchos Padre-nuestros, y ahora le rezaré muchos *De profundis*. Por señas, que este señor Marqués es un excelente sujeto.

— Cierto, — dijo D. Abundo, y más de una vez he oído

decir que es uno de aquellos señores chapados á la antigua; pero sobre todo, ¿es cierto?

— ¿Usted cree al Sacristan?

— ¿Por qué?

— Porque él le ha visto con sus propios ojos. Yo fui á las inmediaciones del palacio, suponiendo que allí algo sabrían y efectivamente, dos ó tres personas me aseguraron el hecho; pero últimamente me traje al amigo Ambrosio que venía de allá arriba, y le había visto mandar como amo. ¿Quiere us-



¡ Ah! ¿conque ha muerto? — exclamó D. Abundo.

ted oirlo? ¡ Ambrosio!... Le he hecho aguardar expresamente aquí fuera.

— Oigárasle, dijo D. Abundo.

Y Lorenzo mandó entrar al Sacristan, que confirmó la noticia, añadió muchos pormenores, y resolvió todas las dudas retirándose luego.

— ¡ Ah! ¿conque ha muerto? — exclamó D. Abundo. —

¿ Conque Dios se lo llevó? Hé aquí, hijos míos, cómo la Providencia acaba con ciertas gentes. ¡ Sabéis que es un gran suceso! ¡ que es una felicidad para este pobre país, en donde por él no se podía vivir! Es verdad que la peste ha sido un grande azote; pero ha sido también una escoba que ha bar-

rido cierta canalla, hijos míos, de que nunca nos hubiéramos visto libres. En un abrir y cerrar de ojos han desaparecido á millares. Ya no los veremos pasear con aquel acompañamiento de matones, con aquel orgullo que parecía que todos vivíamos porque ellos querían. En fin, él ha muerto, y nosotros vivimos. Ya no enviará embajadores á los hombres de bien. Mucho nos ha dado que hacer á todos. Ahora ya se puede decir.

— Yo le he perdonado de corazón, — dijo Lorenzo.

— Y has hecho bien. Has cumplido con tu obligación; pero también se puede dar gracias á Dios por habernos librado de él. Volviendo ahora á nuestro asunto, os vuelvo á decir que hagáis lo que tengáis por más acertado. Si queréis casaros, aquí estoy; y si os conviene más en otra parte, hacedlo. Por lo que toca á la requisitoria, yo también me hago cargo de que, no habiendo ya quien os tenga entre ojos y quiera haceros daño, no hay que tomarse gran pena, especialmente después del decreto de indulto, expedido con motivo del nacimiento del serenísimo señor infante. Y luego la peste, amigo, la peste ha echado una gran plumada sobre muchas cosas. Conque, si queréis, hoy es jueves; el domingo corre la primera amonestación, porque lo que se hizo en otra ocasión, ya no vale después de tanto tiempo; y luego tendré yo el gusto de casaros.

— Ya sabe usted que á eso habíamos venido, dijo Lorenzo.

— ¡ Muy bien! — contestó D. Abundo; — yo serviré, y voy á dar cuenta de ello á su Eminencia.

— ¿ Quién es su Eminencia? — preguntó Ines.

— Su Eminencia — respondió D. Abundo — es nuestro Cardenal arzobispo, que Dios conserve.

— En cuanto á eso, perdone usted, — replicó Ines, — que aunque yo soy una pobre ignorante, puedo asegurarle que no se llama así, porque cuando fuimos á hablarle la segunda vez, del mismo modo que hablamos con usted, uno de aquellos señores capellanes que allí se hallaban, me llamó aparte,

y me enseñó cómo debía decirlo, y era *usía ilustrísima y monseñor*.

— Y ahora si hubiese de enseñar á usted de nuevo, — dijo D. Abundo, le diría á usted que le diese el tratamiento de su Eminencia. ¿Entiende usted? Porque el Papa, que Dios guarde, ha mandado desde el mes de Junio que á los cardenales se les dé este título, y ¿queréis saber por qué habrá tomado semejante resolución? porque el ilustrísimo, que sólo correspondía á ellos y á ciertos príncipes, está ya, como vosotros mismos lo veis, tan extendido, que se lo dan á muchos que no le tienen de derecho, y que, sin embargo, se lo tragan con mucho gusto. ¿Y qué había de hacer? ¿quitárselo á todos? De esto no resultarían sino reclamaciones, disgustos, enemistades y compromisos para quedar luégo la cosa como ántes. El Papa, pues, ha encontrado este excelenté arbitrio. Es verdad que luégo se empezará á dar el tratamiento de Eminencia á los obispos, luégo lo querrán los abades, despues las dignidades porque los hombres son así; luégo los canónigos...

— ¿Y los curas párrocos? dijo la viuda.

— No, no, contestó D. Abundo, los pobres curas párrocos á tirar del carro; no tenga usted miedo de que los acostumbren mal. Los curas párrocos nada más que *reverendos* (1) hasta el fin del mundo. No me admiraría que á los caballeros que están acostumbrados á oirse llamar *ilustrísimos*, se les antoje algun dia el tratamiento de Eminencia, y como lo quieran, no faltará quien se lo dé, y entónces el Papa tendrá que inventar otro para los cardenales. Pero volvamos ahora á nuestro negocio. El domingo correré la primera amonestacion, y entretanto, ¿sabéis lo que he pensado hacer para serviros mejor? pediremos dispensa para las otras dos. Mucho han de tener que hacer en la Curia para extender dispensas, si las cosas van en todas partes como aquí. Para el domingo tengo ya... una, dos... tres sin contar la vuestra. Es

1. Título que se les daba, y que aún por cortesía se les da en muchas partes de Italia á los párrocos.

una furia; ya no ha de quedar una mujer que no esté casada. ¡Qué disparate ha hecho Perpétua en morir en tal ocasion! Esta vez hubiera encontrado tambien ella su comprador. ¿Y en Milan, señora (dirigiendo la palabra á la viuda), sucede lo mismo?

— Lo mismo. Hágase usted cargo de que el domingo pasado, sólo en mi parroquia, hubo cincuenta y cuatro casamientos.

— Es lo que yo digo: el mundo no quiere acabarse. ¿Y á usted, señora, no ha empezado á rondarla todavía ningun moscardon?

— Yo no pienso, ni quiero pensar en eso.

— ¿Y querrá usted ser la única? Vea usted, tambien Ines...

— Vaya usted... ¿tiene usted gana de burlarse?

— Sí; tengo gana de reirme, y me parece que es justo despues de tantos males. ¡Qué buenos tragos hemos pasado! Es de esperar que estos cuatro dias que nos quedan de vida no serán tan tristes. ¡Dichosos vosotros (á Lucia y Lorenzo) que como no haya desgracia, tenéis todavía muchos años para hablar de vuestras aventuras! ¡pero yo, pobre viejo!... Los bribones pueden morir; de la peste se puede curar; pero contra los años no hay receta, y es muy cierto aquello de que *senectus ipsa est morbus*: que quiere decir que la misma vejez es una enfermedad; y si hubiera dicho mortal, no hubiera errado.

— Ahora, pues, — dijo Lorenzo, — hable usted latin cuanto quiera, que nada me importa.

— Puesto que tú estás tan mal con el latin, no tengas cuidado, que yo te arreglaré, — dijo D. Abundo. — Cuando tú te presentes con esa, para que yo te diga ciertas palabritas en latin, yo te diré: tú no gustas de latines; véte, pues. ¿Y entónces?

— Yo bien me entiendo, — replicó Lorenzo; — no es ese el latin que me asusta; otros son los latines que me desagradan; aquellos, por ejemplo, con que antaño...

— ¡Calla, majadero! calla y no revuelvas cosas pasadas,

que si hubiéramos de ajustar las cuentas, yo no sé quién ganaría. ¡ Algunas me habéis hecho de tomo y lomo! De tí no lo extraño, porque siempre has sido un tunantuelo; pero sí de esa mosquita muerta, que parece que en su vida ha quebrado un plato: aunque yo bien sé quién la había aleccionado (señalando con el dedo á Ines). Pero, en fin, todo lo perdono.

La noticia de la muerte de D. Rodrigo había infundido tal ánimo en nuestro D. Abundo, que nunca acabaríamos si quisiéramos trasladar todas las chanzas y chistes con que entretuvo á los concurrentes, deteniéndolos más de una vez cuando estaban para marcharse, tanto, que hasta en la puerta misma no dejó de entretenerlos algunos instantes con su conversacion.

Recibió al día siguiente una visita tanto más agradable cuanto menos esperada; la del Marqués de que se había hablado el anterior.

Era este de una edad entre la virilidad y la vejez: su presencia justificaba lo que de sus calidades pregonaba la fama. Ingenuo, franco, llano, benéfico, lleno de dignidad, y con cierta apariencia de tristeza resignada.

— Vengo — dijo — á saludar á usted de parte del Cardenal-arzobispo.

— ¡ Ah! ¡ qué favor! ¡ qué bondad de ambos!

— Cuando fui á despedirme de aquel incomparable varon, que me honra con su amistad, me habló de dos novios jóvenes de esta parroquia, que tuvieron que sufrir mucho por causa del malaventurado D. Rodrigo. Monseñor desea tener noticia de ellos. ¿ Viven? ¿ Se han arreglado sus asuntos?

— Sí, señor, ya todo está arreglado, y yo justamente me había propuesto escribir á su Eminencia; pero ahora que tengo la honra...

— ¿ Están aquí?

— Aquí, sí, señor, y dentro de poco estarán casados.

— Deseo que usted tenga la bondad de decirme si se les puede hacer algun bien, indicándome al mismo tiempo el mejor modo de realizarlo. En esta calamidad he perdido dos

hijos y mi esposa, y he tenido tres herencias considerables, sobre mis cuantiosos bienes. Con esto ya ve usted que es hacerme un verdadero favor proporcionarme la ocasion de emplear mis facultades en beneficio de los que lo necesitan.

— ¡ Dios le bendiga! No todos son así. Yo por mi parte doy á usía ilustrísima las gracias; y puesto que así lo desea, tengo, sí, señor, un excelente medio. Debe, pues usía ilustrísima saber que esta buena gente ha determinado avecindarse en otra parte, y vender los cuatro terrones que poseen aquí, que son una pequeña viña del mozo, tan destruida que sólo se puede contar con el terreno; además una casita, y otra la novia, que son dos nidos de ratones. Un caballero como usía ilustrísima no puede saber lo que pasa con los pobres cuando tienen necesidad de deshacerse de alguna cosa. Por lo regular va á parar á la boca del lobo. Para esto los logreros se valen de mil astucias, hasta que ponen al pobre vendedor en la necesidad de malbaratarlo todo. La mejor caridad, pues, que usía ilustrísima puede hacer á esta pobre gente es comprarles estas cortas fincas; de lo que me resultará también á mí la honra de tener un feligres como usía ilustrísima. El señor Marqués hará en esto lo que mejor le parezca. Por obedecer hago esta indicacion.

Celebró el Marqués la indicacion. Dió gracias á D. Abundo, y le pidió que se sirviese ser el árbitro del precio, poniéndole más bien subido que bajo; y lo que más admiró al Cura fué la propuesta que le hizo de que ambos fuesen á casa de la novia, donde probablemente se hallaria también el novio.

Ufano D. Abundo con esto, habló también del asunto de la requisitoria, manifestándole las buenas prendas de Lorenzo, y que en lo de Milan obró como atolondrado é ignorante; pero siempre con la mejor intencion del mundo.

— ¿ Hay empeños fuertes contra este joven? — preguntó el Marqués.

— Nada absolutamente, — contestó D. Abundo. — Al principio le tiraron mucho; pero ahora creo que sólo debe ser una mera formalidad.

— Siendo así, — replicó el Marqués, — la cosa es fácil, y yo la tomo á mi cargo.

Llegados á la casa de Lucía, hallaron justamente á las tres mujeres y á Lorenzo. Cómo estos quedarían no es fácil explicarlo. Animó el Marqués la conversacion hablando del Cardenal y de otras cosas, y no se tardó en tratar de la compra indicada. D. Abundo fijó el precio, que aprobó el comprador, aumentándolo una mitad, concluyó convidando á todos á



Ufano D. Abundo con esto, habló también del asunto.

comer para el día despues de la boda en su palacio, en donde se celebraría el contrato en regla, y se haría la escritura.

Vuelto D. Abundo á su casa, decía entre sí : « Como la peste hiciese siempre y en todas partes las cosas de esta manera, sería lástima hablar mal de ella, y casi casi se necesitaría que se reprodujese una vez cada generacion. »

Vino por fin la dispensa y el indulto para Lorenzo, y aquel bendito día tan esperado. Presentáronse los dos novios con una especie de seguridad triunfal en su misma parroquia,

en donde fueron casados por el mismo don Abundo.

No fué para ellos menor satisfaccion el ir el día siguiente al palacio de D. Rodrigo. El lector podrá figurarse lo que pasaria en aquellas cabezas al subir la cuesta y al entrar por la puerta, y los discursos que allá entre sí cada uno haría, segun su genio : nosotros solamente diremos que, en medio de tanta alegría, ya el uno, ya el otro dijeron más de una vez que para completar la fiesta sólo faltaba el padre Cristóbal; pero luego añadian : « ¡ Ah ! el Padre sin duda está mejor que nosotros. »

Hízoles el Marqués la más cordial acogida. Los condujo á un tinelo bien adornado, en donde les tenía prevenida una suntuosa mesa. El mismo sentó á ella á los esposos con Ines y la viuda, y ántes de retirarse á comer á otra parte con D. Abundo, quiso asistir algun tiempo á aquel convite y servirle. Creo que á nadie le ocurrirá decir que hubiera sido cosa más sencilla disponer una sola mesa. He dicho que el Masqués era un excelente sujeto, pero no un hombre raro como hoy se diría. He dicho que era llano, pero no unportento de llaneza; porque á la verdad, tenía la bastante para ponerse más abajo de aquella gente, pero no para ponerse al nivel de ella.

Despues de haber comido los de una y otra mesa, extendió la escritura un letrado escribano, que no fué el abogado Tramoya, porque este, ó, por mejor decir, sus huesos, estaban y están todavía en Cantarelli. Para los que no son del país hay aquí necesidad de una explicacion.

Más arriba de Lecco, como cosa de media milla, hay un sitio llamado Cantarelli, donde se cruzan dos caminos. Al lado de la misna encrucijada se levanta una especie de cerro artificial con una cruz en la cimá, y este cerro no es otra cosa que un hacinamiento de cadáveres de los que murieron en aquel contagio. La tradicion sólo dice muertos del contagio; pero no puede ser sino este, que fué el último, y el que ha hecho más estragos de cuantos han dejado memoria. Y se sabe que es necesario ayudar la tradicion, como lo hacen todos los historiadores, porque ella de por sí es siempre muy escasa.

Á la vuelta no hubo más novedad, sino que Lorenzo estuvo algo incomodado con el peso del dinero que traía; pero el hombre estaba acostumbrado á trabajos harto mayores. No hablo de los mentales, porque seguramente no era pequeño el pensar cómo emplearía aquel dinero con utilidad. Los proyectos que pasaban por su mente, sus cuentas, sus debates, sus objeciones con respecto á la agricultura y á la industria, eran tales como si hubiesen disputado dos academias del siglo pasado.

Ya desde luégo no se pensó en otra cosa sino en hacer los lios, y ponerse en camino; la familia Tramallino para su nueva patria, y la viuda para Milan. Muchas fueron las lágrimas, las expresiones de agradecimiento, y las promesas de volverse á ver.

No ménos tierna, á excepcion de las lágrimas, fué la separacion de Lorenzo y de su huésped: ni se crea que hubiese frialdad en la de D. Abundo, porque los tres pobrecillos habian conservado siempre cierto cariño respetuoso á su párroco, y este en realidad no dejaba de apreciarlos. Los negocios, estos diablos de negocios, y los intereses, son los que casi siempre resfrían las aficiones.

Si se nos preguntase si hubo igualmente algun sentimiento en dejar el país nativo, y en separarse de aquellas montañas, diríamos que hubo disgusto, porque sentimientos y disgustos los hay en todas las cosas. Es de creer, no obstante, que no sería muy grande, porque podían muy bien aborrárselo estando en su casa, sobre todo faltando los dos inconvenientes principales, á saber, D. Rodrigo y la requisitoria; pero ya habia tiempo que todos estaban acostumbrados á mirar como suyo propio el país adonde iban á domiciliarse, pues Lorenzo se le habia pintado á las mujeres como el mejor del mundo, ponderándoles los acomodos tan ventajosos como encontraban allí los artesanos, y otras mil cosas relativas á la baratura y comodidades de la vida. Por otra parte, todos habian pasado grandes amarguras en la tierra á que volvian las espaldas, y las memorias tristes siempre acaban con hacer

desagradable el país que las recuerda, y si este país es el nativo, hay entónces en tales memorias un no sé qué más doloroso y punzante. El niño descansa gustoso en el seno de la que le alimenta en su pecho, y lo busca con ahinco y confianza; pero si aquella para retraerle unta el pecho con ajenjos, el niño retira el labio, vuelve á probar y á retirarse: llora, sí, no hay duda, pero al fin se retira.

Mas qué dirán ahora mis lectores cuando oigan que apenas llegados y establecidos en el nuevo país, halló Lorenzo disgustos preparados de antemano. ¡ Miserias humanas! ¡ Qué poco se necesita para turbar el estado feliz de una familia! Hé aquí cómo sucedió la cosa.

Lo mucho que se habia hablado allí de Lucía ántes que llegase; el saber cuánto habia penado Lorenzo por ella, manteniéndose siempre firme y constante, y quizá alabanzas de parciales suyos, habian excitado extraordinariamente la curiosidad, y las gentes, prevenidas con estos antecedentes, estaban en grande expectativa de ver á tan interesante hermosura. Ya se sabe lo que es una prevencion favorable. Como siempre la imaginacion se adelanta á la realidad, rara vez queda satisfecha cuando llega el caso de la comparacion; entónces desquita el exceso de la ponderacion favorable con el exceso contrario. Así es que, cuando se presentó Lucía, muchos, que quizá se la figuraron con el cabello de oro, las mejillas de carmin y nácar, los ojos como dos luceros, y ¿qué sé yo más? comenzaron á encogerse de hombros, á arrugar las narices, y á decir: « ¿Es esa? Despues de tanto tiempo y tanto hablar, otra cosa nos prometíamos. ¿Y últimamente qué es? Una aldeana como otra cualquiera. ¡ Vaya! como esta, y mucho mejores, las hay en todas partes. » Pasando luégo á los portmenores, notaban, quién un defecto, quién otro, y no faltó quien la encontrase fea.

Pero como nadie iba á decir estas cosas á Lorenzo en sus bigotes, no era grande el daño. Quien hizo el mal verdadero, agriando la cosa, fueron ciertos chismosos, que nunca faltan, los cuales todo se lo contaban, no sin ribe-

tes, y Lorenzo no dejaba de sentirlo, como era natural. Empezó, pues, á cavilar sobre ello, haciendo platillo de la ocurrencia, tanto con los que le hablaban, como para consigo mismo. « ¿ Á vosotros qué os importa? decia allá á sus solas, como si hablase con los murmuradores; ¿ quién os dijo que aguardarais otra cosa? ¿ Os he hablado yo jamas de ella? ¿ Os dije yo nunca que era hermosa ni fea? Y cuando alguno me lo preguntaba, ¿ contestaba yo otra cosa, sino que era una buena muchacha, y una honrada aldeana? ¿ Os dije yo jamas que os iba á traer una princesa? Si os desagrada, ¿ hay más que no mirarla? Aquí tenéis buenas mozas, miradlas á ellas. »

Y ved aquí, lectores míos, cómo una fruslería hasta muchas veces para decidir de la suerte de un hombre por toda la vida. Si Lorenzo hubiese fijado su residencia en aquel pueblo, segun su proyecto, no lo hubiera pasado bien. Á fuerza de estar fastidiado, se hizo fastidioso. Era adusto con todos, no porque faltase directamente á la buena crianza; pero todo el mundo sabe cuántas cosas se pueden hacer que desagraden, sin que den margen á andar á estocadas. Tenía cierta dureza en su trato: él tambien hallaba en todo algo que criticar: bastaba con que hiciese mal tiempo dos dias consecutivos para que exclamase: « ¡ Esta es fruta del país! » Hasta ciertas personas que ántes le querian, estaban incomunicadas con él; de suerte que siguiendo de esta manera, habria llegado el caso de hallarse en estado de hostilidad con toda la poblacion, sin poder quizá él mismo señalar la causa, ni conocer el origen de semejante mudanza.

Pero se puede decir que la peste tomó á su cargo el sacarle de tan desagradable situacion. Habíase llevado el contagio al dueño de otra fábrica de seda situada en un pueblo á poca distancia de Bérgamo, y el heredero, jóven calavera, que en aquel establecimiento nada encontraba que le divirtiese, estaba determinado á venderlo de cualquier modo, con tal que le diesen el dinero á toca teja

para poderlo emplear en sus caprichos. Como llegase esta noticia á oídos de Bartolo, corrió este inmediatamente á reconocer el establecimiento, y trató de su compra, siendo imposible encontrar mejor ganga; pero la condicion del dinero era un impedimento que todo lo echaba á perder, porque su peculio, compuesto lentamente con ahorros, estaba muy léjos de llegar á la cantidad estipulada.

Sin cerrar enteramente el trato, se volvió Bartolo al instante, comunicó el negocio á su primo, y le propuso la compra en compañía. Aceptó Lorenzo el partido, volvieron juntos á la fábrica, y se realizó el contrato. Cuando, despues, los nuevos dueños fueron á tomar posesion de su establecimiento, Lucía, á quien allí no se aguardaba con prevencion ni sin ella, no sólo no estuvo sujeta á críticas, sino que agradó mucho, tanto que Lorenzo supo que más de una persona la habia celebrado con entusiasmo.

El disgusto que él experimentó en Bérgamo le sirvió de una útil leccion. Ántes habia sido precipitado en sentenciar, y se complacia en criticar las mujeres ajenas y las demas cosas. Conoció en esta ocasion que las palabras hacen un efecto en la boca, y otro en el oído, y se acostumbró á escuchar bien las suyas en su interior ántes de preferirlas.

No se crea, sin embargo, que dejase de haber aún allí sus disgustillos. El hombre, dice nuestro anónimo (y ya sabe el lector por experiencia que este tiene un gusto bastante raro en materia de comparaciones, pero me lisonjeo que tolerarán tambien esta por ser la última); el hombre, mientras permanece en el mundo, es un enfermo, que metido en una cama con más ó ménos incomodidad, ve al rededor de sí otras camas muy aseadas por fuera, muy lisas, y al parecer muy bien mullidas, y se figura que ha de ser un gusto ocuparlas; pero si llega á cambiar, apénas echado en cualquiera de ellas, empieza á sentir en un lado una paja que le punza, en otro una dureza que le mortifica, y presto se halla, poco más ó ménos, como en la cama pri-

mera; y esta es la razon, añade el mismo anónimo, porque debemos ántes pensar en hacer bien que en estar bien, que es el modo de llegar á estar mejor. La comparacion está un poco traída por los cabellos; sin embargo, en el fondo no deja de ser exacta. Como quiera que sea, trabajos y penalidades de la naturaleza de los que hemos referido, ya no tuvo que pasarlos nuestra gente; desde entónces su vida fué tan tranquila, tan pacífica y tan envidiable, que si nosotros contásemos sus pormenores, no dejarían de fastidiar á cuantos la leyesen.

Los negocios iban en popa; al principio hubo sus trabajos por la paralización del comercio, la escasez de operarios, y las excesivas pretensiones de los pocos que habían quedado. Se dieron órdenes tasando los jornales, y á pesar de este desatinado recurso, las cosas se arreglaron, porque por fuerza debían arreglarse. Vino luégo de Venecia otra órden más racional, reducida á eximir de toda contribucion real, por espacio de diez años, á los artesanos forasteros que fuesen á establecerse en aquel país, lo que fué una cucaña para los nuestros.

Ántes de que cumpliése el año del casamiento, dió Lucía á luz una hermosa criatura, y como si fuese cosa hecha expresamente para proporcionar á Lorenzo la ocasion de cumplir su promesa, fué una niña, y nadie dudará de que se le pusiese por nombre María.

Tras de esta vinieron con el tiempo otras criaturas de uno y otro sexo, que eran la delicia de Ines, que lidiaba con ellas, y pasaba todo el día, ya riéndolas, ya besándolas. Salieron todas por fortuna bien inclinadas, y Lorenzo quiso que aprendiesen á leer y escribir, porque aunque miraba esta habilidad como cosa de bribones, no creyó conveniente que dejasen de aprovecharse de ella.

Era un placer oírle contar sus aventuras, y siempre acababa su relacion con decir lo que con ellas había aprendido para gobernarse mejor en adelante.

— He aprendido — decía — á no meterme en embrollos

he aprendido á no ser orador de plaza : he aprendido á no beber más de lo necesario : he aprendido á no estar agarrado á la aldaba de una puerta cuando hay gente de cascos calientes alrededor ; he aprendido á no atarme á los piés una campanilla sin prever ántes lo que pudiera acontecer, y otras mil cosas.

Aunque Lucía no hallaba que la doctrina fuese falsa en lo esencial, no quedaba del todo satisfecha. Le parecia en con-



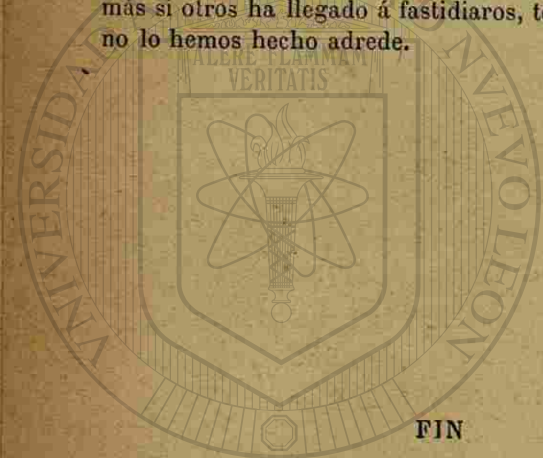
Y yo, — le dijo un día a su moralista.

fuso que algo faltaba. A fuerza de oír repetir siempre la misma cancion, y meditar sobre ella cada vez :

— Y yo, — le dijo un día á su moralista, — ¿ qué es lo que he aprendido ? Yo no fui á buscar los trabajos, sino que ellos vinieron á buscarme á mí ; á ménos — añadió sonriéndose — que no tengas tú por disparate el haberte querido y haberte prometido mi mano.

Lorenzo quedó por de pronto sin saber qué responder; pero despues de reflexionar algun poco, sacó por conclusion, que los trabajos muchas veces vienen porque uno se los busca; pero que sin embargo no basta la conducta más arreglada é inocente para evitarlos : de todos modos, vengan por culpa

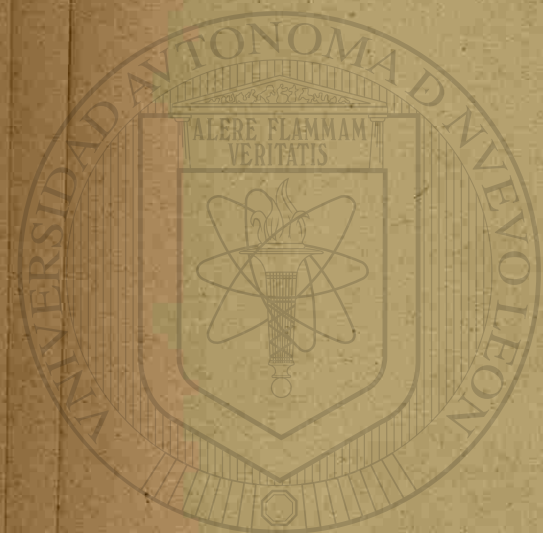
propia ó sin ella, la confianza en Dios y la resignacion los mitigan y hacen que sean útiles para mejorar la vida. Esta conclusion, aunque no la hayan sacado doctores, sino un pobre artesano, nos ha parecido tan exacta, que no hemos titubeado en sentarla aquí como la sustancia de toda esta historia. Si algunos ratos ha podido entreteneros, dad las gracias al anónimo, sin olvidar de todo punto á su remendon; más si otros ha llegado á fastidiaros, tened por seguro que no lo hemos hecho adrede.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEVA
BIBLIOTECA

9